EL REY DE LOS ENANOS ESTA ENFERMO N.º 175

Simbad

$ 3.–

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGIN

Simbad

AÑO IV - 7-I-1953 - N.º 175

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO I.—La princesa elegida.

A la ciudad de Basora llegó cierto día un enviado del rey Mahdi, de Bengala. El sultán Husain dispuso que las calles fueran engalanadas y que en el palacio se realizaran brillantes festejos para acoger a tan alto personaje.

—Sire —exclamó el embajador, inclinándose—. Mi rey desea desposarse con una princesa de esta casa real.

—Mi rey desea desposarse con una princesa de esta casa real —dijo el enviado de Mahdi.

—El rey me concede un gran honor. Pero, desgraciadamente, no tengo hijas ni hermanas —contestó Husain.

El sultán se turbó profundamente. Mahdi era su aliado y no convenía malquistarse con él. Sin embargo, debió confesar:

—El rey me concede un gran honor. Pero, desgraciadamente, no tengo hijas, ni hermanas.

—Vuestra corte es famosa porque reúne a las más bellas princesas de la India y del Asia. Mi señor confía en vuestra sagacidad para elegir a la mejor. Aquella que nombréis, será la reina de Bengala.

Husain no vaciló. De inmediato llamó a una doncella que, según la costumbre musulmana, llevaba el rostro cubierto por un velo. Sólo se veían sus ojos resplandecientes y suaves.

—Esta es Amina, la más digna de ocupar el trono que ofrece Mahdi.

El enviado bengalí se inclinó en una profunda reverencia. Luego abrió un estuche. Contenía un anillo de oro con un magnífico rubí. El rojo centelleo iluminó la diestra de Amina cuando el enviado deslizó la joya en su anular.

—Esta es Amina, la más digna de ocupar el trono que ofrece Mahdi.

—Os entrego la sortija nupcial y desde este instante os proclamo soberana de Bengala.

La noticia se esparció por todo el palacio. Las princesas que no fueron elegidas se sintieron desdeñadas. Algunas

—No soportaré esta injuria —gritaba la enfurecida Tamara.

lloraron con desconsuelo y otras protestaban enfurecidas. La elección de Husain les parecía injusta y monstruosa. Las más exaltadas eran Tamara y Shira.

—Pidamos audiencia al sultán —exclamó Tamara—. No soportaré tal ofensa.

Cuando se hallaron en presencia de Husain, Shira rugió:

—Yo soy la princesa más rica de todo el sultanato.

—Es verdad, Shira, eres la más rica —asintió el sultán, impasible.

—Y yo soy la más hermosa —terció Tamara.

—No lo discuto. Eres la más hermosa.

—Entonces, ¿por qué elegiste a Amina? —preguntaron las dos envidiosas.

—Porque Amina es la más buena, la más generosa, y nació para ser reina.

La respuesta de Husain aumentó la ira de las princesas. Con el corazón colmado de rencor,

—Yo soy la princesa más rica de todo el sultanato —dijo Shira.

—Y yo soy la más hermosa —añadió Tamara.

convocaron a los cortesanos. Sus palabras, inflamadas de cólera, encendieron la rebelión. De pronto el palacio se convirtió en una colmena furiosa.

—¡Muera Amina!

—¡Queremos que Tamara sea la reina de la India!

—¡Shira debe ser elegida!

Los partidarios de Tamara estaban subyugados por su belleza y olvidaban que era cruel y tiránica. Los adeptos de Shira veían sólo el relumbre del oro que ella poseía y no recordaban que era altanera y necia.

Desde el minarete más alto del palacio, Amina contemplaba a

—Amina ha nacido para ser reina —declaró Husain.

a agitada multitud. Irrumpían los puños amenazantes, relampa-
ueaban los ojos, el vocerío se alzaba como un aullar de lobos.
—Quizás deba renunciar —murmuró pensativa.
ntentó quitarse el anillo, pero la joya no se deslizó por su dedo.
ermanecía fija y el rubí lanzó destellos más intensos. Asombra-
la, Amina se mantuvo inmóvil. No oía ya el rugir de sus ene-
nigos.
Eres la elegida y debes ir a Bengala para ser coronada."

—¡Muera Amina! —gritaban los partidarios de Shira y de Tamara.

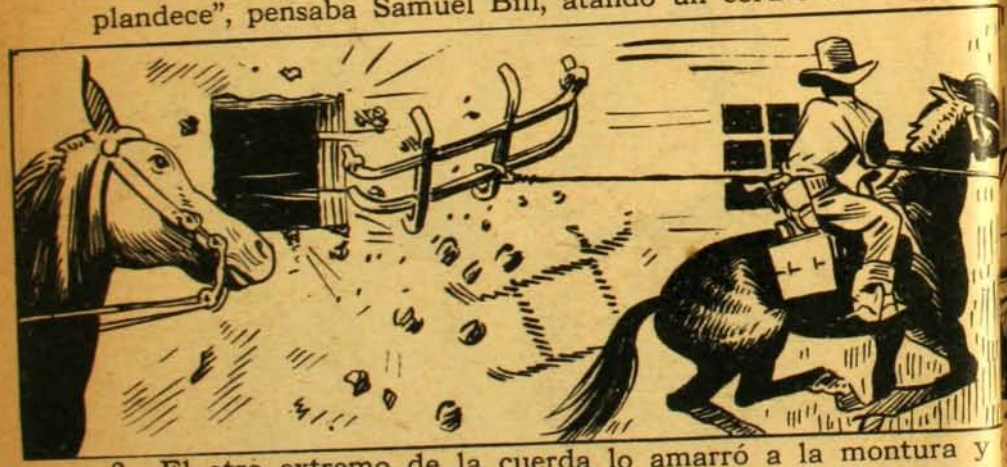
stas palabras resonaban en sus oídos y comprendió que le se-
alaban su destino. Nada debía detenerla, ni amedrentarla. Una
presión decidida apareció en sus ojos.
l pueblo vociferaba a las puertas del palacio. Un clima de re-
ielta se respiraba por doquiera. El visir, inquieto, corrió a hablar
n el sultán.
-No podemos contener a la turba —gimió—. Los sediciosos
enazan con incendiar el palacio.

(CONTINUARA)

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO IX.—SAMUEL BI[LL] SE REUNE CON SUS AMIGOS

1. Samuel Bill decidió rescatar de la cárcel a Juanito. El mu[chacho] era inocente, pero las intrigas de un secuaz del bandid[o] Porras lo hacían aparecer como culpable. "Juanito y su herman[o] huirán de aquí mientras los ánimos se calman y la verdad re[splandece]", pensaba Samuel Bill, atando un cordel a la reja.



2. El otro extremo de la cuerda lo amarró a la montura y [a] seguida espoleó a su caballo. Este se lanzó al galope y la r[eja] se desprendió del muro, dejando la ventana libre. "—Salta, J[uan]ito!", gritó Samuel Bill. El muchacho no esperó que le repitier[an] la orden y salió de su prisión.

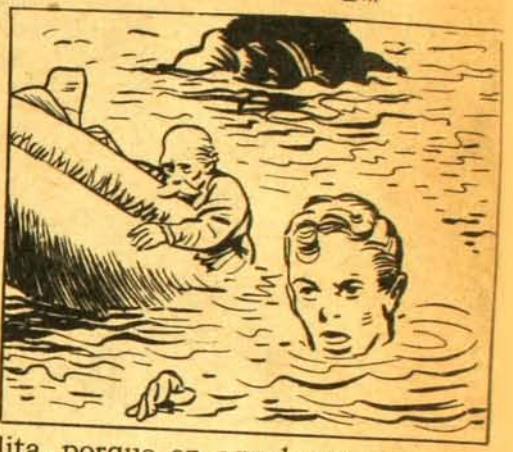
3. Minutos después galopaban ambos hacia la sierra. Lolita les aguardaba en su cabaña. Les sirvió desayuno y en seguida prepararon la partida. "—No conseguí las provisiones que buscaba", murmuró Samuel Bill, entristecido. Lolita le ofreció todas las que había en la choza. "—Acéptelas", suplicó la bella mexicana.

4. Juan también insistió: "—Es lo menos que podemos hacer para demostrarle nuestro agradecimiento". En seguida se separaron. Samuel Bill, dejando ir a su caballo a paso lento, meditaba tristemente. Sentía nostalgia por Lolita, pero después, olvidando su pena sentimental, se lanzó al galope.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

5. Mientras tanto el viejo Bepo hacía temblar la canoa con sus juramentos. "—¿Por qué no ha regresado Samuel Bill? —gritaba—. ¿Quiere que nos muramos de hambre? Cuando aparezca le sacudiré una paliza." En ese instante, Papus divisó un jinete que se acercaba por la ribera. "—Allí viene", anunció con alegría.

6. Los tres compañeros se abrazaron alborozados. Por cierto que Bepo olvidó sus amenazas y se dedicó a saborear las provisiones. Luego de instalar los víveres en el fondo de la piragua, siguieron bogando. "—Yo también estuve enamorado de una Lolita —dijo Bepo, cuando Bill relató sus aventuras—. Mi Lolita era..."



7. Nunca se supo cómo era esa Lolita, porque en aquel momento la canoa se volcó. Bepo y sus recuerdos románticos se hundieron en el río. Con gran dificultad logró asirse a la embarcación. Samuel Bill apareció también en la superficie, pero de Papus no había señales. "—¡Papus!", gritó Bill, alarmado.

8. Sin pérdida de tiempo, se sumergió, manteniendo los ojos abiertos para explorar el lecho del río. Avanzó, entre las rocas y un cardumen de peces. Flotaba en un mundo extraño y amenazante. ¿Dónde estaba el niño indio? De pronto avizoró su pequeña silueta, arrastrada por la corriente, y nadó hacia él.

(CONTINUARA)

EL REY DE LOS ENANOS ESTÁ ENFERMO

Los enanos vivían felices con su rey Cini. Era joven y ale
Designó a cada uno la tarea que más le agradaba. El gnomo
estaba encargado de juntar los rubíes. El azul buscaba zaf
El blanco repletaba su saco de diamantes y perlas. El tesoro
los enanos, sepultado bajo la tierra, aumentaba día por día.
Los gnomos de alma infantil hablaban con los niños. Los
preferían las aventuras peligrosas y el estremecimiento del
terio acompañaban a las brujas. Los andariegos recorrían
bosque.

Un día ocurrió algo terrible.

—El rey está enfermo —se oía susurrar.

El rumor corrió por todo el país. Los enanos más pequeño
sensibles se pusieron a llorar, afirmados en alguna flor. Los a
tadizos se desmayaron de terror. Los que eran decididos dije
—Hay que buscar un filtro mágico para que el rey sane de
mal.

Nadie sabía por qué el alegre Cini languidecía en su lecho. V
se tan pálido y decaído, que hasta su pequeña corona perdió
brillo.

—¿Qué os aqueja, Majestad? —preguntaban los afligidos ena
Cini guardaba silencio.

—Señor, decidnos qué deseáis. Estamos dispuestos a serviros.

Pero Cini continuaba sin decir palabra.

—¿Qué os aqueja, Majestad? —preguntaban los afligidos enanos.

El gnomo Ya, que nunca dejaba una decisión para más tarde, reunió a sus amigos y ordenó:

—Inmediatamente saldremos en busca de una bruja sabia. Ella nos podrá decir por qué sufre nuestro soberano y por qué su alegría se ha marchitado.

El grupo de hombrecillos partió sin demora. El bosque se llenó de enanos que se deslizaban rápidamente entre los árboles. Hasta las cavernas más ocultas fueron registradas. No quedó un árbol, ni un monte, ni un río sin examinar. Hay brujas de todas clases. Las que viven escondidas como larvas en un viejo roble. Aquellas que eligen por morada una cueva llena de murciélagos secos y de lechuzas y gatos. Otras que viven en el río, como sirenas rugosas y verdes.

—¿Cuál es la bruja más sabia? —preguntaban los enviados de Ya.

A los enanos no se les puede mentir. Esto lo sabían las hechiceras y respondían:

—Mi hermana, que vive en el valle negro.

—O mi prima, la que tiene su choza en la hondura del abismo.
—O mi hija mayor, que pronto regresará volando en su escoba. Esperadla un instante.
Por fin los enanos lograron ubicar a la bruja más sabia.
—Iré a ver al rey de los enanos y os diré por qué languidece y muere —contestó ella al requerimiento de los hombrecillos.
Montó en su escoba y, llevando a algunos enanos entre las ramas, o sobre el lomo de su gato negro, partió en raudo vuelo hacia el palacio de Cini.
El pequeño monarca yacía cada vez más pálido. Se inclinó la bruja, y Cini desapareció bajo su capa negra, abierta y volante como las alas de un murciélago.
Se agitaron los enanos, inquietos. ¿Era de fiar aquella bruja? El decidido Ya pensaba intervenir, cuando la bruja se irguió de nuevo.
—El rey necesita descansar.
—Pero si desde hace tiempo lo único que hace es permanecer inmóvil y soñoliento —respondió un gnomo.
—Sin embargo, no reposa —insistió la bruja—. Es preciso, para que recupere sus fuerzas, que duerma en la barba de un gigante.
Esta declaración dejó atónitos a los enanos. ¿Dormir el rey en la barba de un gigante? Era peligroso, muy peligroso. ¿Y qué ogro permitiría tal cosa?
—¿No hay otra alternativa? —se aventuró a preguntar el enanito Rosado.
—¡No! —gritó la bruja, haciéndoles saltar con su chillona voz—. O duerme en la barba de un gigante, o el trono del rey de los enanos quedará vacío.
Tan horrible perspectiva estremeció a los hombrecillos. ¿Morir Cini? Era espantoso. En los rostros de todos se reflejó el dolor y las barbas quedaron destilando lágrimas por un largo rato.
—No lo permitiremos —exclamó Ya—. Salgamos todos en busca de un gigante amable y comprensivo.
La bruja se encaramó en su escoba y sin despedirse de nadie se elevó en el aire.
Los enanos partieron de nuevo en peregrinación. Ahora no buscaban una bruja sabia, sino un gigante amable. ¡Cuántas peripecias sufrieron los pobres! ¿Encontrar un ogro que pusiera sus barbas a disposición de un enanillo insignificante, por muy rey de los enanos que fuera? Nunca se había visto absurdo semejante

Los gigantes rugían de furor al oír la propuesta de los hombrecillos. Estos volaban como abejas en un temporal cada vez que un gigante abría su bocaza para vociferar. Caían en tierra todos maltrechos, pero seguían en su misión.

Muchas veces debieron escapar a todo correr para que el puño de un gigante no los triturara.

Otras veces, las risotadas los dejaban sordos por varios días. Ningún gigante era bondadoso. Ninguno aceptaba acostar al rey en su barba. Los enanos empezaban a sentirse desalentados.

—Regresaremos sordos y cojos —se lamentaba el enano Hoja, que era el más liviano y el que más alto volaba con el aliento de los gigantes cuando éstos gritaban.

—No importaría si pudiéramos volver llevando de la mano a un gigante amable —respondía Ya.

En su desesperación no pensaba que no era él ni ninguno de sus compañeros los que podían coger de la mano a un gigante, ya

Ningún gigante era bondadoso. Todos se enfurecían y rugían.

que en una diestra colosal el dedo meñique apenas era rodeado por cuarenta enanitos.

Un día caminaban desilusionados, cuando distinguieron una enorme mole tendida en ei prado.

—¡Un gigante! —gritó Rosado, con voz alegre y maravillada, como si hubiese avistado un tesoro.

—Sí, un gigante —repitió Hoja, viéndose ya en el aire cuando el ogro rugiera: "¿Dejar que ese rey vuestro duerma sobre mi barba? ¡N u n c a! ¿O í s? ¡NUNCA!"

—Señor gigante —gritó Ya.

El señor gigante ni se m o v i ó. Acercándose más, los hombrecillos d e s c u b rieron que el monstruo estaba aspirando extasiado el aroma de las florecitas silvestres.

—Buenas noches, Majestad —sonrió Ya.

—Le gustan las flores —murmuró Hoja, sintiendo que una esperanza se agitaba en su corazón.

—Un gigante que se encanta oliendo el perfume de las violetas... —empezó a decir Ya.

Todos se miraron. La misma idea bullía en sus pequeños cerebros. Aquel coloso era distinto a los demás.

—¡SEÑOR GIGANTE! —gritaron en coro.

El gigante Clavel volvió un poco la cabeza para mirarlos.

—¿Qué queréis? —preguntó, y, aunque su voz era potente, ningún enano voló por el espacio.
El gnomo Ya le explicó el problema. Clavel oía con profunda atención.
—Por supuesto que dejaré dormir a vuestro rey en mi barba —respondió, levantándose—. Guiadme a palacio.
Por un instante, los enanos permanecieron inmóviles.
—¿Qué sucede? —inquirió Clavel.
—Perdonad —repuso Rosado—. Es que la emoción nos domina. Vamos, gigante amable.
Al atardecer, Clavel, seguido por la multitud de enanos, llegó al palacio. Por cierto que no podía entrar, a causa de su descomunal tamaño. El rey fué trasladado con gran ceremonia hasta la barba de Clavel. ¡Oh, qué agradable era dormir en aquel mullido lecho! Podéis imaginar tal vez que la barba de un gigante es dura y punzante como la crin. Pero no. Aquella sedosa maraña era suave y estaba impregnada de aromas de flores.
—Buenas noches, Majestad —sonrió Ya.
—Buenas noches, mi fiel Ya —respondió Cini, y estas palabras fueron celebradas por los enanos, pues aquélla era la primera vez que el rey hablaba desde que había caído enfermo.
—Buenas noches —decían todos, desfilando ante Cini.
—Idos a dormir. Dejadle tranquilo —indicó el gigante.
No estaba enfadado, pero se preocupaba por el monarca.
Cini se acomodó bien en su singular cama. Cerró los ojos y se sumió en el descanso. La corona opaca empezó a brillar. Las mejillas del soberano recobraron su color. Los labios sonrieron entre sueños.
Al día siguiente, Cini se levantó con su alegría y agilidad habituales.
—¿Cómo habéis amanecido, Majestad? —preguntó Clavel.
—Magníficamente, buen gigante. ¿Cómo puedo recompensar vuestra bondad? En nuestras cavernas hay tesoros incontables. Elegid.
—No apetezco riquezas. A mí sólo me complace la vida sencilla y adoro el campo, las nubes, los ríos y, sobre todo, las flores.
¿Y sabéis qué hicieron los enanos para premiar al gigante amable? Le regalaron un prado en el cual crecían las flores más bellas y fragantes. Clavel se pasaba días enteros reclinado en el valle y pensaba que era el gigante más venturoso del mundo.

KETMIS

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO IX.—UN GATE ENDEMONIADO

1. Corentín y los piratas Hawkins y Obrien encontraron a bordo de un barco fantasma a Dania y al doctor Elison. Eran los únicos sobrevivientes a bordo. En las bodegas estaba escondido un fabuloso tesoro. Un día avistaron el "Tiburón", nave de filibusteros, y acudieron a hablar con el capitán.

2. El pirata, al verles llegar, lanzó una risotada. "—¿Qué delegación de pejesapos es ésta?", preguntó burlón. "—Retiene tu lengua, o con la espada de Morgan te haré callar", contestó Corentín. Todos creyeron que el rudo corsario estallaría de cólera, pero, al contrario, abrazó a Corentín.

3. "—¿Tú heredaste la espada de Morgan? —exclamaba emocionado—. Yo soy Brigano. Con Morgan recorrí los siete mares. El muchacho que lleva su espada es para mí como un hijo predilecto." Dirigiéndose a Obrien y a Elison, añadió: "—Regresen a su barco. No les haré daño alguno. Corentín se queda conmigo".

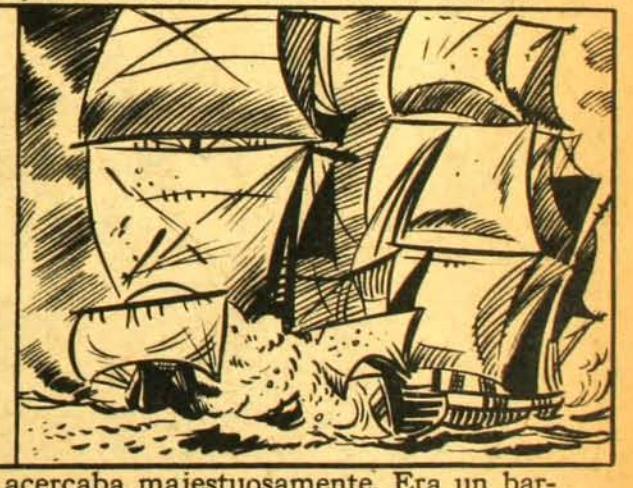
4. Obrien posó su mano sobre la rubia cabeza del niño. "—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó—. Si no, te defenderé aún a costa de mi vida." Corentín replicó: "—Gracias, Obrien, pero no es necesario que desenvaines tu viejo sable de pirata. Me quedo por mi propia voluntad. Adiós".

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

5. Al separarse de los filibusteros, Corentín se sintió invadid por la tristeza. Pero dominó este sentimiento. Brigano le present a su contramaestre Fagot y a la tripulación. Luego lo condu a su cabina. "—Beloc, el viejo brujo, me habló de ti —declaró— Me dijo que eras más intrépido que Morgan."

6. "—Relátame tus aventuras, muchacho", añadió Brigano. C rentín repuso con altivez: "—No me llames muchacho, sino rata". El capitán del "Tiburón" no alcanzó a responder. El vig gritó en ese instante: "—¡Se acerca un galeón a barlovent Los corsarios se agitaron, ansiosos de combatir.

7. "—¡Es el "Sirena de Oro"!, anunció un grumete. Fagot, excitado, reunió a la tripulación: "—¡Prepárense para un endemoniado encuentro! El galeón es más poderoso que nuestro barco, pero lo derrotaremos. Todos saben que a bordo de él está Melnac, ese petimetre que ha jurado vernos a todos en la horca".



8. El "Sirena de Oro" se acercaba majestuosamente. Era un barco de velas blancas y casco dorado. Su capitán, Melnac, se erguía en el puente. Vestía de raso y terciopelo. Una fina gorguera de encajes cubría su pecho. "—¡Fuego!", ordenó con displicencia, y el terrible combate empezó.

(CONTINUARA)

JIM EL secuestrado

CAPITULO II.—Jim desaparece.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan por las cercanías, espiando a Tino, a quien pretenden raptar.

El profesor Leandro había organizado un juego parecido al "pillarse". Los alumnos del internado de la Florida se entusiasmaron y recorrían el bosque en busca de alguien a quien perseguir.

Tino y Jim, los dos amigos que tenían una semejanza asombrosa cambiaron sus ropas, a fin de confundir aún más a sus compañeros. Muchos decían:

—Conozco a Jim porque usa boina y a Tino porque lleva gorra con visera.

Ahora que la vestimenta estaba cambiada, hasta el pequeño Tortolito, el más sagaz de los internos, se vería en dificultades para reconocer a sus amigos.

El sol ya se había ocultado. Jim avanzaba con cautela, para descubrir a alguno de sus condiscípulos. De pronto divisó a Rodolfo Cand. Venía de frente a él, de modo que no podía decir las palabras del juego: "Voy detrás de ti".

Pensaba hacer un rodeo para colocarse bien, cuando en el bosque, ya cubierto de sombras, vibraron las frases convenidas: "Voy detrás de ti."

Una voz cavernosa las había pronunciado y, de súbito, aparecieron las pálidas figuras de dos fantasmas. Al verlos, el cobarde Rodolfo escapó a todo correr. Tras él corrieron los espectros, levantándose las faldas blancas para no tropezar en ellas. Porque no es digno de un fantasma enredarse en su propia sábana.

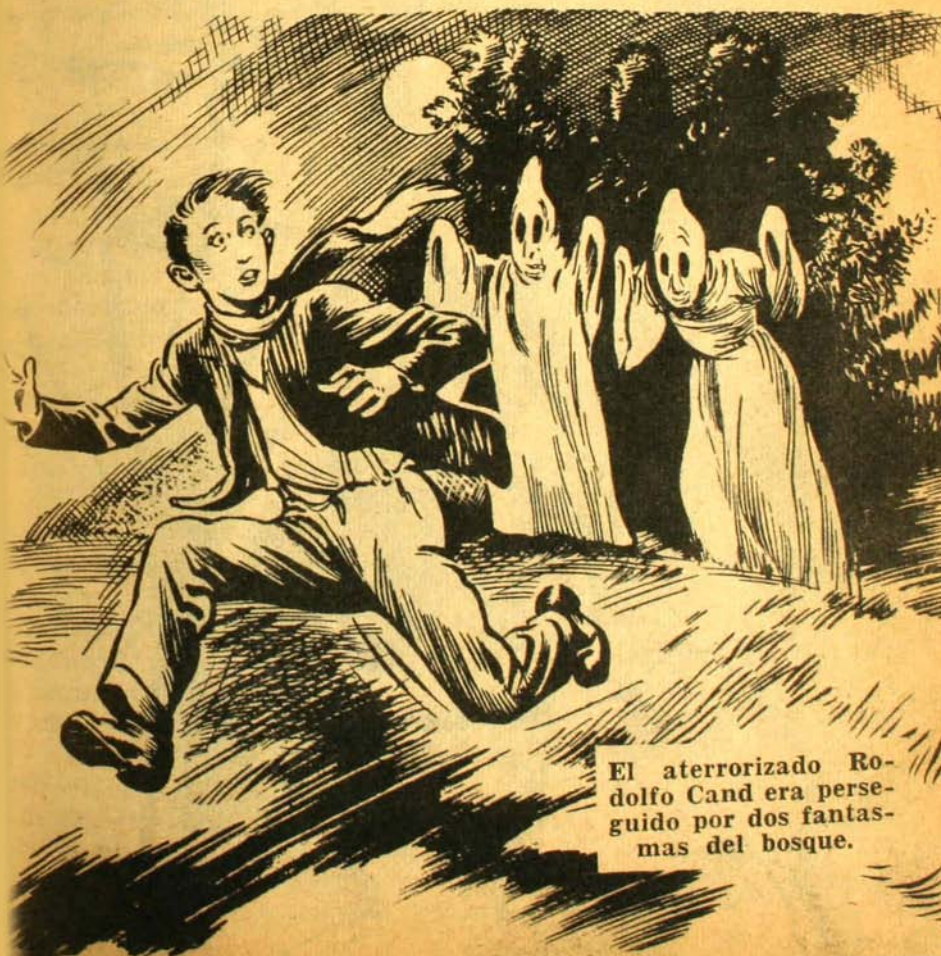
Jim, atónito, vió pasar las siluetas fantasmales. Bajo el revuelo de sábanas distinguió zapatillas de gimnasia y unas piernas morenas que reconoció.

—Tortolito —exclamó, riendo—. Y el otro es Tino.

Todavía se escuchaban las voces de ultratumba y los agudos gritos de Rodolfo Cand.

Jim prosiguió su camino. Bordeaba el río y llegó junto a unas rocas que se alzaban, negras y siniestras. Al pie de ellas, el agua se agitaba en un violento remolino. Los habitantes del lugar decían que en esos roquedos había grutas subterráneas, pero nadie se aventuraba a explorarlas. El río, que se deslizaba plácidamente en el valle, al acercarse a las rocas, se transformaba en un torrente furioso.

Jim subió por un estrecho sendero, hasta alcanzar la cima del precipicio. Contemplaba la vorágine abierta a sus pies, cuando percibió un ligero rumor. Alzando la mirada, vió a un hombre



El aterrorizado Rodolfo Cand era perseguido por dos fantasmas del bosque.

que ascendía. No tardó en llegar a la estrecha plataforma de roca.
—¡Hola, Tino! —saludó, alzando la mano.
Por un instante, Jim lo observó con desconfianza. Pero el desconocido no tenía aspecto de maleante, ni sus ojos eran huidizos.
—¿Me conoce? —preguntó, sin explicar que no era Tino, sino Jim.
—Por supuesto.
Las azules pupilas de Jim trataban de investigar quién era aquel desconocido y por qué le había dirigido la palabra.
Súbitamente, desde la lejanía, se oyeron los llamados del profesor Leandro, que a sus gritos intercalaba a veces un pitazo.
—Es tarde. Nos llaman —dijo, avanzando en dirección al hombre. Este no se movió para darle paso. Se mantenía en el sendero, como si estuviera dispuesto a retener a Jim.
—Déjeme pasar, señor.

—¡Hola, Tino! —saludó el desconocido, alzando la mano.

El desconocido no se apartó. Encendiendo un cigarrillo, indicó:
—No hay prisa, Tino. Tenemos que hablar de algo muy importante.
—Nada tengo que decirle. Déjeme pasar.
Ya era de noche. Jim se sintió oprimido por las sombras y el silencio. El profesor Leandro cesó de llamar a sus alumnos. Creía, sin duda, que ya todos habían acudido.

* * *

Tino se reunió con sus condiscípulos en torno al vivac del campamento.
—¿Han visto a Jim? —preguntó.
—Sí —repuso Martín, un rubio alto y nervioso—. Lo vi pasar cuando venía hacia acá.
—¿Estás seguro?
Martín fijó su mirada en Tino. Llevaba la boina, pero tal vez no era Tino.
—Es decir... —vaciló—. Creo que te vi a ti mismo. Llegamos casi juntos. No, no he visto a Jim.
Tino, inquieto, continuó buscando a su amigo. Pero nadie le dió noticias de él. Sirvieron la comida y el sitio de Jim seguía vacío. El profesor Leandro lo advirtió.
—¿Dónde está Jim?
—No lo sabemos, señor.
—¿Quién lo vió último?
Todas las miradas se dirigieron hacia Tino. El muchacho se levantó, pálido de ansiedad. Con voz que temblaba, explicó:
—Hace media hora más o menos estuve con él. Cambiamos ropa, a fin de engañar al que nos persiguiera. Después él se alejó en dirección al río, a la Gruta Hundida.
¡La Gruta Hundida! Este nombre estremeció a profesores y alumnos. Ese lugar era fatídico. Un soplo de tragedia tembló en el silencio.
Leandro se aproximó a uno de sus compañeros, Marcelo Gisbert, profesor de botánica, y le habló en voz baja. Luego ambos se dirigieron hacia la tienda de campaña donde se guardaban la camioneta del colegio y una motocicleta. Resonó el potente rugido del motor y luego la motocicleta se precipitó por el camino, hacia el río.
—Es terrible —balbuceó Tortolito.
Las lágrimas inundaban su rostro.

—No llores —dijo Martín—. Nada ha sucedido. Jim regresará.
—Si vuelve, prometo no hacer más bromas pesadas a los pesados.
Recordaba la broma de los fantasmas, que persiguieron por todo el bosque al aterrorizado Rodolfo Cand.
Tino, incapaz de pronunciar una sola palabra, permanecía inmóvil, sentado sobre un tronco de árbol. Su primer impulso fué correr tras sus maestros y rogarles que lo llevaran consigo. Pero hubiera sido inútil y ahora sentía que las fuerzas lo habían abandonado.
"Jim —pensaba—. ¡Dios mío, protege a mi amigo!"
Transcurrió casi una hora y la incertidumbre se prolongaba. Tortolito lloraba desconsolado y el rubio Martín ya no le consolaba, porque él también lloraba.
El rector, pálido, silencioso, aguardaba el regreso de los maestros. Estos recorrieron las márgenes del río, llamando a Jim. No obtuvieron respuesta alguna.
Al pie de la inmensa roca, dejaron la motocicleta y treparon por el áspero camino.
—Alguien pasó por aquí —observó Leandro—. El pasto está hollado y algunas ramas de retamo se ven quebradas.
—Las cabras suben a esta altura —contestó Marcelo—. ¿Por qué hemos de suponer que fué Jim quién subió? Habíamos prohibido a los alumnos que rondaran por aquí. Es peligroso.
—Es verdad que Jim conocía la prohibición de llegar hasta la Gruta Hundida. Pero a veces los niños olvidan las advertencias, o se distraen. Jim no es desobediente y espero, confío, que no haya subido a estas rocas.
Por fin alcanzaron la planicie de piedra. El profesor Leandro miró hacia abajo y sintió vértigo.
—¿Descubre alguna otra huella? —inquirió.
—No. Ninguna.
Marcelo Gisbert se tendió sobre el precipicio, para escrutar la hondura. La luna surgió entre las nubes y su clara luz ofrecía una visión nítida del río y de las estribaciones de piedra.
—¡Oh! Mire.
La voz de Marcelo resonó ahogada. Sintiendo que su corazón cesaba de latir, Leandro se arrodilló.
—¿Qué sucede? ¿Qué ha visto?
—Inclínese con precaución. Cuidado con caerse. Mire aquella saliente de roca.
El profesor obedeció y sus ojos, obscurecidos por el temor, vieron

n pequeño objeto iluminado
or la luna: la gorra con visera
e Jim.
—¡Dios santo!
e irguió, pálido, aterrado. Mar-

—Alguien pasó por aquí —observó el profesor Leandro.

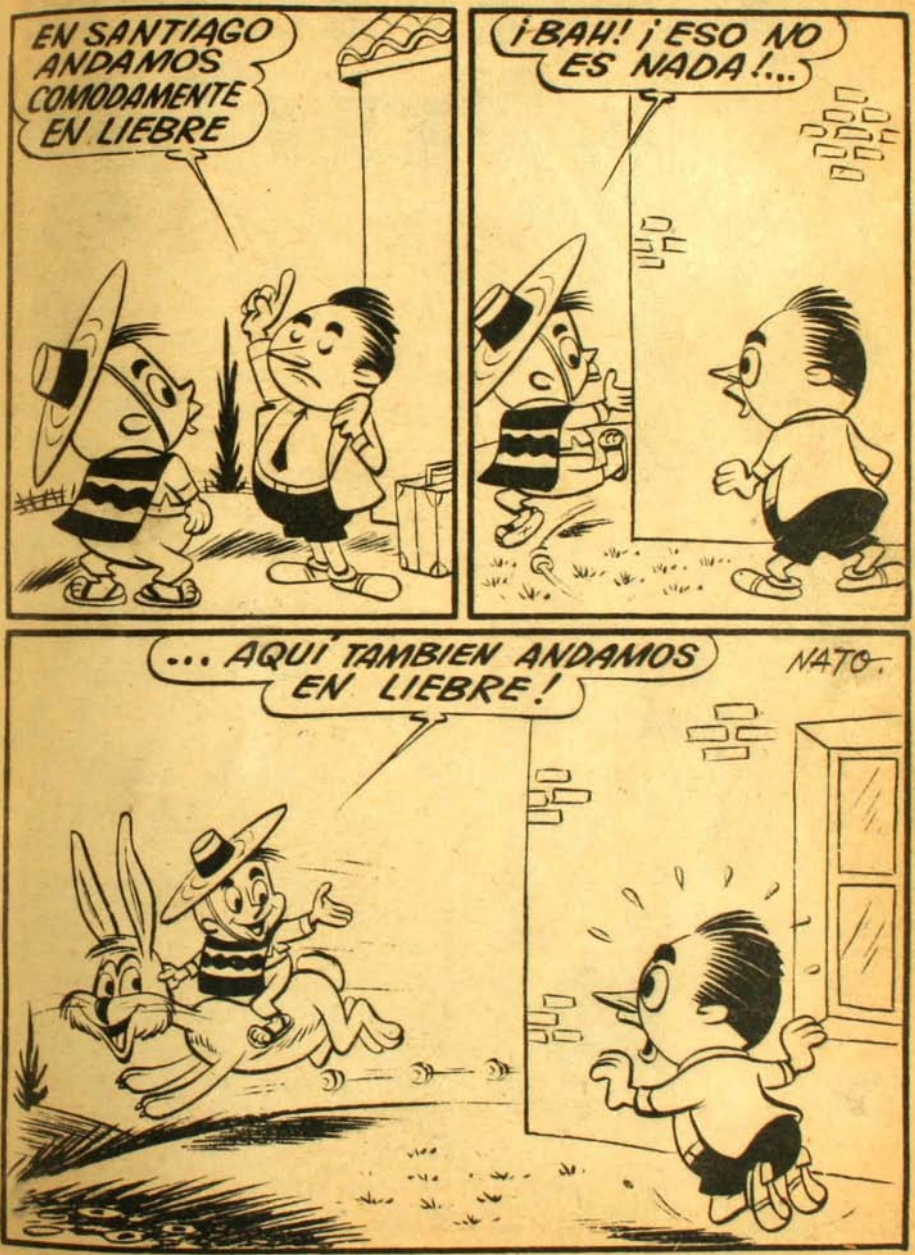
celo también se incorporó y ambos, en silencio, bajaron por el abrupto sendero. La emoción que les dominaba era tan intensa, que no pronunciaron palabra durante todo el trayecto. Consternados, regresaron al campamento. El rector no necesitó interrogarlos. En aquellos semblantes demudados leyó el drama que todos temían. La Gruta Hundida había devorado otra víctima: Jim.

(CONTINUARA)

Ponchito

HOY LLEGA TU PRIMO PITUCO DE SANTIAGO
VIENE A PASAR LAS VACACIONES CON NOSOTROS
¡AQUI VIENE!
¡YA NO PUEDO MAS DE CANSADO! ¡HE CAMINADO COMO DIEZ CUADRAS!
¡NO HAY COMO LA CAPITAL!

por nato


EN SANTIAGO ANDAMOS COMODAMENTE EN LIEBRE
¡BAH! ¡ESO NO ES NADA!...
... AQUÍ TAMBIEN ANDAMOS EN LIEBRE!
NATO.

Viviana y Tristán

CAPITULO II.—La torre prohibida.

El rubio Lancelote recibió un mensaje de su madre, Viviana la Hechicera. El paje Fagar le guiaría hasta el castillo sumergido en el lago. Tristán acompañaba a su amigo en este viaje fantástico. Al son mágico de una flauta, Fagar adormeció a los donceles antes de sumergirse con ellos en el lago.

Tristán y Lancelote continuaban sumidos en profundo sueño.

Tristán y Lancelote continuaron sumidos en profundo sueño. De pronto alguien penetró en la estancia. Sus pasos eran leves y silenciosos como la brisa. Deteniéndose junto al lecho, contempló las figuras inmóviles. Con suave gesto acarició la frente de Lancelote. Luego observó al joven moreno que dormía entre el lobo y la paloma.

Lancelote despertó primero y se lanzó a los brazos de Viviana la Hechicera. Ella oprimió contra sí el fino cuerpo del adolescente.

—Lancelote, hijo querido.

La voz profunda interrumpió el silencio. Tristán se incorporó y su mirada incrédula se fijó en Vivia-

. Ella era más extraña que el stillo sumergido.

Hijo del Lobo no concedió ención a los muros traslúcidos e dejaban ver peces centellean-, corales encendidos, plantas e flotaban en el agua verde. viana representaba todo el mis-io de aquel lago.

Tristán, el Hijo del Lobo — onunció ella, y Tristán supo en momento que Viviana podía r los pensamientos, escudriñar secretos, penetrar a través de ertas cerradas y vencer volun-les.

Con suave gesto acarició la frente de Lancelote.

Contempló al doncel que dormía entre el lobo y la paloma.

—Mi hijo te quiere como a un hermano. Eres bienvenido, Tristán, y puedes permanecer en este castillo todo el tiempo que desees.

—Es una morada extraña, Hada Viviana.

—Sí. Aquí vivió antiguamente el rey Pendragón, protegido por mil enanos de la selva de Brocelandia.

Tristán se contuvo. Ansiaba interrogar a Viviana, comprender el misterio que la rodeaba, estudiar la magia que flotaba en el aire, pero una voz secreta le advertía

Viviana abrazó tiernamente a su hijo.

que guardara silencio y que se mantuviera alerta.

Los dos amigos eran libres de recorrer todo el castillo, pero nadie respondía a sus preguntas. Los servidores pasaban mudos, herático. Sobre sus casacas se destacaba el blasón de Viviana: un cisne sobre campo azur.

Fagar les dirigía a veces la palabra, pero sólo para transmitir órdenes de la castellana.

En ocasiones, Lancelote y Tris bajaban al sótano y, a través muro de vidrio, contemplaba los monstruos acuáticos.

Sólo un lugar estaba prohibido torre.

—Fagar nos espía —dijo Lan lote—. Cada vez que tratamos llegar a la torre, aparece como surgiera del aire.

Tristán repuso:

—Un día burlaré su vigilancia

—Aquí vivió antiguamente el rey Pendragón —dijo Viviana.

Los servidores pasaban, mudos, herático-
cos.

El rubio Lancelote vaciló antes de decir:

—Es preferible no desobedecer, Tristán. Jamás he visto enfurecida a mi madre, pero me imagino que debe ser temible. No la desafíes.

Tristán sonrió para tranquilizar a su amigo. Pero la idea de subir a la vedada torre lo obsesionaba.

Viviana se reunía con ellos en las tardes y les leía pergaminos legendarios. Hablaban de tesoros fabulosos, acumulados por enanos rapaces que brotaban de la tierra para apoderarse de las riquezas. Luego desaparecían con ellas.

(CONTINUARA)

de el sótano con-
mplaban a los
nstruos acuáticos.

Viviana les leía pergaminos legendarios.

¿QUE DIRIAS TU

Si fueras Galileo Galilei y estuvieras frente al tribunal de la Santa Inquisición y tuvieras que abjurar de tus principios, ¿qué dirías? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 173: N.º 1, corte género; 2, reloj despertador; 3, traje de baño; 4, premio de $ 50.—; 6, bolsa de playa; 7, billete; 8, armónica; 10, cinturón.

PREMIADOS: UN CORT GENERO: Katia del Río C ceres, Santiago. UN REL DESPERTADOR: Jaime P zo Cisternas, Santiago. U TRAJE DE BAÑO: Edmu do Villarroel, Lota Alto. U PREMIO DE $ 50.—: En que Dattoli, San Bernard Daniela Rubens, Santia Francisco Conejero, Santia Carmen Rivas, Santiago; A tonio Moure, Santiago. UN BOLSA PLAYA: Hugo R dríguez, Concepción. UN ARMONICA: Luis Caamañ Angol. UN CINTURON: Ra Labbé, Santa Cruz. UN T TALMIN: Asunción Martín Santa Cruz; María Luisa B quez, Puerto Montt; Eri Osswald, Temuco; Juan Riv Concepción; Antonieta Car jal, Santiago; Lilián Arias, Victoria; Gladys Merino, Angol; Germán Enci Talca; José Angel Jara, Talca; Nelson Armijo, Peumo; Sergio Sepúlved Concepción; Ulises Marcoleta, Copiapó; Gladys Sepúlveda, Santiago; Ros ba Abarzúa, San Gregorio; Pedro Mario Peralta, Pailahueque; Teresa O veros, Los Angeles.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 175

¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 19

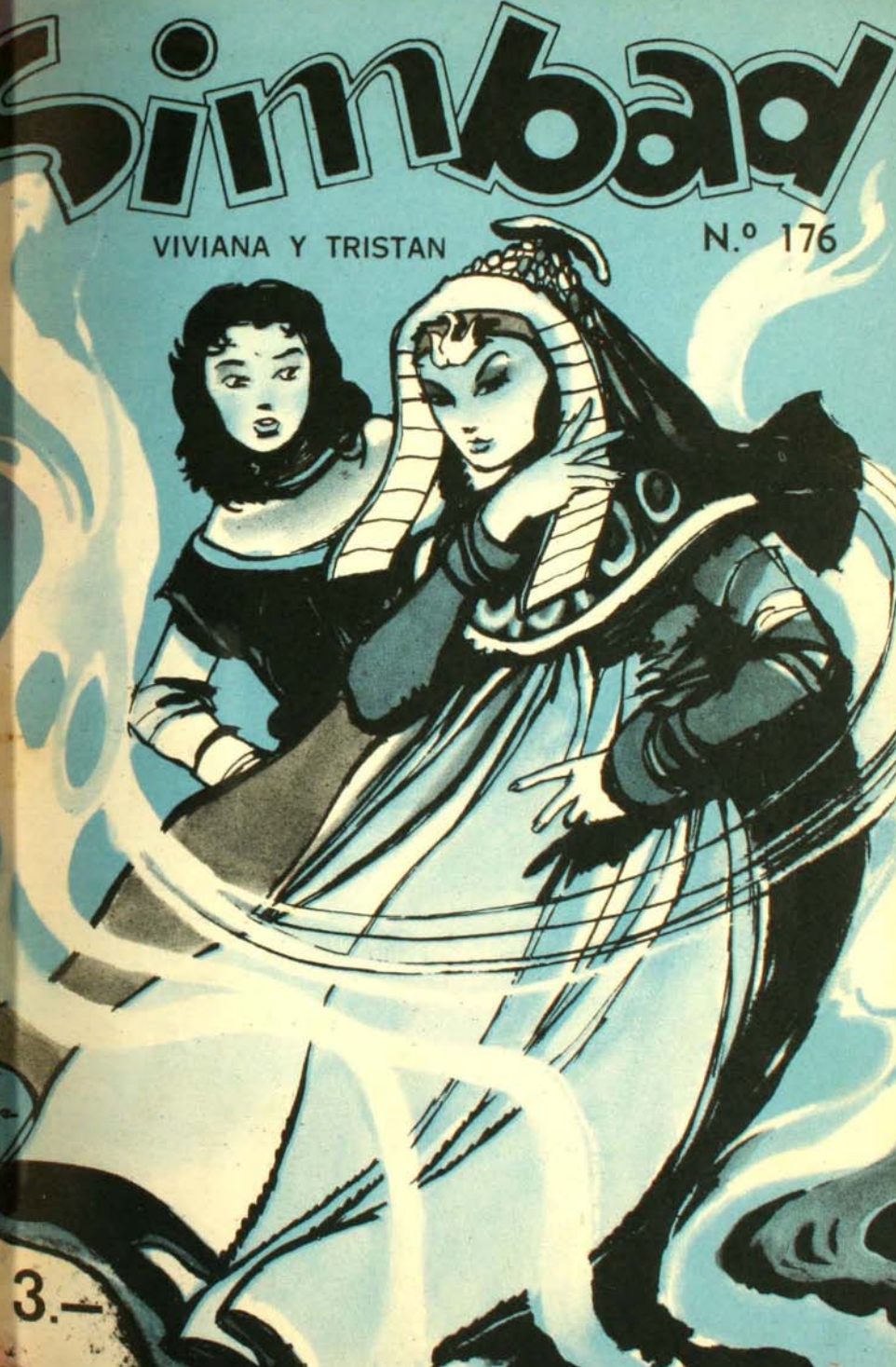
O HE QUEMADO EZ VIEJAS
Y YO, UNAS VEINTE
PARECE QUE ESO ES FACIL
OTROS QUEMAN VIEJAS... POR QUÉ YO NO LO PUEDO HACER TAMBIÉN?
¡AHORA ES LA OCASIÓN DE ENCENDER UNA!
¡SOCORROOO! ¡QUE ME QUEMAN! ¡BOMBEROS!
¡BAH! ¡NO SABÍA QUE METÍAN TANTA BULLA!
JUGOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad

VIVIANA Y TRISTAN

N.º 176



3.—

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGI

Simbad

AÑO IV - 14-I-1953 - N.º 176

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO II.—Rumbo al Oriente.

En Basora amenazaba estallar una revolución porque el sultán Husain eligió a la princesa Amina para que se desposara con el rey Mahdi. Las instigadores del desorden eran Tamara y Shira, que ambicionaban ser reinas y que se consideraban más dignas que Amina.

El visir, atemorizado por el tumulto, dijo al sultán:

—Sire, a las puertas del palacio hay una multitud furiosa. ¿Qué haremos para aplacarla?

—Llama a las princesas Shira y Tamara —ordenó el sultán.

Comparecieron ambas y Husain les advirtió:

—Amina es la elegida y mantengo mi decisión. Pero os permitiré acompañarla como damas de honor. El rey de la India os verá a ambas y estoy seguro de que también preferirá a Amina.

Las dos intrigantes se confabularon para ocultar

—A las puertas del palacio hay una multitud furiosa —anunció el visir.

—Amina es la elegida y mantengo mi decisión, —dijo el sultán Husein.

sus sonrisas. Había triunfado.

—Al contemplar mi belleza, Mahdi caerá rendido a mis pies— murmuraba minutos después Tamara, observando, reflejado en el espejo, su orgulloso rostro.

En ese mismo instante Shira abría uno por uno sus cofres repletos de joyas y decía:

—Deslumbraré a Mahdi con mis riquezas.

Shira y Tamara estaban seguras de que, al verlas, el soberano hindú no dirigiría una sola mirada a la humilde Amina.

Se calmó la agitación de la plebe y de los cortesanos.

—Habéis sido sabio, ¡oh señor de los creyentes! —balbuceó el visir, admirado de la argucia de Husain—. Sin cambiar vuestra voluntad, lográsteis que las princesas se quedaran tranquilas y que el peligro de una rebelión se disipara como una nube de verano.

—Te engañas si crees que Shira y Tamara están tranquilas— rebatió Husain—. Urdirán mil intrigas contra Amina.

—¿Por qué la expones entonces a la traición de esas dos víboras? —protestó el visir— ¿Quién la protegerá?

—Tú, Harum.

El visir quedó anonadado. Su voluntad era débil. Tanto Shira como Tamara la bella lo dominarían fácilmente. No deseaba

"Mahdi caerá rendido a mis pies", pensaba la vanidosa Tamara.

"Deslumbraré a Mahdi con mis riquezas", pensaba Shira.

n embargo, que el sultán descubriera su cobardía, y aceptó la isión.

n hermoso barco fué equipado para el viaje a Bengala. El puerde la Mesopotamia asiática estaba invadido de cargadores e transportaban grandes fardos. Espléndidos presentes para el y fueron llevados a bordo.

sultán Husain acompañó a Amina hasta el muelle. Dirigiénse a Harum, insistió:

Debes protegerla con tu propia vida si es necesario.

Un barco fué equipado para el viaje a Bengala.

—Protege a Amina de sus enemigos —ordenó el sultán al visir.

Luego habló a Amina:

—Tu sendero estará lleno de insidia y traición. Pero vigila, defiende y lucha por conservar el rubí de Mahdi, que te convierte en reina. Guárdalo, como el talismán que te dará la felicidad.

—Lo defenderé siempre, mi sultán —respondió Amina.

En sus ojos negros fulguró su voluntad. Husain sonrió confiado. Amina era dulce y serena, pero tenía el valor de un *sikh*, guerrero de la India.

El barco levó anclas. Amina, erguida, inmóvil, vió alejarse la costa. El mar en calma y el cielo despejado no presagiaban tempestad. Pero a bordo se tramaba la traición y no tardaría en causar estragos un huracán de odio y envidia.

"¿Qué sentimientos se albergarán en el corazón del rey Mahdi? —pensaba Amina—. ¿Será justo, valiente y noble?"

Ansiaba reinar a fin de proteger a sus súbditos. El país era extenso y su pueblo sufría a causa del hambre, de la ignorancia y de la guerra de castas.

Tamara, manteniendo

—El rubí de Mahdi es el talismán que te dará la felicidad.

espejo ante ella para admirarse, discurría:
Mahdi tendría que ser ciego para no quedar subyugado ante belleza. Lo dominaré completamente y sólo obedecerá a mi luntad. Haré traer para mí las sedas, los brocatos, los velos y joyas más preciosas de la India, a fin de adornarme. Viviré un palacio de oro marfil y en todos muros habrá es- jos.
ira también se for- ba sueños:
Mis riquezas, uni- s a las de Mahdi, convertirán en soberanos más ri- s de la tierra.
amando a Marati, esclava, le ordenó:
Abre todos mis res. Quiero buscar anillo con un rubí.
parció las alhajas bre una alfombra.
arati había retroce- do y permanecía rodillas. Shira no rmitía que su es- va se acercara a joyas, ni que su mbra las mancha- Con un grito de unfo, la princesa gió una sortija.
Es idéntica al rubí Mahdi —susu- —. Amina, mi ada enemiga, nun- serás reina de ngala.

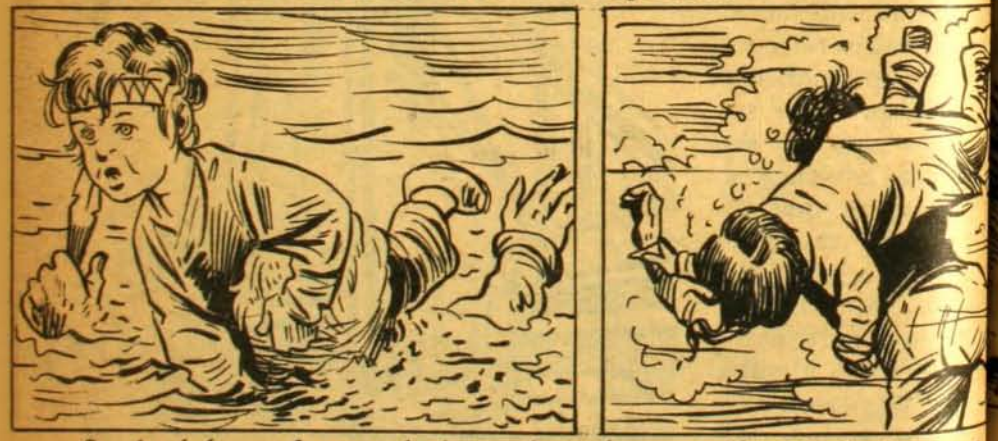
(CONTINUARA)

El barco levó anclas, rumbo al Oriente.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO X.—EL RIO TRAICIONERO

1. Samuel Bill, Papus y Bepo remontaban el río Colorado, en busca de una raza de zorros plateados. La canoa se volcó y el niño indio desapareció entre las turbulentas aguas. Bill se sumergió y por fin logró alcanzar el pequeño cuerpo arrastrado por la corriente. Casi asfixiado, volvió a la superficie.



2. Aspiró con fuerza el aire y después remeció al indiecito, para hacerlo reaccionar. Papus recobró la conciencia y, dominado por un terror súbito, se aferró nerviosamente a su salvador. "—¡Quieto, diablillo!", gritó Samuel Bill, pero el niño siguió luchando, enceguecido por el espanto, y ambos se hundieron de nuevo.

3. Comprendiendo que estaban en peligro de muerte, Samuel Bill asestó una bofetada a Papus. Este quedó inerte y entonces Bill pudo nadar, venciendo a la poderosa corriente. Resurgió, cansado pero victorioso, y se sostuvo de una roca. En su brazo yacía Papus, cual un muñequito desarticulado.

4. El joven tendió a Papus boca abajo y, mediante movimientos respiratorios, lo hizo volver a la vida. Cuando el niño irguió la cabeza, coronada por la pluma mojada, Samuel Bill dijo: "—Ahora no importa que patalees, pequeño demonio." En ese momento el viejo Bepo gritó: "—¿Necesitan ayuda? Ya salvé la canoa".

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

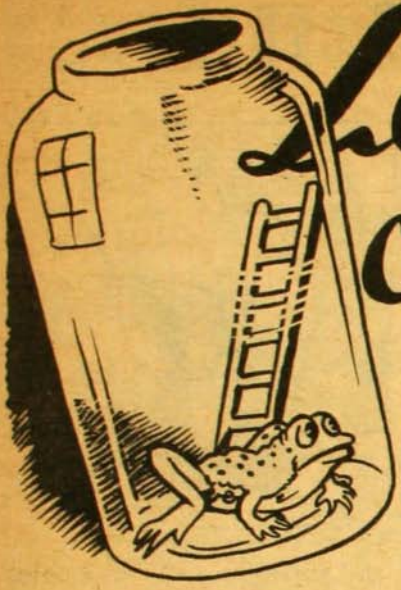
5. Samuel Bill observó el río. Las aguas se arremolinaban furiosas. Las había dominado y no era prudente aventurarse por segunda vez. "—¡El lazo! —gritó a su viejo amigo—. Amárralo y tíralo para acá." Bepo respondió: "—No me dés lecciones. Yo soy más "gallo" que Pekos Bill, tu famoso pariente. ¡Allá va!"

6. Samuel Bill cogió en el aire el extremo de la cuerda. Luego alzó a Papus, aconsejándole: "—Permanece tranquilo. Déjate llevar y, por el Gran Espíritu, no te muevas." Luego se lanzó al río. Bepo recogía el lazo, diciendo: "—Van navegando bien, muchachos. No se impacienten. Ya llegan. ¡Upa!"

7. Pasadas las angustias, los amigos se entregaron a la alegría de verse reunidos. Mientras Bepo y Samuel Bill se abrazaban, Papus retorcía su blusa para sacarle el agua. "—Menos mal que mis amigos de la tribu no me ven —meditaba—. Yo soy Papus el bravo, pero si me vieran así, lo dudarían."

8. Las aguas corrían cada vez más rápidas y tumultuosas. Al avistar una cascada, los viajeros aproaron hacia la ribera. "—Prefiero seguir a pie y no darme otro baño", dijo Bepo. Samuel Bill cargó la canoa. "—Ya estamos cerca del gran cañón —anunció el joven aventurero—. Por fin cazaremos zorros plateados."

(CONTINUARA)



La ranita cautiva

Pablito se sentía sofocado por el calor. Toda la tarde permaneció junto a la laguna, tratando de pescar, pero sospechaba que los peces se reían de él.

Por fin, cansado, regresó a la casa. Su hermana Rosalía dijo:

—Tengo la sartén lista para freír ¿Qué pescado traes?

—Ninguno.

—¿Hay pescados que se llaman "ningunos"?

—No te hagas la graciosa. Traigo algo. Mira.

Abrió con cuidado su mano y Rosalía vió una pequeña rana verde como una hojita recién lavada por la lluvia. Sus ojos dorados miraban temerosamente.

—¡Qué linda es! —exclamó extasiada—. ¿Qué piensas hacer con ella?

—Matarla, como he visto que lo hace la cocinera. Dicen que las patas de rana son ricas.

—¡Qué horror! No puedes ser tan malo, Pablito. Mira la pobre ranita. Parece que sus ojos imploran.

—Todas las mujeres son lloronas —observó el niño—. Está bien. No la mataré. Pero no me pidas que deje libre a este animal. Haremos con él un barómetro. Lo encerraremos en un frasco con una escalerita. Si va a hacer buen tiempo, se subirá. En cambio si va a llover, la rana permanecerá abajo.

El proyecto entusiasmó a Rosalía.

—Es buena idea —dijo—, y será muy entretenido. Yo misma arreglaré el frasco para que ella esté cómoda y no se aburra.

Pablo se ocupó de hacer la escalerita para amoblar la prisión de la inocente rana. Cuando la colocaron dentro, ambos hermanos

permanecieron observándola. El anfibio se mantuvo inmóvil, como una piedra de jade. No se movía para nada. Hasta sus pupilas doradas veíanse fijas.

—Esperemos que se acostumbre a su nueva casa —indicó Pablito—. Está un poco desorientada.

El hermano y la hermana se fueron..., y entonces la ranita se puso a llorar. ¡Qué imprudente había sido! Se dejó coger por el anzuelo escondido bajo el pañuelo de seda, aquella seda reluciente con la cual soñó hacerse un vestido. Su coquetería era castigada y ahora, en el charco familiar, sus padres y sus amigos lloraban seguramente su ausencia.

¿Qué diría Nenúfar de Oro, el apuesto sapito que le hacía la corte? ¿Qué pensaría el bello Sagitario, para quién ella cantaba sus canciones más melodiosas?

—¡Ay! —suspiraba la desdichada ranita—. ¡Qué bien estaría bajo las doradas cañas o sumergida bajo las flores malvas de la alfalfa! Pero estoy prisionera. ¿Quién me salvará?

Vencida por la tristeza, terminó por quedarse dormida. La calma reinó en la casa. El silencio ya no era interrumpido por los lamentos y suspiros de la cautiva. En el lejano charco, dos sapos croaban melancólicos, recordando a la ranita coqueta.

Cuando Pablo y Rosalía despertaron al día siguiente, el claro cielo del verano había sido reemplazado por un cúmulo de nubes obscuras y amenazantes. No tardó en caer una copiosa lluvia. Las enormes gotas desaparecían, absorbidas por la tierra seca o inundaban el empedrado.

En el fondo del frasco, Ranita seguía obstinadamente inmóvil.

—Está bien que se quede al pie de la escalera, puesto que está

—¡Qué linda es! —dijo Rosalía, al ver a la ranita verde.

lloviendo —aprobó Pablito—. No hay duda de que la rana co noce sus deberes.
Continuaron contemplándola, esperanzados. ¿Cuándo subiría l escalera, para que cesara la importuna lluvia? Unas vacacione con mal tiempo, son desastrosas.
Al día siguiente, el diluvio proseguía.
Y al subsiguiente, también.
Pablito no podía salir a excursión, ni a pescar, ni a bañarse. Ca da día se sentía más aburrido y miraba a Ranita con ojos poc amistosos.
—Ella tiene la culpa —declaró por fin—. Si esto continúa, l mataré.
Rosalía se sobresaltó.
—Es inocente —protestó—. Ella indica el tiempo, no lo dispon a su voluntad.
No estaba segura de haber convencido a Pablito y temía que ma tara a la ranita. Aquella noche se acostó inquieta, angustiad Sus sienes ardían de fiebre y el corazón temblaba en su pech Y sucedió algo increíble:
A medianoche, un ave se deslizó entre las cortinas que adorna ban la ventana del dormitorio y picó suavemente la mejilla d la niña, para despertarla y atraer su atención. Era un petirroj muy desenfadado, que hablaba como nosotros. Dijo:
—Oyeme, chica. Yo sé que tú y tu hermano tienen prisioner injustamente a la ranita verde del pantano. Su familia y su amigos han jurado venganza.
Rosalía, atónita, creyó que soñaba. El petirrojo, adivinando s pensamiento, le advirtió:
—No sueñas, muchacha. Déjate de dudas y óyeme. Los batraci de todos los charcos y lagunas presentaron una petición al so nuestro rey. Por supuesto que fuí el elegido para llevar el me saje. Antes, hace muchos años, cumplí una embajada semejant Llegué ante el sol y desde entonces todos nosotros tenemos pecho rojo, porque una llama del sol se me prendió al acerca me demasiado. Pero ésa es otra historia.
Se detuvo un instante para tomar aliento y después añadió:
—Volé hacia el sol y, cuando le presenté la petición de las r nas, se enfureció tanto que temí que una llamarada me envo viera. Y ya no hubiera sido sólo un petirrojo, sino un pájar rrojo.

Por lo visto, la avecilla tenía debilidad por hablar mucho. Rosalía, ansiosa, preguntó:

—¿Pero qué dijo el sol?

—No me interrumpas, niña charlatana —replicó el petirrojo, ofendido—. El rey rugió: "Anda a decir a Rosalía que mi cólera no terminará hasta que ella en persona devuelva a la Ranita Jade al charco de donde la sacó su hermano y, que no volveré a alumbrar hasta que mi voluntad sea obedecida".

Rosalía se sintió sobrecogida de miedo al oír la terrible amenaza.

—Entonces yo regresé volando —continuó el petirrojo—. Me imagino que todos estos días ha estado lloviendo.

—Sí, es verdad —asintió Rosalía—. ¿Por qué no volaste más rápido?

La avecilla inclinó la diminuta cabeza para mirar de más cerca a la niña. O estaba medio dormida o era un poquitín tonta.

—¿Sabes qué distancia hay de la tierra al sol? —preguntó como un profesor que interroga a un alumno lerdo—. Algo así como 93 millones de millas.

Rosalía, avergonzada de su ignorancia, guardó silencio.

—¿Y crees que esa distancia se puede recorrer en menos tiempo del que yo empleé? —insistió el petirrojo, con acento implacable.

—Perdóname —balbuceó la niña.

La niña se levantó a las seis de la mañana. Llovía a cántaros.

Bajo la lluvia, Rosalía se dirigió al pantano.

—Está bien. Comprendo que no has ido a los cursos superiores a los cuales yo asistí —dijo el ave, condescendiente—. Y ahora, lleguemos a un acuerdo. ¿Obedecerás el mandato del sol?

—Naturalmente. Sería espantoso que siguiera lloviendo durante todas las vacaciones.

—Entonces levántate mañana temprano y lleva a la Ranita Jade a su hogar. ¿Convenido?

—Convenido —repitió Rosalía—. Y muchas gracias, petirrojo.

—De nada, chica. Buenas noches. Que duermas bien.

—Buenas noches, petirrojo.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, Rosalía abandonó la cama. Llovía a cántaros. Se calzó las botas de goma y se colocó el impermeable con capuchón.

—Pensar que me reí a gritos cuando mi tía me mandó las botas y la capa. No creí que las necesitaría en pleno verano —murmuró.

Se encaminó silenciosamente al comedor, donde estaba el frasco. A través del vidrio, examinó a la Ranita Jade. No dormía y sus ojos brillaban como si estuvieran llenos de lágrimas doradas.

—No estés triste —susurró—. Te llevaré a tu casa.

Ocultó el frasco debajo de su capa y salió. La lluvia le azotaba el rostro. Pero advirtió que, a medida que se aproximaba al pantano, el temporal amainaba. Cuando llegó junto a los cañaverales, ya sólo caía una llovizna suave y agradable.

–Reúnete con los tuyos —dijo Rosalía, dejando en libertad a anita Jade.

lla saltó al barro y su contacto fresco la colmó de alegría.

–¡Ranita Jade ha regresado!

–¡Ranita Jade ha regresado!

a noticia se esparció por todos los charcos. El apuesto sapó Neúfar de Oro decidió declararse ese mismo día para tener dereho a cuidar a la linda anfibia y no permitir que nadie la robase tra vez. Por su parte, Sagitario, el más bello galán del pantano, abía que era el preferido y resolvió contestar a las endechas de mor que le cantaba Ranita Jade y que él hasta ese día, sólo se mitó a oír.

–Cuando creí que la había perdido, comprendí que la quiero —roaba emocionado—. Formaremos una pareja feliz y un dúo coo no se ha oído jamás en las musicales noches del pantano.

Mientras tanto Rosalía caminaba hacia su hogar. Las nubes se sfumaron y el sol alargó su brazo de oro para acariciar la meilla de la niña. Esta sonrió feliz. En la puerta la esperaba su ermano.

–¡Apareció el sol! —gritó como si él fuera el autor de tal maavilla.

–Lo sé —contestó Rosalía—. El petirrojo no me engañó.

–¿De qué hablas? —preguntó Pablito, asombrado.

Su hermana le refirió la aventura que acababa de vivir. El niño a escuchó en silencio y luego se encogió de hombros. Rehusaba reer en aquel cuento, pero...

Pero nunca más intentó pescar otra vez a Ranita Jade.

La verde damita pudo vivir tranquila, sin que ningún anzuelo urbara su romance con Sagitario. Las bodas en el pantano fueon magníficas. Nenúfar de Oro lloró un poco al verse despreiado, pero luego se consoló. Fué el cantor más aplaudido de la iesta y el que más danzó con el violín de los grillos y las casañuelas de las cigarras.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO X.—LA [illegible]RA DE LA HORCA

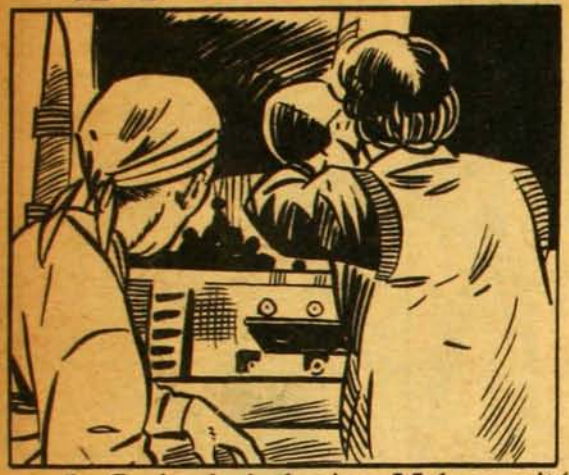
1. Corentín, el pirata invencible, cambió de barço. Navegaba ahora en la nave corsaria comandada por el capitán Brigano. Este velero se enfrentó con el "Sirena de Oro", capitaneada por Melnac. En el fragor del combate, los hombres de Melnac raptaron a Brigano y a Corentín, y luego el galeón emprendió la fuga.

2. Luego que las averías fueron reparadas, el "Tiburón" voló sobre las aguas, en persecución del "Sirena de Oro". El contramaestre rugía sus órdenes. Melnac observaba con temor el navío pirata. "—Ojalá se hundiera en el infierno —balbuceó—. Enfilemos rumbo hacia la isla Tortuga. Allí tengo refuerzos."

3. Los dos barcos, uno tras otro, surcaban las aguas. De pronto el "Sirena de Oro" disminuyó la velocidad. "—¿Qué trama ese petimetre? —barbotó Fagot—. No nos hallará desprevenidos. Atención, artilleros. Cuando yo levante la mano, harán fuego, y manden al diablo a ese perfumado Melnac."

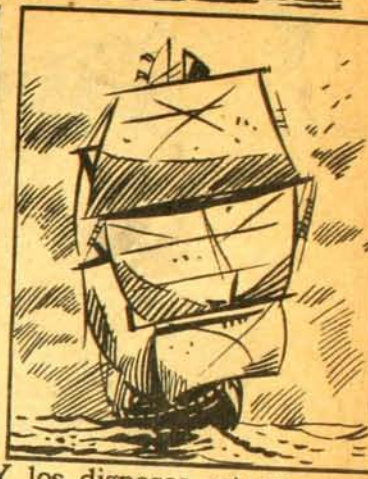
4. Hubo gran agitación frente a los cañones. Todos se preparaban para el combate. "Con la primera andanada, le haremos volar los encajes a Melnac —decían burlándose—. Ese menguado juró vernos a todos en la horca, pero se quedará con las ganas." La distancia entre las dos naves se acortaba rápidamente.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE



5. Cogiendo la bocina, Melnac gritó: "—¡Oiganme, perros! Si no se alejan de inmediato, el capitán Brigano, mi prisionero, morirá ahorcado en el palo de mesana. Y también colgaré al pillete que lo acompaña". Por un instante, los piratas permanecieron indecisos. Las vidas de Brigano y Corentín corrían peligro.

6. Luego Fagot respondió: "—Melnac, cerdo inmundo, ¿qué quieres a cambio de nuestro capitán y de Corentín?" Mientras tanto, prisioneros en la cala, Corentín y Brigano oían confusamente aquellas voces. No entendían las palabras y de pronto éstas fueron ahogadas por el tronar de los cañones.



7. "—¡Fuego! ¡Fuego!", bramaba Fagot. Y los disparos estremecían el mar. Nubes de negro humo se alzaron hacia el cielo y el acre olor de la pólvora se extendió, apretando las gargantas y ardiendo en los ojos. La bandera de Melnac fué derribada. "—¡Prepárense para el abordaje!", aulló el contramaestre.

8. "—Ya cogeremos a ese perro y le haremos ver que los verdaderos piratas no somos pisaverdes como él —barbotaba Fagot—. ¿Qué esperan para disparar?", añadió, observando que los filibusteros empezaban a vacilar. "—Si seguimos atacando, Melnac ahorcará al capitán", respondieron.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO III.— El secuestro.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan por las cercanías espiando a Tino, a quien pretenden raptar.
Jim se encuentra con un desconocido. Más tarde los profesores advierten su ausencia y salen a buscarlo. Ven su gorra con visera en una saliente del precipicio, y suponen que ha sufrido un fatal accidente.

La noticia de que Jim se había ahogado abrumó a los alumnos y profesores del internado de La Florida. El más desesperado era Tino, que lloró sin consuelo.

Al día siguiente, las autoridades del lugar movilizaron un equipo a fin de dragar el río. También se intentó explorar la Gruta Hundida, pero ninguna embarcación se aventuró a acercarse a la vorágine que rugía entre las rocas.

El cuerpo no fué rescatado. En ocasiones anteriores las víctim también habían desaparecido, devoradas por las cavernas subterráneas.

* * *

Retrocedamos ahora hasta el instante en que Jim hablaba c el desconocido. Este, de pie en el estrecho sendero, no permi que el niño bajara de la plataforma rocosa, bajo la cual bram ba el río.

—El señor Leandro está llamando a todos los alumnos —ins tió Jim.

—Conozco a Leandro —dijo el hombre, que seguía fumando c calma. Sacudió la ceniza del cigarrillo y añadió—: En realid se trata de una broma, muchacho. Leandro y Marcelo Gisb son mis amigos y me pidieron que participara en esta especie juego.

—No comprendo —replicó Jim.

—Oyeme con atención, Tino. Leandro hará creer al colegio q

has sido secuestrado. Por supuesto que llegará una carta explicativa y tranquilizadora. Un rapto, efectuado por maleantes, es angustioso.

—Sigo sin entender una palabra —declaró Jim, impaciente. No había explicado aún al hombre que él no era Tino, sino Jim.

—La Escuela de San Esteban está acampada al otro lado del río. Se supondrá que una brigada de chiquillos te ha secuestrado y que, como rescate, exigen que los de La Florida les envíen frutas y merienda para una excursión. Darán un plazo para que tus compañeros intenten libertarte. Si lo consiguen, serán los alumnos del San Esteban los que pagarán el picnic.

Jim vaciló antes de entregar a Ramiro su gorra con visera.

Los ojos de Jim empezaban a brillar con entusiasmo. La idea er magnífica. Se imaginaba prisionero en una carpa, custodiado po centinelas. Y a sus amigos, avanzando por el bosque para atra vesar el río y luego reptando hacia su celda para rescatarlo si que los "secuestradores" lo advirtieran.

—¿Está seguro de que la carta será recibida en la colonia? — preguntó—. No quiero inquietar a mis amigos ni a... Jim.

Instintivamente, sin saber por qué, seguía representando a Tin

—Completamente seguro, Tino. El mensaje, firmado por lo "Ogros comeniños del San Esteban" está en el bolsillo de Gisber

Jim vió que un auto móvil seguía a la ca mioneta donde él ib prisionero.

Jim lanzó una alegre carcajad Reconocía una vez más que broma era estupenda.

—¿Ahora no te resistirás acompañarme? —inquirió desconocido.

—Claro que no. ¿Adónde v mos?

Ramiro, pues era él, no conte tó. Se puso en camino, y Ji lo siguió, con una vaga inqui tud. Le agradaba sentir aquel sensación. Pensó que todos l grandes aventureros la expe

nentaban al arrostrar un peligro, al avanzar desafiante entre bandidos y pistoleros o perseguir una pista emocionante.

Se detuvieron junto a una camioneta oculta en la espesura.

—No tiene el nombre del internado San Esteban —observó Jim.

Ramiro estuvo a punto de lanzar un juramento, fastidiado por la agacidad de Jim, pero se contuvo.

"Menos mal que no vino Simón —pensó—. El no hubiera tenido paciencia para inventar el cuento del San Esteban y a estas horas Tino estaría con una mordaza y tal vez con más de un puntapié en las costillas."

—Se cuidaron todos los detalles —explicó—. Nadie ha visto por estos alrededores la camioneta del colegio enemigo. Nadie podrá declarar en su contra, en caso de un juicio. Tú sabes que ningún secuestrador anda exhibiendo su tarjeta de visita.

Jim rió de nuevo.

—Tiene razón, señor...,

—Ramiro Aldous.

Jim pensó que jamás había oído mencionar ese nombre al profesor Leandro o a Marcelo Gisbert.

De un salto subió a la camioneta. Ramiro cerró la puerta, pero no tardó en abrirla nuevamente.

—Dame tu sombrero —dijo.

—¿Para qué?

—Dámelo. Es parte del juego.

Jim vaciló en entregar aquella prenda que no le pertenecía, pues era de Tino.

—No perdamos tiempo —urgió el hombre.

El niño obedeció, sin imaginar que esa gorra con visera, hallada en una saliente del precipicio, haría creer a sus amigos y profesores que él había muerto ahogado en el río.

La puerta de la camioneta se cerró de nuevo y Jim oyó rechinar el cerrojo. Luego percibió el ruido del motor en marcha y, a través de la ventanilla trasera, vió que Ramiro quedaba en el camino.

La camioneta atravesó el bosque y siguió por una ruta solitaria. La sensación de inquietud creció en el corazón de Jim, hasta transformarse en temor. Ya debían haber llegado al campamento del colegio vecino. El calor era sofocante. Casi no había ventila-

ción en el coche, herméticamente cerrado. Jim golpeó con sus puños el tabique que lo separaba del chófer y gritó:
—¡Señor! Detengámonos un momento. Estoy casi asfixiado por el calor y el encierro.
Ninguna voz respondió a su llamado.
Jim guardó silencio un momento, y luego preguntó:
—¿Quiere permitirme ir con usted en el asiento de adelante? Ya nadie me verá.
Tampoco obtuvo respuesta. Sólo se oía el ronquido del motor. Con renovadas fuerzas, golpeó el tabique. Al fin, cansado, se situó de nuevo junto a la ventanilla trasera. Algunos coches pasaban, aventajando en velocidad a la camioneta. ¿Y si pidiera auxilio? Esta idea se clavó en su cerebro. La sospecha de que era víctima de un secuestro verdadero detuvo los latidos de su corazón. Aterrado, observó el camino, deseando con fervor y desesperación que apareciera un automóvil. El resplandor de unos faros brilló en la distancia. Más tarde, a través de la cegadora luz, vislumbró la forma de un coche azul. Vagamente creyó reconocerlo.
El auto, aunque era sin duda potente y veloz, se mantuvo detrás de la camioneta. ¿Cómo atraer la atención del chófer? Jim se torturaba el cerebro buscando una manera de pedir auxilio, cuando la bocina del coche resonó persistentemente. Aquello parecía ser una señal, porque la camioneta aminoró la velocidad.
El chófer abandonó su sitio, para reunirse con los ocupantes del automóvil. Cambiaron palabras en voz baja, y después Jim vió abrirse la puerta de su prisión. Distinguió la silueta de un hombre alto, de rostro sombrío y adusto. Junto a él, vió a Ramiro.
—¡Salta, pronto! —dijo el individuo alto.
Jim no se hizo repetir la orden. Estaba ansioso de abandonar su celda rodante. La prolongada permanencia en aquel encierro entumeció sus piernas.
—Sube al auto.
De pronto Jim se rebeló. Aquel sujeto impartía órdenes con una voz autoritaria que le desagradó.
—No quiero —replicó, y sus ojos azules relampaguearon.
—¡Sube, chiquillo idiota!
El hombre alzó la mano, para golpearlo, pero su compañero le impidió que maltratara al niño:
—Calma, Simón —dijo—. No necesitas enfurecerte. El muchacho es sumiso y no nos dará molestias.

—¿Sumiso? ¿Estás ciego o no ves que es un maldito porfiado?

Mientras se desarrollaba esta violenta escena, el chófer de la camioneta regresó a su vehículo y no tardó en alejarse.

—No discutamos más. Sube al auto. No tengo paciencia para convencer a muchachos idiotas.

Jim dió una mirada a su alrededor. ¿Podría huir de sus raptores? Porque ahora estaba seguro de que no se trataba de un juego, sino de un secuestro real.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡YA SE ME EMPACÓ ESTE CABALLO OTRA VEZ!
¡VAMOS, CAMINA ANIMAL FLOJO!
¡ES INÚTIL, CUANDO SE PARA NO HAY QUIEN LO HAGA ANDAR!
¿QUE HAGO? MI ABUELITA ME MANDÓ APURADO

por nato

¡YA TENGO UNA IDEA!
¡VEREMOS SI AHORA LO HAGO CORRER!
¡JA! ¡JA! ¡JA! ¡EL QUE SABE, SABE!
NATO

Viviana y Tristán

CAPITULO III.— Visiones de hechicería.

Tristán, el Hijo del Lobo, acompañó a su amigo Lancelote hasta el castillo sumergido en el lago. Allí residía el Hada Viviana, cuya fama de hechicera se extendía por Brocelandia y por todas las brumosas tierras de Bretaña.

El doncel recorría maravillado aquella vivienda de encantamiento y no se cansaba de leer los antiguos pergaminos que hablaban de tesoros ocultos y del rey Pendragón, el padre de los celtas.

No se cansaba de leer los antiguos pergaminos.

Esquivando al espía Fagar, subió a la torre prohibida.

istán se detuvo an- siete puertas de madera negra.

—Visitaré la torre —decidió un día y, esquivando al espía Fagar, subió las gradas de vidrio.

Una luminosidad verde azulada se filtraba a través de los muros, y Tristán comprendió que avanzaba hacia el corazón del misterio.

—Viviana nos prohibió acercarnos a la torre —meditaba—. Ni siquiera a su hijo Lancelote le permite venir. Pero yo quiero conocer el secreto que oculta.

Se detuvo ante siete puertas de madera negra. Inmensas telarañas pendían de sus dinteles, como cortinas tejidas por las viejas manos del tiempo. Tristán intentó abrir la más cercana y apenas la había tocado, cuando un frío intenso re-

rió su brazo y, atónito, lo vió convertirse en piedra. La sangre só de correr y la piel blanca se tornó gris y helada. Aterrado, iso mover los dedos, pero aquella mano modelada en roca si-

ó inmóvil y rígida. De pron- resonó una risa dulce y, sin bargo, escalofriante.

Viviana —murmuró Tristán.

la dejó de reír y, alzando su azo, dijo:

Subiste a la torre vedada, a sar de mi advertencia.

ijó su diestra lentamente y tonces Tristán sintió que la

brazo de Tristán se bía convertido en piedra.

vida retornaba a su brazo. La cálida sangre fluyó a través de las venas petrificadas y el doncel pudo agitar sus dedos.

Sonriendo, Viviana declaró:

—No puedes desafiarme, Tristán. Soy demasiado poderosa.

Nuevamente la alegría desapareció de sus labios. En su semblante extraño, la sonrisa o la expresión adusta surgían o se esfumaban con la misma rapidez. Y nunca se sabía cuándo era más cruel y temible, si cuando sonreía o cuando sus ojos relampagueaban de fría cólera.

Viviana se situó detrás del joven y, posando sus manos en los hombros, susurró:

—No puedes desafiarme, Tristán —dijo Viviana, sonriendo.

—Subiste a la torre, a pesar de mi prohibición —dijo la hechicera.

—Mira con atención. Estás frente a mis poderes mágicos.

Tristán, hipnotizado, vió que un incendio devoraba las siete puertas misteriosas. Luego desapareció aquel espejismo y las puertas reaparecieron, sin conservar señal del fuego. Pero de los umbrales se alzó un haz de serpientes que silbaban furiosamente. El Hijo del Lobo se cubrió los oídos, traspasados por el agudo silbar.

Las víboras se retorcieron airadas hasta que Viviana, con un gesto, las hizo desaparecer.

—¿Por qué llamaste a tu hijo —inquirió Tristán.

Esa interrogación asombró a la hermosa hechicera. Esperaba otras preguntas, relacionadas con su magia.

—¿Por qué quieres saberlo? —replicó, desconfiada.

—Yo pregunté primero. Contéstame —dijo Tristán, aparentando tranquilidad, aunque su corazón latía con fuerza.

Amaba a Lancelote como a un hermano y la idea de que el rubio doncel se convirtiera en un brujo le era insoportable. Lancelote del Lago, no el caballero triunfante en cien lides guerreras, sino el mago joven y fascinador que penetraría en los negros abismos de la hechicería y que tal vez sería temido y aborrecido.

—Lancelote nació para ser un héroe —pensó en voz alta.

Viviana se estremeció. A pesar de todo su poder, ese doncel tranquilo y de mirada recta la intimidaba.

—Nunca nadie se ha atrevido a interrogarme o exigir explicaciones de mi conducta —repuso, y sus ojos azules evocaron en Tristán la visión de un lago agitado por la tempestad—. ¿Por qué tú, doncel indefenso, pretendes desafiarme?

—Porque Lancelote es mi hermano y quiero defenderlo.

(CONTINUARA)

El doncel vió alzarse un haz de serpientes que silbaban furiosamente.

—¿Por qué quieres saberlo? —replicó Viviana, desconfiada.

¿QUE DIRIAS TU

Si entre muchos ignorantes, uno que apenas sabe leer fuera muy admirado, ¿qué dirías?. Envía tu respuesta a revista Simbad, Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 147. — De lo alto de estas pirámides, 40 siglos os contemplan. Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Arturo Santiago Venturino, Talcahuano; Carlos Miranda, Rancagua; Mario Valenzuela, Curicó. UNA PELOTA DE GOMA.— Marceau Rogeasse, Santiago; Silvia Inostroza, Angol; Guillermo Miralles, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO.— C. Ravanal, Chillán; Ana María Pacheco, Santiago; Adriana Cabeza, Linares. UNA ARMONICA.— Bernardo Espejo, Quilpué. UNA CARPETA ESQUELAS.— Patricia Barros, San Vicente T. T.; Richard González, Cabildo; Elena Vargas, Santiago; Rafael Vargas, Santiago; Heriberto Díaz, Cabildo. UN LIBRO.— Libertad Carrasco, Corral; Carmen Aguirre, Viña del Mar; Sergio Flores, Angol; Melania Seguel, Angol; Juana Uribe, Talcahuano; Aída Verdugo, Concepción; José Barrios, Valparaíso; Berta Ibarra, Victoria; Josefina González, Quillota; Alvaro Ramírez, La Serena. UN VITALMIN.— Sergio Mendoza, Viña del Mar; Pedro Manterola, Talca; Luis Uribe, Valdivia; Olga Rodríguez, Viña del Mar; Benito Sepúlveda, Quilpué; Magdalena Ortiz, Osorno; Guillermo Ramos, Ovalle; Rosa González, Villa Alemana; Jorge Leiva, Valparaíso, y Marta Correa, Viña del Mar.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 176

¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 19

ARECE QUE ESTE PURO ES
N POCO FUERTE
¡UF, QUE RARO ME SIENTO!
Y, ESTOY MAREADO!
¡UY! ¿PARA QUÉ HABRÉ FUMADO? ¡LO BOTARÉ!
ALTO AH!
NVERGÜENZA!
¡GULP!
¡A TU EDAD Y BORRACHO!
¡ANDANDO A LA COMISARÍA!

PELUSITA POR NATO

Simbad

3.- N.º 177

UINTIN Y SU PERRO

LUGOZE

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGI

Simbad

O IV - 21-I-1953 - N.º 177

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,65
Semestral: US. $ 0,90
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO III.—Dos anillos.

mbo al oriente partió la nave que llevaba bordo a la princesa Amina, destinada a nvertirse en la esposa del rey Mahdi. Viaban con ella Shira y Tamara, que tramaban una traición. Guiadas por la ambición y la soberbia, predían que el monarca hindú las eligiera, despreciando a Amina. tes de embarcarse, Shira ordenó que le confeccionaran una ica idéntica a de Amina. Era cilla, sin tejidos oro, ni relum- de pedrerías y orgullosa prinsa la vistió con sagrado. Pero consolaba pendo que aquel ri" casi humilde daría el triunfo. sus cofres, que sbordaban joyas oro, había un bí semejante al e Mahdi envió ra la elegida.

—¿Encontraste el anillo que te pedí? —preguntó Shira a su esclava Marati.

—A bordo hay una mujer que pretende suplantarme —dijo la intrigante Shira.

—Con el velo sobre r rostro, podré ser confund da con Amina —di Shira.

En seguida llamó al visi Harún.

—¿Quién soy? —interro gó con dureza.

Harún vaciló. Aquellas pu pilas reflejaban la crue dad. Lo dominaban com la mirada de una cobr que hipnotiza a su víctim antes de matarla. Vió e rubí en la mano de pie

obscura y repuso, inclinándose:

—Eres la reina de Bengala, mi bella soberana, la maharani má poderosa de la India.

—Bien, a bordo hay una mujer que pretende suplantarme y lle va un anillo falso. Toca llamada general para que todos acudan al puente. Quiero desenmascarar a la impostora.

—Obedezco, Majestad —murmuró el visir, atemorizado.

Al oír los sones del gong, Amina se presentó en el castillo d proa. Dirigiéndose a Harún, indagó:

—¿Qué sucede, visir?

—¿Qué sucede, visir? —preguntó Amina.

—Deseo ver el anillo co el rubí de Mahdi.

Shira, furiosa, intervino:

—¡Esta es la intrigant que pretende arrebatarm el trono indio! Lanzad al mar.

—Yo soy la elegida —re plicó Amina, sin alzar l voz—. Harún, el sulta Husain te ordenó prote germe.

—Ese mandato se referí a mí, la verdadera rein —gritó Shira—. No pro

—¡Esta es la pérfida que pretende arrebatarme el trono indio! —gritó Shira.

nguemos esta repugnante farsa. Examina mi rubí, Harún.
endió su mano, y en el mismo instante, Amina extendió la suya.
mbas piedras lucían con igual esplendor. ¿Cuál era la verda-
era reina? El visir esta-
a perplejo.
-¿Cómo solucionaré es-
? —musitó. Un secreto
stinto le decía cuál era
falsaria, pero temía su
lera y fingió estar des-
ncertado. Súbitamente
cordó una advertencia
l sultán de Basora.
-El grande y sabio Hu-
in previó esta intriga
-dijo—. Y me dió orden
lanzar al océano los
s anillos. El rubí legíti-
o volverá a la mano de
dueña.

—Harún, examina mi rubí —desafió Shira.

Un profundo silencio acogió esta declaración. Ante la idea de se pararse del anillo, Amina se estremeció. Evocó las palabras d Husain: "El rubí de Mahdi es el talismán que te traerá la fel cidad. Defiéndelo, lucha por él, guárdalo siempre".

Shira a su vez refexionaba:

"Mejor si se pierde esa maldita sortija. Así no podrá ser compa rada con la mía. Por cierto que es una lástima que tan esplé

El visir estaba perplejo. Los dos rubíes eran exactamente iguales.

dida joya desaparezca en las profundidades del mar."

Su codicia la impulsaba a lamentar la pérdida del rubí.

"Cuando me convierta en la maharani, coleccionaré todos los ru bíes de la India", pensó para tranquilizarse.

Luego, entregando su propio rubí a Harún, exclamó con simulad desprecio:

—¡Lánzalo al mar! Cuando suba al trono, el rey me cubrirá d alhajas mil veces más preciosas.

Lanzaré al océano
s dos anillos —de-
ró Harún.

Si alguna duda quedaba en el alma de Harún sobre cuál era la impostora, aquellas palabras avariciosas le hubieran demostrado que quien las pronunció era Shira.

"Sólo piensa en la riqueza —meditó el visir—. Alá, conviértela en moneda falsa para castigar su ambición.".

Sentíase amargado. En su débil corazón sólo había temor. Ansiaba defender a Amina, pero temblaba ante la amenaza que veía en los ojos de Shira.

"No podré huir a su venganza —continuaba divagando—. Tiene oro no sólo para pagar un asesi-

, sino un ejército de malvados que me perseguirán para ma-
rme."

-¿Qué esperas, visir? —gritó Shira—. ¿Por qué vacilas? ¿Aca-

las falsas declaracio-
s de esta traidora te han
nvencido? M i s e r a b l e
aria, ¿no sabes distinguir
una verdadera reina?

-Sí, mi soberana..., sí...
-balbució Harún.

-Ejecuta la prueba, en-
nces. Yo estoy segura de
lir victoriosa. Luego pen-
ré en el castigo que me-
ce esta insolente.

(CONTINUARA)

—Cuando suba al trono, el rey me cubrirá de alhajas mil veces más preciosas —dijo Shira.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO XI.—EL GRAN CAÑON DEL COLORADO

1. Samuel Bill, Papus y Bepo remontaban el río Colorado. Para evitar los peligros de una cascada, bordearon la ribera y luego lanzaron de nuevo la canoa al río. Los acantilados se alzaban imponentes y, en algunos sitios, sólo se distinguía una franja de cielo en la altura. Bepo refunfuñaba.

2. "—Estas rocas idiotas no dejan pasar la luz. Pronto bogaremos a obscuras." Un malestar indefinible dominó a los aventureros. El gran cañón del Colorado, cada vez más estrecho y sombrío, les oprimía. Las aguas rugían en las sombras. Durante días y días, Bepo y Samuel Bill remaron sin descansar.

3. Las provisiones se habían terminado y el hambre empezó a torturales. Ningún animal vivía en aquellas soledades, ningún pez flotaba en las negras aguas. "—¡Ay, Lolita!, ¿por qué no nos diste más víveres?", suspiraba Bepo. El que más sufría era el indiecito. "—Papus tiene hambre —gemía—. Papus se muere."

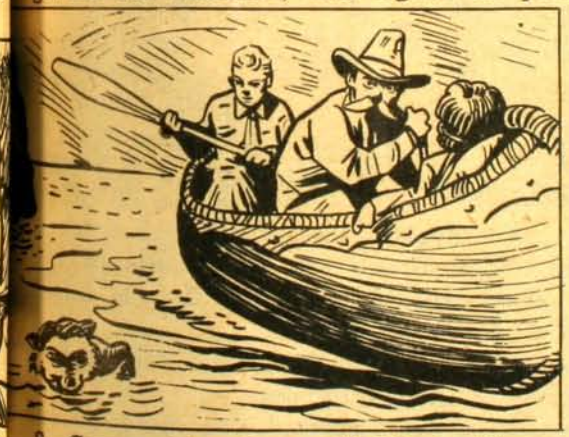
4. Dos días más transcurrieron. Ya el pequeño indio no tenía fuerzas. Samuel Bill, inquieto, pensaba: "Si el niño muere, ¿qué le diré a su madre, Estrella de la Mañana?" Bepo gruñía: "—Este diablito se vino de contrabando. Es su culpa, pero, ¿cómo demonios lo salvaremos? Piensa algo, Bill".

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

5. Samuel Bill también se sentía desanimado y amargado. ¿Faltaría mucho para salir de ese túnel fatídico? "—¡Pobre Papus!", murmuró entristecido. Recordaba las primeras veces que vió al niño piel roja, cuando de un flechazo hizo volar el sombrero de Bepo y cuando su padre Ciervo Volante lo castigó.

6. La inquietud y el dolor de los aventureros aumentó cuando Papus perdió el conocimiento. ¿Fallecería de inanición, sin que sus compañeros pudieran socorrerle? Conejos, ciervos y jabalíes desfilaban por la mente afiebrada de Bepo y de Samuel Bill. El inútil fusil de caza temblaba en sus manos.

7. De pronto Samuel Bill amartilló su arma. ¿Era víctima de un espejismo? Bepo lo observó alarmado. El no distinguía ni la sombra de un animal digno de que se le disparara un tiro. "—Bill...", empezó a decir deseoso de calmar el delirio de su amigo. En ese instante, una figura de poblada cola saltó al agua.



8. Con rapidez, Samuel Bill abatió de un golpe de remo a aquel animal que aparecía providencialmente cuando ya habían perdido las esperanzas. En seguida lo cogió y, abriendo la garganta de la nutria con su cuchillo, acercó a los labios de Papus el surtidor de sangre que le devolvería la vida. Bepo reía encantado.

(CONTINUARA)

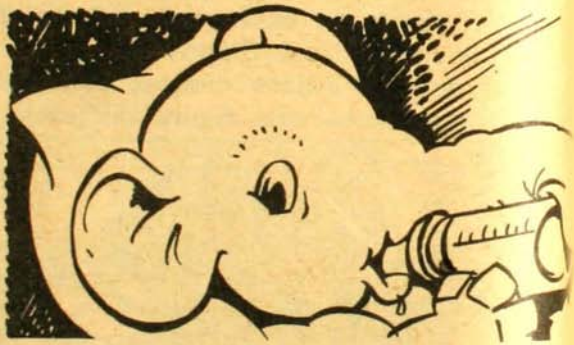
EL ELEFANTITO FORMIDABLE

a Mamá Elefanta y el Papá Elefante invitaron todos sus amigos de la selva para que acudieran admirar a su hijo recién nacido. El pequeño elefa tito era verdaderamente muy hermoso.

—Será el rey de la jungla —pronosticó un chimpan —Será el favorito de un maharajá —añadió una g za que leía muchas novelas del Oriente.

—Su fuerza atemorizará a las malas criaturas de la selva —t ció un hipopótamo, que saboreaba un exquisito plato de ba fresco servido por Mamá Elefante.

—Cuando cruce la tierra, temblarán los árboles —declaró u jirafa.



—¿Cómo se llama el nene? —indagó una curiosa cotorra.

—Aún no le hemos dado nombre —confesó Mamá Elefanta—. Deseáb a m o s que nuestros amigos nos dieran ideas.

Muy ufanos por esa demostración de amistad, los invitados propusieron mil nombr Gritaban, rugían, aullaban. El desorden era tan espantoso y vocerío tan terrible, que el elefantito lanzó berridos de mied En ese instante apareció el doctor Cocodrilo.

—¡Bien, bien! —aprobó con una sonrisa de medio kilómetro— Así me gusta. La alegría es siempre bulliciosa.

El doctor Cocodrilo era sordo y los destemplados rugidos lleg ban a él como suaves risas, voces alegres y conversaciones s ciales.

—¿Dónde está el heredero?

—Aquí, en su cuna de cañas de bambú. ¿Cómo lo encuentra?

—Sí, entra en una familia feliz —repuso el sordo saurio.

-Examínelo, doctor, si es usted tan amable.
-¡Ah!, ¿se llama Formidable? ¡Bien, bien!
l alboroto se había calmado. Los asistentes querían seguir oyen-
) las equivocaciones del doctor, pero éste ya no habló más. En
mbio, Papá Elefante dijo encantado:
-Ese es el nombre ideal para mi hijo: Formidable.
el elefantito quedó bautizado. Creció, cada día más grande y
)busto. Aventajaba a todos los paquidermos de su edad. Cuan-
) jugaba con ellos en el claro de la selva, sus juegos termina-
an siempre en llantos y quejas. Formidable ganaba las carreras.
ormidable alcanzaba con su trompa las ramas más altas. For-
idable hacía estremecer el suelo cuando galopaba... Cada día,
s elefantitos quedaban chillando:
-¡Ji, ji! Formidable me hizo caer.
-¡Ay, ay! Tengo un ojo en tinta porque Formidable me pegó un
ompazo.

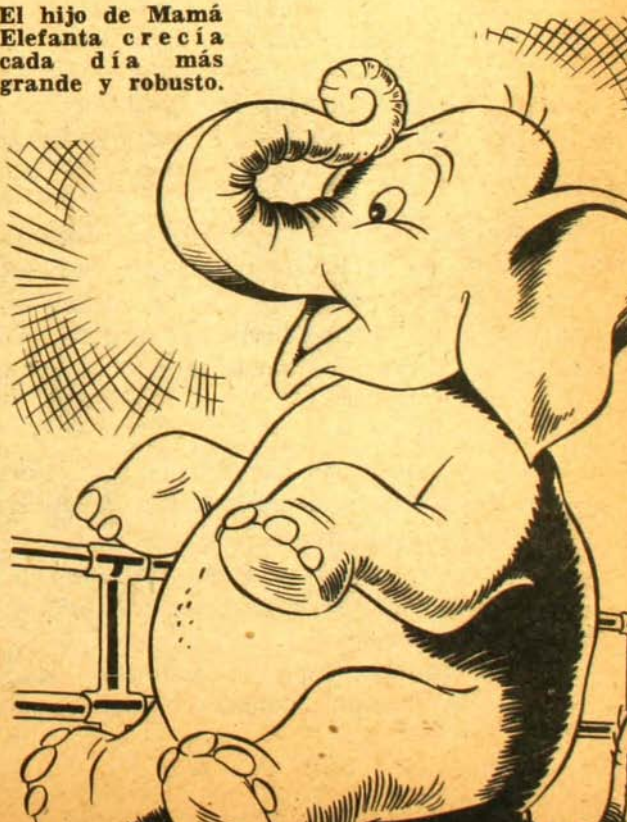
—¿Dónde está el heredero? —preguntó el doctor Cocodrilo, acercándose a la cuna del elefantito.

as mamás elefantas prohibieron a
us hijos:
—No juegues más con ese grandote
le Formidable.
Y el pobre elefantito se quedó solo y triste. Por cierto que no
abía sido su intención maltratar a sus compañeros de juego. Lo
nico malo es que él era demasiado grande y pesado. Tenía de-
nasiada fuerza y no sabía controlarla.
Formidable, afirmado en un árbol, sollozaba de pena. La ardilla
Saltarina acertó a pasar por allí y le preguntó:
—¿Qué te ocurre, Formidable? ¿Por qué lloras?
—Nadie quiere jugar conmigo. ¡Ay, qué triste estoy!

—No te aflijas, tonto. Olvídate de tus veleidosos amigos y juguemos los dos al pillarse.
El recreo no duró mucho. Cuatro veces intentó Formidable tocar delicadamente con su trompa a la ardilla y las cuatro veces casi la reventó.
—¡Basta! —gritó la inquieta roedora—. No quiero morir antes del fin de mis días. No hay nada que hacer. Eres demasiado grandulón.
De nuevo el elefantito se largó a llorar. Conmovida, Saltarina murmuró:
—No puedo dejarte con tu pena. Iré a consultar a la Muy Vieja. Ella es sabia y nos aconsejará.
Saltando de árbol en árbol, llegó hasta el viejo nogal donde vivía la lechuza. Una hora después, volvió junto a Formidable, y le dijo:
—Estás salvado, amigo mío. La Muy Vieja dice que para solucionar tu problema debes comer semillas de A-Chi-Ca.
Al día siguiente, cuando Mamá Elefanta servía el desayuno, observó preocupada a su hijo.
—¿Qué te pasa? Te veo muy arrugado.
Formidable suspiró de alegría. El haberse arrugado era, tal vez, efecto de las semillas de A-Chi-Ca. Había comido hartas para que actuaran rápido.
A la hora de almuerzo, fué Papá Elefante el que advirtió:
—Creo que la vejez me está acortando la vista. Formidable no me parece el mismo de ayer. Siéntate derecho. Así encogido te ves chico.
En la tarde, las cosas empeoraron. Mamá Elefanta se alarmó.
—¡Qué cara de enfermo tienes! Anda a acostarte.
Cuando Formidable despertó, su talla era la de un pequeño elefante. ¡Qué desesperación sintieron sus padres! Pero el elefantito, feliz, corrió a reunirse con sus amigos. Estos lo recibieron alegremente y, como era el más pequeño, todos querían jugar con él. Regresó encantado a su casa. . ., y siguió disminuyendo de tamaño. Ya tenía la estatura de un potro. . ., y al día siguiente no era más grande que un perro pastor. Sus amigos se burlaron de él y se vió obligado a retirarse.
—Quizás comí demasiadas semillas —murmuró pensativamente.
Su madre lloraba desconsolada, sin explicarse el origen de la tra-

lia. Formidable, temiendo ser castigado, no dió explicación al-
ıa.
rrió el tiempo y el elefantito se achicaba más y más. Llegó a
er las dimensiones de un gato, luego de un conejo y, finalmen-
no aventajó ni en un milímetro a su amiga Saltarina, la ar-
la.
splomada sobre el sofá del salón, Mamá Elefanta lloraba a
tos.
¡Esto es horrible! —sollozaba—. Mi hijo seguirá reduciéndose
lespués no tendré más que un elefante-pollito..., un elefante-
rión..., un elefante-ranita..., y más tarde será tan diminu-
como una mariposa, un mosquito, un microbio, y, por fin, será
ı pequeño, que no podré verlo...
oír tan terribles predicciones, Formidable se puso a temblar
desesperado, confesó su aventura.
pá Elefante, que hasta ese momento se paseaba a pasos agi-
ıtados para disimular la turbación que le causaba ver llorar
su esposa, se enfu-
ció tremendamen-
Quería coger a su
o para darle una
liza, pero, al verlo
ı chiquitín, su ma-
e temió que lo ma-
a al primer golpe.
condiéndolo en la
ın sopera, a fin de
varlo de la ira pa-
na, dictaminó:
Calma, Hortensio.
) es hora de rabiar,
ıo de correr a casa
la Muy Vieja y
plicarle que reme-
e esta situación.
ımprendiendo que
amá Elefanta, có-
) de costumbre, te-
a la razón, Papá
lefante se lanzó a

El hijo de Mamá Elefanta crecía cada día más grande y robusto.



través de la selva. Encontró en el camino a la ardilla Saltarina y le reprochó:

—Tú eres la culpable.

Saltarina pensó rápidamente. ¿De qué se la acusaba? Es cierto que robó algunas nueces al mono Milmuecas y uno que otro piñón a su vecina Pelirroja. Por lo demás, su conciencia estaba tranquila.

—Mi hijo está cada vez más disminuído y tú le sugeriste que comiera semillas de A-Chi-Ca.

—¡Ah!, ¿se trata de eso? Perdóneme, señor Elefante. No creí causar daño a mi amigo, a quien quiero sinceramente. Quise ayudarlo porque lo vi muy atribulado.

—Ya sé que eres amiga leal. Perdóname tú si he sido injusto. Pero estoy ofuscado. Guíame hasta el árbol de la Muy Vieja.

Partieron a toda velocidad el elefante y la ardilla. Temblaba la tierra bajo las patas del paquidermo y volaban las hojas de los árboles al pasar como una centella entre las ramas el cuerpo rojo y pequeño de Saltarina.

En presencia de la Muy Vieja y explicado el motivo de la visita, la lechuza reflexionó largo rato. Sus redondos ojos se abrían y cerraban. Pero más se cerraban que se abrían y por momentos, los consultantes temían que se quedara dormida.

Por fin habló:

—Hay un modo de corregir el mal. Formidable debe comer ahora semillas de A-Gran-Da. En invierno pueden recogerse.

Como un rayo volvió Papá Elefante a su hogar y transmitió la noticia a Mamá Elefanta. Ella gimió:

—¡Falta mucho para el invierno! Recién empezó el verano. Cuando cosechemos se-

Mamá Elefanta instaló al pequeño en la quesera, porque tenía miedo de pisarlo.

las de A-Gran-Da, Formidable serán un elefante-átomo.
izmente, el elefantito no había comido "tantas" semillas de
Chi-Ca y se quedó del tamaño de una ardilla. Su madre tenía
e vigilarlo mucho y no le permitía salir. Por otra parte, el pe-
eño estaba tan miedoso, que ni siquiera pensó en desobedecer
órdenes de su mamá. Permanecía todo el día en la casa.
sus trajines por la cocina, Mamá Elefanta iba y venía con
ito miedo de pisar a su hijo, que un día decidió instalarlo en
quesera.
ué triste sentíase Formidable en su quesera, mientras oía a sus
iguitos correr en el claro y lanzar trompeteos de alegría!
ando cayó la primera lluvia, el elefantito brincó de gusto. Sal-
ina se presentó con su paraguas, a fin de informarlo sobre la
gada del invierno.
Pronto habrá semillas de A-Gran-Da —lo consoló—. El cie-
está nublado y el barómetro marca un frío polar.
rmidable se extasiaba con tales noticias. Una noche apareció
lechuza, la sabia Muy Vieja. Traía una provisión de semillas.
rmidable se precipitó, con la intención de devorarlas todas,
ro la lechuza lo detuvo, dándole un severo aletazo.
¡Quieto, Formidable! Por ser tan alocado estás en aprietos.
ta vez yo indicaré la dosis. El primer día, una semilla. El se-
ndo día, dos granos de A-Gran-Da. El tercero, tres. Y así con-
uar, hasta completar diez al décimo día.
pá Elefante anotó las indicaciones de la sabia Muy Vieja. Es-
ba tan nervioso, que quebró la punta del lápiz.
El primer día, tres granos de . . . —tartamudeaba.
¡No! —ululó la lechuza—. El primer día, uno. . .
El segundo, cinco. . . —añadió Saltarina, que también se sen-
nerviosa.
¿Quieren callarse? —gritó la Muy Vieja.—. Lo mejor es que
misma anote la dosis, o me equivocaré como ustedes.
gió el lápiz, que tenía punta nueva y. . . ¡crac!, también la
ebró.
amá Elefanta intervino entonces y escribió la receta, sin que-
ar la punta del lápiz y, lo que es más importante, sin confun-
se ni hacer faltas de ortografía.
mplidos los diez días prescritos, Formidable se convirtió de
evo en un elefante grande y hermoso y nunca más quiso re-
cir su estatura.

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO XI.— BRAVOS PIRATAS.

1. Los piratas del "Tiburón" intentaban rescatar a su capitán, Brigano, y a Corentín, prisioneros de Melnac. Este juró ahorcarlos en el palo de mesana si los filibusteros lo perseguían. "—Es mejor que nos batamos en retirada —asintió el contramaestre Fagot—. Pero ya volveremos a encontrar a ese perro de Melnac."

2. No tardó, sin embargo, en arrepentirse de su decisión. "—No nos dejaremos vencer por ese estúpido pisaverde. Necesito cinco valientes para intentar el rescate del capitán." Las palabras de Fagot encendieron de nuevo el espíritu batallador de los piratas. "—¡Yo! ¡Yo!", gritaban, y Fagot eligió a los cinco.

3. En las sombras de la noche, el "Tiburón" siguió la ruta del "Sirena Dorada". Ya no se trataba de una persecución con estruendo de cañones y alaridos furiosos, sino de un solapado ir a la zaga del galeón enemigo. Cuando la distancia se acortó lo bastante, el contramaestre y sus hombres bajaron un bote.

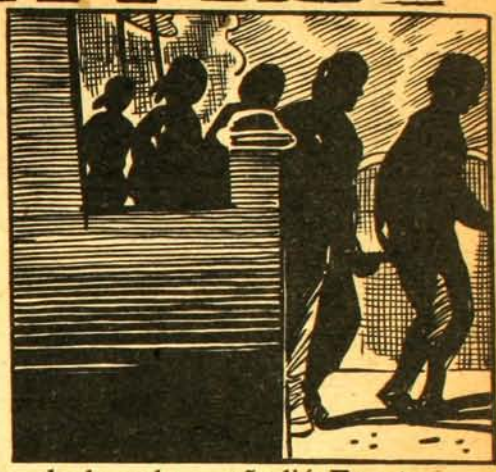
4. Mientras tanto, en la cala del galeón, el capitán Brigano y Corentín hablaban sobre la reciente aventura. "—Melnac odia a todos los corsarios —declaró Brigano—. Capitaneaba una nave equipada en corso por los españoles. Pero nunca logró una victoria y así nació su odio mortal. Es un fracasado."

CORENTIN PIRATA

5. Melnac descansaba en su cabina, cuando percibió un rumor de pasos. "—¿Quién va?", preguntó, incorporándose. La puerta se abrió, dando paso a Fagot y a sus compañeros. El contramaestre dijo con aspereza: "—Ni una palabra, Melnac, o eres hombre muerto. Y no intentes traicionarnos, sabandija. Levántate."

6. Melnac obedeció con silenciosa ira. "—¿Cómo han llegado hasta aquí?", exclamó después, y su mirada rabiosa se detuvo en los ojos burlones de Fagot. Este respondió: "—Tuvimos suerte en dos cosas: en que el bote que nos trajo no se hundió y en que el centinela se duerme en cuanto le golpean la cabeza".

INVENCIBLE



7. "—Y ahora, entréganos la llave de la cala —añadió Fagot—. Irás con nosotros, para que no tengas la mala ocurrencia de pedir auxilio. Tú, Bruno, quédate de guardia y nos avisas a la menor señal de peligro." Con gran sigilo, siguieron a Melnac. Este sentía contra su espalda el cañón de la pistola de Fagot.

8. De pronto, uno de los hombres de Melnac surgió de la escotilla. El grupo de corsarios apenas tuvo tiempo de retroceder, para ocultarse en las sombras. "—Si nos traicionas, te quemo", susurró Fagot. "—Mi capitán —dijo el marinero a Melnac—. Oí ruidos sospechosos. ¿Todo va bien?" Melnac vaciló.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO IV.—Un viaje precipitado.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan por las cercanías espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim.

Aunque opuso resistencia, Jim fué lanzado con rudeza al interior del automóvil azul. Sus secuestradores, Ramiro y Simón, subieron también al coche y minutos después surcaban a toda velocidad la carretera. Los potentes faros iluminaban la ruta y Jim veía como en un sueño el vertiginoso desfile de los árboles.

"El automóvil azul —pensaba—. Es el mismo que vimos Tino y yo, detenido en el bosque."

Recordó que Tino le había dicho que su padre tenía un coche igual. Presentía un misterio. Aquel secuestro se complotó contra su compañero. Aun Jim no revelaba a los criminales su verdadero nombre.

"Creen que soy Tino. ¿Cuándo será el momento oportuno para desengañarlos?"

Imaginó el asombro de los dos indeseables sujetos, cuando les dijera:

—No soy Tino.

Al declarar su identidad, recobraría la libertad. Aquellos hombres lo llevarían de regreso a la colonia. Pero entonces Tino estaría en peligro. Decidió, por lo tanto, guardar silencio.

Cruzaron varios poblados y Jim no pudo leer los nombres. ¿Hacia dónde era conducido? ¿Qué intenciones ocultaban sus raptores?

La noche se tornaba sofocante. Sintió la garganta seca. Una ardiente sed lo torturaba.

—¿Tienes hambre? —preguntó Ramiro.

—Unicamente sed.

—Haberlo dicho antes. Aquí tengo limonada.

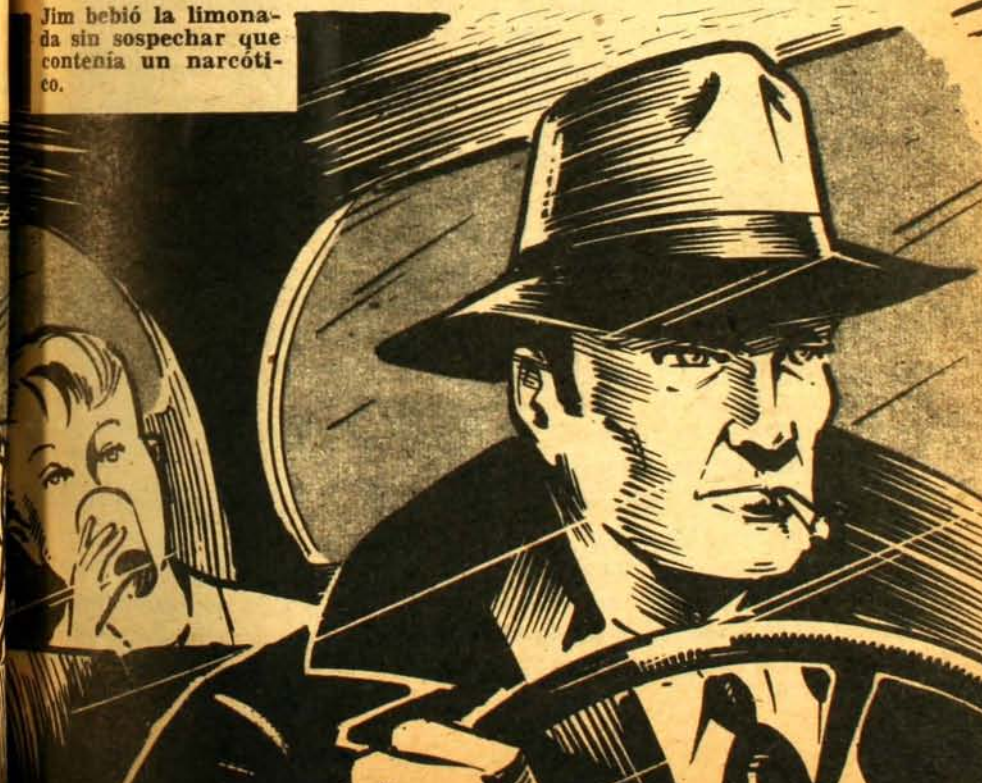
De un maletín extrajo una botella. Escanció el líquido en un vaso de papel encerado y lo ofreció a Jim. El niño bebió con avidez. Efectivamente, era limonada, pero tenía un gusto raro, a substancias químicas.

Minutos después un irresistible sueño lo invadió. Incapaz de luchar contra él, se hundió en la somnolencia, pensando vagamente: "La limonada contenía un narcótico".

—Simón —dijo Ramiro, vacilante—, ¿No sería muy fuerte la dosis?

—No. Lo suficiente para que duerma hasta que lleguemos a la

Jim bebió la limonada sin sospechar que contenía un narcótico.



costa. Si Max ha seguido mis órdenes, el hidroavión nos esperará, listo para despegar.

Cuando Jim abrió los ojos, tardó en comprender dónde se hallaba. La desenfrenada fuga continuaba. El techo del auto parecía haber sido cambiado por un toldo transparente. Ya no distinguía el verdor de los árboles, sino el cielo nocturno, salpicado de estrellas. El ruido del motor era ahora más profundo y rugiente.

Intentó erguirse para mirar al exterior y comprobó extrañado que un cinturón lo retenía en el asiento. Logró, sin embargo, asomarse a la ventanilla y descubrió que no avanzaban por la tierra, sino que suspendidos en el espacio. A mucha distancia, abajo, se vislumbraba el mar, sin oleaje, como una llanura iluminada por la luna.

—Estoy viajando en un avión —murmuró asombrado.

Aun su mente flotaba en el sueño causado por el soporífico. El desorden de sus ideas le impedía comprender aquella aventura. A veces creía estar en el auto lanzado en desenfrenada carrera, luego en el avión, o mejor dicho, en un hidroavión, pues lo vió amarizar. En algunos instantes pensaba que había soñado y que estaba en el dormitorio de los alumnos, protegido por sus buenos maestros. Quizás la voz aguda de Tortolito lo despertaría.

Se sintió trasladado a un bote y luego subió los retorcidos peldaños de una escalera, cuyas gradas inferiores se hundían en el agua. Marchó como un sonámbulo, sostenido por un individuo a quien no conocía. ¿Quién era y por qué lo obligaba a caminar?

—Tengo sueño —gimió.

—Ya dormirás tranquilo. Ahora camina.

La voz provenía de muy lejos. Jim se esforzó en recordar dónde la había oído antes. Pero sus pensamientos giraban en el vacío.

Llegaron a una casa. A través de la bruma del sueño, distinguió una cama y pensó que su martirio terminaría. Alguien lo vistió con un pijama y lo depositó en el lecho, diciendo:

—Te caes de fatiga. Duerme, chiquillo.

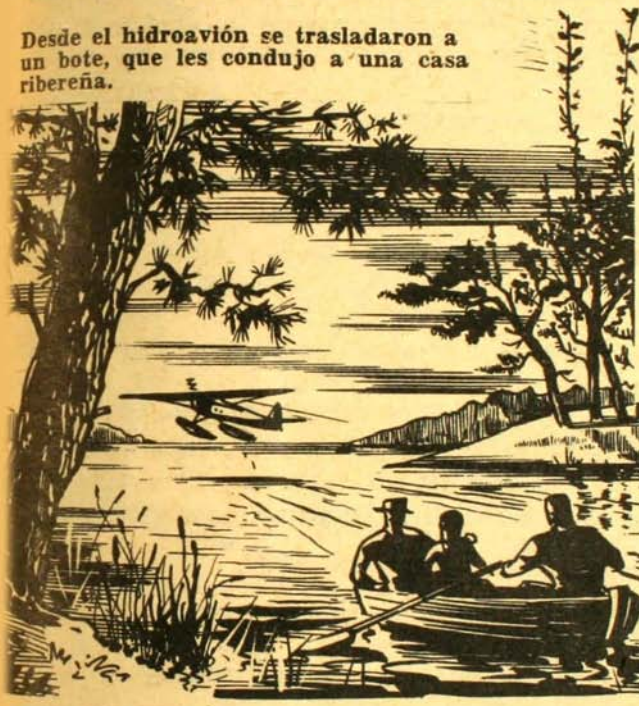
Jim no supo más. Con una sensación de alivio, se sumió en la inconsciencia.

El sol penetró en el dormitorio. Jim seguía durmiendo. Soñaba con sus compañeros y los veía entusiasmados con el emocionante juego, con el secuestro ideado por los alumnos del San Esteban. "Jim", le llamaban, y él susurró: "Cállense. Los hombres

que me raptaron creen que soy Tino. Guarden el secreto". Los niños examinaban el hidroavión, y cuando Jim les dijo que la nave aérea permanecería un tiempo en el río, para que los internos jugaran con ella, la algarabía aumentó. Volar en un hidroavión, ¡qué aventura más formidable! De nuevo Jim se vió obligado a hacerlos callar.

Sintiendo aún en su cerebro el eco de las alegres voces, abrió los ojos. Con profunda extrañeza observó el dormitorio desconocido. Lentamente, los recuerdos acudieron a su mente. De súbito la puerta se abrió, dando paso a una mujer que traía una bandeja con un copioso desayuno.

—¿Dónde estoy? —preguntó Jim con ansiedad.



Desde el hidroavión se trasladaron a un bote, que les condujo a una casa ribereña.

La mujer no dió señales de comprender. Pronunció algunas palabras en un lenguaje extraño que Jim no entendió y, dejando la bandeja sobre la mesita de noche, abandonó el dormitorio.

Jim, atemorizado, se incorporó. ¿En qué trampa había caído? ¿Cómo lograría huir? Sus temores no persistieron mucho tiempo. Sus conjeturas terminaron por un motivo simple y a la vez imperioso. El olor del pan tostado y del exquisito café con leche, y la presencia de un plato de mermelada y galletas distrajeron su angustia. El hambre lo impulsó a desechar la idea del peligro, instándole a pensar que necesitaba alimentarse.

—¿Qué gano con no comer? —discurrió—. Necesito energías para actuar y pensar con rapidez. Hambriento y débil no sería capaz de preparar mi fuga.

En consecuencia, devoró todo el contenido de la bandeja.

La mujer volvió más tarde y dejó sobre una silla las ropas que vestiría Jim. Todo era nuevo y de fina calidad.

—¿Para mí? —preguntó el niño.

Esta vez ella captó el sentido de la pregunta y respondió afirmativamente con un movimiento de su cabeza. Y en seguida, por medio de señales, insinuó a Jim que se apresurara en vestirse.

Al quedar solo, se bañó y se endilgó la ropa, que era exactamente de su medida. Peinó sus rubios cabellos, que ya no se mostraban muy rebeldes, porque los había rociado con abundante agua, y luego, sentado en la silla, esperó los acontecimientos.

Nadie acudía. Intentó abrir la puerta y comprobó que estaba con llave. Recorrió, impaciente, el dormitorio, como un pequeño león enjaulado.

Transcurrieron casi dos horas. La puerta se abrió y apareció Ramiro.

—Por fin se digna venir —dijo Jim, con insolencia.

—No me siento con ánimos de reñir, Tino. ¿Por qué eres siempre tan agresivo? Los niños deben ser sumisos.

—Y los verdaderos hombres no son cobardes secuestradores de niños —saltó Jim.

Ramiro lanzó una risotada.

—Si hubieras dado esa respuesta a Simón, cuenta por seguro que te hubiera molido a golpes.

—Ya he descubierto de qué calaña es ese tal Simón.

Ramiro, inquieto, sugirió:

—No lo provoques, Tino. Cuando lo ciega la cólera, es un bruto. No consideraría que debe respetar tu vida, que nuestra consigna es entregarte sano y salvo.

Estas palabras hicieron nacer en Jim una absurda esperanza. ¿Y si, a pesar de todo, se trataba de un juego, de un rapto simulado? Su mirada anhelante estudió el rostro del hombre. Los violentos latidos de su corazón casi le ahogaban. Tímidamente indagó:

—¿Cuándo me llevarán de regreso a la colonia del internado?

—¿Quién ha hablado de eso? —rebatió el secuestrador.

Jim vió entrar a una mujer desconocida que le traía el desayuno.

—Usted... —murmuró el niño, sintiendo que desfallecía—. Usted dijo que debe entregarme sano y salvo.

—Sí, pero no al rector del colegio.

—¿A quién, entonces?

Un silencio tenso fué la única respuesta. Jim advirtió que sus manos temblaban. Se dominó, con rabia, y exigió:

—Contésteme. ¿Dónde me llevan?

—Calma, chiquillo. Tienes un carácter de pólvora.

—No le he pedido una opinión sobre mi carácter. Dígame lo que quiero saber.

Ramiro lanzó una mirada soslayada, para asegurarse de que estaban solos. Escuchó con atención, a fin de percibir un rumor o un roce detrás de la puerta, y luego de cerciorarse de que no era espiado, se decidió:

—Al fin y al cabo, tienes que saberlo. Oye.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡TENGO QUE LLEGAR LUEGO A LA CASA!
MI ABUELITA DIJO QUE HOY HARÍA EMPANADAS...
...Y YO SOY COMO TONTO PARA COMERLAS
¿YA ESTAN LAS DE HORNO?
ME FALTA PONERLES EL PINO

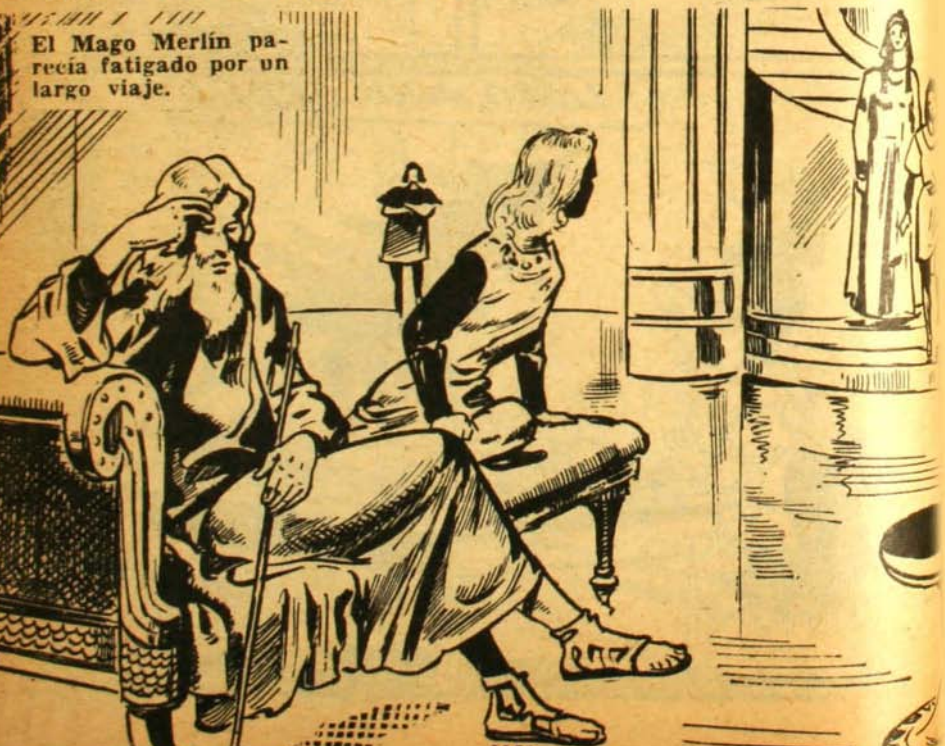
por nato

¡TRÁEMELO, ESTÁ EN LA COCINA!
¡VOY VOLANDO, ABUELITA!
¡LISTO, AQUÍ ESTÁ!
NATO

Viviana y Tristán

CAPITULO IV.—*Duelo de Magia*

Viviana, la hechicera que habitaba el castillo sumergido bajo el lago, había demostrado a Tristán que poseía poderes mágicos. En seguida lo guió de regreso a la sala. Allí aguardaba una sorpresa al Hijo del Lobo. El mago Merlín descansaba junto a Lancelote. Parecía fatigado por un largo viaje. Su mirada se cruzó con la de Viviana. Fué el choque de dos voluntades, un desafío silencioso que Tristán captó con un estremecimiento.



El Mago Merlín parecía fatigado por un largo viaje.

La mirada del mago se cruzó con la de Viviana, en un silencioso desafío.

Ni la Hechicera del Lago, ni el Mago pronunciaron palabra. Lancelote y Tristán observaban, también mudos, el silencioso duelo. El bardo alzó la mano y ambos donceles cayeron en profundo sueño. Lancelote cedió al encantamiento, pero el Hijo del Lobo, criado en la selva y dotado de resistencia, dominó el mágico letargo que pretendía invadirlo. Y oyó hablar a Viviana:

—Tu vida en el mundo exterior es vana. ¿Qué te importa que caiga el débil y triunfe el malvado? ¿Por qué desperdicias tu poder?

Se irguió, en todo el esplendor y la magia de su belleza. Los dedos finos y blancos se enlazaron a los cabellos de oro.

—Soy más poderosa que tú, Merín. Habito el palacio de la eterna juventud.

El mago continuaba en silencio. Examinaba con mirada lejana y fría a la hermosa castellana del lago.

—No te envanezcas —dijo finalmente—. Un día comprenderás que no es mi existencia, sino la tuya la que se vivió en vano. La fuerza que no se emplea para proteger a los humildes y castigar la felonía, termina por disgregarse. Yo persistiré a través de la leyenda y las trovas. Mi nombre está unido al del rey Arturo. No desapareceré, Viviana. En cambio, tu fin se reflejará en el espejo donde veas tu rostro surcado de arru-

Los donceles observaban extrañados a Merlín y a la castellana del lago.

Lancelote y Tristán cayeron en profundo sueño.

—¿Por qué desperdicias tu poder? —preguntó Viviana.

gas y deformado por los años.

El hada lanzó un alarido de furia tan terrible, que Tristán se estremeció. Sus párpados temblaron, pero no abrió los ojos. Debía mantenerse inmóvil, para seguir aquel diálogo extraño.

—¡Eres un viejo caduco y necio!

—Habito el palacio de la eterna juventud —dijo la bella hechicera.

—gritó Viviana, con insolencia—. No temo a tu magia desvaída, ni a tu cólera derrengada.

Por un instante, el doncel que simulaba estar sumido en el sueño, temió no resistir al ansia de enfrentarse a Viviana, para obligarla a retirar sus ofensivas palabras y pedir perdón al mago. El

ardo le había protegido siempre y deseaba defenderlo contra l insulto. Con gran esfuerzo refrenó su impulso. La voz de Merin, inexpresiva, calmada, lo ayudó a continuar insensible:

—No grites, Viviana. Sabes que no lograrás enfurecerme. Tus oces altisonantes no tienen otro objeto que convencerte a ti misna de que no estás equivocada. Pero en lo hondo de tu corazón, a verdad murmura palabras inflexibles que pretendes ahogar y ue, sin embargo, seguirán resonando.

álida de furor, ella clavó sus ojos en las pupilas de Merlín. agar entró en ese momento en la sala. Viviana extendió el brazo el paje se inmovilizó, rígido como una estatua. Merlín, sonendo ante el reto, levantó su vara de marfil y la estancia se onvirtió en un frondoso bosque, donde se erguía la imagen de iedra de Fagar y dormían los dos donceles. Aquella visión sólo luró un minuto, porque Viviana destruyó con un ademán el írculo mágico. Entonces Tristán ya no pudo oponerse al hechizo se durmió profundamente junto a su amigo Lancelote.

Qué ocurrió, mientras el Hijo del Lobo yacía en la inconscienia? Los conjuros más extraños, la magia fantástica, los sortilegios increíbles desfilaron bajo el influjo de la blanca mano de Viviana y la poderosa vara del Mago Merlín.

(CONTINUARA)

Al oír el alarido de furia lanzado por Viviana, Tristán se estremeció.

El paje Fagar quedó convertido en una rígida estatua.

¿QUE DIRIAS TU

Si fueras Carlos I, rey de Inglaterra, al ser decapitado, ¿qué dirías? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 175: "Y sin embargo se mueve".

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Silvio Medone, Valparaíso; María Teresa Martin, Santiago; Eugenia Ana Martínez, Viña del Mar. CON $ 20.—: Mónica Silva, Santiago; Gabriel Bernac, Santiago; Germán Neumann, Santiago; Ricardo Pérez, Valparaíso; Hugo Neumann, Santiago; Gustavo Bahamondes, Los Andes; Elena Vargas, Santiago; Leopoldo Ormeño, Maipú; Roberto Valencia, San Fernando; Ricardo Klormann, Santiago. UN LAPIZ AUTOMATICO: L. Giadach, Talca; Luis Chávez, Santa Cruz; Virginia Torrejón, Los Andes. UNA CARPETA DE ESQUELAS: Juana Gabler Buin; Enrique Vidal de la Fuente, Valparaíso; Mariassunta Monti, Concepción; Antonia Pérez, San Bernardo. UN LIBRO: Camilo Lobos, Valparaíso; Iván Vargas, Santiago; Alicia Díaz, Talca; Carmen Aguirre, Viña del Mar; Fresia Brizuela, Viña del Mar; Erna Palacios, Santiago; Olga Rocha, Santiago; Julia Carvallo, Valparaíso; Melania Seguel, Angol; Graciela Montoya, Chillán. UN VITALMIN: Alicia Miño, Santiago; Griselda Goldweig, Santiago; Sergio Andaúr, Lota; Alberto Gringas, Santiago; Angélica González, Santiago; Ricardo Palacios, Santiago; Nelson Sánchez, Santiago; Joel Betancourt, Coronel; José Manuel Rojas, Angol; Pedro Vargas, San Fernando.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 177

¿Qué dirías?...

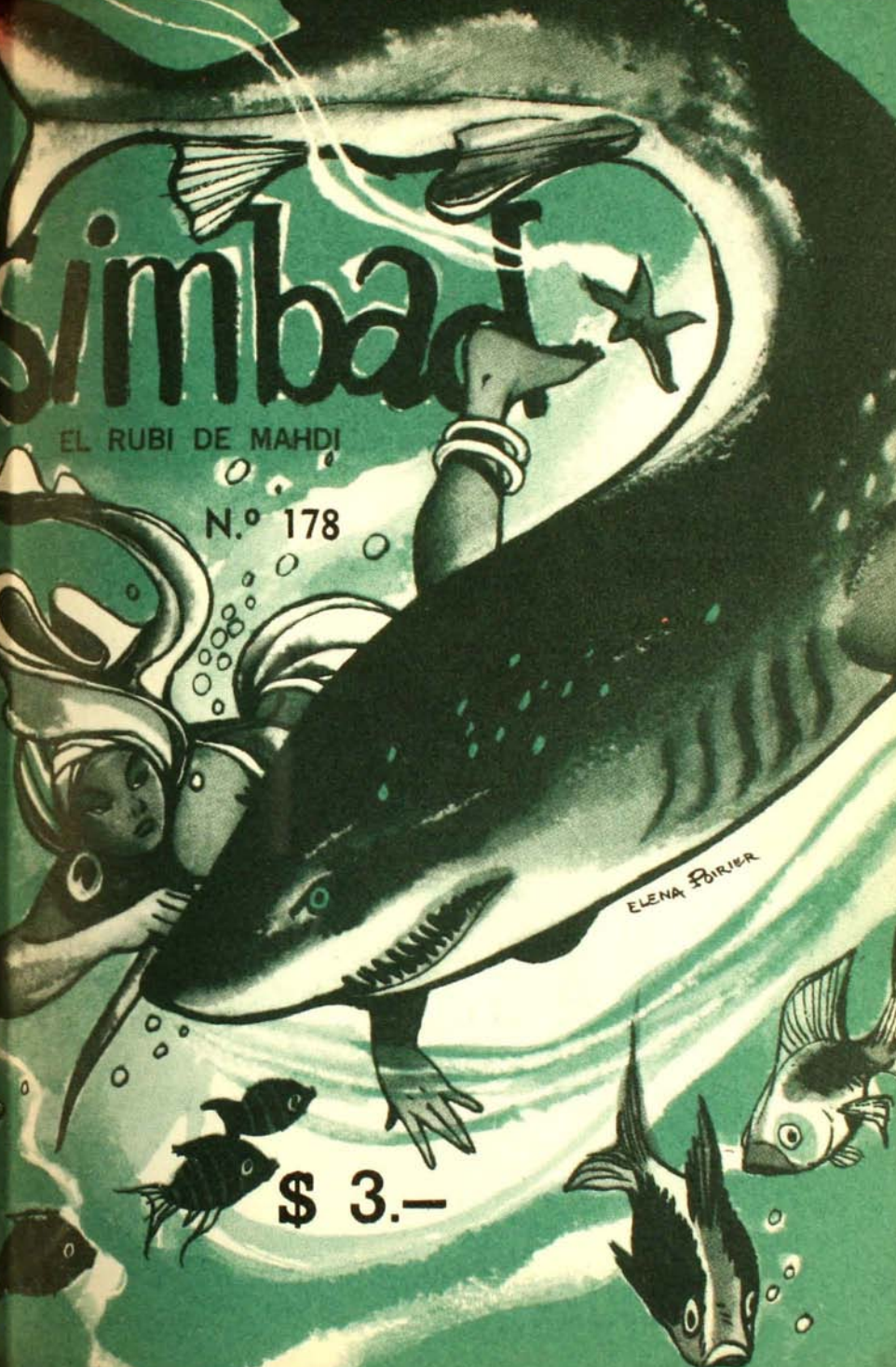
¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

DAREMOS UN PASEÍTO POR LA PLAYA
¡SOCORROOO! ¡SALVEN A MI PERRO QUE SE CAYÓ AL AGUA!
PROTEJED A LOS ANIMALES
¡NO SE PREOCUPE QUE YO LO SALVARÉ!
¡TOMA TU FAMOSO PERRO!
LUGAZ

PELUSITA POR NATO


simbad
EL RUBI DE MAHDI
N.º 178
ELENA POIRIER
$ 3.–

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 28-I-1953 N.º 178

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO IV.—El mar plagado de tiburones.

A bordo de la nave que la conducía a Bengala para ser coronada reina, Amina se vió perseguida por el odio y las intrigas de Shira. Esta, ataviada con una túnica igual a la de Amina y luciendo en su mano un rubí semejante al que el rey Mahdi envió para la elegida, pretendía suplantarla.

El visir Harun permanecía perplejo ante las dos princesas, a quienes no podía distinguir a causa del velo, que, según la costumbre musulmana, cubría sus rostros.

—Lanzaré al mar los dos anillos —declaró—. Obedezco así al mandato de mi señor el sultán Husain, que previó esta intriga.

Shira entregó sin resistencia la sortija, y Harun la dejó caer al mar. El breve destello del oro y el fulgor del rubí desaparecieron entre las olas, agitadas por los tiburones que seguían al barco.

El visir Harún dejó caer al mar el falso anillo de Shira.

—Alteza, sin el anillo no seréis reconocida por Mahdi —susurró la esclava Marati.

Marati, la esclava de Shira, susurró:

—Alteza, sin el anillo no seréis reconocida por Mahdi. Id a rescatarlo.

—No seas imbécil. ¿Quieres que arriesgue mi vida por un anillo falso? También Amina se quedará sin rubí.

La princesa elegida protestaba en ese instante:

—No me quites el anillo, Harun. ¿Cómo explicaré su pérdida a mi rey?

—Cumplo las órdenes del sultán Husain, —se limitó a responder el visir y sin más ceremonia se lo arrebató.

También el rubí de Amina se sumergió en el mar.

—Ahora estamos iguales —dijo Shira con voz triunfante—. Ninguna de las dos tiene el rubí nupcial. Mahdi elegirá a la que él quiera y yo sé que tú serás la despreciada. Mis riquezas seducirán al joven maharajá.

Amina no respondió a las insolentes palabras. Sólo dijo:

—No me quites el rubí, Harún —suplicaba Amina.

—Iré a buscar mi anillo.

—No te detendré. Los tiburones te devorarán y así quedará castigada tu vanidad. Te has atrevido a pretender el trono que me pertenece.

—No me importa arriesgar mi vida, Shira. Si no he de reunirme con Mahdi, prefiero desaparecer. El pe-

También el talismán de Amina fué lanzado al mar.

ligro, el dolor, incluso la muerte me dejan indiferente.

Su mano esgrimió un puñal. Shira retrocedió, aterrada. En su perfidia, temió que Amina fuera tan vengativa y cruel como ella misma. Pero la princesa subió a la borda y por un breve instante contempló el mar infestado de tiburones. Las aletas triangulares cortaban el agua, los temibles colmillos blanqueaban a la luz del sol. Harun, con el terror pintado en sus ojos, exclamó:

—No desafíes a la muerte, ¡oh soberana! Reconocía a Amina. Supo desde el principio que ella era la verdadera elegida, pero era cobarde y temía la venganza de Shira.

—¿Qué has dicho, miserable paria? —aulló Shira, avanzando hacia el tembloroso visir—. Es la impostora y es justo que muera. ¡Oh Kali, diosa destructora, márcala con el signo de la muerte!

—Ahora estamos iguales —dijo Shira con voz triunfante.

—No me importa arriesgar mi vida, Shira —declaró Amina.

Sin vacilar, la princesa se lanzó al mar.

Sin oír la terrible maldición, Amina se lanzó al mar. Se produjo entonces un remolino de formas negroazuladas. ¡Los tiburones seguían a su presa!

La princesa nadó rectamente hacia el fondo. En su diestra oprimía el puñal, cuyo contacto le infundía valor. No podía mantener los ojos abiertos, porque la presión del agua salobre le causaba dolor. Cada vez que dirigía su mirada a través del mar, esperaba distinguir el aro dorado y la encendida piedra del rubí. Pero sólo vislumbraba el abismo verdoso.

De pronto, siluetas amenazantes se deslizaron junto a ella.

"Los tiburones", pensó, estremecida, y sus dedos aferraron con más fuerza el arma.

Los escuálos casi la rozaban y uno de ellos giró, abriendo las fauces. Rápidamente, Amina asestó una puñalada en la garganta blanca y viscosa.

oscura sangre enturbió agua, con tal intensi- d que Amina pudo huír los demás tiburones.

otegida por aquella co- ıa roja, descendió a la ofundidad. El reflejo l rubí se distinguía jun- a un banco de coral.

princesa observó ma- villada el resplandor, e encendía el color de pólipos más cercanos.

Mi talismán", pensó emo- onada. Debo recuperar-

adaba con la rapidez de ıa ondina, sintiendo que s cabellos flotaban en el ar, como algas azules.

uando su mano se ten- ó hacia el rubí, un ho- ible tentáculo se inter- uso. Aterrada alzó la mi- da y vió un enorme pul- o. Parecía vigilar la jo- a. Sus pupilas salientes e yectadas de sangre la iraban con fijeza. Ami- a, dominando su espan- esgrimió el puñal.

Tendría la fuerza nece- ria para vencer al monstruo marino?

Los tiburones rodeaban a la valerosa Amina.

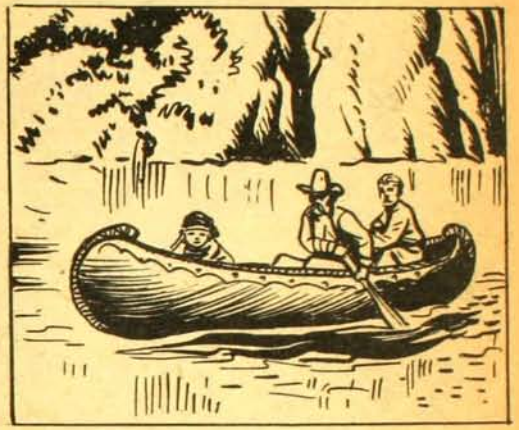
(CONTINUARA)

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

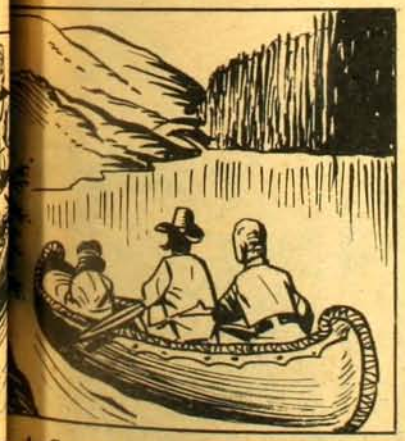
CAPITULO XII.— LA ISLA DE LOS ZORROS PLATEADOS

1. Samuel Bill, el viejo Bepo y el indiecito Papus atravesaban el gran Cañón del Colorado. Sus provisiones se terminaron y durante días interminables sufrieron hambre. Papus yacía inconsciente, cuando Samuel Bill cazó un roedor. Dió a beber al niño la sangre caliente y en seguida despresó el cuerpo.

2. "—No sé qué bicho es éste —dijo Bepo, recibiendo su ración— Pero sea de la familia de los castores, de las nutrias o de las ratas de agua, le estoy muy agradecido". Por cierto que debieron consumir la carne cruda. Era imposible encender una fogata. Reanimados por el alimento, Bepo y Bill remaron con más brío.



3. La altura de los acantilados empezó a disminuir. Por fin los viajeros se hallaron bajo el cielo abierto "—Creí que terminaría asfixiado en ese famoso cañón —suspiró el viejo Bepo—. Temí no ver más a la Lolita de mis sueños". Samuel Bill contestó riendo: "—Sigue remando, viejo. No te embobes con sus recuerdos".



4. Surcaban el río que en aquel sitio formaba un límite natural entre los estados de California y Arizona. De pronto avistaron una isla de frondosa vegetación, y los tres aventureros lanzaron un grito de alegría. ¡El indio "Patas de Bisonte" no había mentido! Aquella era la isla poblada por los espléndidos zorros plateados.

(CONTINUARA)

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO XI: AGITACION A BORDO

1. Fagot y cinco de sus hombres abordaron el galeón "Sirena Dorada" para intentar el rescate del capitán Brigano y de Corentin. Obligaron a Melnac a conducirlos hasta la cala y cuando, a su paso, un marinero preguntó si habría novedad, Melnac, amenazado desde las sombras, respondió que no.

2. Cuando se disponían a bajar la escotilla, Melnac asestó un directo a la mandíbula de Fagot. Con un sordo quejido, el contramaestre vaciló. Melnac asió la mano armada y apretó el disparador. La detonación resonó en todo el navío. Dos piratas corrieron a libertar a los prisioneros, mientras Melnac era sujetado.

3. Colson, el contramaestre del "Sirena Dorada", se precipitó a la cabina del capitán al oír el disparo. Allí, el pirata que Fagot dejó de guardia, lo amenazó. "—¡Quieto, perro sarnoso, o te chamuscaré las orejas!". Colson no era hombre que se dejara amedrentar y de un salto cayó sobre su enemigo.

4. Rodaron los dos adversarios, y un segundo disparo estalló en la noche. Colson luchaba con salvaje furor y no tardó en derrotar al corsario. "—¿Dónde está el capitán Melnac?", interrogó. Afuera aumentaba el rumor de pisadas veloces, de preguntas y maldiciones. Todo el navío estaba alerta. (CONTINUARA)

LA SENTENCIA DE LAS HADAS

Bajo la luz plateada de la luna, en un hermoso bosque de pin y junto a un arroyo cristalino, se congregaron las hadas de montaña para celebrar su reunión anual.

Todas permanecían de pie, menos una, que se diferenciaba de las demás por una pequeña corona de oro que llevaba en la cabeza. Era la reina de las hadas.

De todas las direcciones del bosque iban llegando las hadas claro donde se efectuaba la reunión, y todas ellas hacían un profunda reverencia a la reina y le besaban la mano que ella l tendía sonriendo. Por último, cuando la reunión estuvo complet la bella soberana levantó una mano reclamando silencio y dij

—Henos aquí otra vez para que cada una refiera sus accion ¿En qué habéis utilizado vuestro tiempo, hermanas mías?

Y empezaron las hadas a enumerar sus trabajos:

—Yo salvé la vida a varios héroes en el campo de batalla —di una.

—Yo salvé a todos los náufragos de un barco que se hundió, ah gando tan solo a uno que tenía bien merecido este castigo —e clamó otra.

—Yo curé muchos enfermos con plantas medicinales.

—Yo maté a uno que había traicionado a sus amigos.

—Yo consolé a una madre que perdió a su hijo.

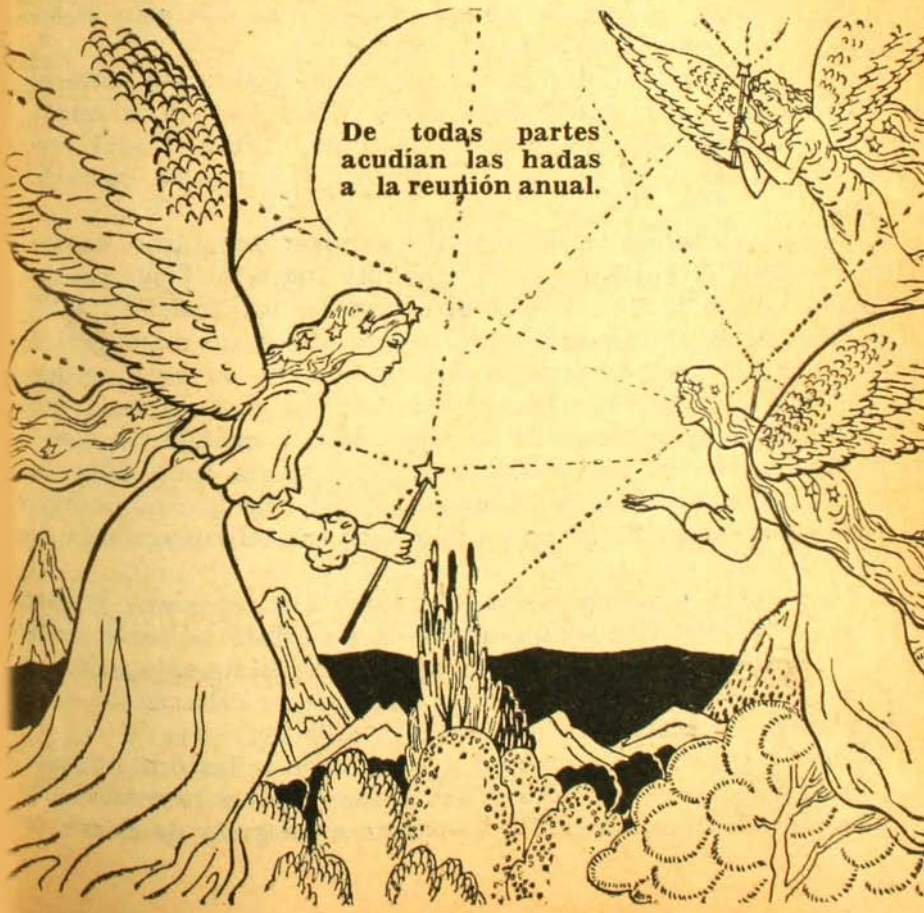
Y así siguieron las demás hadas. Cuando llegó el turno a Yeli la más joven y más hermosa de todas, ésta permaneció callada cabizbaja.

—Y tú, Yelisa —le preguntó la reina, mientras todas las mirad se dirigían hacia ella—, ¿qué has hecho?

La joven hada vaciló un rato. Finalmente se decidió: levantó cabeza, se acercó más a la reina y, desafiando las miradas, d con voz clara:

—También yo he hecho el bien, pero soy culpable.

reina frunció el ceño y todas las hadas formaron círculo alrededor de la joven, que continuó diciendo:
Escuchad mi historia y juzgad luego cuál ha de ser el castigo merezco.
¡Habla —ordenó la reina—, pero no mientas!
Diré la verdad, majestad —contestó el hada, con voz triste. Y lanzar un profundo suspiro prosiguió: —Cierto día, caminando por la montaña, sentí de pronto una sed abrasadora y más que busqué por todas partes no pude hallar ningún arroo manantial donde calmarla. Anduve así mucho tiempo y ya esperaba, cuando llegó hasta mí la música de una flauta. Pensque por allí debía haber un ser humano y que seguramente él dría proporcionarme un sorbo de agua. Por lo tanto seguí el monioso sonido y llegué así hasta el lugar donde un pastor de



De todas partes acudían las hadas a la reunión anual.

ovejas se distraía tocando la flauta. Al verme se aproximó a m preguntándome si yo era un ángel, pues nunca había visto muj tan hermosa. Le expliqué que no era un ángel, sino un hada d la montaña, a quien él seguramente ya conocía. Le dije que m atormentaba la sed y le pedí que me diera un poco de agua.
Calló un instante el hada como si la emoción le impidiese co tinuar y a una señal de la reina prosiguió:
—Calmada la sed, reparé en el pastor, que era joven y de un apostura tan noble como jamás había visto en hombre alguno. E formuló algunas preguntas a las que yo contesté con agrado, después de charlar largo rato, como se aproximaba la noch nos despedimos con la promesa de reunirnos en el mismo sitio a día siguiente. Han pasado seis meses desde entonces y he llegad a comprender que ya me es imposible vivir sin él. He aquí m culpa; me he enamorado de un mortal y sé que esto merece u castigo que estoy dispuesta a recibir.
Cuando el hada terminó su confesión, todas sus compañera guardaron el más profundo silencio. Después dijo la reina:
—En realidad es muy grande tu culpa, Yelisa. Decid vosotra hermanas mías, el castigo que merece y luego yo daré el fall definitivo.
Entonces comenzaron las hadas a exponer por turno cuál era, su parecer, el castigo que la culpable merecía. Una quería ap learla, otra quitarle los ojos, otra cortarle las alas...
—Bien sabéis —dijo una de ellas— que hay un manantial dond se curan los ojos en seguida, lavándolos con su agua, y que el conoce dónde está tan bien como nosotras. En cuanto a quitarl las alas, eso sería para ella un bien y no un castigo, ya que así s transformaría en una mujer mortal y podría vivir feliz con e pastor. Escuchad lo que propongo: Yelisa dijo que no podría viv sin él. Entonces, matémosle a él y será éste el castigo más grand para Yelisa.
—Bien dices —agregó otra—, porque ella es joven y tenem que perdonarla. Con aniquilarlo a él, ya estará bastante castigad y con el tiempo volverá a ser buena como lo ha sido hasta ahor Entonces la reina hizo una señal para que se callaran las demás comenzó a hablar:
—He oído vuestras opiniones y doy razón a las dos últimas. M fallo definitivo es éste: Tú, Yelisa, eres joven y te perdonaremos pero él tiene que morir. Tú misma te encargarás de guiarlo hast

—¿Dónde has estado tanto tiempo?— exclamó el pastor desesperado.

aquí dentro de una semana y yo, entonces, lo fulminaré con mi mirada.

Al oír esto, la joven cayó de rodillas ante la reina y hundió el rostro en las palmas de su mano, sollozando amargamente. Cuando recobró fuerzas y levantó la cabeza, se dió cuenta de que estaba sola en el bosque y que las demás hadas se habían ido, dejándola sola con sus penas. Entonces fué Yelisa a ejecutar su misión, sabiendo que de la sentencia de la reina nadie escapaba. Caminó por bosques y llanos, días y noches sin descansar, arrancando flores y plantas que examinaba atentamente y desechaba luego con desaliento. Buscaba una planta determinada que no podía hallar.

Por fin, al sexto día, al contemplar una, exclamó con alegría:

—¡Esta es!

Había encontrado la planta que constituía la única salvación de los humanos contra la magia de las hadas. Corrió entonces hacia

el lugar donde su pastor acostumbraba a esperarla. Cuando llegó el joven exclamó, desesperadamente:
—¿Dónde has estado tanto tiempo? Todas las noches he aguardado tu llegada en este lugar y no podía creer que te hubiera olvidado de mí.
—Jamás te podría olvidar —respondió ella, y a continuación le contó todo cuanto había sucedido durante aquella semana. Después agregó:
—No te asustes por la sentencia de la reina de las hadas. Ya encontré la planta que te hará invulnerable al fuego de su mirada. Tómala y llévala contigo.
Como faltaba poco para la medianoche, juntos se encaminaron hacia el lugar donde las hadas le aguardaban. Al llegar a un arroyo, Yelisa levantó la mano y dijo:
—¿Ves aquellos pinos allá a lo lejos? Ese es el lugar donde nos esperan.
Entonces el joven pastor lanzó la planta al arroyo, diciendo:
—No tengo miedo ni jamás lo he tenido. En el campo de batalla donde las balas caían como la lluvia, miré de frente a la muerte desafiando mil peligros. Voy a desafiar uno más, sin hechicería alguna. Y si en el libro del destino está escrito que debemos morir, que así sea.
Se dieron un abrazo, y después ella le vendó los ojos, porque ningún mortal debía conocer la senda que llevaba al lugar de reunión de las hadas, y lo condujo, tomándolo del brazo, adonde sus hermanas y la reina, que ya lo estaban aguardando. Yelisa se arrodilló ante la reina y dijo con voz humilde pero firme:
—Perdón te pido, mi gran reina, no para mí, sino para la vida de él, porque lo quiero más que a mí misma.
Todo el bosque se hundió en un silencio profundo, expectante. Las hadas aguardaban que hablase la reina.
—Lo que he resuelto ha de cumplirse —dijo la bella soberana, con voz amenazadora. —Yo misma ejecutaré la sentencia.
Y así diciendo, se aproximó al joven y le quitó la venda que le impedía ver.
El pastor parpadeó un instante deslumbrado, pero luego sus ojos se clavaron en los de la reina y sus miradas se cruzaron como relámpagos. Después, él se arrodilló a los pies del hada y le besó la mano con respeto. Ella, por su parte, estaba maravillada ante la belleza de aquel joven.

Su resolución de castigarlo se desvaneció como el humo y se la vió vacilar. Luego recorrió con la mirada las filas de las demás hadas y en todos los rostros advirtió una expresión de benevolencia.

Entonces preguntó la reina:

—Dime, héroe, ¿eres hombre común o eres hijo de alguna hada?

—Soy hijo de humanos, y, muy niño, quedé sin padres. Desde entonces viví en las montañas y no tenía a nadie en el mundo. Ahora tengo a Yelisa y si me separáis de ella, no tendré más vida en esta tierra. Heme aquí ante ti dispuesto a aceptar vuestro juicio, y, si así lo queréis, ¡que venga la muerte!

La reina, después de una breve vacilación, dijo:

—No, no es la muerte, sino la vida lo que vosotros necesitáis. Deja aquí, Yelisa, tus alas, y vete con tu novio y vivid felices.

Sonriendo complacidas, las demás hadas fuéronse alejando y, poco después sólo quedaban en el claro del bosque los dos novios.

Correspondencia

ANA, HERNAN y SILVIA ORREGO (Coquimbo).—Es una alegría para mí saber que los niños coquimbanos esperan con ansia cada ejemplar de "Simbad". "El Secreto de la Gitana" tuvo muchos admiradores tan entusiastas como Uds.

MARTA MORALES (San Javier); ENRIQUE HERRERA (Concepción).—Lamento decirles que los números de "SIMBAD" que faltan en sus colecciones están agotados. Siempre he aconsejado a mis lectores que se apresuren en comprar la revista apenas aparece, pues es arrebatada de los puestos y de manos de los suplementeros. Es muy difícil conseguir un ejemplar atrasado.

JUANA BADILLA (Coronel).—Es Ud. otra de las múltiples admiradoras de "El Secreto de la Gitana". Nuestra pequeña gran revista publica ahora "Jim el Secuestrado". Confío que le agrade.

JUAN BARRERA D. (Loncoche).—Las colaboraciones que envía son muy conocidas. Ensaye de nuevo.

ELIANA BARRIENTOS (Osorno).—No disponemos de espacio para publicar poesías de nuestros queridos lectores. La que escribió esta gentil osornina es muy bonita y citamos una línea: "Simbad, palabra que suena como un canto en el corazón de los pequeños".

ALONDRA (Santiago).—Agradezco tus felicitaciones por "SIMBAD", que ha pasado a ser la primera revista infantil de Chile. Eres muy gentil y yo y mi personal agradecemos tu opinión.

ROXANE

EL PRINCIPE VALIENTE

Capítulo 1.—EL GIGANTE DE LA TEMPESTAD

1. En tiempos lejanos existió un príncipe que a nada temía y que era el más bello hijo de rey que hubo en la tierra. Sus vasallos le llamaban Valiente. Un día su padre cayó enfermo. "—El rey se muere. No podemos salvarlo", dijeron los médicos.

2. Valiente palideció. Por primera vez el terror lo estremecía. La idea de perder a su padre hacía vacilar su coraje y su audacia. "—Consultaré a mi maestro, el sabio Umini", murmuró. "—Como queráis, Alteza —replicó el médico Trano—. Pero es inútil".

3. Umini, luego de escuchar pacientemente las ansiosas preguntas de Valiente, respondió: "—No te dejes dominar por la ansiedad, hijo mío. Te llaman Valiente y debes serlo no sólo ante el peligro, sino frente al dolor y a la muerte".

4. "—Cálmate. Hay un medio de salvar a Su Majestad", añadió el sabio. El príncipe indicó: "—Dímelo, venerable maestro". Umini repuso: "—En la montaña más alta del mundo vive el gigante de la tormenta. Ve a hablar con él".

EL PRINCIPE VALIENTE

5. El príncipe emprendió ese mismo día el camino hacia la montaña. Umini le advirtió que el viaje sería difícil, pero nada detuvo a Valiente. Escaló enormes rocas, y muchas veces estuvo en peligro de rodar al abismo. Ni siquiera el cansancio lo venció.

6. Por fin llegó a la cumbre de la montaña más alta del mundo. "—¡Gigante de la tempestad! —gritó— ¿Dónde estás". El viento silbó con más furia y las violentas ráfagas hicieron vacilar el esbelto cuerpo del príncipe. De pronto estalló una voz poderosa.

7. "—¿Quién me llama? —A través del aire, el príncipe vió a un gigante cuyos cabellos y barba eran tan largas y abundantes que cubrían casi por completo su formidable figura—. Yo soy el gigante de la tempestad —tronó—. ¿Qué quieres?"

8. "—Tú puedes decirme cómo puedo salvar la vida de mi padre el rey", contestó el príncipe, luchando por mantenerse firme y no ser arrastrado por el huracán. El gigante respondió: "—Busca la flor de la vida, en el Templo de la Aurora".

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO V.—Una niña raptada.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan por las cercanías espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim. En un hidroavión es llevado a un sitio desconocido. Cuando despierta de un largo sueño producido por un narcótico, interroga a Ramiro. . . .

Jim esperaba con ansia que Ramiro le revelara el misterio de su secuestro. El niño prisionero aun guardaba el secreto de su verdadero nombre. Aquellos rufianes bien vestidos ignoraban que él no era Tino, sino Jim. Luego de asegurarse de que nadie les oía, Ramiro se instaló en un sillón y encendió un cigarrillo.

—Hable —urgió Jim, impaciente.

—Calma, chiquillo. Desde que te conozco, te he estado aconsejando calma. Supongo que en el colegio serías un verdadero torbellino y que ahora tus compañeros descansan. Dirán: "Ahora que Tino desapareció podemos respirar tranquilos".

Jim se sintió dominado por una aguda tristeza. Evocaba a sus compañeros del internado: el hablador y alegre Tortolito, el rubio Martín, y el más querido de sus amigos: Tino.

—Hable —repitió con brusquedad, luchando por contener las lágrimas.

—He tenido paciencia contigo, muchacho. Al principio no me diste mucha guerra, porque inventé ese cuento del secuestro ideado por los alumnos del San Esteban, los ogros "comeniños".

Apoyando la cabeza en el respaldo del sillón, prorrumpió en estruendosas risas.

—Fué un buen truco, sin duda. ¡Ja, ja, ja!

—¿Por qué recuerda estupideces? —gritó Jim, incapaz de controlarse—. Dígame el verdadero motivo del rapto. Eso quiero saber.
—¿El nombre de quien nos ordenó que te secuestráramos?
—Sí.
—Bueno, recibimos órdenes de tu padre.
—¿De mi padre?
Los ojos de Jim se dilataron de asombro. Comprendió que se trataba del padre de Tino.
—Sí, tu padre nos pagó bien —añadió Ramiro—. Y cuando te entreguemos a él, nos dará una espléndida recompensa. Ya sé que elegí un oficio vil, pero las ganancias son buenas. Y no creas que es fácil ganarlas. Muchas veces hay que afrontar el peligro, huír de la policía, permanecer oculto.
—¿Quiere que lo compadezca? —preguntó Jim.
—No, chiquillo del demonio.
—Entonces siga, sin hacerse el mártir.
—Tu padre tiene mucho dinero y, gracias a esto no hemos halla-

—Hable —dijo Jim a Ramiro, impaciente por conocer el misterio de su secuestro.

do dificultades hasta ahora. Tenemos pasaportes falsos, y la policía no nos detendrá. Como has advertido, hasta podemos disponer de aviones.

Se jactaba como si la fortuna le perteneciera y con ella pudiese comprar el mundo entero.

—El señor Barian reside en el Brasil. Se separó de tu mamá cuando tenías seis años y está desesperado por verte.

Jim pensó que había llegado el instante de revelar su secreto.

—Hay una cosa que echa a perder todo el plan —dijo calmadamente.

—¿Qué cosa?

—Yo no soy Tino.

Si una bomba hubiera estallado a los pies de Ramiro no le hubiera causado un efecto más fulminante. El cigarrillo que pendía de su boca rodó dejando un rastro de ceniza en la solapa.

—¿Qué dices? —barbotó.

Luego, reaccionando, sonrió:

—Ah, quieres engañarme.

Encendió otro cigarrillo. Jim, mientras el hombre fumaba, explicó la semejanza que existía entre él y Tino Barian. Incluso sus amigos les confundían. Se refirió al juego inventado por el profesor Leandro y a la idea que tuvieron él y su amigo de cambiar vestimenta.

—Yo andaba siempre con una boina. En cambio Tino usaba la gorra con visera que usted me pidió y que yo creí que dejaría como pista para que mis compañeros acudieran en mi rescate al campamento del colegio de San Esteban.

A medida que Jim hablaba, el rostro del hombre se tornaba cada vez más sombrío. La cólera crispaba su boca. Los dedos nerviosos y violentos deshicieron el cigarrillo.

—¿No podías haber hablado antes? —rugió finalmente.

Jim vió un fulgor asesino en los ojos de Ramiro. Intimidado, guardó silencio.

—Espérame aquí. Hablaré con Simón.

Salió, dando un portazo. Jim, desorientado, se mantuvo inmóvil. ¿Qué sucedería ahora? ¿Cómo reaccionaría el bruto Simón cuando supiera que el plan había fracasado y que la huída por tierra y por aire era inútil? Vería esfumarse el dinero prometido por Barian.

"¿Será capaz de matarme? —pensó el niño.— Quizás pueda huir".

Por cierto que la puerta estaba con llave. Desde la ventana, examinó el exterior. La figura de una niña atrajo su atención. Era rubia, de largas trenzas, y en su actitud se adivinaba una profunda tristeza. Estaba sentada en un banco de piedra.

Sentada en un banco de piedra, vió a una niña que parecía dominada por la tristeza.

"Quizás es la hija de la señora que me trajo el desayuno", reflexionó Jim. ¿Querrá ayudarme a escapar?

Sus esperanzas eran muy débiles, pero de todas maneras haría el intento. Con suavidad primero y luego alzando la voz, llamó a la niña. Ella miró hacia la ventana y se levantó de un salto, como si el terror la dominara. Pero no huyó. Observó con atención los labios de Jim, para comprender su pregunta:

—¿Quién eres? ¿Vives aquí?

La niña negó, moviendo su rubia cabeza.

—¿De dónde vienes?

Jim no se atrevía a hablar muy alto. La muchachita, hasta ese instante, no había pronunciado una sola palabra. De pronto sacó un lápiz del bolsillo de su abrigo y escribió rápidamente en una hoja de cuaderno. Envolvió en ésta una piedra y la lanzó a través de la ventana, indicando primero a Jim que se apartara. El niño leía minutos después:

"Me llevan al Brasil, raptada. Les he oído hablar de ti. No puedo ayudarte, porque estoy igual que tú. Pero ahora me siento menos asustada. *Cristina*".

Luego de leer el mensaje, Jim sonrió a la niña, agitando la mano en un saludo amistoso. Ella le miró un instante y luego desapareció en el interior de la casa.

Transcurrieron las horas. Jim contemplaba el paisaje. La luz del día se reflejaba en las tranquilas aguas de un lago, o de un río

cercano. En seguida examinó la habitación. Estaba amoblada con sobriedad. En el espejo del ropero vió su imagen, vestida con el fino traje destinado a Tino. Jamás había usado antes una ropa de esa calidad. Su mamá, que dictaba clases en una escuela primaria, ganaba escasamente para mantener la casa, pagar el internado y vestir a su hijo con decencia, pero sin refinamientos.
Las lágrimas se deslizaron por su rostro al recordar a su mamá. Había evitado pensar en ella, para no llorar. Pero durante aquella jornada terrible, su corazón la llamaba desesperadamente.
De pronto, el rugir de un motor lo sobresaltó. Un auto acababa de partir. ¿Hacia dónde? ¿Y quién lo guiaba?
Otro rumor llegó a sus oídos. Era leve, pero le causó tal vez más emoción y golpeó sus nervios con más intensidad. Una llave acababa de girar en la cerradura. Se aproximó a la puerta y la abrió. Ante él se extendía un corredor desierto. Avanzó, penetrando en una habitación donde se guardaban útiles de caza y gran cantidad de libros. Por una puerta entreabierta Jim divisó a la mujer que le sirvió el desayuno. Estaba sacudiendo los muebles y no advirtió que era observada.
"Tal vez pueda salir sin que me descubra", pensó Jim.
Se preparaba a cruzar sigilosamente, cuando de nuevo resonó el ruido de un motor. El auto regresaba. No tardó en aparecer Simón, seguido por su cómplice.
—¿Qué haces aquí? —vociferó, cogiendo a Jim de un brazo. Sus dedos se clavaban como garfios de hierro, y el niño apretó los dientes para no gemir.
—Yo dejé la puerta con llave —afirmó Ramiro, temeroso de que Simón descargara su furia contra él.
—¿Por qué no hablaste antes? —añadió el secuestrador, sin conceder atención a su secuaz—. ¿Por qué diablos no dijiste que no eras Tino Barian? Te nombramos varias veces, ¿por qué no aclaraste el error?
—No quise que hicieran daño a mi amigo —repuso Jim.
—¿Te crees muy astuto, ah? Y muy valiente. Ahora verás tú qué hago yo con los idiotas que tratan de engañarme.
—Por favor, Simón... —intervino Ramiro.
—¡Cállate, estúpido!
El otro retrocedió, acobardado.
—Suélteme —exigió Jim.
—¿Que te suelte? No, amiguito. De mí no te libras. Vamos.
—¿A dónde?
—Ya lo sabrás.

La mano se cerró con más fuerza. Jim creyó que su brazo se quebraría bajo aquella presión brutal. El dolor físico cedió ante la angustia que lo dominó al pensar en Cristina. Se alejaba de ella. ¿Qué destino aguardaba a la rubia y frágil niña en poder de los desalmados?

—No quiero ir con ustedes —declaró con firmeza—. Les denunciaré a la policía.

Ahogó un gemido al sentirse golpeado en el rostro.

—Por favor, no —suplicó una voz temblorosa. Cristina, en el umbral, pálida y con los ojos dilatados de terror, repetía:

—Por favor, no.

(CONTINUARA)

La mujer no advirtió que Jim había salido del dormitorio donde Ramiro lo dejó encerrado.

Ponchito

DIJO MI ABUELITA SI QUERÍA COMPRAR ESTA DOCENA DE HUEVOS
$ 100. K
¿CUANTO PIDES POR ELLA?
DIJO MI ABUELITA QUE $40, PERO SI NO QUERÍA PAGAR $40, SE LOS DEJARA EN $35...
... Y SI NO LOS QUIERE EN $35, SE LOS BAJARA A $30...

por nato

...Y SI NO LOS QUIERE A $30, SE LOS DEJARA EN $ 25...
$100, K
DILE A TU ABUELITA QUE NO SOY USURERO, PERO QUE LE DOY $10 POR LA DOCENA
¡DIJO MI ABUELITA, QUE BUENO!
$100, K
NATO

Viviana y Tristán

CAPITULO V.—El lobo de piedra

El mago Merlín y Viviana la hechicera se desafiaron y mediante conjuros mágicos demostraron su poder.

—Ven conmigo a la torre prohibida —invitó después la castellana del lago.

Merlín la siguió sin pronunciar palabra. A un gesto de Viviana se abrió la puerta negra. Un jadeo poderoso vibraba en el aire. La puerta se cerró de nuevo. ¿Qué ocurrió tras los muros negros? Cuando Viviana y su acompañante reaparecieron, Merlín ya no era el mismo. El rostro surcado de arrugas, la barba patriarcal, habían desaparecido. El cuerpo fatigado por los años se erguía ahora con la fuerza de la juventud. Aquel no era un anciano débil y calmo, sino un hombre que sentía correr por sus venas la bullente sangre de un guerrero o de un bardo exaltado, un héroe ansioso de realizar proezas legendarias.

—Ven conmigo a la torre prohibida —invitó la castellana del lago.

Al día siguiente, cuando Tristán y Lancelote despertaron, Merlín había abandonado el castillo.

Pero su paso por él dejó una atmósfera extraña y tensa. El Lobo Barto gruñía sordamente y la paloma blanca volaba despavorida, estrellando sus alas contra los muros de cristal.

Viviana entró en la estancia y, de una mirada, abarcó la inquietud de los donceles y de las bestias. Golpeó dos veces su pie contra el suelo y Barto se convirtió en una estatua de mármol negro. Pero su corazón de lobo seguía batiendo contra los flancos agidos. Gimiendo de dolor, Tristán se abrazó al fiel animal.

Viviana, señalando con su índice a la paloma, golpeó el suelo con su pie dos veces. Pero el ave conservó su plumaje cálido y su cuerpo vivo.

Tristán oía latir el corazón de su lobo. La paloma se posó suavemente en su hombro. Comprendiendo que su poder era desafiado, la hechicera, pálida de ira, gritó:

—¡Fuera de mi vista, protegido de Merlín!

Tristán obedeció en silencio. Lancelote observaba aterrado aque-

Barto quedó convertido en un lobo de piedra.

lla escena. Sin vacilar, sigu
a su amigo. Se encerraron
la habitación que perten
cía al Hijo del Lobo.

—¿Qué haremos, Tristá
—balbuceó Lancelote-
Hermano mío, te previ
que no desafiaras a mi m
dre.

Transcurrieron varios día
Lancelote suspiraba por v
ver a la tierra cubierta
árboles, sobre la cual se su
pendía el cielo azul. Trist
seguía obsesionado por
idea de visitar la torre pr
hibida.

—¿Cómo podremos hui
—musitaba el doncel rubi
"¿Cómo vencer la magia
Viviana, para cruzar el u
bral de la puerta negr
—meditaba Tristán—. Q
zás allí encontraría la fó
mula para derrotar a la s
berbia princesa de Br
celandia y devolver
vida a mi lobo".

Sentía sangrar su c
razón al recordar
latir desesperado y a
gustioso que percibió
inclinarse sobre el cue
po de piedra.

—La cena.

La voz del paje Fag
interrumpió las cavil
ciones de Lancelote
Tristán. El servid
traía un canasto co

Los donceles se encerraron en su habitación.

zos de venado y
a bandeja con dos
pas.
ncelote bebió de
sorbo el líquido,
e tenía el color de
grosellas, y se su-
ió en profundo
eño. Temblando de
siedad, Tristán se
rodilló junto a su
migo. En ese ins-
nte, Fagar apare-
ó de nuevo. Ofre-
ó en silencio la co-
a Tristán. El se

egó a recibirla y sus ojos fulgurantes de ira se fijaron en las pu-
las del paje, que continuaban impasibles.
-Dile a tu ama que quiero hablarle —pronunció Tristán.
agar, siempre inmutable, no respondió. Alzando en sus brazos
cuerpo inerte de Lancelote, abandonó la estancia.

(CONTINUARA)

¿QUE DIRIAS TU

Si te preguntaran: ¿Cómo se llama un mamífero del orden de los roedores, lepórido que vive en madrigueras y cuya carne es muy apreciada? ¿Qué dirías tú?

SOLUCION AL CONCURSO N.º 176.—"En el país de los ciegos el tuerto es rey".

Premiados con *UNA SU CRIPCION TRIMESTR DE "SIMBAD"*: Miguel Ab ca, Santiago; Marcos Orella Santiago: María Elvira Ca Valdivia. CON $ 20: Marc Rojas, Talca; Marcela Espi za, Viña del Mar; Edita M tero, Concepción; Patricia V lenzuela, Santiago; Adolfo Pa Santiago; Lucía Cifuentes, C cepción; Jaime Arratia, S tiago; Sonia Yunis, Peñafl Isabel Nieto, Santiago; Clor da Gaete, Tomé. UNA PE NETA: Carlos R. Vera, C ranilahue; Juan Ramírez, S tiago; Miguel Gutiérrez, Vi Alemana; Ricardo Ortega, Los Andes; Juana Fernández, Santiago; Da berto Ojeda, Los Lagos. UN LAPIZ AUTOMATICO: Claudio Pezzopa Santiago; Erna Andrade, Viña del Mar; Claudio Rodríguez, Valparai UNA CARPETA ESQUELAS: Adiel Illezca, Temuco; Angélica Córdo Santiago; Sergio Canessa, Limache. UNA LIBRETA DE APUNTES. A relia Zapata, Lontué; Aldo Avila, Parral; Olga Molina, Santiago; Rob són Morales, Angol; Enrique Ramírez, Lota. UN LIBRO: Eduardo He Los Angeles; Aurelio Hormazábal, Santiago; Mario Castro, San Javier; C rolyn Tull, Santiago; Carmen Ross, Viña del Mar. UN VITALMIN: Fan Pizarro, Cabildo; Juana Gabler, Buin; Winifred Aravena, Santiago; Cés Rodríguez, Melipilla; Astrid del Canto, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 178

¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 195

¡ARRANQUEMOS, CHASAMAN QUE SE ENOJÓ MI SARGENTO
¡TE AGARRÉ!; ¡VAMOS A LA COMISARÍA!
¡AQUÍ LE TRAIGO UN INSOLENTE, CABO PÁSELO AL CALABOZO!
¡A SU ORDEN!
¡ENTRA POR AQUÍ!
PERO SI NO CABO
¡NO SE DICE CABO! ¡SE DICE "QUEPO" TONTO!
¡BUENO, MI QUEPO, TONTO!

PELUSITA POR NATO

Simbad

N.º 179

LAS GAVIOTAS AGRADECIDAS

$ 3.–

ELENA POIRIER

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

NO IV - 4-II-1953 - N.º 179

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada. Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

APITULO V.—Shira es derrotada.

erseguida por la envidia de Shira, Amina e vió desposeída del rubí de Mahdi. Ese nillo la designaba reina de Bengala. El isir Harun lo lanzó al mar, y Amina no vaciló en ir a buscarlo, aunque las aguas estaban infestadas de tiburones. Mató a no de ellos y la sangre que enturbió las olas protegió su huída de los demás escualos.

Amina hundió su puñal en la cabeza del monstruo marino.

Por fin la princesa pudo recoger el anillo.

Pero un peligro más temible la acechaba. Al extender su mano para apoderarse del rubí, que resplandecía entre los corales, advirtió la presencia de un gigantesco pulpo. Los tentáculos aprisionaron su cuerpo. Antes de perder sus fuerzas en aquel abrazo mortal, Amina hundió su puñal en la cabeza del monstruo marino.

El agua se tiñó de negro. Los tentáculos, en un movimiento convulso, buscaron a su víctima. para ahogarla. Pero el pulpo estaba herido de muerte. La valiente princesa cogió el anillo. Intentó volver a la superficie. La prolongada permanencia bajo el agua y su desesperada lucha contra los monstruos del mar quebrantaron su resistencia. Mientras tanto, a bordo de la nave, la malvada

—La impostora se ahogó —dijo Shira triunfalmente.

Shira escrutaba las olas.
—La impostora se ahogó —dijo, victoriosa—. Ahora nadie discutirá mi derecho a gobernar la India.
El visir Harun, pálido y abatido, no respondió.
Las esperanzas de Shira no se cumplieron, sin embargo. Amina, casi desvanecida, sintió que un cuerpo sólido y frío la rozaba. En un gesto instintivo, se aferró a él, y se sintió llevada hacia la altura. Más tarde supo que descansaba sobre el caparazón de una gran tortuga. Surgió sobre el mar, y los tripulantes del barco la acogieron con gritos de triunfo. El rostro de Shira se tornó amarillo como la cera.
—¡Pronto! ¡Bajen el esquife! —ordenó Harun.

Sobre la caparazón de la tortuga, Amina volvió a la superficie del mar.

El visir y tres remeros acudieron a rescatar a la princesa.

La embarcación fué lanzada al mar, y el propio visir, acompañado de tres remeros, acudió a rescatar a Amina.

—Recobré el anillo nupcial —dijo la princesa.

—Tú eres la verdadera reina —contestó Harun—. Perdona a tu humilde servidor.

Que Amina era la elegida quedó demostrado ante todos, porque recobró el rubí de Mahdi. Shira se sintió perdida, a pesar de todas sus riquezas. La vencedora tenía derecho a lanzarla al mar para que la devoraran los tiburones.

—Perdóname —suplicó, de rodillas, con la faz apegada al suelo.

—Levántate, Shira —pronunció Amina—. Queda tranquila. No te castigaré.

Shira renunció a sus intrigas. Pero había otra rival que ansiaba arrebatar a Amina el trono de la India. Ella era Tamara, la princesa que cifraba su orgullo en su bello rostro.

Igual que Shira, había pensado suplantar a Amina. No poseía un rubí semejante al de Mahdi, ni ordenó que sus costureras le hicieran un "sari" como el de Amina. Su idea era más directa: robar las vestiduras y el anillo de la elegida.

—Levántate, Shira —pronunció Amina.

Varuna, su sierva, le dijo:

—Es imposible apoderarse de la túnica o del anillo. He intentado acercarme cuando ella duerme, pero mi sola sombra la despierta.

—No importa. Yo he ideado un plan para derrotar a Amina —repuso Tamara.

Esa noche se acercó a la elegida, y le ofreció una bebida.

La noche era sofocante.

nina, desfallecida por calor, aceptó la copa le le ofrecía la traidoTamara. Un invencie sueño la dominó.

ntes de desvanecerse, slumbró la sonrisa de amara. En los labios rfectos se reflejaba la rla, y en los ojos de ía esmeralda leyó una ecisión irrevocable:

amara no se dejaa arrebatar el triun. Tamara no caería e rodillas, como Shira, no que llevaría su iniga hasta el final. Es ecir, subiría las gradas el trono y su hermosa nano se posaría en la diestra del rey.

—Esta bebida calmará tu sed, Amina —dijo la traidora Tamara.

Con un gemido, Amina se sumió en la inconsciencia. Tamara deslizó el rubí en su dedo, y luego llamó a Varuna. La esclava acudió rápidamente.

—Desvístela —ordenó Tamara—. Y desde este instante, yo soy Amina y ella es Tamara.

En esta forma, la traidora princesa no sólo usurpaba las vestiduras y el rubí, sino también el nombre de su odiada rival.

(CONTINUARA)

Tamara se apoderó del rubí de Mahdi.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO XIII.— CASTORES ENEMIGOS.

Samuel Bill, su amigo el viejo Bepo y el indiecito Papus, luego de un azaroso viaje, avistaron por fin la isla que buscaban. Allí había manadas de zorros plateados. Pero los peligros no habían terminado. De pronto, un árbol cayó con un crujido estruendoso. La piragua se salvó por un milímetro.

"—Sospecho que estamos rodeados de enemigos", gruñó Bepo. Samuel Bill y Papus estallaron en risas al ver a los "enemigos" del viejo. Eran castores que con sus dientecillos habían talado el gran árbol. Más adelante, admiraron la barrera construída sobre el agua por los roedores.

Sorteando aquel dique, los viajeros continuaron bogando por el Colorado. "—Esta es la isla", exclamó Samuel Bill, saltando a tierra firme. "—Papus, el gran cazador, les guiará", ofreció el indiecito. Instalaron el campamento y luego se pusieron en marcha.

La caza resultó abundante, y esa noche los aventureros saborearon una espléndida cena. "—Llegaba a soñar con un conejo asado —masculló Bepo—. Mañana cocinaré perdices al jugo." Samuel Bill contestó: "—No hemos venido a comer, sino a cazar zorros plateados. Prepara tu fusil, mi viejo."

(CONTINUARA)

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO XIII.—ATRINCHERADOS EN EL POLVORIN.

A bordo del "Sirena Dorada" se produjo un gran tumulto al resonar dos pistoletazos. Los corsarios del "Tiburón" habían acudido a libertar al capitán Brigano y a Corentín. "—El rescate no será fácil ahora, con todos estos cachalotes despiertos —gruñó Fagot—. Pero saldremos del paso."

Brigano tomó el mando. Acercándose a Melnac, le advirtió: "—No creas que nos declaramos vencidos. Es cierto que tu tripulación está alerta, pero a la menor señal sospechosa te lanzaré a los tiburones." Fagot observó: "—Se darían un banquete de encajes con este pisaverde perfumado."

Melnac habló a sus hombres: "—Dejen salir a Brigano sin hacerle daño." Su contramaestre replicó: "—Parece que Brigano es muy delicado, pero no me siento con deseos de cuidarlo." Burlescas risas estallaron entre los piratas. Uno de ellos dijo: "—Colson es ahora nuestro capitán, y se hará lo que él diga."

"—No queremos ser comandados por un cobarde", gritaron varios tripulantes del "Sirena Dorada". Brigano actuó con rapidez. El y sus hombres retrocedieron a la escotilla, y se atrincheraron. Tras ellos quedaba el polvorín. "—Que vengan ahora los lobeznos de Colson", desafió Brigano.

(CONTINUARA)

LAS GAVIOTAS AGRADECIDAS.

LA princesa Libélula era tan pequeña y frágil, que el menor sopio de viento podía arrebatarla. En los días de tempestad jamás abandonaba el palacio. Los reyes la vigilaban, y sus vasallos estaban siempre atentos a seguirla por doquiera.

Al cumplir quince años continuaba siendo tan leve como una visión, y tan bella, que desde los confines del mundo acudían a verla príncipes y soberanos.

¡Cuántos nobles caballeros desfilaron ante el trono de Marlandia! Monarcas del Oriente, con atavíos de seda y pedrería, rubios príncipes de los países escandinavos; hijos de reyes negros; mogoles de semblantes como el marfil y el topacio.

—Nuestra hija está en edad de casarse —observó el rey.

Hizo publicar un bando, y el desfile de donceles aumentó. Elegidos por el soberano de Marlandia, quedaron finalmente dos príncipes: Sarun y Florián. Ambos vencieron en todas las pruebas a que fueron sometidos.

La decisión final correspondía a Libélula. Ella, durante el torneo, se sintió inclinada a aceptar a Florián. Era hermoso, alegre y gentil. Por cierto que Sarun era tan valiente como el elegido, pero Libélula se sentía atemorizada por su mirar sombrío y por la crueldad reflejada en su semblante. Sarun era un rey

oderoso, pero Libélula presentía que sus siervos gemían bajo u gobierno.

—¿A quién eliges? —preguntó el rey Marlando.

—Al príncipe Florián, padre y rey mío —contestó la princeita.

Una ira incontenible desfiguró el rostro de Sarun. No protestó, in embargo, y se retiró en silencio con su escolta.

Los preparativos para celebrar la boda se iniciaron con gran ntusiasmo. El palacio quedó pulido como un diamante. Nuevas colgaduras, blasones y heráldicas fueron encargados a los ejedores del reino, que en noches y noches de trabajo gastaron grandes carretes de hilo de oro y plata. Las ruecas hilaron ncansables confeccionando túnicas y mantos. Las nobles doncellas y los elevados barones del reino querían lucir a cual más hermosa y a quien más espléndido y arrogante.

—¿Dónde está la princesa Libélula?

Esta pregunta resonó una tarde, pronunciada por la nodriza. La repitieron el rey y la reina, el chambelán, los pajes, y, finalmente, se convirtió en un coro angustioso.

—¿Dónde está la princesita?

La buscaron vanamente. Ni en el parque real, ni en los salones donde se afanaba la servidumbre, ni en las altas torres, ni en los villorrios de aldeanos. En ningún lugar fué hallada.

—¡Qué terrible desgracia! —lloraba la reina.

—Es preciso encontrar a mi hija —murmuraba Marlando, pálido y ansioso—. ¿La habéis buscado en...?

Una ira incontenible desfiguró el rostro de Sarún cuando la princesa eligió a Florián.

Todos respondían que sí. En verdad, no quedaba un solo sit sin registrar.

De pronto, alguien sospechó de Sarun. Era vengativo y crue Quizás, despechado porque la hija del rey lo rechazó, la hab secuestrado. Los vasallos se sintieron suspicaces, y la sospech no tardó en ser absoluta certeza.

—El ha sido. Sarun la raptó para vengarse.

Marlando oyó este rumor, y también compartió la misma idea Una embajada se presentó en Ravinia.

—¿Yo secuestrar a Libélula? —protestó Sarun—. Debería declarar la guerra a Marlando por este insulto. Pero comprend que la pérdida de su hija lo ha trastornado. Puedo demostra que en todo este último tiempo no he abandonado mis dominios. Mal podría, entonces, haber raptado a la princesa.

En efecto, quedó en evidencia que Sarun decía la verdad. En su aflicción, Marlando olvidó presentar sus excusas a Sarun por haberle ofendido con sus sospechas, y la búsqueda inútil continuó.

El país entero participaba del dolor de los reyes. Tanto en las humildes cabañas como en los palacios y castillos reinaba la tristeza. Lloraban, enjugando sus lágrimas con el rústico pañuelo o con finos encajes y batistas.

Los enviados del rey buscaron en vano a la desaparecida princesa.

Los enviados del rey recorrían vanamente las aldeas. En una caleta de pescadores el clamor de angustia se elevó mezclado a las bendiciones.

—¡Era tan buena! Siempre venía a nuestra aldea para consolar a los afligidos y so-

Libelula estaba prisionera en una alta torre.

correr a los pobres. Mientras el rey y el príncipe Florián recorrían la comarca, en una búsqueda cada vez más desesperada, Libélula estaba prisionera en una torre tan alta, que las nubes se posaban en ella. La bella cautiva ignoraba quién la había llevado hasta aquella prisión. Sólo recordaba que caminaba por la costa, cuando una capa cayó sobre su cabeza ahogando sus gritos e impidiéndole ver quién o quiénes eran sus atacantes. Perdió el conocimiento, y, al despertar, se encontró en la torre. Desde la ventana veía el mar, a una distancia tan enorme que no alcanzaba a distinguir el oleaje.

Su misterioso carcelero le dejaba alimentos, pasándolos a través de un postigo. Un día encontró abierta la puerta de su celda y salió a la terraza a respirar aire puro.

Un día una gaviota herida cayó en la terraza. Compadecida, la princesa la cuidó hasta que sanó por completo.

—Gaviota, ya estás bien y puedes reunirte con tus compañeras. El ave marina la oía como si comprendiera sus quejas. Aunque ya podía volar, no se alejó. Permanecía con la prisionera, y ella,

acariciando el albo plumaje, le hablaba de sus padres, de su prometido, del reino de Marlandia.

Una mañana, Libélula percibió un poderoso ruido de alas. Asombrada, salió a la terraza.

Por un instante, el estupor la inmovilizó. Centenares de gaviotas se acercaban, sosteniendo una de esas redes que los pescadores extienden en la playa, para que se sequen al sol. Era una red de sólidos filamentos, y lo bastante grande para contener el cuerpo de la princesa.

Las gaviotas la extendieron sobre la terraza, y, posándose en las troneras, aguardaron a que Libélula se situara en ella.

"Confía en nuestras alas", parecían decir los brillantes y redondos ojos de las gaviotas. "Nosotras te llevaremos a tu reino. Has sido bondadosa con una de nuestras hermanas, y queremos demostrarte nuestra gratitud".

Libélula sonrió, y, sin vacilar, se instaló en la red.

Las gaviotas cogieron los extremos, y alzaron el vuelo. Libélula, apoyando sus manos en la firme trama, observó el panorama que se extendía a sus pies.

La red se mecía tan dulcemente, y el rumor de las alas era tan suave, que Libélula se durmió.

Al despertar, se halló en la terraza de su palacio. Bajó corriendo la escalera y se lanzó a los brazos de sus padres. La reina lloraba de alegría, acariciando la rubia cabeza de su hija, y el rey murmuraba:

—Publicad un bando anunciando que la princesa Libélula ha aparecido.

En toda la comarca estalló el júbilo, y los nobles barones se abrazaban con los porquerizos, las condesitas y duquesas danzaban con las pastoras, los señores feudales estrechaban en sus brazos a los plebeyos, y, en aquel derroche de alegría, nadie pensó en la diferencia de clases ni en nada que no fuera la ventura de haber recobrado a la hija del rey.

Las gaviotas escoltaban a los felices novios.

Se descubrió más tarde que el pérfido Sarun había sobornado a dos pescadores para que raptaran a la princesa. A los malvados se les castigó con el destierro, y el rey Sarun fué destronado por sus propios súbditos.

Las bodas de Florián y de Libélula se realizaron con gran boato. El palacio, que brillaba como un diamante, fué invadido por miles de concurrentes. La corte de honor de la novia estuvo formada por las gaviotas, que la acompañaron mientras Libélula avanzaba del brazo de Florián.

Terminada la ceremonia, las gaviotas abandonaron el palacio. De los más lejanos confines del mundo se recibieron presentes para Libélula. Cofres llenos de perlas y piedras preciosas, telas de oro y seda, exóticos regalos, etc. Pero el tesoro más preciado, el que Libélula guardó a través de los años, era la red de las gaviotas agradecidas.

EL PRINCIPE VALIENTE

Capítulo II.— LA [illegible]LLA DEL BOSQUE

1. El príncipe Valiente subió a la montaña más alta del mundo para hablar con el gigante de la tempestad. El coloso le dijo que, para salvar al rey su padre, debía buscar la flor de la vida en el Templo de la Aurora. Luego se alejó.

2. En vano el príncipe le llamó. Desde lejos, gritó aun: "—Sólo el rey de los gigantes puede guiarte. Pero nadie ha visto jamás al rey de los gigantes". Valiente descendió al valle y continuó su camino. De pronto escuchó gritos angustiosos.

3. Corrió hacia el lugar de donde provenían los llamados de auxilio y vió a una doncella atacada por dos forajidos. "—¡Dejadla, miserables!", ordenó Valiente. Uno de los bandoleros dijo burlonamente: "—Acércate, joven fanfarrón".

4. El príncipe no sólo se acercó, sino que con su espada desarmó al rufián, cuyo pesado sable saltó lejos. El otro bandido no quiso arriesgarse a que esa espada rápida y luciente como un rayo le rasgara la piel, y huyó a todo correr.

EL PRINCIPE VALIENTE

5. "—¿Cómo puedo agradeceros vuestra ayuda"?, murmuró la doncella. Valiente respondió: "—Regresando a tu casa. No debes venir a este bosque infestado de malhechores". "—No tengo hogar", declaró la doncella. "—Entonces ve a mi palacio".

6. "—Mi padre te acogerá como a una hija. ¿Cuál es tu nombre?". Ella contestó: "—Saria, señor". Valiente agregó: "—Espera mi regreso en palacio, Saria. Adiós". Antes de alejarse, ella le dió una piedra rojiza que tenía virtudes mágicas.

7. "—Me la dió mi nodriza —confesó la bella Saria—. Cuando quieras algo, sólo basta que expreses tu deseo". Valiente guardó en su faltriquera la piedra y repitió: "—Adiós, Saria. Dí a mi padre que vele por ti". Saria murmuró: "—Adiós, mi príncipe".

8. El doncel siguió caminando. La fatiga y el hambre debilitaban sus fuerzas. Por fin, agotado, se detuvo. "¿Dónde hallaré alimento?", susurró, sintiéndose desfallecer. Un suave chillido atrajo su atención. En un árbol cercano vió una ardilla.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim. Cuando despierta de un largo sueño producido por un narcótico, interroga a Ramiro. Este le confiesa que el secuestro fué ordenado por el padre de Tino. Jim revela su verdadero nombre, ignorado por los forajidos, que se enfurecen al comprender su equivocación. Jim descubre que también está secuestrada una niña llamada Cristina.

CAPITULO VI.—Abandonado.

Por error, Jim fué secuestrado. Los dos maleantes que le raptaron obedecían órdenes de Carlos Barian, padre de Tino, amigo de Jim. Barian deseaba reunirse con su hijo Carlos y contrató a los secuestradores para que se apoderaran de él y lo condujeran al Brasil.

Jim, creyendo primero que se trataba de un secuestro simulado y luego para proteger a su amigo, no reveló su verdadero nombre. Su extraordinaria semejanza con Tino confundió a los delincuentes. Cuando éstos supieron que habían raptado equivocadamente a otro niño, se enfurecieron.

Simón, que era el más violento, golpeó a Jim. En ese instante se presentó la rubia y pequeña Cristina, también secuestrada por Ramiro y Simón.

—Por favor, no —suplicó, transida de espanto, viendo que Jim era castigado brutalmente.

—¿Quién te llamó? —rugió Simón, dejando libre a su víctima. Se encaminó hacia la aterrada niña, pero Jim se interpuso.

—No se atreva a golpearla, cobarde.

El y Cristina hubieran sido maltratados con ciega ira si no hubiese ocurrido en ese momento un suceso providencial. En el exterior se percibió el rugido de una motocicleta policial, la que se detuvo ante la puerta.

El corazón de Jim latió desordenadamente. Aquella era la oportunidad para huir de los forajidos y salvar a Cristina. Simón,

adivinando su pensamiento, habló con rapidez y su voz estaba cargada de amenaza:
—Si nos delatas a la policía, ni tú ni esta maldita chiquilla saldrán vivos de esta casa.
Su diestra se hundió en el bolsillo del vestón y Jim advirtió el relieve de una pistola. En los ojos del hombre vió que su amenaza no era vana y que la cumpliría si era desafiado.
—Allí hay libros y revistas —añadió Simón—. Siéntense a leer y disimulen.
Cristina y Jim obedecieron. Se hallaban en una habitación donde se guardaban libros y útiles de caza. Cuando el policía entró, vió a dos hombres que examinaban el equipo de caza y a dos niños leyendo con atención.
—¿Vive aquí la señora Gretchen? —preguntó el representante de la ley.
—Sí, señor —contestó Ramiró, con una cordial sonrisa—. Es nuestra patrona. Somos sus huéspedes cada vez que venimos a pescar al lago y cazar en los bosques de las cercanías. Esta es una excelente región para pasar las vacaciones.
—Quiero ver a la dueña de casa —interrumpió el policía, que no parecía dispuesto a entablar una conversación con aquel charlatán.
Cuando la mujer compareció el agente dijo:
—H e m o s recibido una queja de los habitantes del chalet blanco. Dicen que Ud. lanza toda la basura al lago y que ésta se acumula bajo la escala de ellos. ¿Es exacto?
—Sí, p e r d ó n e m e, —contestó la mujer y sus ojos de pupilas ambarinas brillaron con dureza—. Los Ramson se que-

Las miradas de Jim y Cristina se cruzaron con angustia.

jan de todo y siempre están molestando, pero en esto tienen ra zón. Llevaré la basura al bosque, para quemarla.
—Eso está de acuerdo con las normas sanitarias —aprobó e policía—. Bien, espero que no reincida.
—No, señor.
El policía abandonó la casa. Las miradas de Jim y Cristina s cruzaron con angustia.
—Mañana partiremos, —declaró Simón bruscamente—. Hoy ire mos de caza, para despistar a los polizontes.
Almorzaron en silencio. Jim hubiera deseado hablar con Crist na, pero sus secuestradores le vigilaban con aviesas miradas.
—Tina, anda a ayudar a la señora Gretchen a lavar los platos —ordenó Simón.
Jim se estremeció. No había pensado que el diminutivo de Cris tina era aquél, similar a Tino. El nombre de su amigo más que rido y el de aquella niña que compartía su destino eran parec dos.
—¿Qué te parece tan divertido? —preguntó Simón—. No crea que olvidé que nos has engañado. Más tarde ya no reirás, chi quillo idiota.

—Jim, despierta — susurró la niña, inclinándose.

Jim no respondió. Durante la tarde no pudo acercarse a Cristina. La dueña de casa tenía orden de retenerla junto a ella.

Llegó la noche. Una profunda calma reinaba en el lugar. Desde el bosque, apagados por la distancia, provenían rumores selváticos. El paso de las fieras, hollando la hojarasca, la huída de los conejos y los animales tímidos, el último vuelo de las aves antes de refugiarse en su nido.

Cristina abandonó sigilosamente su cama. Tenía un plan, que había meditado durante el día y deseaba comunicarlo a Jim. "Podremos huir antes que amanezca", pensó.

Silenciosa como una sombra, se deslizó en la habitación donde dormía Jim. Su camisón blanco se destacaba en la penumbra. Inclinándose, apoyó con suavidad su mano sobre la sábana y susurró:

—Jim, despierta.

Nadie respondió. Sólo entonces, Cristina descubrió que el lecho estaba vacío. Los almohadones y las frazadas en desorden simulaban ocultar un cuerpo. En la obscuridad, la ausencia de Jim sólo podría descubrirse al apartar la ropa.

Sintiendo que su corazón cesaba de latir, Cristina se dejó caer sobre la cama vacía. Permaneció inmóvil unos minutos y luego se dirigió hacia el dormitorio de su guardiana.

—¿Dónde está Jim? —preguntó, sacudiéndola.

—¿Qué quieres? —gruñó—. ¿Por qué te levantaste?

Cristina repitió su pregunta. La mujer, en la sombra, la golpeó con su mano abierta, chillando:

—Anda a acostarte. ¿Qué te importa lo que le suceda al chiquillo?

Cristina regresó llorando a su habitación.

Mientras tanto "los señores", llevando a Jim en el auto, surcaban la carretera a velocidad desenfrenada. A medianoche, Ramiro, amordazando a Jim para que no alborotara, lo vistió con el traje de brin que usaban en las vacaciones los alumnos del internado y lo trasladó en brazos hasta el coche. Habían adoptado todas las precauciones para no ser vistos. Por esta razón, Cristina, que no había conciliado el sueño, no percibió rumor alguno.

Ramiro quitó la mordaza a Jim y, observándole con irónica mirada, le dijo:

—Vuelves a ser el alumno Jim. Pero te falta la gorra con visera.
—Se la di a Ud.

—Es verdad. Y yo la dejé caer sobre una saliente del abismo que hay en la Gruta Hundida, para que cuando te buscaran, todos creyeran que te habías ahogado.

Jim miró espantado al hombre.

—Es horrible —balbució—. ¿No pensó en el sufrimiento de mi mamá..., en el terror y la angustia de mis profesores y de mis amigos?

—Nunca pienso en cosas que no me incumben —replicó Ramiro tranquilamente.

El cinismo de su raptor estremeció a Jim. Reprimió su indignación y luego de un prolongado silencio interrogó:
—¿Y Cristina? ¿Qué han hecho con ella?

—Ah, ¿te preocupa la rubiecita? Tenemos que hacerla desaparecer.

En un impulso que no pudo contener, Jim se levantó y con ambas manos golpeó el rostro de Ramiro. Su ataque fué tan sorpresivo y fulmíneo que, aunque sus fuerzas eran débiles comparadas con las del forajido, éste no pudo defenderse.

—¿Qué diablos pasa? —preguntó Simón, que guiaba el auto.
Por fin Ramiro pudo reducir a Jim, cruzándole los brazos a la espalda. Manteniéndole así, lo golpeó con su izquierda y el niño perdió el conocimiento.

—Este demonio —farfulló, oprimiendo un pañuelo contra su nariz, que sangraba abundantemente.

—¿Falta mucho? —preguntó después con voz ronca.
Simón, por el espejo, había presenciado la lucha.

—Yo te avisaré. Espera con paciencia, ¿o tienes miedo de que el muchacho te aturda de un directo?
—Me cogió de sorpresa —se disculpó Ramiro.

—No te descuides otra vez. Si quieres estar más seguro, te pasaré una ametralladora para que lo mantengas a raya. ¡Imbécil!
Con un gruñido, Ramiro se inclinó para alzar el cuerpo inerte de Jim. Lo depositó en el asiento y en seguida enderezó su corbata y sacudió su vestón. Por el espejo captó otra mirada de Simón y su rabia aumentó.

El auto seguía corriendo a velocidad vertiginosa. Faltaban dos horas más o menos para que despuntara el alba. El conductor oprimió el acelerador. En la soledad de aquellos caminos no surgió ningún otro coche, ni apareció la motocicleta de un policía para detener la desenfrenada carrera del automóvil azul.

—Pasa al chiquillo al asiento delantero —ordenó Simón, y su cómplice obedeció sin replicar.

Jim recobró la conciencia y en ese preciso instante el coche se detuvo. Con un gesto rápido, Simón abrió la puerta y empujó a Jim, haciéndole caer al camino. En seguida reemprendió la marcha.

(CONTINUARA)

Simón empujó a Jim, haciéndole caer al camino.

Ponchito

¡QUIUBO PATOCO! ¿COMO TE VA?
¡BIEN!
¿QUE LLEVAS AHÍ?
¡MIEL QUE LE MANDA MI PAPÁ A MI TÍO!
¿ME CONVIDAS UN POQUITO?

por nato

¡NO PUEDO! MI PAPÁ SE ENOJA
¡MEZQUINO, DAME UNA CUCHARADITA QUE SEA!
¡BUENO, TRAE UNA CUCHARA!
¡TIENES QUE DÁRMELA BIEN LLENITA!
NATO

Viviana y Tristán

CAPITULO VI.—Los libros mágicos.

Tristán, el Hijo del Lobo, presiente que Viviana lo odia. El y su amigo Lancelote llegaron al castillo sumergido en el lago, donde reside la bella hechicera. Tristán teme que Lancelote sea embrujado. El paje Fagar lo separó de él, porque se negó a beber un filtro adormecedor. La sed atormentaba a Tristán. Una gran jarra de agua fué colocada por Fagar en la estancia, pero, cuando el doncel quiso beber, la paloma blanca se lo impidió cubriendo la jarra con sus alas.

Tristán besó a su fiel amiga.

El Hijo del Lobo se inclinó a besar la pequeña cabeza, y murmuró:

—Sospeché que el agua contenía un veneno, y tú acabas de confirmarlo.

Cuando el delirio enturbie mi mente, ¿podré resistir al ansia de beber un sorbo?

Bruscamente, el ave se desprendió de las manos de su amo, y, atravesando el muro, voló sobre el lago.

Al quedar solo, Tristán presintió que era espiado. Sin volver la ca-

La paloma bebió largamente en la clara fuente.

beza, comprendió que Viviana había presenciado la fuga de la paloma. Aquella mirada quemante recorrió sus nervios, pero continuó inmóvil.

Mientras tanto, la paloma blanca surgió sobre la superficie del lago y se dirigió a una clara fuente. Allí absorbió el agua, y con ella en su garganta, como en un cántaro vivo, retornó al castillo.

En ese instante Viviana se presentaba ante el Hijo del Lobo, y le dijo:

—Confieso que mi magia nada puede contra tu vida. Eres el protegido de Merlín, y, además, el amigo de mi hijo Lancelote. Pero debes probar ese brebaje, para que olvides los secretos que aquí has descubierto. La sed te vencerá. ¿Por qué prolongar tu martirio, si al fin...

Se interrumpió al ver a la paloma, que se posó en el hombro del doncel, y luego le dió a beber el agua de la fuente.

Cuando Tristán, luego

—Debes probar ese brebaje —ordenó la hechicera.

El ave se posó en el hombro del doncel.

El brebaje dejado por Fagar se secó sin que el doncel hubiera probado una sola gota.

—¿Dónde estará Lancelote? —meditaba Tristán—. Duerme aún, pues ésa era la voluntad de su madre.

Evocaba el instante en que Fagar alzó en sus brazos el cuerpo inerte, y se alejó sin una palabra y sin turbarse ante la ira de Tristán.

—Debemos huir —pensaba el doncel—. Pero no puedo evadirme solo, dejando aquí a Lan-

de calmar su sed, mir a Viviana, la vió a tra vés del humo azufrad y contempló sus ojo verdes, que, le miraba fijamente con una ex presión extraña.

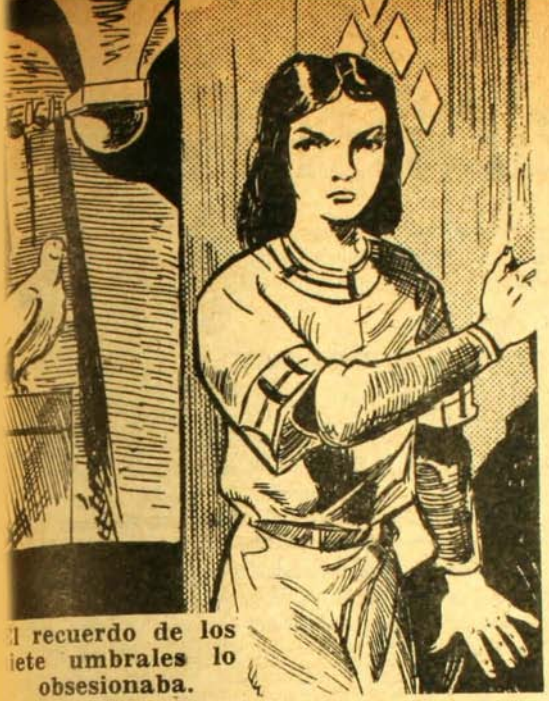
La cólera no ardía ya en esas pupilas miste riosas. Parecían avizo rar con resignada dul zura un peligro de muerte.

—Viviana —murmuró desconcertado.

Pero, cuando la bruma se disipó, ya la hechicera no estaba ante él.

Tristán no sufrió sed en los días que siguieron.

A través de la bruma verde, Tristán vió los extraños ojos de Viviana



El recuerdo de los siete umbrales lo obsesionaba.

celote y a Barto convertido en lobo de piedra. Es preciso que descubra el misterio de la torre prohibida; es necesario que traspase el umbral de la puerta negra.

El recuerdo de los siete umbrales lo obsesionaba.

—Allí guarda Viviana el secreto de su magia —repetía.

El hada del lago no le mantenía encerrado. Uno de los recintos a los cuales se le permitía entrar era la sala de los libros. Allí se guardaban pergaminos que databan de siglos.

—Tal vez en esas páginas escritas en remotos tiempos halle algún indicio —reflexionó el Hijo del Lobo.

Se sumió en la lectura de los manuscritos arcaicos que hablaban de Pendragón y de los héroes celtas; de los enanos que habitaban los bosques legendarios; de la magia y de los poderes ocultos; de la fuente de la juventud eterna, y de mil sortilegios y encantamientos.

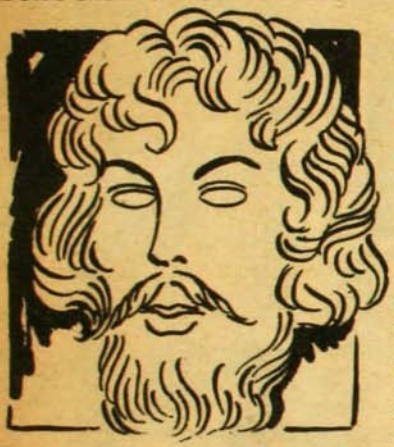
(CONTINUARA)

Tristán se sumió en la lectura de los antiguos libros.

¿QUE DIRIAS TU

Si te preguntaran quién fué el padre de los dioses en la mitología. ¿Qué dirías? Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 177.— "REMEMBER".



Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".— Antonia Pérez, San Bernardo; Augusto Labbé, Santa Cruz; Esmeralda Quezada, Lota. UN PREMIO DE $ 20.— Adriana Merino, San Bernardo; Lily Radbil, Santiago; Silvio Medone, Valparaíso; Sergio Andaur, Santiago; Roberto Cabezas, Talagante; Luis Palma, Viña del Mar; Gabriel Núñez, Chillán; María Villagrán, Curicó; Miguel Moreno, Temuco; Lucinda Pérez, Limache. UN LAPICERO FUENTE.— María Villarroel, La Unión; Matías Contreras, Nueva Imperial; Clara Zepeda, Valparaíso. UN LAPIZ AUTOMATICO.— Guillermo Fernández, Viña del Mar; Eduardo Ibáñez, Santiago; Sergio Cerda, Santiago. UNA ARMONICA.— David Murillo, Concepción. UN LIBRO.— Sergio González, La Serena; Silvia Vera, Chañaral; Camilo Carrasco, Santiago; Juana Castillo, Santiago; Víctor Trujillo, Concepción; Berta Mardones, San Bernardo; Carmen Moraga, Chillán; Sergio Rebolledo, Santiago; Roberto Ibarra, Viña del Mar; Virginia Fonseca, Los Andes. UN VITALMIN.— Eulogio Quinteros, Santiago; Juana Quezada, Valparaíso; Lola Proust, Victoria; Humberto Rodríguez, Talcahuano; Laura Elgueta, Curicó; Regina Olivares, Valparaíso; Fernando Campos, Temuco; Víctor Narváez, Copiapó; Berta Ahumada, Villarrica; Regina Olivares, Viña del Mar.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 179

¿Qué dirías?...

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

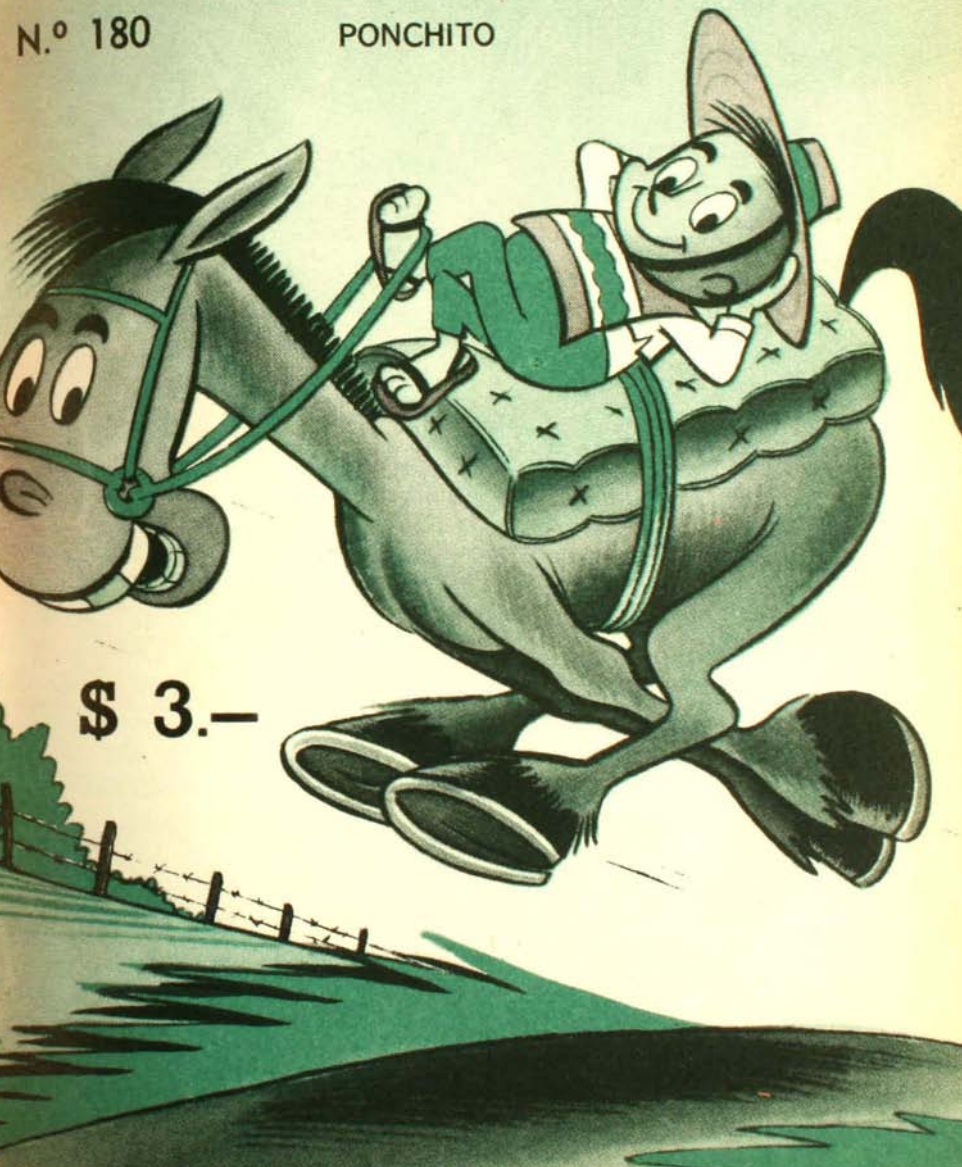
POR MÁS QUE LE ECHÉ UNAS INDIRECTAS, NO ME DIÓ NADA LA MUY TACAÑA
NO VEO NINGÚN BUZÓN
SEGUIREMOS "CHALUPIANDO" HASTA ENCONTRAR DONDE ECHAR LA CARTA
¡QUE BUENO! ¡AHÍ EN LA ESQUINA VEO UNO!
¡YA ESTÁ!
¡UGOOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad

N.º 180

PONCHITO



$ 3.–

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada. Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

ÑO IV - 11-II-1953 - N.° 180

El RUBÍ de MAHDI

APITULO VI.—Piratas a la vista.

a princesa Tamara, que ambicionaba el ono de la India, usurpó el nombre de Ami-a, la elegida del rey Mahdi.

rdenó a sus esclavas que encerraran en una cabina a la inerte rincesa y luego se presentó en el castillo de proa para recibir l homenaje de sus vasallos.

uando la verdadera elegida recobró la conciencia, advirtió de mediato que su anillo había desaparecido. Un terrible presenti-iento ensombreció su alma.

Tamara se presentó en el castillo de proa para recibir el homenaje de sus vasallos.

—¿No me reconoces, princesa Tamara? —gimió la comediante Varuna.

—He perdido mi talismán —balbuceó— ¡Oh rey Mahdi!, ¿lograré llegar hasta ti? Mi camino está sembrado de intrigas y de traición. El sultán Husain me previno contra mis enemigas. Shira ha renunciado a suplantarme pero Tamara es más ambiciosa y cruel.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por una esclava, que murmuró:

—Tamara, princesa mía, ¿cómo te sientes? Tu fiel Varuna está muy inquieta. Anoche pronunciabas palabras extrañas y parecías perturbada por un mal espíritu.

—Yo no soy Tamara —contestó Amina—. Y tú no eres mi esclava.

—¿No me reconoces? —gimió Varuna.

—Termina esta farsa, Varuna. Quiero hablar con Tamara.

Fingiendo un gran dolor, la esclava recorrió la cubierta del barco llorando a gritos.

—Tamara ha robado mi anillo —acusó Amina.

¡Mi ama la princesa
mara niega su nom-
e y cree ser la prin-
sa Amina!
el puente se reunie-
n los tripulantes. El
ir Harún se estreme-
. ¿Otra intriga? Y él
ndría que actuar de
ez. ¿Cuándo termina-
a aquel viaje malha-
do?

—La ambición la ha enloquecido —expresó la falsa Amina.

a falsa Amina ordenó:
-Traed a mi presencia a Tamara. Creo que está tramando al-
na traición. El sultán Husain me previno contra ella.
uando Amina compareció ante su enemiga, declaró:
-Tamara ha robado mi anillo. Harún, exígele que me lo de-
uelva.
or segunda vez Harún se veía frente a dos rostros velados que
podía reconocer; frente a dos princesas que reclamaban su
recho a ser coronadas reinas de Bengala.
-No comprendo —tartamudeó.
-¡Yo sí! —gritó la intrigante Tamara—. La ambición la ha en-
quecido y pretende ocupar mi sitio. Pero su codicia y su per-
lia serán castigadas por el propio Mahdi. Yo me preocuparé
que él sea severo y le imponga una dura sentencia.
mina se desprendió el velo y murmuró:

n su desesperación, mina se desprendió velo, quebrantando a ley musulmana.

—Yo soy Amina. Tamara, descubre tu semblante y no te atr verás a seguir mintiendo.

—¡Sacrilegio! —exclamó la usurpadora—. Ha mostrado su rost en público y merece ser castigada. Visir, ordena que sea lanzad al mar.

Un profundo silencio acogió estas palabras. La ley musulman prohibe que las mujeres se muestren sin velo. Aquella que s atreve a quebrantar esta costumbre queda deshonrada. Pero Ha rún vacilaba.

Dos rudos marineros llevaron prisionera a Amina.

—El sultán me prohibió los castigos durante el viaje nupcial - dijo finalmente—. Cuando lleguemos a Bengala, el rey Mahd decidirá.

—Ordena, entonces, que sea encerrada en un calabozo —insisti la princesa Tamara—. Si eres tan benévolo, nadie te respetar a bordo y todos actuarán con maldad, seguros de que no será castigados.

A un ademán del visir, dos rudos marineros condujeron a Amin a la cala y allí la dejaron prisionera. Las ásperas cadenas, l soledad en aquel antro húmedo y sombrío, el hambre y la se que empezaron a torturarla no preocupaban a la cautiva. Su úni ca angustia era haber perdido el rubí de Mahdi.

—No sé por qué, ese navío me inquieta — dijo el visir Harún.

Transcurrieron los días. Una tarde apareció un velero en el horizonte. Agrupados en la borda, o sosteniéndose de las jarcias, los marineros lo observaban, sin avistar su bandera.

—No sé por qué ese navío me inquieta —confesó Harún—. Navegaremos a toda vela para eludirlo.

—De ningún modo — rebatió la orgullosa Tamara—. Es quizás un barco enviado por mi prometido para escoltarnos. Sigamos acercándonos.

El visir no se atrevió a desobedecer.

De pronto el barco desconocido izó el pabellón, con la insignia de los piratas. Ya era demasiado tarde para huir.

(CONTINUARA)

El barco desconocido izó la bandera de los piratas.

ANDANZAS DE SAMUEL BILL

CAPITULO XIV Y FINAL

TERMINA ESTA AVENTURA

1. Samuel Bill, el viejo Bepo y Papus llegaron por fin a la isla poblada por una magnífica raza de zorros plateados. El indio "Patas de Bisonte" les había dado la pista. "—¡Aquí hay unas cuevas!", anunció Bepo. Samuel Bill indicó: "—Vamos a emboscarnos para vigilar. La caza está cerca".

2. Los tres se sentían emocionados. Bepo se apostó detrás de un árbol. Samuel Bill se instaló en la frondosa copa de una encina. "—Tú, escóndete en la cueva de un conejo", sugirió Bepo a Papus. El indiecito, ofendido, se alejó y de un brinco subió a una rama baja. Y preparó su fusil.

3. La luna iluminaba los altos conos de los pinos. El silencio fué interrumpido por un rumor de hojarascas y luego, a cierta distancia, resonó una detonación. Samuel Bill vió después un cuerpo ágil que atravesaba el campo de hierba. Disparó y el zorro, luego de saltar en el aire, cayó fulminado.

4. Los cazadores se reunieron. Bepo y Papus venían discutiendo: "—Yo lo maté —decía el indiecito—. Esa bala es mía.". El viejo replicaba: "—No, mía". El primer zorro tenía, en efecto, dos balas. "—Continúen la discusión en el campamento piel roja — dijo Bill—. Ya es hora de regresar, amigos."

FIN

CORENTIN PIRATA INVENCIBLE

CAPITULO XI

FALSO ABORDAJE

1. A bordo del galeón capitaneado por Melnac, el capitán Brigano, cinco de sus hombres y el valiente Corentín se atrincheraron en una escotilla, para defenderse de los rufianes de Colson. Este asumió el mando del "Sirena Dorada", derrocando a Melnac. "—El "Tiburón" no está lejos", murmuró Corentín.

2. "—Déjeme lanzarme a nado, para ir en busca de auxilio". Brigano respondió: "—Sería una locura". En ese instante rugieron los cañones, y el "Sirena Dorada" se estremeció. "—¡Mi barco está atacando!", gritó Brigano. "—Tenías razón, Corentín, el "Tiburón" no andaba lejos. ¡A pelear, mis bravos!"

3. De un salto abandonaron la escotilla donde se habían refugiado. Corentín desenvainó la espada de Morgan y se mezcló a la furiosa contienda. Alaridos y maldiciones se confundían con el tronar de la artillería. De pronto Fagot escuchó una risa burlona y reconoció a Colson.

4. "—¡Por los huesos de mi calavera!, —bramó el contramaestre—. No veo al "Tiburón". Con un juramento de rabia, Fagot comprendió que Colson les había engañado, fingiendo que eran atacados. De pronto los hombres del "Sirena Dorada" huyeron en desbandada. ¿Por qué?

(CONTINUARA)

El arpa mágica

Lejos, más allá de nuestro mundo, en las tierras de la ilusión, s levantaba una ciudad gobernada por el zar Golova con su zarin Su alegría fué inmensa cuando nació su hija Sienaya, y aún m se alegraron cuando tuvieron otra hija a quien llamaron Nay El zar Golova celebró los nacimientos con festines, en que com y bebió y se regocijó hasta que vió satisfecho su corazón.

Más tarde el zar empezó a preocuparse pensando en la mej manera de criar y educar a sus queridas hijas para que llevase con dignidad sus coronas. Habían de comer con cucharas de or dormir en edredones de plumas, abrigarse con cobertores de pi de marta y tres doncellas se turnaban para espantar las mosc mientras las zarevnas dormían. Para custodia y protección de s hijas, las rodeó de setenta y siete niñeras y setenta y siete gua dianes.

No sé cuántos años transcurrieron, el caso es que las zarevn crecieron y empezaron a acudir a la corte los pretendientes. U día, en el patio, se produjo un ruido de gente que corría de u lado a otro. Las doncellas de fuera gritaban, las de dentro ch llaban y los guardianes rugían con toda su alma.

El zar Golova salió corriendo a preguntar:

—¿Qué ha sucedido?

Los setenta y siete guardianes y las setenta y siete nodrizas c yeron a sus pies gritando:

—¡Somos culpables! ¡He aquí que las zarevnas Sienaya y Na han sido arrebatadas por una ventolera!

Había sucedido una cosa extraña. Las zarevnas bajaron l jard imperial a coger unas flores y a comer unas manzanas. De pro to un huracán se llevó a las princesitas. El zar estaba triste afligido, y no comía ni bebía ni dormía.

Pero pasó el tiempo y con él la melancolía. Nació otro hijo d zar, pero no mujer, sino varón. El zar Golova llamó a su hij Iván, y lo rodeó de criados, de maestros, de sabios y de valie tes guerreros. Y el zarevitz Iván crecía y llegó a ser un donc de extraordinaria belleza, pero no tenía valor heroico ni demo

traba aficiones belicosas. Se complacía en tocar el arpa, y al escucharlo, todo el mundo olvidaba todo lo demás. Eran canciones maravillosas, pero no colmaban el tesoro del zar ni defendían sus dominios ni destruían a sus enemigos.

Un día el zar Golova dijo al príncipe:

—Eres hermoso y sabio, hijo mío, pero no demuestras el valor de un guerrero. Ya estoy viejo y el reino debe ser defendido.

—Querido zar, emperador y padre mío —contestó Iván—. No por la fuerza, sino por la astucia se toman las ciudades y se vencen a los enemigos. Llama a tus héroes y diles que con sus espadas, sus lanzas, sus flechas y sus soldados vayan a rescatar a mis hermanas Sienaya y Naya. Si alguno de ellos regresa trayén-

El príncipe se complacía en tocar el arpa y sus canciones eran maravillosas.

dolas, yo le limpiaré los zapatos, me convertiré en su bufón y le cederé mi derecho al trono. Si ninguno regresa con ellas, confíame a mí la proeza y sólo con mi ingenio las rescataré.
Ninguno de los valientes guerreros se atrevió a emprender tan difícil hazaña, y el zarevitz partió, llevando nada más que su arpa melodiosa.
En su camino encontró dos demonios de la selva, que reñían airadamente. El príncipe ejecutó una melodía en su arpa y, logranda apaciguarlos, así les interrogó:
—¿Por qué estáis peleando con tanta furia?
—Porque hemos hallado tres cosas: un mantel con pan y sal; unas botas que andan solas y un gorro invisible, y ni él ni yo queremos repartirlas, ni cederlas al otro.
—Pues no veo motivo para enemistarse —dijo Iván, con indiferencia.
—¿Que no? —chilló uno de los demonios—. Extiende el mantel y tendrás todos los manjares que quieras. Si alguien te persigue, no tienes más que calzar las botas y correrás más rápido que el viento. Y si te amenaza un peligro, te pones el gorro invisible y desapareces por completo.
—Yo haré de juez —propuso el joven—. Corred hasta el sendero que pasa junto al bosque y el primero que llegue se llevará el mantel, las botas y el gorro.
Aceptaron los demonios y echaron a correr a cuál podía más. Iván no esperó su regreso. Se calzó las botas, se encasquetó el gorro y con el mantel bajo el brazo, se disipó como el humo.
Anda que andarás, Iván llegó a la choza de Baba Yaga, la madre de las brujas. Ella se sintió tan encantada con la belleza del mancebo, que le reveló dónde estaba prisionera su hermana Sienaya.
—El Monstruo de la Selva la tiene encerrada en el palacio de piedra blanca. No podrás salvarla, porque el ogro que la custodia te devorará.
—Eso lo veremos —dijo Iván.
Y esa misma tarde penetró en el palacio. La zarevna Sienaya lo reconoció de inmediato y lo abrazó. En ese instante resonó un gran estruendo. El monstruo se acercaba. Iván, tranquilamente, se puso el gorro invisible.
—¡Olor a carne humana huele aquí! —rugió el monstruo—. Tengo hambre y me gustaría comerme a ese intruso.

El príncipe se quitó el gorro invisible y, sin demostrar temor, dijo al ogro:

—¿Para qué me quieres comer? Será preferible que me permitas ofrecerte un almuerzo como nunca en tu vida has probado.

Y dicho esto, extendió el mantel, que al punto se llenó de manjares, que se renovaban sin terminarse nunca. El monstruo devoraba sin descanso. Luego bebió y volvió a tragar, hasta que se hartó tanto que no pudo moverse y allí mismo se quedó dormido.

—Ahora, querida hermana Sienaya, regresa a palacio, mientras yo busco a Naya. ¿Puedes tú decirme dónde está?

—En los abismos del océano, prisionera del Monstruo del Mar, que te devorará en cuanto te divise —contestó Sienaya, tristemente.

—Pues no veo motivo para enemistarse —dijo Iván con indiferencia.

—Eso lo veremos —repitió Iván, y se alejó, con su arpa en ba dolera.

En medio de una tempestad terrible, se lanzó al mar, yendo caer al palacio del Monstruo. Este quiso atrapar al doncel par devorarlo, pero Iván preludió una canción tan triste que el ogr puso una cara amarga y empezó a lanzar suspiros, y lloró y s quejó. Todos los peces se agruparon para verlo y por poco s mueren de risa.

El Monstruo dijo:

—Me daría mucha pena devorarte. Quédate. Eres mi huésped.

El zarevitz Iván se sentó, pues, con su hermana y el Monstru del Mar. Después de la comida, el ogro se fué a dormir y Nay dijo:

—Querido hermano, ¡qué contenta estoy de tenerte por huésped Pero, ¡ay!, no durará mucho mi alegría. Cuando se despierte m verdugo, te devorará si está de mal humor.

El Monstruo del Mar lloraba y se quejaba mientras los peces reían.

—Hermanita —respondió Iván—, ha llorado tanto con mi canción triste, que se siente fatigado y no despertará. Salgamos mientras duerme.

Cruzaron la puerta del palacio, y como el Monstruo del Mar había declarado ante todos sus súbditos que Iván era su huésped, nadie le impidió el paso. El zarevitz se calzó entonces las botas, cogió a su hermana en brazos y de dos zancadas atravesó el océano, y de otras dos, llegó a su país.

—Ya ves, mi querido zar, emperador y padre —dijo el zarevitz—. Ejecuté la hazaña que tus héroes no se atrevieron a emprender. ¿Crees que cuando herede el reino, estará en peligro de caer en manos de nuestros enemigos? ¿No me consideras capaz de defenderlo?

El zar reconoció que su hijo tenía razón y desde entonces hasta su último día vivió tranquilo y confiado.

Correspondencia

Adita, Alejandrina y Haydée Vargas (Santiago).—Agradezco sus entusiastas felicitaciones por nuestra pequeña gran revista "Simbad".

Mónica Presser.—Nos aconseja que nos sintamos orgullosos de la serie "Jim el Secuestrado". Nos sentimos orgullosos, especialmente, de contar con miles y miles de lectores y de que todos estén felices y complacidos con las lecturas y dibujos que les ofrecemos.

Hernán Arriagada Edwards (Santiago).—Lamento decirle que los primeros ejemplares de "Simbad" están agotados. Usted desea poseer la colección del número 1 al 178. Nuestro lector Arturo Gallo I., Casilla 91, Llay-Llay, ofrece ejemplares del N.º 100 al 174. Respecto a los demás, creo que será muy difícil que los obtenga.

Teresa López (Río Bueno); *Luis E. Aranda* (Concepción).—Envíen el valor de los ejemplares de "Simbad" que solicitan. No se remiten contra reembolso.

Jorge Casanova (Santiago); *M. Angélica Kotliareso* (Concón).—"Jim el Secuestrado" les ha entusiasmado por su emocionante trama. Agradecemos, además, sus felicitaciones por "El Rubí de Mahdi", y "Viviana y Tristán", y los cuentos semanales, que califican de maravillosos.

Richard González (Cabildo).—Despachamos su premio. Mis colaboradores agradecen sus elogios.

Jorge Sabal (Viña del Mar).—Gracias por sus felicitaciones. La pequeña gran revista "Simbad" seguirá siendo cada día más estupenda.

Luis Cruz (Parral).—"Viviana y Tristán" es efectivamente una serial fantástica y que mantiene esclavizados a los lectores. Continuaremos dando episodios con el héroe Tristán.

ROXANE.

EL PRINCIPE VALIENTE

CAPITULO III.—PIEDRAS MAGICAS

1. El príncipe Valiente abandonó su palacio para ir en busca de la flor de la vida, que salvaría a su padre el rey. Vencido por el cansancio, se detuvo en un bosque. El hambre lo atormentaba. Al divisar una ardilla, la atrapó antes de que alcanzara a huir.

2. "—No me mates, príncipe Valiente", suplicó el roedor. Asombrado porque el animalito podía hablar, Valiente permaneció en silencio. Luego, viendo que el terror se reflejaba en los ojos de la ardilla, la tranquilizó: "—No temas". Entonces ella dijo:

3. "—Toma esta piedra azul. Es mágica. Si te hallas en peligro, te protegerá." El roedor se alejó saltando entre las ramas, y Valiente continuó su camino. Ahora tenía dos piedras mágicas: la roja que le dió Sari y la azul que le ofreció la ardilla.

4. El príncipe se alimentaba de frutos silvestres y bebía en los arroyuelos. Caminaba sin reposo, anhelante de llegar al templo de la aurora. Una tarde oyó un rugido espantable. Esgrimió el puñal para defenderse, pero sólo vió a un viejo león.

EL PRINCIPE VALIENTE

5. El felino tenía una zarpa herida y rugía de dolor. Al ver al príncipe, gimió: "—Tengo una espina clavada. ¿Quieres quitármela?" Valiente obedeció, mientras el león proseguía: "—Estoy viejo y débil. Nadie me teme, ni se compadece de mí".

6. "—Cuando era un león joven y fiero, mis enemigos huían a esconderse, o halagaban mi vanidad para no ser destrozados por mis garras", añadió el animal tristemente. El príncipe respondió: "—Yo no te hubiera temido, león". En seguida, arrancó la espina.

7. "—Ya no sufrirás más", declaró. El león dijo: "—Nunca he hallado a alguien como tú, un valiente que no se burla de los débiles y de los vencidos. Para premiarte, quiero que aceptes una piedra mágica. Este guijarro verde concederá tus deseos".

8. "—Adiós, príncipe Valiente", rugió el viejo león y luego se perdió en la selva. El hijo del rey siguió caminando a través de la floresta. Durante días y días avanzó, hasta llegar al borde del mar. "¿Cómo lo cruzaré? —pensó—. No veo embarcación alguna."

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO VII.—La choza junto al lago.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim. Cuando despierta de un largo sueño producido por un narcótico, interroga a Ramiro. Este le confiesa que el secuestro fué ordenado por el padre de Tino. Jim revela su verdadero nombre, ignorado por los forajidos, que se enfurecen al comprender su equivocación. Jim descubre que también está secuestrada una niña llamada Cristina. Esa noche los delincuentes llevan a Jim en su auto y lo dejan abandonado en un lugar solitario.

Cristina Sarli, la rubia niña secuestrada por Ramiro y Simón, despertó al oír el rugido de un auto que subía la cuesta, bordeando el lago. Tina se incorporó, alarmada. Se durmió muy tarde, llorando por la ausencia de Jim. Un terrible dolor le oprimía las sienes y su corazón estaba angustiado y temeroso.

—Vuelven los hombres —murmuró, abandonando el lecho—. Quizás Jim viene con ellos. Tal vez me asusté sin motivo.

Simón golpeaba la puerta del dormitorio de la señora Gretchen.

—Levántate, doña. Queremos desayuno.

Aunque temblaba convulsivamente, Cristina se aventuró a salir de su habitación, y, acercándose a los forajidos, preguntó:

—¿Dónde está Jim?

—¿Qué te importa? —replicó Simón.

—Ha estado molestándome con la misma pregunta —declaró la mujer, que se había levantado apresuradamente, a fin de atender a sus huéspedes—. Por cierto que le di una bofetada.

—Tal vez quiera otra —sugirió el brutal individuo.

Cristina pensó que soportaría el maltrato si lograba saber noticias de Jim.

—Señor —balbuceó—. Castígueme, si quiere, pero dígame qué le ha sucedido a Jim.

Simón rió con dureza.

—Si te entrego con moretones, o con un brazo quebrado, por ejemplo, no recibiré el precio convenido. Apártate, chiquilla.

—Señor... —insistió Cristina, desesperadamente.

—Ya me estás cansando.

La apartó con rudeza y, seguido por Ramiro, que caminaba detrás de él como un perro que espera un hueso, desapareció en sus habitaciones.

Cristina se despertó alarmada, incorporándose en el lecho.

Mientras tanto, Jim, abandonado en un camino solitario, observaba con temor aquel paraje desierto. Aun no amanecía y las sombras agazapadas entre los árboles parecían fieras prontas a abalanzarse sobre su víctima. En el cielo brillaban algunas estrellas aisladas y un profundo silencio reinaba sobre el mundo dormido.

El terror se apoderaba de Jim. ¿En qué lugar estaba? ¿Dónde encontraría un refugio?

Avanzó por un sendero paralelo al camino principal. Apresuró el paso y para infundirse valor, entonó una canción:

En alta mar
había un marinero...

Anduvo kilómetros y kilómetros. Cambió de senda y ante él se extendía el camino interminable. Nada interrumpía la monotonía de aquel trayecto. Los primeros albores del día iluminaron el horizonte. En unos letreros que señalaban la ruta, Jim leyó nombres desconocidos. ¿En qué país estaba? El viaje en hidroavión pudo llevarlo a los confines de la tierra y era imposible deducir qué distancia recorrieron a través del espacio y en qué dirección. El niño sentíase completamente desorientado.

El cansancio empezó a dominarlo. Se detuvo a reposar, pero el frío del alba lo obligó a reemprender la marcha. Temblaba como si tuviera fiebre. Avanzaba cual un autómata. El único rumor que parecía existir en el mundo eran sus pisadas, que cambiaban de sonido sobre la tierra suelta, las piedras o las hojas secas.

Divisó algunas viviendas al borde del camino, o a escasa distancia, pero no se atrevió a despertar a sus moradores. Además, apenas se aproximaba los perros prorrumpían en un coro de ladridos.

—No es agradable ser vagabundo —meditó Jim.

De pronto avistó un lago, o tal vez un ancho río, pues no se alcanzaba a distinguir la ribera opuesta. Sobre el agua flotaba la niebla.

Jim se quitó los zapatos para penetrar en el lago. Recogió agua en el hueco de sus manos y la esparció en su rostro. Su cansancio se atenuó y, sintiéndose revivir, el muchacho se adelantó algunos pasos más. Bajo sus pies el suelo resbalaba, viscoso como el lecho de un pantano.

—Tal vez sea peligroso este sitio —murmuró Jim, y regresó a la ribera.

No lejos de allí había una choza, construída tan cerca del lago, que el oleaje humedecía sus muros.

—Parece deshabitada —observó Jim—. Quizás pueda entrar y tenderme en algún rincón para descansar.

Al aproximarse, vió que una débil columna de humo escapaba de la chimenea. En ese instante la puerta se abrió, perfilándose en el umbral la figura de un hombre viejo, vestido de harapos. Una gorra grasienta cubría sus canas. Al encontrarse con Jim, pareció sorprendido de recibir aquella visita matinal.

—Casi nadie llega por estos andurriales —carraspeó el viejo—. ¿Quién eres, muchacho? ¿Perdiste el camino de tu casa?

—No, abuelo —repuso Jim.

No se atrevía a dar más explicaciones. Ignoraba si podía fiarse de aquel desconocido. Pero sus ojos grises, un poco velados por la edad, tenían una expresión bondadosa.

Con una risilla cascada, el anciano dijo:

—Adivinaste mi nombre.

—¿Abuelo?

—Sí. Nada más que "abuelo". Y tú, ¿cómo te llamas?

—Jim Aumont. Soy alumno del internado de...

Un viejo harapiento salió de la choza construida junto al lago.

Se interrumpió al recordar que se hallaba en un país extranjero.
—No eres muy comunicativo, ¿no, Jim? —advirtió el abuelo—. Si tienes pocas ganas de hablar, no te haré preguntas. Si quieres quedarte conmigo unos minutos, puedo ofrecerte desayuno. A mis nietos les alegrará tu compañía.
—¿Sus nietos?
—Por cierto. ¿Dónde has visto un abuelo sin nietos? —contestó el viejo, con una luz de picardía en sus ojillos rugosos—. Vamos a buscar agua para el té.
En su mano sostenía un balde limpio. Lo colmó de agua en una noria cercana y, seguido de su invitado, penetró en la cabaña. No era tan estrecha como Jim creía. Varios niños y niñitas se agruparon en torno a los recién llegados.
—¿Quién es éste, abuelito? —preguntó una chica de trenzas colorinas y carita pecosa.
—A nadie se le dice "éste" —le corrigió el anciano.
—¿Quién es el niñito que viene contigo? —añadió la niña.
—Se llama Jim Aumont y le he invitado a servirse desayuno con nosotros. Así es que tiende el mantel y ayuda a Marta.
La colorina Alicia se apresuró a obedecer. Marta, una muchacha morena y alta, puso a hervir el agua y vigiló el horno donde se cocían los panes.

Además de Marta y Alicia, Jim conoció a Romi, Juan y Pedro. Mientras paladeaba una taza de té con leche y pan amasado, Jim supó cómo estaba constituída aquella singular "familia". El abuelo, hasta cierta edad, fué un trotamundos incansable. Un día recogió a Romi, huérfano que hubiera fallecido de hambre y frío, si el vagabundo no lo hubiere adoptado. Luego encontró a Marta, que también estaba desamparada en el mundo. Siguieron los tres vagando, pero más tarde el grupo aumentó con Juan, Pedro y Alicia. El abuelo discurrió que aquella vida nómade no convenía a los niños. Era preciso que se educaran. Se estableció entonces a la orilla del lago, construyó la choza y envió a sus nietos a la escuela del pueblo cercano. Tuvo que cumplir muchos trámites, sacar documentos y mil gabelas. Pero las autoridades se demostraron comprensivas y, comprobado que todos esos niños eran huérfanos y no tenían en el mundo más amparo que el que les prestaba el Abuelo, nadie les molestó y vivían felices en su cabaña, procurando completar su humilde amoblado, manteniéndola aseada y ayudando a su protector en la pesca y otras faenas para ganar el sustento diario.

Cuando Jim expresó que deseaba quedarse con ellos, el anciano vaciló.

—Cualquiera ve que no eres un muchacho pobre —dijo el Abuelo—. ¿Huiste de tu casa?

Jim decidió contarle sus aventuras. El viejo estuvo pensativo durante un largo tiempo y finalmente resolvió:

—Está bien. Quédate. Veremos cómo puedes regresar a tu casa. Por ahora no deseo recurrir a la policía. Esta cuestión del secuestro es grave y tal vez me perjudique. Me prometieron becas para mis dos nietos mayores: Marta y Pedro. Estudiarán en un internado. Sería muy triste que, si sospechan de que yo ayudé a los bandidos, mis nietos fueran rechazados. En todos estos años demostré mi honradez, pero tú sabes que de un vagabundo o de un gitano siempre desconfían.

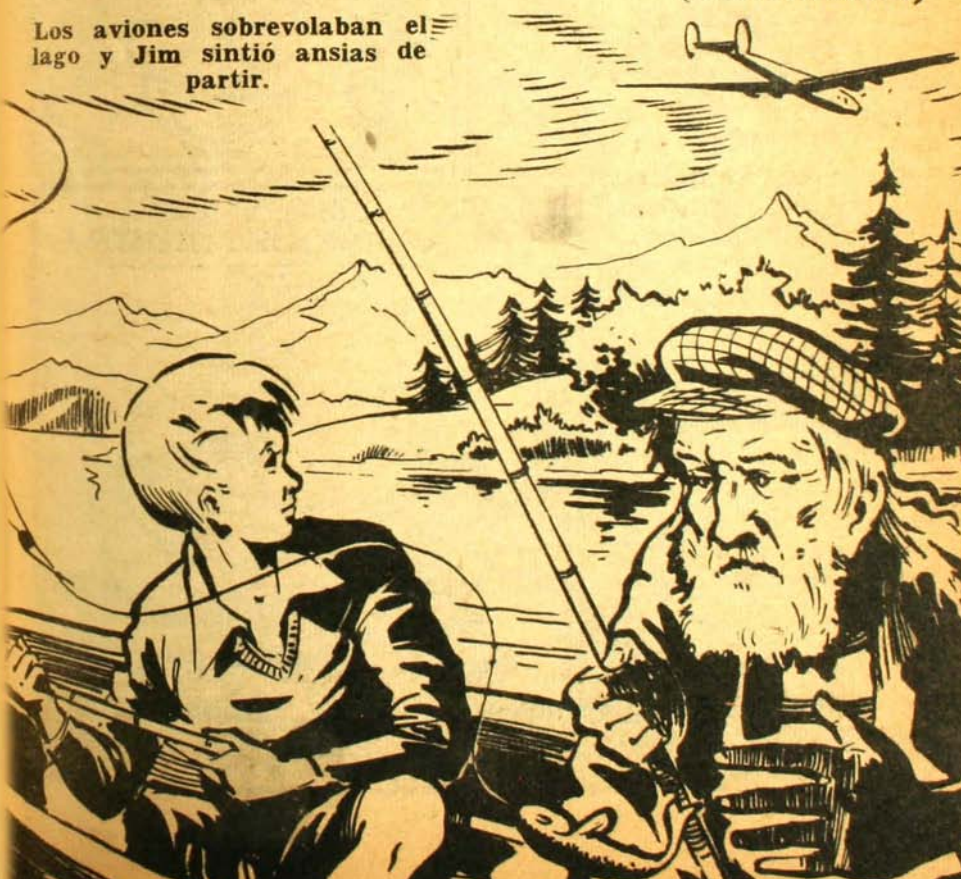
—Comprendo, abuelito. Esperaremos el momento oportuno.

Desde entonces, Jim formó parte del grupo. Todos le querían por su carácter alegre. Ayudó a repasar lecciones a los niños, que estaban de vacaciones y salía con el anciano a pescar.

Una tarde vió planear un avión sobre el lago. En los días siguientes, otras naves aéreas sobrevolaron también. Emocionado, Jim preguntó:

—¿Hay cerca algún aeropuerto?
—Sí, el de Shanon.
Sus secuestradores mencionaron una vez ese nombre. Aquel campo de aterrizaje pertenecía a una línea aérea que unía Europa con América.
"Yo debía ser llevado al Brasil —cavilaba Jim—. ¿Por qué se desviaron hacia aquí? Tal vez Cristina debía ser entregada en un punto de Europa y los secuestradores se vieron obligados a efectuar esta jira. Es posible también que tuvieran otros negocios en la mente."
—Abuelo, quisiera partir. Si usted me condujera al aeródromo, se lo agradeceré.
Una sombra de tristeza obscureció las pupilas grises.
—Está bien, Jim —contestó el viejo pescador, con voz lenta—. Pero quedaremos muy tristes con tu partida.

(CONTINUARA)

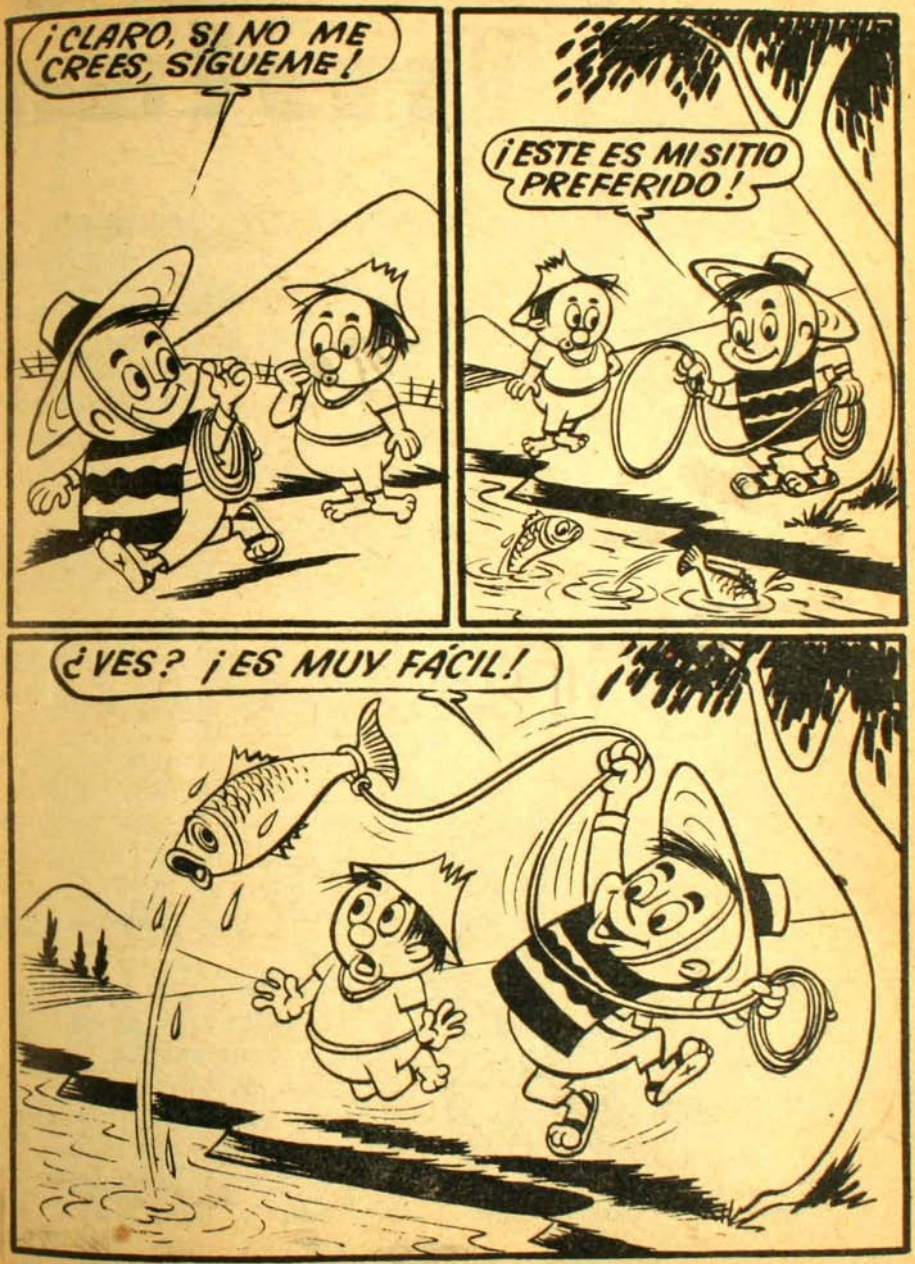


Los aviones sobrevolaban el lago y Jim sintió ansias de partir.

Ponchito

¡HOLA PATOCO! ¿CÓMO TE VÁ?...
¿QUE TAL, VAS A PILLAR UN CABALLO?
¡NO, VOY AL RÍO, A PESCAR!
¡ESTAS LOCO! ¿VAS A PESCAR CON ESE CORDEL?
NATO

por nato


¡CLARO, SI NO ME CREES, SÍGUEME!
¡ESTE ES MI SITIO PREFERIDO!
¿VES? ¡ES MUY FÁCIL!

Viviana y Tristán

CAPITULO VII.—Invencible.

Ansioso de vencer la magia de Viviana, Tristán, el Hijo del Lobo, leía ávidamente antiguos libros de hechicería. Deseaba huir del castillo sumergido en el lago. Un clima de misterio mantenía en tensión su espíritu. Vagas amenazas flotaban en el ambiente.

—¿Dónde está Lancelote?

Este enigma le causaba inquietud. Además su lobo Barto estaba convertido en estatua de piedra.

Una hoja amarillenta por los siglos se desprendió del libro.

Una hoja amarillenta por los siglos se desprendió, deslizándose del grueso libro que leía el doncel.

Escrita en caracteres galos, fué traducida por Tristán. Decía: "Aquel que beba el agua azul de la fuente de jaspe quedará libre de todo maleficio, por poderoso que éste sea".

El Hijo del Lobo se levantó de un salto. ¡Si encontraba el agua azul podría desafiar la magia de Viviana! Con el corazón palpitante de emoción recorrió las salas desiertas. Cruzó corredores silenciosos y bajó escalas alumbradas por antorchas

Antorchas sostenidas por brazos que surgían del muro alumbraban la escalera.

que brazos vivientes, surgidos del muro, sostenían inmóviles. Aquellos brazos desprovistos de cuerpo inspiraban temor.

Por fin Tristán se detuvo ante la sala de jaspe. Nunca había penetrado en ella, pero cierta vez oyó que el paje Fagar la nombraba. Atravesó el umbral. Rayos luminosos iluminaban el recinto. Armaduras y estatuas de legendarios caballeros erguíanse rígidas en los nichos de la pared. Tristán descubrió la fuente mágica. Al oír el rumoroso brotar del agua, una sed profunda hizo temblar sus labios.

Anhelante se acercó. Una copa de oro pendía de una cadena. La colmó de agua azul y bebió. El líquido maravilloso esparció por sus venas una sensación de poder tan aguda que instintivamente irguió su cuerpo, como un joven gigante que despliega toda su altura.

Súbitamente un hórrido clamor interrumpió el silencio. Parecía que un huracán había estallado en el lago y que las aguas golpeaban con ciega furia los muros del castillo sumergido.

No era un huracán, sin embargo, el que aullaba y rugía, sino un ejército de enanos furiosos que amenazaban a Tristán con sus espadas. Pero el héroe avanzó al encuentro de los duendes y éstos retrocedieron.

—¿Quiénes sois? —preguntó el doncel.

Por fin Tristán se detuvo ante la sala de jaspe.

El doncel bebió el agua azul de la fuente.

Un hórrido clamor interrumpió el silencio.

—Los enanos del rey Pendragón —repuso un duende, y depositando su espada en el suelo, agregó—: Te rendimos obediencia.

Tristán se maravilló al pensar que aquellos enanos eran tan viejos que su edad se contaba por siglos. Eran los trasgos de Brocelandia, poderosos y temidos.

Se oyó el eco de unas pisadas suaves y apareció Viviana, la castellana del lago. Sus ojos relampagueaban de ira.

—Mi poder es inútil contra ti —dijo con lentitud—. Has bebido el agua azul, pero aun puedo recurrir al círculo encantado.

Hizo un gesto y su esbelta silueta se esfumó. Tristán sólo distinguía la cabellera rubia, como una bruma de oro. En el cerco mágico aparecieron después el grifo, el unicornio, la onza y la salamandra, que son los guardianes de los secretos de la tierra.

Una multitud de enanos amenazaba a Tristán con sus espadas.

—El agua azul destruyó el poder de mis encantamientos —dijo Viviana—. Devolvedme vosotros mi magia invencible.

Pero los cuatro animales fabulosos no pudieron traspasar el círculo encantado y se desvanecieron. Viviana invocó entonces al Mago Merlín.

—Enséñame el signo

que hará revivir mis sortilegios —suplicó la derrotada hechicera.
—Es inútil, Viviana —replicó Merlín—. Desafiaste a la naturaleza llevando tu magia tan lejos que ahora ella se vuelve contra ti. A nadie le es permitido penetrar con soberbia en el reino de lo oculto. Por el mundo del misterio es preciso caminar con humildad. En caso contrario, las fuerzas desconocidas destruyen al que pretendió dominarlas.
—¡Desaparece de mi vista! —gritó Viviana—. Vete, con tus necias palabras. Yo no seré vencida. ¿Lo oyes? ¡Jamás!
Quedó sola y Tristán la vió dirigirse a un espejo. Las pupilas verdes y extrañas exploraron con ansiedad el bello rostro. Se conservaba joven, hermoso y resplandecía con el reflejo dorado de los cabellos. Tranquilizada Viviana miró al doncel y sus ojos se endurecieron.

(CONTINUARA)

—¿Quiénes sois? —preguntó el doncel, sin retroceder.

—Te rendimos obediencia —dijo el duende.

LA LETRA MAGICA

La palabra que aparece en la ilustración corresponde a un antiguo baile francés. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo, basta agregarle una LETRA MAGICA.

Ejemplo: la palabra escrita es lito (que significa piedra), si le agregas entre la t y la o la letra mágica (r), quedará convertida en litro (medida de capacidad).

Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tú solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 178: Conejo.

Premiados con una SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Jorge Sabal, Viña del Mar; Luis A. Jara, Santiago; Juana Olave, Valparaíso. CON $ 20.—: Sonia Beher, Sewell; Amanda Reuse, Temuco; David López, Los Andes; Angélica Córdoba, Santiago; René Estay, Santiago; Jorge Hidalgo, Los Lagos; Marcelo Muñoz, Valparaíso; Daniel Lanas, Santiago; Dorisa Balbontín, Santiago; Maureen Elton, Viña del Mar. UN LAPIZ AUTOMATICO: María L. López, Osorno; Eliana Fernández, Viña del Mar; María A. Capurro, Cauquenes. UNA CARPETA ESQUELAS: Rosa Reyes, Angol; Haydee Escobar, Linares; Ramón Fuentes, Santa Cruz. UN JUEGO LUDO: Elena Vergara, Santiago. UN LIBRO: Eglantina Figueroa, Concepción; Marta Bustos, Los Andes; Naza Rode, Chillán; Eckard Smith, Tomé; Juanita Gables, Buin; Sonia Yunis, Peñaflor; Ana Banfi, Talagante; Rosario Henríquez, Melipilla; Luisa Dazarola, Santiago; Matilde Sanguinetti, Viña del Mar. UN VITALMIN: Belarmino Moya, Santiago; Teodora Mediavilla, Renca; Roberto Hoffman, Concepción; José D. Cifuentes, Polpaico; Nelly Muñoz, Valparaíso; Patricia Arancibia, Rancagua; Miriam González, Concepción; María Yorka San Martín, Santiago; Olivia Oliri, San Felipe; Carmen Oyarzún, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 180

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

¡YA SÉ LO QUE TENGO QUE HACER!
¿TE GUSTA LA CASUCHA QUE TE ESTOY CONSTRUYENDO?
¡CASI LISTA! ¿QUÉ TAL?
CHASAMAN
AHORA LE COLOCARÉ ESTAS RUEDITAS
NO LO PODEMOS LLEVAR, ¡ESTÁ EN SU CASA!
CHASAMAN

PELUSITA POR NATO

Simbad
VIVIANA Y TRISTAN
N.º 181
$ 3.—
ELENA
ROIRIER

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 18-II-1953 - N.º 181

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO VII.—Kelim, el tigre del mar.

La princesa Amina fué elegida por el sultán de Basora para compartir el trono del poderoso Mahdi, maharajá de Bengala. Tamara envidiaba a Amina y logró suplantarla. En alta mar, la nave que conducía a la prometida de Mahdi fué abordada por un barco pirata.

El visir Harún había intentado huir del navío que en el primer

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritaba Harún.

—Una débil mujer no es un guerrero —gimió Tamara aterrada.

instante no enarboló pabellón alguno. Pero Tamara lo obligó a navegar hacia él, creyendo que era un barco enviado por Mahdi para escoltarla. Cuando la siniestra bandera de los piratas flameó al viento, el terror dominó a los tripulantes del velero.

—¡A las armas! ¡A las armas! —gritó Harún, pero no acertaba a organizar la defensa.

Era cobarde y sentía un imperioso deseo de huir a esconderse Pero logró dominar su terror. Detuvo la mirada en la supuesta reina y, advirtiendo su espanto, le dijo:

—Tú, ¡oh soberana!, debes dirigir a tus siervos en la batalla. Oí una vez decir al sultán Husain que por tus venas corre la sangre de

Los piratas atacaron el barco del sultán.

—No soy la verdadera elegida —confesó Tamara, defendiéndose.

los *sikhs*, los guerreros más valerosos y audaces de la India.

Tamara, pálida, gimió:

—Una débil mujer no es un guerrero. Parlamenta con los piratas. Ofréceles todas las riquezas que hay a bordo.

Harún sonrió. El encontrar un corazón más cobarde que el suyo le daba ánimos.

Minutos después, los filibusteros caían como una nube de langostas sobre el barco del sultán. Esgrimían sus espadas y cuchillos. Un gesto fiero contraía sus semblantes. Les dirigía un pirata ataviado con la esplendidez de un príncipe. Nadie les opuso resistencia.

—¿Este navío está tripulado sólo por cobardes? —preguntó, con insolencia, el capitán de los piratas.

Su mirada de tigre recorrió las filas de silenciosos marineros. Harún se adelantó, sosteniendo un pesado cofre.

—Aquí tenéis todas las riquezas que llevamos a bordo —exclamó, con servil sonrisa—. Este cofre contiene también las alhajas de la princesa Shira, famosa en el mundo entero.

—Esta es la que buscáis —dijo Tamara, señalando a Amina.

—No creo que éste sea todo el tesoro —contestó el capitán, y su garra cubierta de joyas aprisionó el brazo de Tamara.
—Sois la prometida de Mahdi —añadió con áspera ironía—. El maharajá pagará el rescate que yo le exija. ¿Qué son, comparados con este rehén, los tesoros de ese cofrecillo?
Shira, que sufría mil agonías viendo que sus riquezas eran entregadas a los piratas, suplicó en su corazón que el pirata las despreciara verdaderamente y sólo se llevara a la princesa.

Amina recibió sin vacilar el rubí de Mahdi.

—Dejadme, infecto pirata —ordenó Tamara.
—Siempre soy obedecido, princesa —repuso él, y su espada destelló a la altura de la garganta de Tamara.
—¡No! —suplicó la falsa Amina—. No me llevéis. No soy la verdadera elegida. La que buscáis está prisionera en la cala. No miento. Interrogad al visir Harún.
Harún asintió:
—Es cierto. La verdadera reina jamás se humillaría como se está humillando Tamara ante un miserable cuervo del mar.
El filibustero no usó su espada, sino su puño para castigar el insulto. Harún rodó por el puente. En seguida, Tamara condujo al pirata.
—Esta es la elegida —señaló—. Aprisionadla. Es el rehén que Mahdi rescatará con montañas de oro. Toma tu anillo, Amina.
Amina lo recibió sin vacilar. El pirata Kelim permaneció perplejo. Libró a la prisionera de sus cadenas, mientras la interrogaba.
—Bien —aprobó—. Te salvé de las intrigas de Tamara y esto debe pagarlo también el maharajá. Ese rubí es en realidad extraordinario. Lo guardaré como un adelanto del rescate.
—No te lo daré, Kelim. Juré defenderlo.
La risa de Kelim resonó por todo el barco. El flexible cuerpo del pirata se inclinó de súbito.

—Venga ese rubí. . .

—Venga tu espada.

La respuesta y el gesto de Amina fueron instantáneos. La espada de Kelim quedó en la fina mano de la princesa.

—Cuidado, pirata. No quiero matar a un hombre desarmado. Regresa a tu nave y déjame proseguir viaje.

—Fierecilla, no hay duda de que eres la elegida —murmuró Kelim, y en sus ojos danzaba un fulgor sarcástico—. ¿Pero crees verdaderamente que te obedeceré?

(CONTINUARA)

CORENTIN PIRATA

CAPITULO XIV.—

1. El capitán Brigano, cinco de sus hombres y Corentín, luchaban a bordo del "Sirena Dorada". Se lanzaron a la contienda, creyendo que su propio navío abordaba al galeón, pero fueron engañados por un ardid de Colson. De pronto, sus adversarios huyeron en desbandada. ¡El "Tiburón" atacaba realmente!

2. Protegido por las sombras de la noche, el "Tiburón" lanzó sus ganchos de abordaje. Como demonios brotados de la obscuridad, los corsarios cayeron sobre el "Sirena Dorada". "—¿Dónde está Colson, el maldito contramaestre de Melnac?", aulló Fagot, que no olvidaba la risa burlona de su enemigo.

INVENCIBLE

ADIOS A LOS PIRATAS

3. Colson, a grandes zancadas, había bajado la escotilla y se dirigía hacia la santabárbara. "—Haré volar a todos estos gusanos", iba mascullando. El combate a bordo terminó con la victoria de los corsarios. Brigano felicitó a sus valientes. De pronto descubrió la ausencia de Melnac.

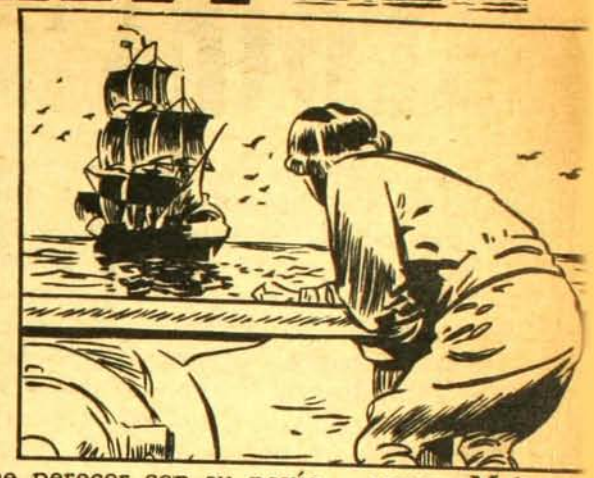
4. El ex capitán del "Sirena Dorada" tuvo la misma idea de Colson y se dirigió al polvorín. Allí encontró al rufián que lo había desplazado. "—Perro sarnoso —le dijo—, prepárate a morir." Colson respondió con sarcasmo: "—Eres tú quien morirá y ya no se sentirá en el mar tu apestoso perfume".

CORENTIN PIRATA

5. Mientras la mecha encendida por Colson se consumía lentamente, avanzando hacia los barriles de pólvora, Melnac, el elegante perseguidor de piratas, y Colson, el contramaestre que lo había traicionado, se trabaron en duelo a puñal. Mortalmente herido, Melnac pudo, sin embargo, abatir a su enemigo.

6. Con gran esfuerzo se dirigió al puente. Allí estaban reunidos los hombres de Brigano, y los sobrevivientes del "Sirena Dorada", que se declararon vencidos. "—Abandonen el barco —tartajeó el herido—. El polvorín estallará de un momento a otro." Brigano contestó: "—Ven con nosotros, Melnac".

INVENCIBLE



7. "—No. Un capitán debe perecer con su navío —repuso Melnac—. Nunca tuve el valor y la audacia que se necesitan para ser corsario, pero ahora permaneceré en mi puesto. Adiós, Brigano. Adiós, valiente Corentín." El capitán del "Tiburón" ordenó el traslado a su velero y minutos después se alejaba.

8. El "Sirena Dorada" estalló con gran estruendo, inundando el cielo de un resplandor rojizo. Corentín vió desaparecer al galeón y se sintió triste. Sus aventuras habían terminado. Brigano, el amigo de Morgan, lo conduciría a un puerto tranquilo. La espada invencible se guardaría como una reliquia.

ALOCHA LA MUJER DEL PESCADOR

Había una vez un pescador que vivía con su mujer en una cabaña, cerca de la orilla del mar. Un día nuestro hombre sacó un gran pez de las aguas.

Y con gran asombro del pobre pescador, el pez habló:

—Te suplico que me perdones la vida. No soy un pez de verdad, sino un príncipe encantado; vuélveme al agua y déjame ir.

—¡Oh! —contestó el pescador—. No necesitas tantas palabras para convencerme. No quiero nada con peces que hablan; así es que puedes echarte a nadar en cuanto lo desees.

Volvió, pues, el pez al agua.

Cuando el pescador regresó a su cabaña, contó a su mujer que había cogido un gran pez; que éste le había dicho que era un príncipe encantado y que al oírle hablar le había dejado marchar.

—¿Y no le pediste nada? —preguntó la mujer, que se llamaba Alocha.

—No —contestó él—. ¿Qué le iba a pedir?

—¡Ah! —exclamó Alocha—. Vivimos miserablemente en esta cabaña, y no se te ocurrió pedirle nada. ¡Vuelve y dile al pez que queremos una casita de campo!

Al pescador no le agradó mucho la orden; pero se dirigió a la orilla del mar, y cuando llegó, aparecía el agua toda verde y amarilla. Se acercó tembloroso y dijo así:

"¡Oh, príncipe encantado,
ven veloz a mi lado,
pues Alocha, mi esposa,
me manda que te pida
una cosa!..."

El pez vino hacia él nadando y le preguntó:

—Bien, ¿qué deseas?

—Mi mujer no quiere vivir más tiempo en nuestra choza y desea una casita de campo.

—Concedido —respondió el príncipe.

El hombre regresó a su casa y encontró a su mujer a la puerta de una granja que tenía un corral lleno de patos y polluelos. Todo marchó a maravillas durante una o dos semanas, y al final de ellas dijo Alocha:

—No tenemos sitio bastante en esta casa, y el corral y el jardín resultan demasiado pequeños. Me gustaría vivir en un gran castillo de piedra, así es que vuelve al pez y dile que nos dé un castillo.

—Mujer —replicó el pescador—, el pez encantado se enfadará; deberíamos contentarnos con nuestra casita.

—¡Tonterías! —dijo ella—. Lo hará de muy buena gana. Vete e inténtalo.

El pescador se puso en camino de muy mal humor. Cuando llegó a la orilla del mar, las aguas parecían de un azul negruzco, aunque reinaba la calma. El pescador se acercó y dijo:

"¡Oh, príncipe encantado,
ven veloz a mi lado,
pues Alocha, mi esposa,
me manda que te pida
otra cosa!..."

El pez acudió como la vez primera.

—No quiero saber nada de peces que hablan —dijo el pescador.

—Bien, ¿qué deseas ahora? —le preguntó.
—¡Oh! —dijo el hombre, muy apesadumbrado—, mi esposa quiere vivir en un castillo de piedra.
—Concedido.
El pescador regresó a su casa y encontró a su mujer ante la puerta de un gran castillo.
Entraron juntos en el castillo y encontraron en él muchos lacayos. Las habitaciones tenían muebles de oro, y detrás del castillo había un bosque de media milla de largo, lleno de ovejas, y cabras y liebres y ciervos; y en el corral había establos y caballerizas.
A la mañana siguiente, cuando Alocha se despertó, era ya día claro, y empujó al pescador con el codo, y le dijo:
—Levántate, marido, y muévete, pues tenemos que llegar a ser los reyes de esta tierra.
—Mujer, mujer —dijo el pobre rústico—, ¿para qué queremos ser reyes? Yo no lo deseo en modo alguno.
—Pues yo lo seré, entonces —dijo Alocha.
—Pero, mujer, ¿cómo podrás tú ser rey? El pez no querrá concedértelo.
—Marido —dijo ella—, no hablemos más y ponte en camino. ¡Es mi voluntad!
Asustado por los gritos de su mujer, el pescador volvió a la playa, muy pesaroso de que Alocha quisiera ser rey. El mar tenía un aspecto plomizo y estaba cubierto de espuma.

"¡Oh, príncipe encantado,
ven veloz a mi lado,
pues Alocha, mi esposa,
me manda que te pida
otra cosa!..."

—Bien, ¿qué quieres ahora? —inquirió el pez.
—¡Ay de mí! —contestó el pescador—, mi mujer quiere ser rey.
—Vuelve a casa —dijo el pez—, ya lo es.
El pescador regresó a su hogar, y cuando se aproximaba al palacio vió un grupo de soldados y oyó sonar de tambores y trompetas. Dentro, su mujer estaba sentada en un alto trono de oro y diamantes, con una corona de oro en la cabeza.
—Y bien, mujer —dijo el pescador—, ¿ya eres rey?

Asustado por los gritos de su mujer, el pescador obedeció.

—Sí, ya soy rey.
El pescador la contempló largo rato.
—¡Ah, mujer, qué hermosa cosa es ser rey! Ahora ya no tendremos nada que desear.
—No sé qué te diga —dijo ella—, no hace mucho tiempo que soy rey, es cierto, pero empiezo a sentirme cansada y creo que me gustaría ser emperador. Anda a hablar con el pez y dile lo que deseo. Es mi última palabra.
—Piensa, mujer...
—Soy el rey —interrumpió Alocha— y tú eres mi siervo. ¡Así que ya estás haciendo lo que te ordeno!

El se vió obligado a partir una vez más.
Pronto llegó a la orilla del mar, cuyas aguas aparecían completamente negras, agitadas por un viento huracanado, pero el pescador se aproximó y dijo:

"¡Oh, príncipe encantado,
ven veloz a mi lado,
pues Alocha, mi esposa,
me manda que te pida
otra cosa!..."

—¿Qué es lo que quiere ahora tu mujer? —preguntó el pez.
—¡Ah! —contestó nuestro hombre—, quiere ser emperador.
—Vuelve —dijo el pez—, ya lo es.
Al llegar al palacio, el pescador vió a su mujer sentada en un altísimo trono de oro macizo, con una corona de dos metros de alto en la cabeza. Dos filas de guardias y servidores se alinea-

ban a cada lado. Y ante el trono se inclinaban princesas, duques y condes. El pescador se adelantó para preguntar.

—Mujer, ¿eres ya emperador?

—Sí, ya soy emperador.

—¡Ah! —exclamó el buen hombre, contemplándola embobado—, ¡qué hermosa cosa es ser emperador!

—No tan hermosa, marido. ¿Por qué conformarme con ser emperador, pudiendo gobernar el sol y la luna? Mi poder no es tan grande como yo quiero. Estoy muy nerviosa y no puedo sufrir que el sol y la luna salgan sin mi permiso. Vete inmediatamente a presentar al pez encantado mi nuevo deseo.

El pescador la miró aterrado.

—¿Estás loca, mujer? —gimió—. ¿Quieres que el pez encantado nos castigue? Esa ambición tuya nos traerá la desgracia.

—¿Cómo te atreves a discutir con tu emperador? —chilló Alocha, furiosa—. A los vasallos que ofenden a su soberana, se les ahorca.

—Pues quizá prefiero que me condenes a la horca —balbuceó el pobre hombre.

Aliocha estaba sentada en un alto trono.

Pero cuando vió que Alocha llamaba al verdugo, empezó a temblar de miedo y murmuró:
—Está bien, mujer. Iré a hablar con el pez. Pero no digas después que no te advertí. Más tarde lloraremos juntos.
—Ya te dije que no quiero sermones, sino que me obedezcas. Anda inmediatamente.
El pescador obedeció de malísima gana. Cuando llegó a la orilla del mar bramaba el viento y las aguas giraban y se revolvían como en una caldera hirviendo. Al ver esto, el pescador se puso a temblar de espanto y, cayendo de rodillas en el agua, murmuró:

"¡Oh, príncipe encantado,
ven veloz a mi lado,
pues Alocha, mi esposa,
me manda que te pida
otra cosa!..."

—¿Qué es lo que quiere ahora? —gruñó el pez.
—¡Ah, mi mujer quiere gobernar el sol y la luna!
Inmediatamente se desató una horrible tempestad. Olas negras y enormes como montañas, se alzaron, precipitándose a la costa. El viento rugía, los árboles fueron arrancados de raíz y hasta las rocas parecían a punto de derrumbarse.
El pescador, aterrado, hundió su rostro en la arena. Oyó que el pez repetía:
—¿Qué pretende ahora tu mujer?
Aún sabiendo que la respuesta enfurecería al encantado ser del mar, el pescador explicó:
—Desea ser señora del sol y de la luna.
—Vuelve a casa —respondió el pez—, ¡a vuestra cabaña otra vez!
Y allí continúan viviendo, tanto o más pobres que antes el pescador y su mujer Alocha.

EL PRINCIPE VALIENTE

CAPITULO IV.—EN LAS GARRAS DEL MONSTRUO

1. El príncipe Valiente meditaba. Su padre el rey estaba enfermo y, para salvarlo, debía encontrar la flor de la vida. De pronto recordó que Saria le había dado una piedra mágica. "—Quiero ver al rey de los gigantes", exclamó.

2. La tierra tembló con tal violencia, que el príncipe cayó de rodillas. En el bosque resonó un estruendo formidable. Los árboles se inclinaron, cual si una tormenta los arrasara y sobre ellos surgió una cabeza tan grande como una montaña.

3. "—¿Eres tú, hombrecillo, quien se atreve a llamar al rey de los gigantes?", bramó el coloso. "—Perdonad —balbuceó el doncel—, pero..., ¿podéis conducirme al templo de la aurora?" El gigante prorrumpió en carcajadas que derrumbaron montes.

4. "—¿No sabes, pequeño ser, que ningún hombre ha visto el templo de la aurora? Eres muy temerario." El príncipe insistió: "—Es preciso que vaya, para salvar a mi padre". El rey de los gigantes repuso: "—Está bien. Te llevaré sobre mi hombro".

EL PRINCIPE VALIENTE

5. Se internó en el mar, avanzando a pasos gigantescos. Valiente veía estrellarse el oleaje contra las piernas colosales. Por fin llegaron a la otra orilla. "—Ahí está el templo de la aurora", anunció el gigante. Valiente cerró los ojos, deslumbrado.

6. Por fin, cuando el doncel pudo resistir el destello del templo, lo observó. Refulgía como una llamarada blanca. El rey de los gigantes depositó al príncipe frente a la puerta y le dijo: "—Aquí te dejo, Valiente. Deseo que triunfes. Adiós".

7. El príncipe se aventuró por el templo desierto. Nadie habitaba allí. Sólo vió estatuas que parecían moldeadas en material de estrellas. Una puerta se abrió ante él, dándole paso hacia una caverna. De pronto una garra lo detuvo.

8. Un monstruo lo había cogido. El príncipe luchó vanamente por huir de aquella zarpa terrible. Los dedos se cerraron en torno a su cuerpo, amenazando triturarlo. Valiente, inmovilizado, no podía coger de su faltriquera la mágica piedra azul.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO VIII.— Un fantasma del pasado.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim. Cuando despierta de un largo sueño producido por un narcótico, interroga a Ramiro. Este le confiesa que el secuestro fué ordenado por el padre de Tino. Jim revela su verdadero nombre, ignorado por los forajidos, que se enfurecen al comprender su equivocación. Jim descubre que también está secuestrada una niña llamada Cristina. Esa noche los delincuentes llevan a Jim en su auto y lo dejan abandonado en un lugar solitario. Jim llega a la cabaña de un anciano, que vive con cinco niños, a quienes quiere como a nietecitos.

Jim tenía que resolver un grave dilema. Hacía dos semanas, al amanecer, llegó muerto de cansancio a la choza del Abuelo, singular vagabundo que había establecido su hogar junto al lago y que dió término a sus errancias para velar y educar a cinco huérfanos. Atendía al sustento de los niños y les enviaba a la escuela. Jim se unió a este grupo. Todos le querían y ocupaba un sitio de preferencia en la humilde cabaña.

Pero el ansia de regresar a su país, a su hogar, dominaba a Jim, enturbiando sus alegrías.

Cuando confesó que deseaba marcharse, el Abuelo se entristeció.

—No te vayas, Jim —suplicó Alicia, la niña de trenzas colorinas—. Quedaremos muy tristes sin ti.

Cogió las manos del muchacho, a quien todos amaban como a un hermano mayor, y añadió:

—Quédate siempre con nosotros.

—No puedo, Lichita. Debo reunirme con mi mamá. La pobre debe sufrir mucho, creyendo que he muerto.

—Es verdad —asintió Pedro, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—. Es maravilloso tener una madre y no darle penas.

—Pero si Jimmy nos deja, estaremos muy tristes —insistió la niña, y el llanto se deslizó por sus mejillas pecosas—. Todos lloraremos y ya nunca más estaremos alegres.

El abuelo escuchaba en silencio aquella conversación. Al día siguiente amaneció enfermo. Los muchachos se alarmaron terriblemente. Siempre habían visto al anciano animoso y emprendedor. No cesaba de trabajar, cantando entre dientes alguna canción. A veces saltaba como un chiquillo entre sus nietos y nunca se veía abatido ni indolente.

Ahora que yacía en su jergón, sin valor para abrir los ojos, los niños lo miraban abrumados.

—Hay que llamar a un médico —exclamó Jim.

Pedro salió disparado hacia el pueblo. Media hora más tarde, el doctor había examinado al enfermo, y dictaminó:

—Creo que es una afección nerviosa. Le dejo este medicamento, que es tónico. Evite las preocupaciones, abuelo. No, no me debe la visita. Es gratuita. Cúidese.

El bondadoso facultativo

Un día el abuelo amaneció enfermo, y los niños se alarmaron.

dejó, además, unos billetes, y se retiró, sonriendo al oír el coro de "¡Gracias, doctor!", con que lo despedían los niños.
Al término de cuatro días, el abuelo se levantó, ya restablecido.
—Se enfermó porque Jim se iba a ir —decía Alicia, convencida.
Jim no se atrevió a insistir en marcharse. Pero el propio anciano habló del viaje.
—Tienes razón al querer irte, hijo mío. Sería muy egoísta si tratara de retenerte. Antes que nadie está tu mamá, y sólo debemos pensar en ella.
Alicia rompió a llorar desconsolada.
—No lo dejes irse, abuelito —sollozaba—. No quiero que se vaya.
Toda la tarde lloró sin consuelo, y Marta, para distraerla, la llevó a pasear por el lago en el bote del pescador. Cuando regresaron, Jim se había ido.
El Abuelo entregó al muchacho un poco de dinero y un paquete de sandwiches. Lo acompañó hasta el camino que conducía al aeropuerto y le dijo:
—Nunca olvidaré a mi nieto aristócrata. Eres el niño más atento y bueno que he conocido. Procuraré que mis demás nietos sean como tú.
Jim sonrió, conmovido. Al despedirse del vagabundo lo abrazó con ternura, prometiendo:
—Le escribiré, abuelito.
Siguió caminando solo, con los ojos nublados de lágrimas. Cuando pudo calmar su emoción, extendió el mapa de Irlanda que le había dado el abuelo. La serie de lagos que el río atravesaba en su curso llegaba hasta el mar.
—Según este plano, el aeródromo está cerca —murmuró Jim.
Continuó andando, y, en la soledad y el silencio de la tarde, evocó sus aventuras desde el instante en que se encontró con Ramiro en la explanada sobre el río. ¡Cuántos acontecimientos habían ocurrido desde entonces! ¡Y cuánta gente conoció! Por cierto que a quien recordaba con más ansia y ternura era a Cristina Sarli. Temblaba al pensar en su destino. Los desalmados secuestradores eran rudos con ella y la atemorizaban.
"No puedo recurrir a la policía —meditaba—. No conozco el idioma de este país. Pude comprender al abuelo y a los niños, porque hablaban castellano. En su vida de vagabundos aprendieron varios lenguajes."

Para consolar a Alicia, Marta la llevó de paseo al lago.

Llegó a la ciudad cuando ya era de noche. Interrogó a un transeúnte, pero no pudo hacerse comprender. Sabía inglés y francés, pero la lengua de aquel país le era desconocida y no podía traducirla. Mediante gestos procuró interpretar su pregunta. Movió los brazos, imitando las alas de un avión y señaló hacia los edificios. El hombre a quien interrogaba le miró como si lo creyera loco y en seguida llamó a un policía.

Jim los oyó hablar entre sí y por cierto no comprendió una palabra.

—Aeródromos, aviones —dijo en tres idiomas, pero sus oyentes no daban señales de entender.

—Aviones... en el cielo... ¡Zuuum!...

Imitó el ruido de un motor, haciendo evolucionar su brazo, pero el agente y el paseante nocturno le miraban como alelados.

Jim renunció y se disponía a alejarse, cuando el policía lo cogió. El niño se sintió dominado por un terror indefinible, y luchó en vano por vencerlo, por razonar. ¿Por qué temía ser llevado a la estación de policía? No había cometido delito alguno. Al contrario, podía pedir protección y solicitar que lo repatriaran. Pero en esas conversaciones perdería tiempo. Yéndose por su cuenta, llegaría más pronto. Incapaz de controlarse y de meditar, se desprendió de la mano del policía y emprendió la fuga.

Haciendo resonar con estridencia su silbato, el representante de la ley corrió detrás de él.

Jim era ágil y veloz. En un instante ganó ventaja y se perdió entre un dédalo de calles.

—Ya no me persigue —suspiró, deteniéndose a descansar—. No volveré a hacer preguntas. Me resulta demasiado complicado.

dejó, además, unos billetes, y se retiró, sonriendo al oír el coro de "¡Gracias, doctor!", con que lo despedían los niños.
Al término de cuatro días, el abuelo se levantó, ya restablecido.
—Se enfermó porque Jim se iba a ir —decía Alicia, convencida.
Jim no se atrevió a insistir en marcharse. Pero el propio anciano habló del viaje.
—Tienes razón al querer irte, hijo mío. Sería muy egoísta si tratara de retenerte. Antes que nadie está tu mamá, y sólo debemos pensar en ella.
Alicia rompió a llorar desconsolada.
—No lo dejes irse, abuelito —sollozaba—. No quiero que se vaya.
Toda la tarde lloró sin consuelo, y Marta, para distraerla, la llevó a pasear por el lago en el bote del pescador. Cuando regresaron, Jim se había ido.
El Abuelo entregó al muchacho un poco de dinero y un paquete de sandwiches. Lo acompañó hasta el camino que conducía al aeropuerto y le dijo:
—Nunca olvidaré a mi nieto aristócrata. Eres el niño más atento y bueno que he conocido. Procuraré que mis demás nietos sean como tú.
Jim sonrió, conmovido. Al despedirse del vagabundo lo abrazó con ternura, prometiendo:
—Le escribiré, abuelito.
Siguió caminando solo, con los ojos nublados de lágrimas. Cuando pudo calmar su emoción, extendió el mapa de Irlanda que le había dado el abuelo. La serie de lagos que el río atravesaba en su curso llegaba hasta el mar.
—Según este plano, el aeródromo está cerca —murmuró Jim.
Continuó andando, y, en la soledad y el silencio de la tarde, evocó sus aventuras desde el instante en que se encontró con Ramiro en la explanada sobre el río. ¡Cuántos acontecimientos habían ocurrido desde entonces! ¡Y cuánta gente conoció! Por cierto que a quien recordaba con más ansia y ternura era a Cristina Sarli. Temblaba al pensar en su destino. Los desalmados secuestradores eran rudos con ella y la atemorizaban.
"No puedo recurrir a la policía —meditaba—. No conozco el idioma de este país. Pude comprender al abuelo y a los niños, porque hablaban castellano. En su vida de vagabundos aprendieron varios lenguajes."

Para consolar a Alicia, Marta la llevó de paseo al lago.

Llegó a la ciudad cuando ya era de noche. Interrogó a un transeúnte, pero no pudo hacerse comprender. Sabía inglés y francés, pero la lengua de aquel país le era desconocida y no podía traducirla. Mediante gestos procuró interpretar su pregunta. Movió los brazos, imitando las alas de un avión y señaló hacia los edificios. El hombre a quien interrogaba le miró como si lo creyera loco y en seguida llamó a un policía.

Jim los oyó hablar entre sí y por cierto no comprendió una palabra.

—Aeródromos, aviones —dijo en tres idiomas, pero sus oyentes no daban señales de entender.

—Aviones... en el cielo... ¡Zuuum!...

Imitó el ruido de un motor, haciendo evolucionar su brazo, pero el agente y el paseante nocturno le miraban como alelados.

Jim renunció y se disponía a alejarse, cuando el policía lo cogió. El niño se sintió dominado por un terror indefinible, y luchó en vano por vencerlo, por razonar. ¿Por qué temía ser llevado a la estación de policía? No había cometido delito alguno. Al contrario, podía pedir protección y solicitar que lo repatriaran. Pero en esas conversaciones perdería tiempo. Yéndose por su cuenta, llegaría más pronto. Incapaz de controlarse y de meditar, se desprendió de la mano del policía y emprendió la fuga.

Haciendo resonar con estridencia su silbato, el representante de la ley corrió detrás de él.

Jim era ágil y veloz. En un instante ganó ventaja y se perdió entre un dédalo de calles.

—Ya no me persigue —suspiró, deteniéndose a descansar—. No volveré a hacer preguntas. Me resulta demasiado complicado.

Decidió hallar por sí solo el aeropuerto. Recorrió la ciudad, observando con atención cada lugar. Salió de los barrios poblados, y luego de mucho andar, llegó a una construcción circundada de muros. Potentes reflectores equipaban el recinto. Una torre de señales se alzaba en un ángulo. A la entrada había un edificio de amplias ventanas. A través de los vidrios se veían los comedores donde los pasajeros se servían refrescos o cena.

—Este es el aeródromo —exclamó Jim, feliz.

Se deslizó, manteniéndose junto a la pared para no llamar la atención. Exploraría aquel sitio, a fin de conocerlo bien y proceder después sin vacilaciones. Pensaba colarse en un avión que le conviniera, viajando de "pavo".

Observó el iluminado comedor. Todas las mesas veíanse ocupadas por alegres comensales que demostraban un excelente apetito. Sobre los blancos manteles brillaba la vajilla. Jim sintió hambre ante aquella escena y abriendo su cartucho devoró un sandwich. Lo encontró riquísimo.

—Marta es una dueña de casa maravillosa —murmuró, saboreando el pan amasado y el quesillo fresco, aderezado de mantequilla.

Se sintió invadido de tristeza, al evocar a la niña morena, y, para

no desfallecer, atacó otro sandwich, aún más exquisito que el anterior.

Cerca de la ventana comían unos aviadores. Jim los examinó pensativamente. Eran tal vez los pilotos de un avión próximo a partir. ¿Cómo saber qué rumbo llevarían?

Recordó su promesa de no hacer más preguntas. Guardó los dos panes que aún le quedaban y se situó frente a otra ventana. Correspondía a un salón de fumar. Varios hombres, con las cabezas apoyadas en el respaldo de su sillón, observaban las volutas de humo de sus cigarrillos. Otros conversaban animadamente, matizando la charla con vasos de coñac o whisky.

La figura de un niño atrajo la atención de Jim.

"¡Qué suerte tiene! —pensó—. Viajará en avión, con sus padres o tutores, sin angustias como yo, que debo viajar de contrabando."

Aquel muchacho permanecía de espaldas a él. ¿A quién le recordaba esa nuca rubia, cubierta por una boina? Sin saber por qué, Jim sintió que su corazón palpitaba con violencia.

—Estoy viendo visiones —murmuró, sin apartar sus ojos de aquella figura, hipnotizado por el color de esos cabellos, semejantes a los suyos. Y la boina, creía reconocerla. El tuvo una igual en el internado de La Florida.

—Estoy perdiendo el tiempo —reaccionó—. Debo investigar cuál avión se dirige a América.

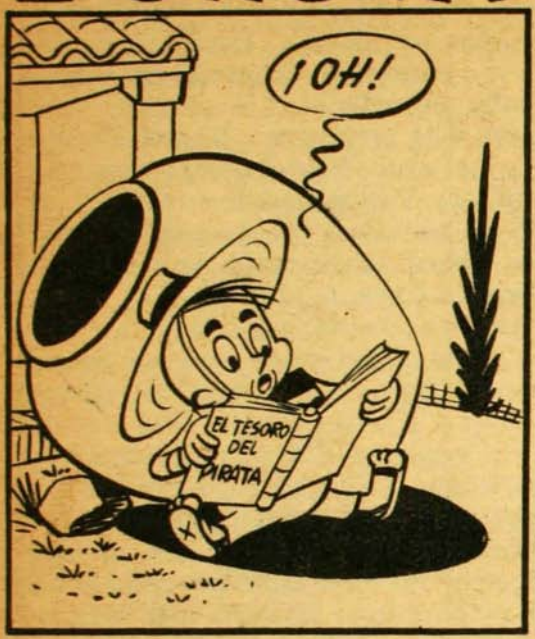
Jim observaba los comedores del aeropuerto.

No se movió, sin embargo. Había perdido su voluntad. Una fuerza misteriosa lo mantenía clavado en aquel punto de observación, mirando fascinado.

De pronto, el muchacho se levantó y se dió vuelta, quedando de frente a la ventana. ¡Con un grito de asombro, Jim reconoció, a plena luz, a Tino Barian, su amigo, su hermano, de quien hacía tanto tiempo que estaba separado!

(CONTINUARA)

Ponchito


¡OH!
EL TESORO DEL PIRATA

¡QUE INTERESANTE ES ESTA HISTORIA!
EL TESORO DEL PIRATA

¡BAH! AQUÍ SALE EL PLANO DE UN TESORO ESCONDIDO
EL TESORO DEL PIRATA

...FRENTE A UN ÁRBOL SECO, TRES PASOS AL NORTE...

por nato

... TRES HACIA EL SUR CABAD Y ENCONTRAREIS MI "BOTIN", El patas de palo
EL TESORO DEL PIRATA
¡EN POCO RATO ME HARÉ RICO!
¡ESTE ES EL LUGAR QUE INDICA EL PLANO!
¡GRRR! ¡CONQUE ESTE ERA EL FAMOSO BOTIN!
NATO

Viviana y Tristán

CAPITULO VIII.—Tristán cruza el primer umbral.

Tristán el Hijo del Lobo leyó en un libro de hechicería que, bebiendo el agua azul de una fuente encantada, quedaría protegido contra cualquier maleficio. El doncel buscó el surtidor mágico y bebió en él. Cuando Viviana la Hechicera comprendió que Tristán ya no estaba al alcance de su magia, se enfureció.

—El día en que entraste a mi castillo fué un día maldito —pronunció con ira—. No puedo destruirte, mancebo, y tampoco puedo dejarte ir. Sé cuál es la idea que persigues y estaré alerta para impedir que realices tus planes.

El deseo de entrar a la torre prohibida, trasponiendo los siete umbrales negros, era para Tristán una obsesión. Viviana lo sabía y apostó siete guardias, uno delante de cada puerta.

—El día en que entraste en mi castillo fué un día maldito —dijo Viviana.

Esa misma noche, sin embargo, el Hijo del Lobo ascendió las gradas. El capitán de los centinelas extendió el brazo, indicándole que se detuviera. Pero el doncel continuó subiendo y pasó entre la guardia, que no pudo moverse y permaneció aletargada.

Ni siquiera el propio

Tristán sabía de dónde provenía aquel poder que guiaba sus pasos. Muy lejos, en la ermita más secreta del bosque, el mago Merlín, inclinado sobre una esfera de cristal, observaba a su protegido y le transmitió una parte de su magia.

Lanzando una última mirada a los guardias inmóviles, Tristán se encaminó hacia la puerta más antigua, roída por las larvas y sobretejida de telarañas. La abrió de un sólo golpe. La visión que se ofreció a sus ojos era aterradora.

Una horrible bruja vigilaba un inmenso caldero donde hervía un líquido espeso y obscuro. El vaho la obligaba a guiñar los ojos. Era tan vieja que su piel aparecía seca y gris. Las pupilas eran descoloridas y la boca ostentaba sólo algunos colmillos roídos. Al ver al joven

La castellana del lago apostó guardias ante las siete puertas.

El Hijo del Lobo pasó entre los centinelas aletargados.

La visión que se ofreció a sus ojos era aterradora.

crispó sus manos de garras largas y curvadas.

—¿Qué buscas, insensato? —graznó aquella vieja.

—¿Y tú qué haces, bruja? ¿Qué maleficio preparas en tu caldero?

—Hablas con demasiada insolencia. Otros, que sólo se cruzaron en mi camino, fueron destruídos. Tú, que me insultas, recibirás...

Tristán no dejó que la bruja terminara de maldecirlo y se abalanzó contra ella, tratando de derribarla. Pero aquella mujer tal vez centenaria poseía una fuerza insospechada. Resistió el ataque y trató de rasgar con sus afiladas uñas las manos, el rostro y las vestiduras de Tristán.

El Hijo del Lobo no era adversario débil ni lento. Esquivó las garras de la vieja y reuniendo todas sus fuerzas trató de alzarla hasta una viga del techo.

Los singulares combatientes, el doncel y la bruja, no pronunciaban palabra ni gemían, y sólo sus respiraciones eran más profundas y apresuradas. Pero la silenciosa lucha era acompañada por otras voces: el ulular desesperado de una lechuza, el chillido de los ratones, el batir de alas de los murciélagos y el borboteo de la caldera sobre el fuego.

—Otros, que sólo se cruzaron en mi camino, fueron destruídos...

En un esfuerzo supremo, Tristán elevó el huesudo cuerpo de la bruja.

Y la ató de los cabellos a una viga.

En un esfuerzo supremo, Tristán elevó el cuerpo huesudo de la bruja, y con un gesto rápido y hábil, ató su larga cabellera a la viga.

—Quieta ahora, madre de los bichos más repugnantes —indicó el Hijo del Lobo—. Confiesa, ¿qué pócima estabas cocinando?

—No lo sabrás, maldito.

Con una risa vibrante, el doncel golpeó con su pie el caldero, volcando su hirviente contenido.

La vieja lanzó un chillido quejumbroso al ver el líquido que se derramaba, perdiéndose entre las junturas de las piedras. La humareda acre se desvaneció, y Tristán, riendo de nuevo, se encaminó hacia la segunda puerta negra.

(CONTINUARA)

El doncel golpeó con su pie el caldero y lo volcó.

La letra mágica.

La palabra que aparece en la ilustración corresponde a una forma verbal. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo basta agregarle UNA LETRA MAGICA. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 179: Júpiter.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Nelly Santibáñez, Osorno; Matilde Pozo, Valparaíso; Dagoberto Ojeda, Los Lagos UNA ARMONICA: Jaime Arratia, Santiago; Juan Ortiz, Temuco; Mario Garcés, Lebú. UN JUEGO LUDO: Betty Jansen, Chillán; Alberto Moena, Concepción. UN LAPICERO FUENTE: María Cifuentes, San Fernando; Margarita Haselbauer, Santiago. UNA PELOTA GOMA: Mercedes Bordalí, Santiago; Iván Vargas, Santiago. UN PREMIO DE $ 20.—: Laura Saldías, Chillán; Astrid Nielsen, Santiago; Eugenio Guerrero, Valparaíso; Eliana Villablanca, Cherquenco; Asunción Martínez, Santa Cruz; Alberto Gringas, Santiago; Carlos Agüero, Santiago; Rosario Sánchez, Nancagua; Dora Díaz, Santiago; Sonia Flores, Concepción. UN LIBRO: Patricia Yensen, Valparaíso; José Pozo, Santiago; Lucía Cifuentes, Concepción; Luis Mario Pérez, Perquenco; Mario Martínez, Concepción; Dino Aguirre, Angol; Eva Torres, Quillota; Inés Campos, Penco; Marta Sierra, Angol; Patricio Lara, Linares. UN VITALMIN: Gerda Stuth, Santiago; Marta Uribe, Santiago; Rolando Arancibia, Viña del Mar; Marina Sepúlveda, Santiago; Hugo Escobar, San Fernando; Melania Seguel, Angol; Matilde Sanguinetti, Viña del Mar; Jorge Sabal, Viña del Mar; Luis Solar, Quillota; Pablo Pereira, Linares.

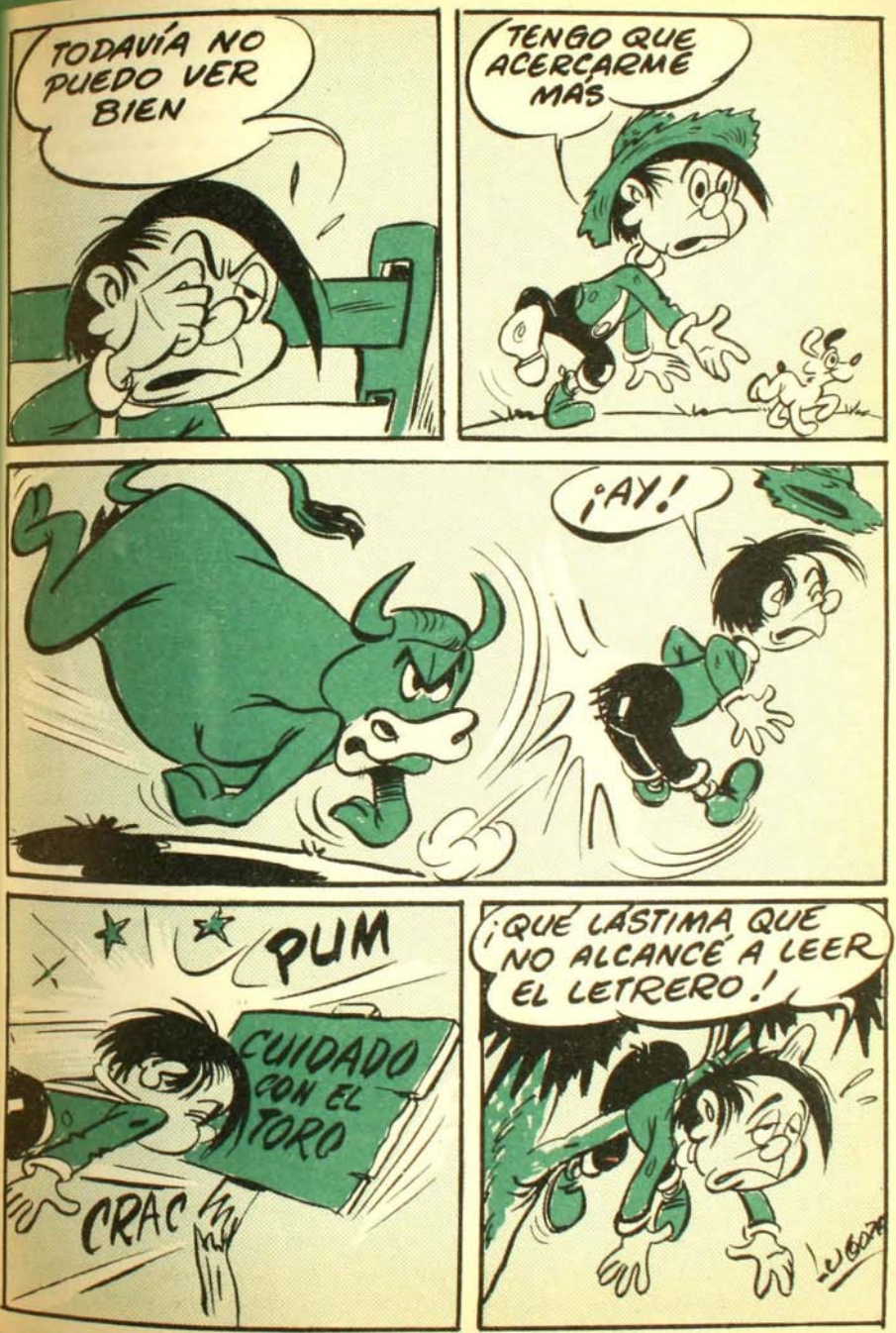
CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 181

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.


TODAVÍA NO PUEDO VER BIEN
TENGO QUE ACERCARME MÁS
¡AY!
PUM
CUIDADO CON EL TORO
CRAC
¡QUÉ LÁSTIMA QUE NO ALCANCÉ A LEER EL LETRERO!

PELUSITA POR NATO

SIMBAD

$3

N.º 182

QUINTIN Y SU PERRO

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV - 25-II-1953 - N.º 182

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

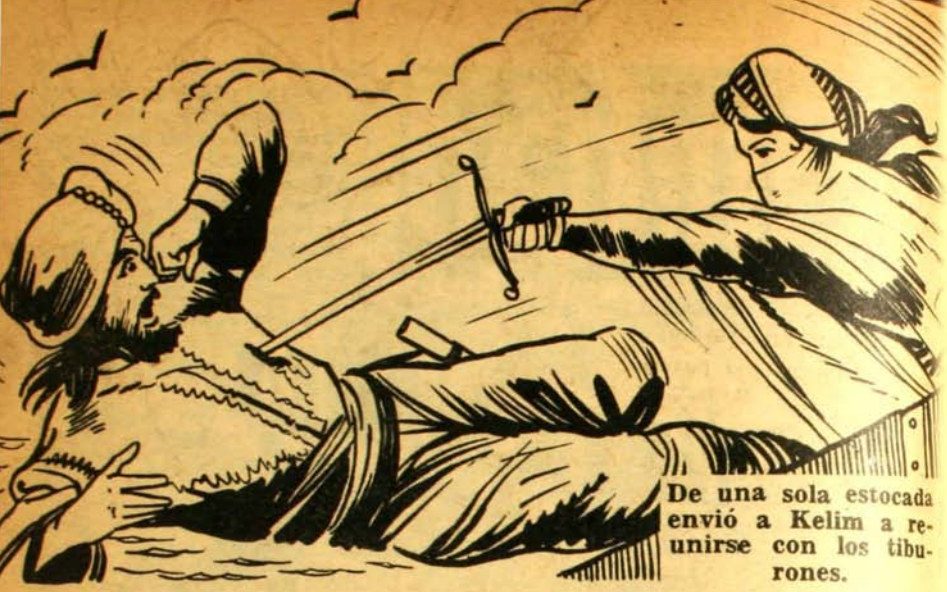
CAPITULO VIII.—La última intriga.

La princesa Amina, elegida por el sultán Husain para desposarse con el rey Mahdi de Bengala, defendió con fiereza el anillo que pretendía arrebatarle el pirata Kelim.

Con la espada del filibustero le amenazó:

—No creas que mis palabras son vanas jactancias. Te he dicho que abandones mi barco, si aprecias tu vida.

—Te he dicho que abandones mi barco si aprecias tu vida —repitió Amina



De una sola estocada envió a Kelim a reunirse con los tiburones.

—¿Morir a manos de una mujer? Sería risible —contestó el pirata, y su enjoyada mano se dirigió al cinto en busca del puñal. Amina se desvió para esquivar el arma lanzada con fuerza, y luego, de una sola estocada, envió a Kelim a reunirse con los tiburones. Los piratas aullaron de furor al presenciar la derrota de su capitán, y como una jauría de lobos se lanzaron contra la princesa. Ella se defendió y su relampagueante espada era más veloz y certera que los sables y yataganes.

Como una jauría de lobos, los piratas se lanzaron contra la princesa.

—¡Defendamos a la rei-na! —gritó el visir Ha-rún, sin moverse de su lugar, esperando que los demás tomaran la ini-ciativa.

—¡Defendamos a la rei-na! —corearon todos, y se trabaron en feroz contienda con los rufia-nes de Kelim. Sobrevi-no un desorden terrible. Gritos, gemidos y mal-diciones se mezclaban al entrechocar de los aceros y a las respira-ciones jadeantes. Por fin los piratas huyeron en desbandada.

—¡Defendamos a la reina! —gritó el visir sin moverse de su lugar.

—¡Triunfo! ¡Victoria! —gritaban los vencedores, enarbolando sus espadas. Luego se reunieron ante Amina. Ella les dijo:

—Habéis luchado como héroes.

—Sólo hemos seguido tu ejemplo, ¡oh soberana! —respondieron los tripulantes, y cayeron de rodillas, para rendir homenaje a la heroína.

Surgiendo cautelosamente de su escondite, la princesa Ta-mara preguntó a Shira:

—¿Los piratas se llevaron a la reina?

Dirigiéndole una mirada fu-riosa, Shira contestó:

—No, se llevaron mis cofres con joyas, que tú les ofrecis-te con tanta generosidad.

Tamara se sintió desengaña-da. Al no oír rumor del com-bate, creyó que los filibuste-ros habían abandonado la nave llevando como rehén a Amina.

—Quiere decir que seguire-

—Habéis luchado como héroes —dijo Amina a los tripulantes del barco.

mos viaje con la elegida —exclamó, rencorosamente.
—Exacto, y ojalá estés presente cuando la coronen, para que sufras como yo sufrí al perder mis riquezas.
Tamara comprendió que Shira no le perdonaba su traición. Deseando congraciarse con ella, le propuso:
—No seamos enemigas. Ambas queremos derrotar a Amina. A las dos nos subleva la idea de que se convierta en la maharani más poderosa de la India.
—¿Y cómo lo impedirás? —interrogó Shira—. Y si puedes lograrlo, ¿qué gano yo? No creo que me cedas el trono

—¿Los piratas se llevaron a la reina? —preguntó la princesa Tamara.

—Combatiremos con armas iguales: yo con mi belleza y tú con tus tesoros. Eliminemos primero a Amina y luego nos presentaremos ante Mahdi, para que él elija. ¿Estás de acuerdo?
—Perfectamente. Yo traté de suplantar a Amina. Fracasé, como tú. Unidas quizás obtendremos mejor resultado.
—Es indudable. Déjame proceder a mí.
Al minuto siguiente, la pérfida Tamara caía a los pies de Amina suplicándole:
—Perdóname, reina de Bengala. Yo traté de usurpar tus derechos y he sido castigada. El infame Kelim, confundiéndome con la elegida, intentó raptarme. Ese instante fué el más angustioso de mi vida.
—Te perdono, Tamara.
Fingiendo humildad, Tamara se retiró. Shira la esperaba en el puente.
—La estúpida Amina confía en nosotras. Podremos urdir tranquilamente un plan y ejecutarlo sin que ella sospeche.
Ese día, al atardecer, Amina avistó la costa malabar. La examinó sintiendo que su corazón latía apresuradamente. Por fin conoce-

ía al maharajá. En su imaginación lo veía alto y apuesto, con los ojos brillantes de bondad y justicia.

También Shira y Tamara, descansando sobre la borda, contemplaban la costa. La ambiciosa creyó ver la playa cubierta de oro, mientras la vanidosa imaginó a Mahdi de rodillas sobre la arena, deslumbrado por su belleza.

Para las viajeras, el nombre de Mahdi tenía tres significados distintos. Para Amina, un verdadero rey; a los ojos de Shira, un potentado con grandes riquezas; y ante Tamara, un rendido adorador que

Ese día, al atarceder, Amina avistó la costa.

—Perdóname, reina de Bengala —imploró Tamara, humillándose.

no vacilaría en esquilmar a su pueblo a fin de darle el marco esplendoroso que su hermosura merecía.

—Necesitamos un cómplice —dijo Tamara.

—Conozco un marinero fiel y discreto —respondió Shira—. Nos obedecerá ciegamente.

(CONTINUARA)

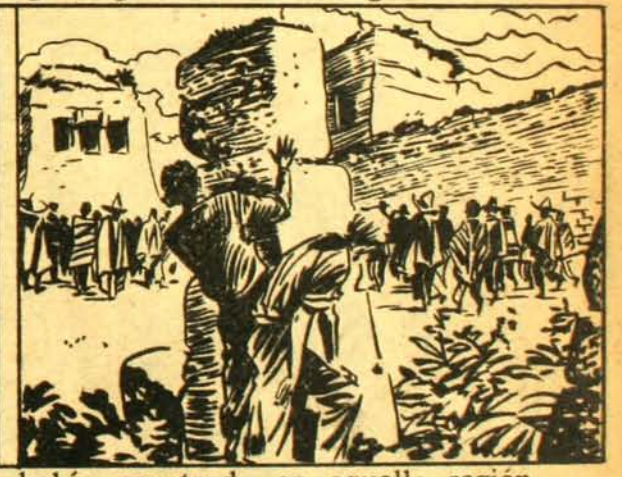
La maldición del ÍDOLO

CAPITULO I.—ENTRE LAS RUINAS MAYAS

1. En la aldea de Río Seco, la población vivía inquieta y atemorizada. Un grupo de indios trataba de revivir la religión maya y amenazaba con la maldición del ídolo a los que no compartían su fanatismo. Un día el pequeño Pepe Miranda fué raptado de la escuela de misioneros.

2. El joven León Arces y su amigo el arqueólogo Pablo Eymar siguieron las huellas de los secuestradores. "—Nos han descubierto —susurró León—. Son muchos para pensar en derrotarlos." Huyeron, deteniéndose al borde del río. Aunque estaba infestado de caimanes, tuvieron que arriesgarse.

3. A grandes brazadas cruzaron el río, sintiendo detrás de ellos que los caimanes cortaban el agua. Lograron escapar de las terribles fauces. En la otra ribera, Pablo indicó: "—Mira ese desfile de indios. ¿Hacia dónde irán? Sigámosles y tal vez descubramos a Pepe." Con gran sigilo siguieron a los indígenas.



4. Ningún hombre blanco había penetrado en aquella región. Pablo, que investigaba las civilizaciones antiguas, se entusiasmó al divisar una pirámide maya. "—Subamos esas gradas, León —propuso—. Quiero estudiar. . ." Su amigo le interrumpió: "—Sólo debemos pensar en el niño. Los indios se están reuniendo".

La maldición del ÍDOLO

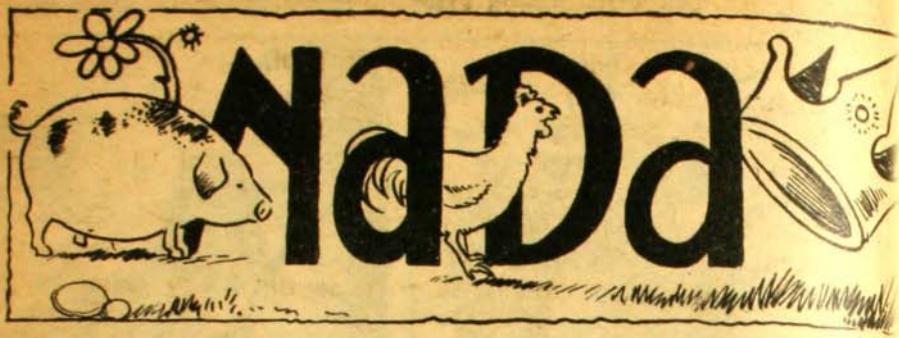
5. Con gran cautela subieron por un costado del templo. Desde allí podían observar la asamblea. De pronto, Eymar murmuró: "—Allá abajo, en el camino, hay un auto. Creo que es el del padre José. ¿No te parece extraño?" Ocultos detrás de una enorme cabeza tallada en la piedra observaban.

6. Con una reprimida exclamación de asombro, León y Pablo vieron que el padre José estaba prisionero. Un indio maya, vestido con los atavíos rituales, hablaba con voz estridente: "—La misión impide que nuestros dioses resurjan. Eres un sacrílego y morirás en el altar del ídolo".

7. "—Raptamos primero al niño para que, al acudir a salvarlo, cayeras en nuestro poder —añadió Chipal, el sacerdote maya—. Renunciará a la religión que le enseñaste." Arrancó la cruz que llevaba el misionero y agregó: "—Todos los que se opongan a nuestros ritos serán destruídos".

8. Cogió con rudeza a Pepe y le ordenó: "—Reniega de la religión que aprendiste entre los misioneros blancos. Obedece o te quemaremos". El niño indígena temblaba de terror, pero movió negativamente su cabeza. Chipal aulló: "—¡A la hoguera!" León y Eymar pensaron que había llegado el momento de intervenir.

(CONTINUARA)



Un rey y una reina no tenían hijos. Por fin, cuando el rey e taba en tierras extranjeras, nació un niño a quien la reina quiso bautizar, hasta que el rey volviese.

—Mientras Su Majestad esté ausente —dijo—, llamaremos niño *Nada*, porque no tendrá nombre.

Pero el monarca tardó tanto en regresar, que el niño creció su ausencia hasta convertirse en un hermoso doncel. Por fin rey volvió a palacio, pero antes tenía que pasar un río que nía muy crecido y seguramente lo hubiera arrastrado la corri te. Muy apurado estaba por aquel contratiempo cuando se presentó un gigante, que le dijo:

—Yo te pasaré, si quieres.

Y el rey preguntó:

—¿Qué me cobrarás?

—¡Oh! Dame Nada y te trasladaré a cuestas.

El soberano, que ignoraba que su hijo se llamaba Nada, contes

—Bueno, te daré lo que pides y las gracias por añadidura.

El rey experimentó una inmensa alegría al volver a ver a reina y al conocer a su hijo, pero cuando ella declaró que el h no tenía otro nombre que Nada, hasta que su padre volviese, desdichado padre exclamó:

—Desgraciado de mí, que he prometido al gigante que me tr ladó a cuestas sobre la corriente darle Nada.

El rey y la reina estaban muy apenados, pero se dijeron:

—Cuando venga el gigante a llevárselo le daremos el hijo de mujer encargada del gallinero y no notará la diferencia.

Al día siguiente, el gigante fué a reclamar la deuda y le dier el hijo de la mujer encargada del gallinero, y el gigante se vol llevando al muchacho sobre un hombro.

Caminó hasta que llegó a una gran roca, donde se detuvo a descansar. Y preguntó:
—¡Eh tú, que estás sentado en mi hombro!, ¿qué hora es?
El pobre muchacho dijo:
—Es la hora en que mi madre, la encargada del gallinero, coge los huevos para el desayuno de la reina.
El gigante, enfurecido, volvió al castillo a reclamar lo que se le debía, dando gritos que parecían truenos. Entonces le dieron el hijo de la guardadora de puercos. El gigante se lo llevó sobre un hombro, y cuando llegó a la roca se detuvo a descansar, y dijo:
—¡Eh tú, que estás sentado en mi hombro! ¿Qué hora es?
El hijo de la guardadora de puercos respondió:
—Debe ser la hora en que mi madre da de comer a los cerdos.
El gigante se puso furioso. Y volvió al castillo del rey, dando alaridos y amenazando arrasarlo todo si no le entregaban a Nada. Se vieron obligados a entregárselo, y cuando llegaron a la roca, el gigante preguntó:
—¿Qué hora es?
Y Nada contestó:
—Es la hora en que mi padre el rey se sienta a cenar.

—Esta vez no me engañaron —dijo el gigante.
Y se llevó a Nada a su casa y allí lo cuidó hasta que el muchacho fué mayor.
Un día el gigante dijo a Nada:
—Mañana empezarás a trabajar para mí. Tengo un establo de siete millas de largo y siete de ancho, y hace siete años que no se limpia. Si no lo dejas mañana bien limpio, me servirás de cena.
Al día siguiente, la hija del gigante fué a llevar el desayuno al príncipe y lo halló desesperado, pues apenas había limpiado una parte insignificante del establo y sus fuerzas se habían agotado. La hija del gigante le prometió su ayuda y llamó a todos los animales del campo y a todas las aves del cielo, que acudieron inmediatamente y se llevaron toda la basura del establo, dejándolo limpio por completo antes que el gigante volviese.
—Maldito el hechizo que te ayudó —rugió—. Pero aún te daré otro trabajo más arduo. Tengo un lago de siete millas de ancho y siete de profundidad y siete de largo, y si no me lo desaguas mañana, te devoraré.
Al día siguiente, Nada empezó muy temprano a sacar agua con un cubo, pero por mucho que sacaba nunca notaba que disminuyese, y estaba desesperado; pero la hija del gigante llamó a todos los peces del mar y les mandó que bebiesen el agua del lago, y en un momento quedó éste seco. Cuando llegó el gigante y vió el trabajo realizado, se enfureció y dijo:
—Aún tengo para ti un trabajo más difícil. Hay un árbol de siete millas de alto y sin ninguna rama en el tronco. Sólo en la cima hay ramas y en las ramas un nido con siete huevos. Si no me bajas estos huevos sin romper ninguno me servirás de cena.
La hija del gigante ayudó a su amigo Nada. Pero cuando bajaron el nido con los siete huevos, uno se cayó y se rompió.
Ante aquella desgracia, resolvieron huir los dos, y después de haber ido ella a su aposento por la redoma mágica, echaron a correr con toda la rapidez que sus piernas les permitía. Pero apenas habían atravesado tres campos, volvieron la cabeza y vieron que el gigante corría tras ellos con más velocidad.
—¡Pronto, pronto! —gritó la hija del gigante—, quítame la peineta y tírala al suelo.
Nada obedeció. Y he aquí que de cada uno de los dientes de la peineta nacieron otros tantos zarzales, en los que se enredaron

las piernas del gigante, y de los que le costó grandes penas salir. Cuando se desembarazó de aquel intrincado matorral, Nada y su amiga ya estaban lejos.

No obstante, el gigante corría mucho más que ellos y parecía que iba a darles alcance de un momento a otro, cuando la muchacha gritó a Nada:

El gigante perseguía a los fugitivos y ya los alcanzaba.

—Quítame la horquilla que sostiene mi peinado y déjala caer. ¡Pronto, pronto!

Nada arrancó la horquilla y la lanzó al suelo, e inmediatamente se interpuso entre ellos y el gigante un campo de espinos de aguzadas púas por el que el gigante había de andar con mucha cautela. Entretanto los jóvenes corrían y corrían hasta que desaparecieron de la vista del perseguidor. Por fin, el gigante pudo salir de aquella erizada espesura y de nuevo parecía que iba a atrapar a los fugitivos; pero cuando ya alargaba el brazo, su hija

Surgieron matorrales con agudas espinas y el gigante no podia pasar.

sacó la redoma mágica y la tiró al suelo. Y al romperse produjo una ola gigantesca, que creció, creció hasta que llegó a la cintura del gigante; creció, creció hasta que le llegó a la cabeza y lo ahogó.

Antes de hundirse en el torrente, el coloso gritó:

—Quiero que Nada se hunda en un sueño del cual sólo podrá despertarlo una doncella que adivine mi secreto.

Inmediatamente, el hijo del rey quedóse dormido. En vano la hija del gigante lo sacudió y lo habló. El doncel continuaba inerte como una piedra.

Desesperada, la doncella lo alzó en brazos y caminó hasta llegar al palacio. ¡Con qué alegría lo recibieron los reyes! Pero luego esta alegría se trocó en tristeza al ver que el príncipe continuaba dormido. Ningún sabio pudo vencer aquel sortilegio, y el monarca, desesperado, ofreció a quien lo despertara la mitad de su reino.

La hija del gigante regresó a su castillo. En el camino recogió su peineta mágica, su horquilla y la redoma que podía inundar el mundo. Las depositó ante su espejo y de pronto oyó que éste hablaba:

—No estés triste, Nadina.

Ella lo miró asombrada ¿Por qué la llamaba Nadina? ¿Acaso no era solamente la Hija del Gigante?

—No —respondió el espejo, adivinando sus pensamientos—. El gigante, cuando tú eras sólo una pequeña princesa, te raptó. No era tu padre, sino tu carcelero, y no debes estar triste porque se ahogó. Era malvado y no te quería.

De súbito, Nadina comprendió que aquél era el secreto del gigante y volvió presurosa al palacio del rey.

—Yo no soy la hija del gigante, sino la princesa Nadina —murmuró, inclinándose al oído del príncipe dormido.

El, de inmediato, abrió los ojos y extendió sus brazos para estrecharla contra su corazón.

Días más tarde celebráronse las bodas principescas y Nadina y Nada fueron muy felices, comieron perdices y no me dieron porque no quisieron.

Correspondencia

María Cornejo, Linares.— Agradecemos sus felicitaciones por "Jim, el Secuestrado", "El Rubí de Madhi" y el cuento semanal. Envíe las colaboraciones que ofrece.

M. Elena Aguirre, Santiago.— El ejemplar N.º 173, se agotó. Siento mucho que su colección de nuestra pequeña gran revista "Simbad" esté incompleta.

Ella Herrera Nöckel, Santiago.— Nos alegra saber que le entusiasma el nuevo concurso "La Letra Mágica". Mis colaboradores agradecen sus sinceros elogios y la saludan cariñosamente.

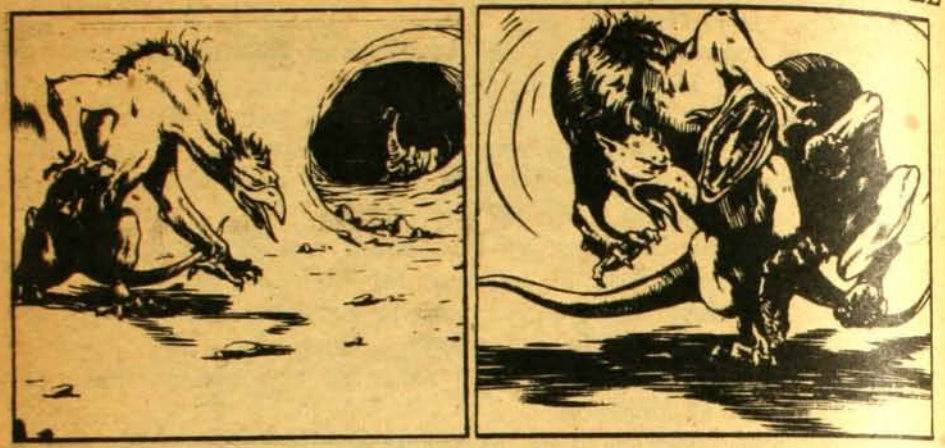
María Granger, Rancagua.— Es una lectora nueva y está maravillada con las lecturas de "Simbad". Bienvenida, Marujita, entre nuestros lectores.

Rubén Osdtinsky, Santiago.— Opina que nuestra revista debería tener formato más grande porque en realidad es "grandiosa". ¿No cree que lo importante es que emocione y conquiste al público infantil? "Viviana y Tristán" y "Jim, el Secuestrado", que tanto le agradan, seguirán ofreciendo capítulos cada vez más estupendos.

ROXANE

EL PRINCIPE VALIENTE

CAPITULO V.—EL REGRESO DEL PRINCIPE



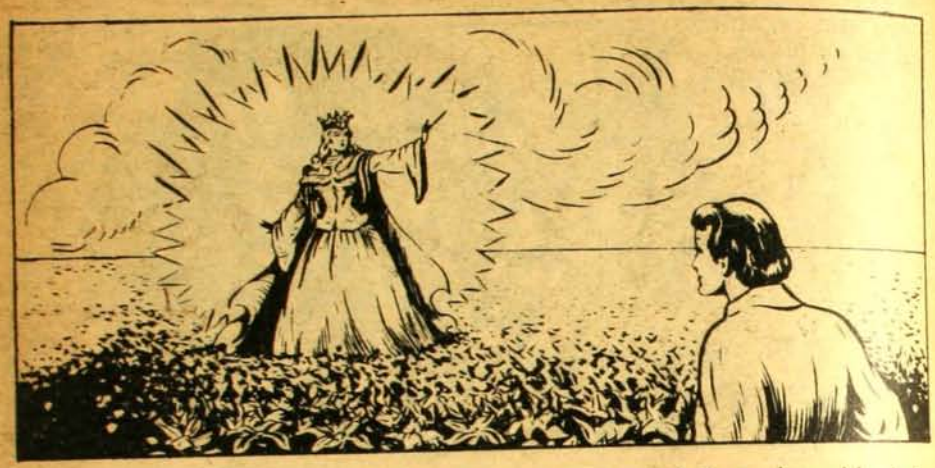
1. El príncipe Valiente llegó hasta el templo de la aurora, en busca de la flor de la vida que salvaría a su padre el rey. En una caverna fué atacado por un monstruo, y ya se creía perdido cuando surgió otro dragón y se trabó en lucha con el primero.

2. El príncipe intentó huir. Entonces los dos monstruos cesaron de combatir, para perseguirlo. Valiente desenvainó su espada, pero comprendió que sus terribles adversarios lo vencerían. Entonces cogió la mágica piedra verde que podía protegerlo.

3. Aquel talismán se lo dió una ardilla, en agradecimiento porque el príncipe no le causó daño. Apenas él había pronunciado: "Defiéndeme, piedra verde", cuando las rocas se desprendieron, formando una barrera entre Valiente y los monstruos.

4. Cuando el estrépito del derrumbe se apagó, Valiente se encontró en un inmenso vergel. Emocionado, murmuró: "—Por fin estoy en el jardín de la vida. Aquí encontraré la flor que salvará al rey". Se inclinó a recoger un ramo y entonces una luz lo cegó.

EL PRINCIPE VALIENTE



5. Era tan intenso aquel resplandor, que cerró los ojos. Al abrirlos vió una figura nimbada de luz. "—¿Quién eres?", preguntó con severidad. El príncipe comprendió que estaba en presencia de la aurora y explicó el motivo de su viaje.

6. "—Te ha guiado el amor filial y acepto que te lleves la flor de la vida —pronunció la aurora—. Pero no tengo poder para devolverte al mundo de los hombres." Valiente declaró que poseía una piedra mágica y ella lo trasladó a través del espacio.

7. Surcó el aire, llevado por alas invisibles. Las tres piedras le habían ayudado en su misión: la roja, que le dió Saria, y que hizo comparecer ante él al rey de los gigantes; la azul, entregada por la ardilla, y que le salvó de los dragones, y, ahora, la verde.

8. Esta última, que le dió el león agradecido, a quien arrancó una espina, le condujo al palacio. Allí el monarca recobró la salud al aspirar el aroma de la flor de la vida. Las bodas de la bella Saria y de Valiente se celebraron días más tarde.

JIM el secuestrado

CAPITULO IX.—El viajero solitario.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim. Cuando despierta de un largo sueño producido por un narcótico, interroga a Ramiro. Este le confiesa que el secuestro fué ordenado por el padre de Tino. Jim revela su verdadero nombre, ignorado por los forajidos, que se enfurecen al comprender su equivocación. Jim descubre que también está secuestrada una niña llamada Cristina. Esa noche los delincuentes llevan a Jim en su auto y lo dejan abandonado en un lugar solitario. Jim llega a la cabaña de un anciano, que vive con cinco niños, a quienes quiere como a nietecitos. Está dos semanas con ellos y luego intenta regresar a su patria. En el aeródromo ve a Tino.

Jim Aumont miraba fascinado a través del vidrio, viendo reflejada, como en un espejo, una figura exactamente igual a la suya. Observaba a Tino Barian, su amigo. Ambos niños tenían una semejanza increíble. Un grito de asombro llegó apagadamente a los oídos de Jim. Por un instante pensó que él mismo había gritado, pero luego comprendió que Tino lo había descubierto. Lo vió acercarse a la ventana y golpear el vidrio para atraer su atención.

—¡Jim! ¡Jim! —percibió su voz ansiosa e incrédula.

—¡Tino! ¡Soy yo! —respondió Jim, con la garganta oprimida por la emoción.

En ese instante, una silueta corpulenta se aproximó a la ventana. Con un estremecimiento, Jim reconoció a Simón el secuestrador. Se deslizó con rapidez, replegado contra el muro, a fin de que el maleante no lo viera. Antes de desaparecer en las sombras, advirtió que Simón interrogaba a Tino y lanzaba miradas sospechosas al exterior.

Aunque no tuvieron tiempo de cambiar ninguna señal de acuerdo, Jim esperó a Tino en la puerta. Minutos después, su amigo se reunía con él.

—Sólo disponemos de unos minutos —dijo Tino, apresuradamen-

te—. No puedo convencerme de que estás vivo. Temí haber visto un fantasma.

Su mano se apoyó en el hombro de Jim, primero vacilante y después con una presión amistosa.

—Eres tú realmente —murmuró—. ¿Qué haremos, Jim? Estos hombres me llevan secuestrado.

—Primero me raptaron a mí, confundiéndome contigo. Dime, Tino, ¿viene con ustedes Cristina Sarli?

—¿Ese es el nombre de la niña rubia que nos acompaña? No he podido cruzar palabra con ella. Simón y Ramiro me espían continuamente. Debo irme, ¿qué haremos, Jim?

—¿Tina está muy vigilada también?

—Ella menos que yo.

—Entonces, procura decirle que estoy aquí. Hablaré con ella para idear un plan de fuga.

Ya no había tiempo de hablar más. Estrechando con fuerza la mano de su compañero, Tino Barian se despidió de él.

—Confío en ti —susurró antes de alejarse.

Jim siguió esperando. La incertidumbre lo atormentaba. ¿Lograría Cristina eludir a sus enemigos y reunirse con él?

—No puedo convencerme de que estás vivo. Creí que veía un fantasma —declaró Tino al reunirse con Jim.

En su impaciencia creyó que habían pasado horas desde que se separó de su amigo. Tal vez el avión partiría pronto y entonces ya no habría esperanzas de salvación.

—Jim...

La dulce voz de Cristina lo sobresaltó. Surgiendo de la penumbra, apareció la rubia niña. Extendió sus manos, mientras los ojos azules se dilataban de asombro y felicidad.

—Creí que soñaba al verte —murmuró—. Cuando tu amigo me dijo: "Anda a la puerta. Jim te espera", pensé que se burlaba de mí. Hasta este instante creí que Tino eras tú. Cuando podamos hablar con calma te explicaré. ¿Qué piensas hacer?

Rápidamente, Jim le refirió su amistad con el vagabundo llamado Abuelo y con sus cinco nietos adoptivos. Le indicó el modo de llegar a la choza construída junto al lago.

—¿Alcanzaremos a pedirle auxilio? —inquirió, anhelante.

—Sí —repuso Cristina—. La partida del avión se retardó a causa del tiempo. Despegará en tres o cuatro horas más.

En efecto, el decollaje se realizaría en un término de cuatro horas.

—¿Has comprendido mi plan? —preguntó Jim.

—Sí. Adiós, Jim, y cuídate mucho. Sabes que Simón y Ramiro son temibles.

—No te preocupes, Tina querida. Si todo resulta bien, nos reuniremos dentro de algunas semanas, cuando el peligro haya desaparecido.

Cristina corrió sin descanso, sintiendo que los latidos de su corazón la ahogaban. A veces su vista se nublaba, pero seguía avanzando. Cuando avistó la choza, ya sus fuerzas la abandonaban. Alcanzó el umbral y llamó desesperadamente. La puerta se abrió y el anciano recibió en sus brazos a la desfallecida niña.

—Jim... —balbuceó ella—. Jim...

Una gran agitación dominó a los moradores de la cabaña. Acudieron a socorrer a la inesperada visitante, mientras las preguntas se atropellaban en todos los labios. El abuelo impuso orden diciendo:

—Calma, hijitos. Dejen colocar a la pequeña en la cama de Marta. Traigan un vaso de agua o de leche. Déjenla tranquila. Después hablará, cuando pueda serenarse.

Cristina sólo bebió un sorbo de agua y luego, con palabras entrecortadas, transmitió al anciano el mensaje de Jim.

—Por cierto que lo ayudaremos a huir de esos desalmados. Tú,

hijita, quédate aquí y descansa. Vivirás con nosotros el tiempo que sea preciso. Ven conmigo, Romi.
Cogió de un brazo al niño y salió disparado con él.
Al verles desaparecer, Cristina prorrumpió en nervioso llanto.
Alicia, abrazándola, murmuró:
—Soy tu amiga, porque las dos queremos mucho a Jim. Aquí vivirás tranquila, como dijo mi abuelito, hasta que Jim venga a buscarnos. Porque vendrá, ¿no?
—Sí —dijo Cristina, sonriendo a través de sus lágrimas.
—No estés triste. Ven.
La niña colorina cogió de la mano a Cristina y la condujo hasta la ventana.

—Todos los días miraremos por esta ventana, para ver cuando venga Jim —dijo Alicia a Cristina.

—Mira el lago. Más allá está el camino a Shanon. Todos los días miraremos desde aquí, para ver cuando venga Jim.
El abuelo parecía haber rejuvenecido treinta años. A grandes zancadas volaba por el camino, llevando detrás de él a Romi, que se sentía elevado en el aire.
—Abuelito, no corra tanto —gimió el pobre Romi.
—¿Cómo que no corra tanto? ¿No oíste que Jim está en peligro?
—Sí, pero yo quisiera llegar con mis dos brazos para ayudarlo. Me llevas de un ala y con tanta fuerza que creo que el hueso se me va a zafar...
El abuelo aminoró un poco la carrera y dijo:
—Bien, sígueme sin que yo te sostenga. Pero no te quedes atrás.
Cuando llegaron al puerto aéreo, el Abuelo pidió hablar con Si-

món Laredo. El hombre acudió, asombrado de que alguien le conociera en aquella lejana ciudad donde estaba de paso.
—¿Usted es el señor Laredo? —preguntó el viejo—. En el camino, una niñita fué atropellada por un auto. Del abrigo se le cayó esta libreta, donde menciona su nombre... y otras cosas.
Guiñó el ojo, en un gesto de complicidad. Simón sintió que un frío intenso corría por sus venas. ¿Las anotaciones de aquella chiquilla estúpida lo conducirían a la cárcel? Si las autoridades investigaban...
—¿La niña está en el hospital? —preguntó, para ganar tiempo.
—No. La tengo yo en el bosque, vigilada por un compañero. El auto que causó el accidente huyó como un diablo. Yo pensé que a usted le interesaba más recobrar a la chica, sin que se mezcle nadie más en el asunto.
Continuaba mirando a Simón, como si conociera todos sus secretos y esperara compartir con él las ganancias que le proporcionaban sus delitos.
—Déme esa libreta —exigió Laredo.
—Se la vendo, señor.
—¿Cuánto? —dijo Simón, rechinando los dientes.
—Luego le diré el precio. Antes recoja a la chiquilla. No deseo cargar con ella y verme envuelto en enredos.
—Debo tomar el avión dentro de una hora —declaró el secuestrador—. No quiero perderlo.
—Si no viene conmigo y recoge la niña, lo perderá de todos modos, porque entregaré esta libreta a la policía.
Simón comprendió que estaba atrapado.
—Espéreme, viejo del diablo —masculló.
Se dirigió a hablar con una de las jóvenes auxiliares del aire, para que se ocupara de instalar a Tino en el avión, exigiéndole que lo vigilara, porque era "un niño indócil y caprichoso".
—Lo llevo castigado a casa de su abuelo, porque lo expulsaron del colegio —explicó—. Tal vez pretenda huir. Custódielo bien.
Luego, acompañado de Ramiro, siguió al viejo. No se atrevió a ir solo, por desconfianza, y, además, porque necesitaba a su cómplice. Entre los dos asaltarían al vagabundo, para quitarle la libreta. Sería faena sencilla. Dos hombrones contra un viejo y un chiquillo.
Cuando Jim vió despejado el campo, se reunió con Tino Barian, en la sala del equipaje.

Tino abrió su maleta y sacó dos abrigos iguales. Dió uno a su amigo y se colocó el otro.

—La auxiliar tiene mi pasaje y mis documentos —explicó Tino—. Subiré primero. Me esconderé y luego subirás tú. Lo importante es que nadie nos vea juntos, hasta que subamos al avión.

Las explicaciones eran breves, pero ambos niños se comprendían perfectamente, como dos seres que tuvieran un mismo cerebro.

La auxiliar del aire ayudó a Tino a subir al avión.

—No olvides, es el tercer asiento a la derecha —advirtió Tino antes de separarse de Jim.

La señorita Eloísa, auxiliar del aire, ayudó a subir a Tino, diciéndole:

—Ocupe su lugar, niñito. Su papá no tardará en venir.

—No es mi padre —contestó el muchacho.

—Está bien. No discutamos —concilió la joven, recordando las palabras de Laredo.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡GRAN CONCURSO DE IMITACIONES!
¡MAGNÍFICOS PREMIOS A LOS GANADORES!
¡YA SÉ, TENGO UNA IDEA MACANUDA!
IRÉ AL CONCURSO Y ME GANARÉ EL PRIMER PREMIO

por nato

¿QUE DESEA IMITAR ?
¡EL CANTO DE UNA RANA!
¡CROAC! ¡CROAC! ¡CROAC!
¡MUY BIEN! USTED ES EL GANADOR!
SILENCIO
¡GRACIAS! ¡GRACIAS! ¡MUCHAS GRACIAS!
¡CROAC!
¡CROAC!
NATO.

Viviana y Tristán

CAPITULO IX.—Termina la vida mágica.

Tristán, el Hijo del Lobo, atravesó la guardia que custodiaba las siete puertas negras y entró en el primer recinto. Allí una vieja preparaba una mixtura maligna, pero Tristán volcó el caldero donde hervía, ató a la bruja de los cabellos a una alta viga y en seguida se se encaminó hacia el segundo umbral. Se detuvo al oír unos lamentos que se percibían a través de una estrecha puerta. El doncel la abrió para descifrar el misterio y vió a un anciano atado a una rueda.

Tristán abrió la puerta para saber de dónde provenían los lamentos.

—¿Quién eres? —preguntó el Hijo del Lobo.

—Soy el Tiempo y Viviana me tiene encadenado —respondió el viejo.

Tristán recordó que una vez la hechicera del lago había dicho que poseía el secreto de la eterna juventud. Todos los relojes de arena del castillo estaban detenidos.

—Yo te libertaré, anciano —ofreció el héroe, y con su puñal cortó las ligaduras que ataban al Tiempo y abrió los eslabones de sus cadenas. El anciano, de pie junto a la rueda, movió con cautela sus brazos fatigados y luego intentó dar unos pasos. Va-

ciló, y hubiera caído, pero su joven libertador se apresuró a sostenerlo.

Cuando el Tiempo dió un paso, la arena de los relojes se deslizó rápidamente, marcando meses y años.

El anciano siguió avanzando, sostenido por el doncel. Este sentía gravitar sobre sus hombros aquella manos grandes y magras, que a cada instante parecían más pesadas.

—Cuando salga de la torre —dijo el Tiempo—, la vida mágica de este castillo se transformará en vida normal.

—Antes de salir —declaró Tristán—, traspasaré los siete umbrales negros. Quiero descifrar el secreto que ocultan. Aquí, en el primero, conocí a una vieja bruja.

—Era mi guardiana, mi carcelera. Pero es inútil que visites las siete estancias con puerta de ébano. Libre yo, han desaparecido los sortilegios que encerraban. Se ha apagado el poderoso aliento de vida que vibraba en el aire y que podía convertir a un viejo decrépito en un doncel o en un niño.

Vió a un anciano atado a una rueda.

un haz de huesos y piel seca. Los cabellos, convertidos de pronto en polvo, no la sostuvieron más de la viga donde la dejó el doncel, y cayó, porque su verdadera edad la había destruído.

En ese instante, Viviana la Hechicera despertó, presintiendo un peligro. Sus ojos horrorizados se fijaron en el gran reloj de oro. La arena bajaba al depósito inferior. Con un grito de espanto, la castellana del lago abandonó el lecho para buscar un espejo. En la pulida superficie vió reflejado su semblante que empezaba a envejecer. Las señales del tiempo aparecieron en su semblante surcado de finas arrugas, en los ojos verdes que perdieron su fascinante fulgor, en las canas que blanqueaban

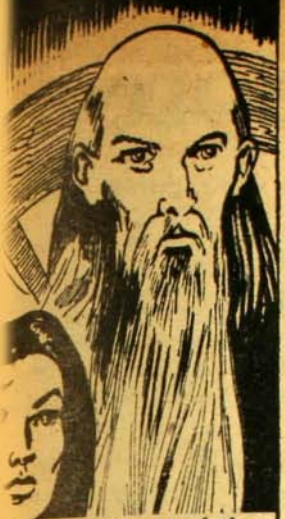
El Tiempo avanzaba sostenido por el doncel.

—¿Qué enigma ocultaban esas puertas? —interrogó el Hijo del Lobo.

—Representaban toda mi existencia: los minutos, las horas, las semanas, los meses, los años, los siglos y la eternidad. Hasta ahora nadie, ni siquiera Viviana, ha cruzado el séptimo umbral: la eternidad. Por lo tanto, a mi paso puede ser vencida aún.

Cuando salieron, Tristán vió que la bruja yacía muerta, reducida a

Cuando el Tiempo dió un paso, la arena de los relojes se deslizó rápidamente.



—La vida mágica de este castillo cambiará —auguró el anciano.

Viviana contempló horrorizada su rostro que empezaba a envejecer.

Aquel anciano que caminaba doblado por la edad era el paje Fagar.

sobre el oro desvaído de su cabellera.

Mientras tanto, el Tiempo y Tristán bajaban de la torre. Las piernas ágiles del doncel tenían que adaptarse al paso regulado del Tiempo. Encontraron un viejecito, que caminaba doblado por la edad. Tristán reconoció al paje y mensajero de Viviana, Fagar.

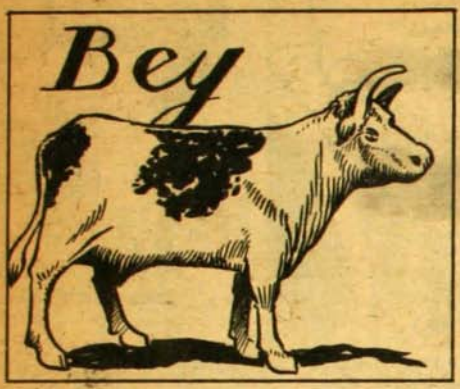
—Aquí está mi enemiga —dijo el Tiempo, señalando la alcoba de Viviana.

La ferocidad de su acento estremeció a Tristán. En su corazón nació el deseo de amparar al hada del lago, y cuando la vió, este anhelo se tornó más agudo, más imperioso. Viviana, la antiguamente rubia, bella y poderosa, permanecía sobrecogida de temor ante el Tiempo, que la miraba con implacable crueldad.

(CONTINUARA)

El Tiempo miraba a Viviana con implacable crueldad.

La letra mágica.



La palabra que aparece en la ilustración significa gobernador de Turquía. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo basta agregarle UNA LETRA MAGICA. Envía tu respuesta a Revista SIMBAD, Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 180.— Gaviota.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Guillermo Silva, Santiago; Caupolicán Aguirre, Antofagasta; Arturo Gallo, Llay-Llay. UN LAPIZ AUTOMATICO.— Carlos Agüero, Santiago; Purísima Soto, Estación La Rosa; Marcelo Muñoz, Valparaíso. DOS CUADERNOS.— Luis Belmar, San Bernardo. DIEZ FORROS CUADERNOS.— G. Socías, Santiago; Erna Salinas, Santiago; Teresa Oneto, Santiago. UNA CAJA DE LAPICES DE COLOR.— Lorenzo Vilches, Melipilla; Mires Aranda, Santiago; Germán Ramelli, Santiago; Hernán Aliste, San Bernardo. UN VITALMIN.— Oscar Muñoz, Los Lagos; María Angélica Gallardo, Santiago; Elba Tapia, Valparaíso; Luis Orlando Araneda, Lanco; David López, Los Andes; Alejandro Sánchez, Chimbarongo; Jorge Waisberg, Antofagasta; Amanda Escobar, Santiago; Erna Heim, Santiago; Etelvina Ortega, Temuco. UN LIBRO.— Roberto Gatica, Victoria; Roberto Hoppmann, Concepción; Hnos. Undurraga, Malloa; Cecilia de Moras, San Felipe; Manuel Devia, Valparaíso; Ilse Wiesenthal, Santiago; Iván Quiñones, Quilpué; Victoria Salcedo, Temuco; Luis Omar Albruiz, Talca; Ana Jiménez, Rancagua. UN PREMIO DE $ 20.— Elsa Díaz, Los Andes; Mario Farías, Santiago; Arturo Ormazábal, Santiago; Eugenio Sobrevilla, Santiago; Héctor Lara, Talcahuano.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 182

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

AL RATO:
¡UFA, @HASAMÁN! ¡NUN@A ME HABÍA @OSTADO TANTO, GANAR UN PESO!
¡AHORA @OMPRAREMOS UN DUL@E!
¡FUERA, TRAMPOSO! ¡ESE PESO ES MÁS FALSO QUE JUDAS!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad

$ 3.— N.º 183

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 4-III-1953 — N.º 183

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO IX.—*Peligro de naufragio.*

Al avistar las costas de la India, Tamara y Shira, dos princesas intrigantes que deseaban suplantar a Amina, se convirtieron en aliadas. Ambas codiciaban el trono de Bengala, ofrecido por el rey Mahdi a la doncella más digna.

—Antes que verla coronada, prefiero hundir el barco —dijo Tamara.

Meditó en sus propias palabras y añadió:

—¿Por qué no? El marinero Kufir nos ayudará. Hazle compa-

—Antes que ver coronada a Amina, prefiero hundir el barco —dijo Tamara.

Kufir era astuto y comprendió el complot.

Protegidos por las sombras, huyeron el rufián y las dos princesas.

recer ante mí, Shira.
El hombre acudió al llamado y sus ojos brillaron de codicia cuando Tamara le prometió:
—Te daremos un cofre lleno de oro, si haces naufragar esta nave.
Shira perdió sus joyas en el abordaje de los piratas, pero aún posee incontables riquezas y, si se cumplen nuestros planes, su fortuna aumentará.
Kufir era astuto y comprendió el complot. Esa misma noche destrozó el timón y preparó una embarcación para la huída. Protegidos por las sombras, el rufián y las dos princesas descendieron por un cable. Antes de alejarse, Kufir abrió una brecha en el flanco del barco, asestándole un golpe de hacha.
—Rema pronto hacia la costa —ordenó Shira, en cuanto el hombre nadó de regreso a la barca.
Los remos se hundieron en el agua y media hora más tarde abrían un húmedo surco en la arena. Los fugitivos habían llegado a la playa.
El timonel descubrió, aterrado, que el timón no le obedecía.
—Vamos a la deriva —anunció—. No puedo gobernar el barco.
El visir Harún, que siempre se ponía nervioso en los momentos

—Rema pronto hacia la costa —ordenó Shira.

de peligro, corrió de un lado a otro, sin hallar solución al problema. Su aflicción fué mayor cuando otro marinero le avisó que en la cala había una brecha, por la cual penetraba un torrente de agua.

Cundió el pánico entre los tripulantes.

—¡Lancémonos a nado! ¡Sálvese quién pueda! ¡Auxilio, auxilio!

Amina intentó calmarlos, pero nadie oía su voz.

—¡Tamara! ¡Shira! —llamó la elegida, pensando que ellas, por su rango y su sangre real podían ayudarla a infundir ánimo a la tripulación acobardada.

Por cierto que las dos intrigantes no respondieron. En ese momento caminaban sobre la

—Vamos a la deriva —anunció el timonel, aterrado.

Amina se precipitó en el mar.

arena, fraguando amb ciosos proyectos.
Aminá se precipitó en tonces en el mar y bu có la brecha en el flan co del navío. Con s frágil cuerpo la cubri a fin de impedir que e agua siguiera inundan do la cala, y permane ció allí, sintiéndose arrastrada por la re saca.
—¡El barco ya no hac agua! —gritó el contra maestre, con intens júbilo.
—¡Es un milagro d Alá! —repuso el visi Harún—. Además, l marea está llevándono hacia la costa. Nos sal varemos sin verno obligados a nadar.

Su cobarde corazón latía de nuevo, al ver conjurado el peligro
—Demos la buena noticia a la reina —agregó, resplandeciente de gozo.
Dominado el pánico, todos pensaron en la elegida. ¿Dónde es taba? Algunos recordaban haberla visto en el puente, dirigién doles una arenga. Habían olvidado sus palabras, mejor dicho no las oyeron entre el tumulto.
—Debe estar en su cabina. Preguntemos a las princesas Tamara y Shira —sugirió Harún.
Tampoco ellas fueron halladas. ¡Qué extraña desaparición!
—Sigamos buscando —ordenaba el visir.
No quedó rincón sin registrar.
—¿Habrán caído al mar? —discurrió Harún—. Este es un con flicto muy grave. Yo tengo que llegar a Bengala por lo menos con una princesa. No conozco el carácter del rey Mahdi, pero presiento que se enfadará si no le llevo una prometida.

La princesa cubrió con su cuerpo la brecha abierta en el flanco del navío.

Bucearon el océano y Amina fué rescatada. El esfuerzo y la permanencia en el agua, la agotaron. Sus vasallos la trasladaron con grandes precauciones hasta su cabina y una esclava fiel acudió a reanimarla.

—¿Y Tamara? ¿Y Shira? —interrogaba Harún, perplejo.

También se descubrió la ausencia de Kufir. Pero nadie se preocupó. Era un hombre pendenciero y malvado.

—Tamara y Shira me dieron muchos quebraderos de cabeza —meditaba Harún—. Alá se compadeció de mí y se las llevó.

No estaba muy seguro, sin embargo, de que la mano de Alá se hubiera apoderado de las pérfidas. ¿Y si desde donde estuvieran seguían causando daño? Harún no respiraría hasta saber realmente qué les había sucedido.

(CONTINUARA)

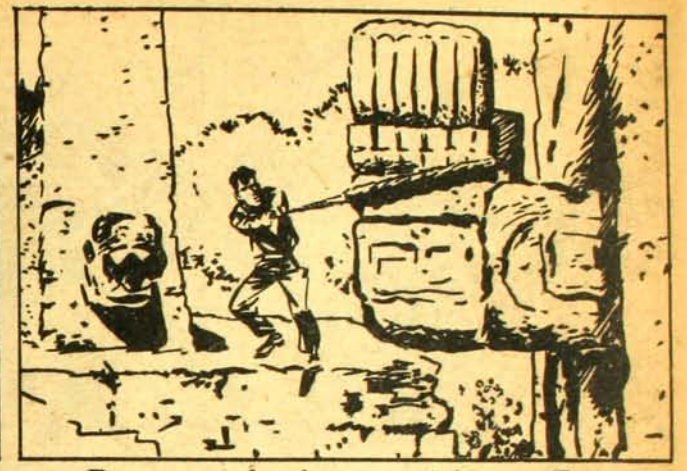
—¡El barco ya no hace agua! —gritó el contramaestre.

La maldición del ÍDOLO

CAPITULO II.—ESPECTACULAR RESCATE DE PEPE

1. Un grupo de indios fanáticos intentaba revivir la religión maya. El sacerdote Chipal secuestró al padre José y a Pepe, uno de sus alumnos. "—¡A la hoguera el traidor!", gritó Chipal, porque el niño no quiso abjurar. Ocultos detrás de una cabeza tallada en la piedra, León y Eymar observaban la escena.

2. A una orden de Chipal, los indígenas formaron un círculo de fuego y Pepe fué situado en el centro. Indignado, el joven arqueólogo Pablo Eymar, exclamó: "—No permitiré que esos salvajes...". León Arces lo detuvo: "—No te precipites, "gringo". Yo lo salvaré con el lazo. Anda tú a poner en marcha el auto".



3. Cercado por las llamas, Pepe se sofocaba con el humo. Empezó a toser, pero no intentó huir, ni demostró cobardía. León, con mano segura, tiró el lazo, ajustándolo a una escultura. En seguida se lanzó al vacío. Varios indígenas advirtieron la maniobra. El niño parpadeaba, tratando de ver a través del humo.

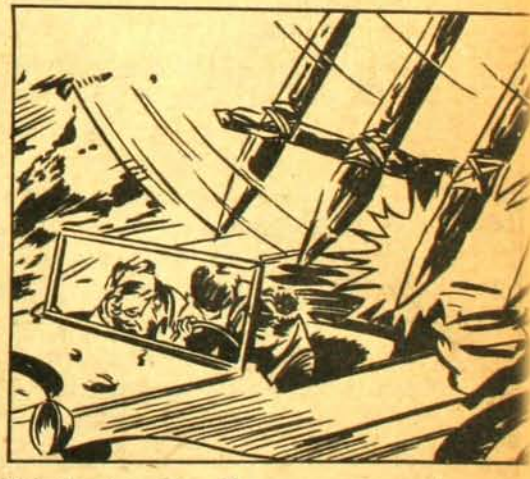
4. De pronto se sintió cogido y transportado en el aire. "—Soy yo, Pepe", murmuró León Arces. "—Ya sé que no es el señor Viento", sonrió el niño, feliz de describir aquel arco en el espacio. El aterrizaje no fué muy brillante. Maniatado, Pepe se estrelló contra el suelo y León cayó sobre él.

La maldición del ÍDOLO

5. Arces desató al muchacho y luego ambos emprendieron la fuga. "—El profesor Eymar está en el auto del padre José —declaró León—. Ojalá tenga en marcha el motor." A pesar de su gran sabiduría, Pablo Eymar no pudo hacer funcionar el coche. León saltó al volante. "—¡Empújalo, Pablo!", gritó.

6. Los indígenas empezaron a surgir por todas partes y el auto no arrancaba. De pronto partió, cuando un azteca había cogido a Pablo. Pepe retuvo al arqueólogo para que no quedara abandonado en el camino. Eymar dijo: "—Llevo un prisionero, Pepe. No me quiere soltar el pie. Creo que le gusta mi zapato".

7. Sólo cuando el zapato se desprendió, Eymar se vió libre de su captor. El auto corría a gran velocidad y se internó en un laberinto de ruinas. Un jinete les divisó y dió la voz de alarma. "—¡A la puerta de Quetzalcoatl! —gritó—. Hacia allá se dirigen." Los fugitivos no sospecharon el peligro.



8. Al ver una brecha, León enfiló hacia ella. En ese momento, los indígenas emboscados bajaron una reja de aceradas puntas. "—¡Cuidado con las cabezas! —gritó León—. Pasaremos a pesar de todo." Oprimió a fondo el acelerador, pero las lanzas dañaron la carrocería trasera. "—¡No te detengas!", gritó Eymar.

(CONTINUARA)

LA CHINA DE LOS CABELLOS DE ORO

Hace miles de años vivía en China una joven muy hermosa llamada Ambar. Su marido, Li-You, la adoraba.

Ambar parecía ser feliz, pero poco a poco la sonrisa se apagó en su boca y sus ojos reflejaron una tristeza cada día más intensa.

—Confíame tu pena —le suplicaba Li-You—. ¿Qué deseas? Iría al fin del mundo para satisfacer un capricho tuyo.

—Los dioses no quieren darnos un hijo —suspiró ella.

—Hablaré con el mandarín Ti-Nai —dijo el joven labrador—. El es sabio y nos dirá qué debemos ofrecer a los dioses para que nazca un niño.

Ti-Nai, al oír la súplica de Li-You, sonrió con burla.

—¿Quieres un hijo y no tienes cómo alimentarlo, ni educarlo? ¿Qué bienes posees en el mundo? Sólo tu campo sembrado de arroz. ¿Y qué harías en los años de sequía y hambre? ¿Y cuando el viento maligno traiga una nube de langostas y tus siembras queden destruídas?

—Yo sabré proteger a mi hijo.

—No, no —dijo Ti-Nai—. Renuncia a tu sueño insensato. Consuela a tu mujer y alégrate de no tener más preocupaciones.

Li-You hubiera deseado estrangular al fatuo mandarín. Pero se contuvo y acudió a consultar al sabio Tai-Soo.

—Dile a Ambar que venga a hablar conmigo —dijo el anciano, cuya barba blanca descendía casi hasta sus rodillas, en tres hilillos tenues.

Aquellas palabras sonaron en los oídos de Li-You como una promesa. Con el corazón palpitante, se reunió con Ambar y le transmitió el mensaje del anciano. La vió desaparecer, en dirección a la pagoda, y se tendió bajo un árbol, a esperar y soñar.

—Tendrás un hijo, cuando veas a una china rubia —dijo Tai-Soo a Ambar.

Ella le miró estupefacta. En vano espió el rostro impasible, tratando de descubrir la sombra de una sonrisa o un signo de amable ironía. Aquella máscara tranquila no demostraba emoción alguna. Ambar comprendió que las palabras pronunciadas eran verídicas.

—Pero es imposible —balbuceó—. No existe una china de cabellos rubios.

—Ya te he dicho cuál es la condición para que tengas un hijo, Ambar. Nada más puedo agregar.

Desolada, la joven emprendió el camino de regreso.

—Li-You —murmuró—. Es preciso que vaya a recorrer mundo.

Aterrado, el joven se levantó.

—¿Debemos abandonar nuestro hogar, nuestro campo, la humilde heredad que recibí de mis ancianos padres?

—Tú no, Li-You. Iré yo sola —replicó Ambar.

El espanto creció en los ojos del labrador.

—¿Tú sola? —repitió, incrédulo—. No lo permitiré. Piensa en los peligros que te acecharán. Medita en mi angustia. ¿Crees que podré estar tranquilo?

—Es necesario —suplicó ella—. Déjame ir, Li-You.

Le repitió las palabras del sabio. Y renovó sus ruegos. Pero Li-You se mantuvo inflexible.

En los días siguientes observó con inquietud que Ambar se tornaba cada vez más triste y pálida. Sus ojos almendrados no derramaban lágrimas, pero la desesperación obscurecía las

Ti-Nai, al oír la súplica de Li-You, sonrió con burla.

pupilas que tenían el color del topacio. Y la dulce boca reflejaba dolor.

—Ambar, ¿estás enferma? —preguntó Li-You.

Ella movió negativamente la cabeza y luego se mantuvo inmóvil, con la mirada perdida en la lejanía y las manos de marfil ocultas en las amplias mangas de la túnica. Asemejábase a una imagen desesperada y nostálgica.

—No sufras, Ambar. No puedo ver que languideces. Anda, si quieres, a buscar el imposible: una china de cabellera dorada. Y regresa, bienamada, porque sin ti moriré.

Ambar empezó entonces a peregrinar por los vastos caminos. Atravesó aldeas y ciudades. Sus pequeños pies se hundieron en los campos inundados donde crecía el arroz. Escaló montes y, como una sombra ligera y tímida, cruzó valles. A su paso, los duraznos floridos dejaron caer sobre su cabeza una lluvia rosada, y los lotos y los nenúfares de los lagos la envolvieron en un perfume blanco. Mucho caminó Ambar, y, por fin, fatigada, se detuvo en un bosque.

Reclinada sobre la tierra, sintió nostalgia de su casa y del fiel Li-You.

—Tal vez deba regresar —murmuró—. Este viaje es inútil.

Sin embargo, continuó vagando. Sus vestiduras se rasgaron y sus sandalias quedaron destrozadas por el áspero camino.

—Li-You —suspiraba, sintiéndose perdida en regiones extrañas y hostiles.

Un día se detuvo a reposar. El murmullo de una fuente llegó a sus oídos. Tenía sed y buscó el surtidor de agua. De rodillas junto al manantial, bebió ávidamente, separando las altas flores que crecían profusamente en la ribera. Al levantarse, vió su imagen reflejada en las ondas y un grito surgió de sus labios.

Aquellas flores eran crisantemos de pétalos amarillos y ocultaban por completo su cabellera negra, ofreciendo la visión de un tocado de oro. Allí, ante sus ojos, en el espejo del agua, emergía la china rubia, tan anhelosamente buscada. El semblante oriental se mecía suavemente en el manantial dorado.

Temblando de alegría, Ambar se incorporó.

—Ya puedo volver a mi casa —musitó con ternura.

Unos pasos resonaron en el bosque. Atemorizada, intentó huir. Pero una silueta conocida surgió entre los árboles. Una silueta que había añorado con ansia y que estremeció su corazón.

—¡Li-You!
—Sí, Ambar. Soy yo. No pude esperarte más.
Ambar se refugió en los brazos de Li-You y en voz baja y susurrante le reveló que la profecía se había cumplido.
Aquella noche durmieron bajo las estrellas. La luna volaba sobre los árboles, sin dejar ninguna sombra. El bosque parecía bañado de plata. Las figuras inmóviles de Ambar y de Li-You se distinguían con claridad. Pero de pronto pasó una sombra que la luna no pudo desvanecer. Cruzó silenciosa y depositó algo muy cerca de los jóvenes dormidos.
Al amanecer, la bella china despertó primero. Sacudiendo con suavidad a Li-You, murmuró:
—Sentí un débil llamado, una voz muy tenue. ¿También tú la has oído, Li-You?
—No, Ambar.
Se incorporó con rapidez. Apartó las ramas floridas de los crisantemos y allí vieron una niña pequeñita, hermosa y delicada como una porcelana.
—¡Oh! —exclamó Ambar, y la alzó en sus brazos para acunarla contra su corazón.
—La predicción de Tai-Soo se realizó —dijo Li-You—. Esta es nuestra hijita.
—¿Qué nombre le daremos? —interrogó Ambar, acariciando a la chinita.

El joven se tendió bajo un árbol a esperar y soñar.

—¿Qué nombre le daremos? —pregunto Ambar.

—Llamémosla Crisantemo —sugirió el feliz padre.

Emprendieron el camino de regreso. El mandarín Ti-Nai había salido de paseo y, al verles venir por el camino, ordenó detener su litera. Asomándose, preguntó:

—Ambar, ¿qué traes en tus brazos?

—A mi hija Crisantemo.

El mandarín contempló admirado a la criatura. Todas las niñas que él conocía eran feas comparadas con aquélla. Adivinó que sería una doncella de maravillosa belleza y pensó que su hijo de dos años no tenía novia elegida. Sintiéndose tímido de pronto, el fatuo mandarín, comunicó a Li-You sus pensamientos.

La risa danzó en los ambarinos ojos del joven labrador.

—¿Y si mi hija sigue siendo pobre? —inquirió con risueña ironía—. ¿Y si una nube de langostas arrasa mi campo? ¿Y si mi arroz se pudre en el agua antes que pueda cosecharlo?

Ti-Nai permaneció confuso. Luego dijo:

—Si me desprecias, tu hija vivirá en la pobreza. Desde el amanecer tendrá que trabajar, doblada sobre la tierra. Marchará humillada detrás del labrador que la elija por esposa. La belleza

de su rostro y de su cuerpo se marchitará. En cambio, si aceptas a mi hijo, vivirá en el lujo y el esplendor. Tendrá siervas y, como las princesas que nunca trabajan, podrá dejar crecer sus uñas y pintarlas de oro. Piensa bien, Li-You.

—Ya he decidido —repuso el joven—. Lucharé por dar la felicidad a Crisantemo y no crecerá ociosa y recreada en su hermosura, sino que apreciará los dones que dan el trabajo y el estudio.

Y se apartó del camino del mandarín, seguido por Ambar. Desde entonces trabajó con nuevas fuerzas y la pobreza nunca pisó el umbral de su hogar. La bella Crisantemo vió cumplidos todos sus deseos. Dicen que se casó con el hijo del mandarín, pero yo creo que se convirtió en la esposa del hijo del emperador de Catay, como se llamaba antiguamente la China.

Correspondencia

Edith Fuentes Delgado, Santiago.— Diríjase a la Sección Suscripciones, Empresa Editora Zig-Zag, Casilla 84-D, para solicitar la suscripción que desea de la pequeña gran revista "Simbad". Nos complace saber que "El Rubí de Mahdi" es su serial favorita. Nos dice que las lecturas de "Simbad" llegan al corazón de los niños. Ese es nuestro anhelo, porque escribimos pensando en ellos. La fantasía, el mundo de la emoción y de la aventura nos une a nuestros lectores.

Olga Cádiz, Rancagua.— Estamos seguros de que su hermanito de 4 años, será un gran lector de "Simbad" en cuanto empiece a deletrear. Lamentamos decirle que no disponemos de espacio para publicar fotografías de nuestros lectorcitos.

Eldo Avila, Parral.— Agradezco sus felicitaciones por la serial "Jim, el Secuestrado".

Eglantina Figueroa, Concepción. — Son muchos los lectores que nos han escrito y todos concuerdan con la idea de que "Simbad" ha pasado a ser la primera revista infantil de Chile por sus cuentos, dibujos y seriales episódicas. Agradecemos sus entusiastas felicitaciones.

Fernando Nieraad Ebner, Talca. — Sus seriales favoritas son "Viviana y Tristán" y "Jim el Secuestrado". Admira a Nato por su "Pelusita" y "Ponchito". Seguiremos complaciendo sus predilecciones, que abarcan la historia emocionante, las aventuras y las historietas risueñas.

Juanita Pickett S., Talca.— Por cierto que puede enviar soluciones a nuestros concursos. Y le deseamos suerte.

José Tomás de Jesús G., Villa Alemana.— Continuaremos publicando episodios de "Tristán, el Hijo del Lobo", que tiene tantos admiradores.

Roxane

LA BESTIA ROJA

CAPITULO I.—EN BUSCA DE LA BESTIA ROJA

1. En el amanecer del mundo, los hombres prehistóricos se vieron amenazados por las inundaciones y las grandes lluvias y huyeron a través de los pantanos. "—¡Deténganse! —gritó el jefe Mun—. Sólo podemos salvarnos si buscamos a la "bestia roja". Es terrible, pero nos protegerá. ¿Quién irá a cazarla?"

2. Los ancianos de la tribu comprendieron las palabras de Mun. Habían transcurrido muchas lunas desde que un clan enemigo les robó la bestia roja. Gor, que era joven y audaz, avanzó: "—No te comprendo, Mun —respondió—. Pero yo iré". Hablaba con los gruñidos del primer lenguaje, acompañado de gestos.

3. Casi al mismo tiempo se adelantó Wa, y golpeándose el pecho con el puño, habló igual que Gor. Mun prometió: "—El que traiga la bestia roja será el jefe". Entonces avanzaron otros dos hombres: Rur y Agón, de rostros brutales, cuerpos velludos y corazón ávido de poder.

4. Partieron, en distintas direcciones, los dos jóvenes y los dos trogloditas gigantescos y crueles. Wa y Gor sólo se detenían al atardecer, buscando refugio en las cavernas. Con sus hachas de duro sílex y sus lanzas, cazaban ciervos para alimentarse. No hablaban y sólo con sus miradas se comprendían.

LA BESTIA ROJA

5. En la noche, un potente rugido les despertó. Un tigre de largos colmillos se aproximaba al refugio de los jóvenes. Ellos habían entrado en la caverna, deslizando sus esbeltos cuerpos a través de una brecha. ¿Lograría pasar también la fiera? Gor esperaba, con el hacha en alto.

6. Gor y su amigo percibieron el fétido aliento de la bestia, y después su enorme cabeza surgió entre las rocas. El joven cazador asestó el hachazo, pero el tigre esquivó el golpe. Con todos sus músculos en tensión, Wa y Gor sostenían la roca para que el animal no la derribara.

7. Wa, afirmando su espalda en la roca, empezó a subir entre los dos muros. Si lograba salir por arriba de la caverna, podría atacar al tigre desde la altura. De pronto el felino se abalanzó en el interior de la cueva, entre una lluvia de piedras. Gor tendría que defenderse solo.

8. Wa no había alcanzado a salir por la brecha superior. Procurando no perder el equilibrio, dejó caer con fuerza su lanza y atravesó el cuerpo de la fiera. Con una especie de aullido, Wa anunció su victoria. Gor lo miró con rapidez y luego ambos salieron de la caverna para seguir su camino.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO X.—Sorpresa en el avión.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. El colegio ha instalado en el bosque un campamento de vacaciones. Dos individuos rondan espiando a Tino, a quien pretenden raptar. Por equivocación secuestran a Jim. Cuando despierta de un largo sueño producido por un narcótico, interroga a Ramiro. Este le confiesa que el secuestro fué ordenado por el padre de Tino. Jim revela su verdadero nombre, ignorado por los forajidos, que se enfurecen al comprender su equivocación. Jim descubre que también está secuestrada una niña llamada Cristina. Esa noche los delincuentes llevan a Jim en su auto y lo dejan abandonado en un lugar solitario. Jim llega a la cabaña de un anciano, que vive con cinco niños, a quienes quiere como a nietecitos. Está dos semanas con ellos y luego intenta regresar a su patria. En el aeródromo ve a Tino. Ayudados por el abuelo, Jim y Tino proyectan fugarse.

El Abuelo y su nietecito Romi afrontaban un terrible peligro. Para facilitar la fuga de Tino y Jim, que huían de sus secuestradores, atrajeron a Ramiro y a Simón Laredo. El buen viejo inventó una historia, a fin de engañar a los malvados sujetos y, para confirmarla, presentó una libreta que pertenecía a Cristina Sarli, niña también raptada.

—Aquí está escrito su nombre, señor Laredo, y otras cosillas que la policía quisiera saber —dijo el abuelo con socarrón acento—. Pero ¿para qué hablar con esos señores? Es mejor que nos entendamos entre amigos. Yo también soy aficionado a robar niñitos...

—¡Cállate, viejo estúpido! —rugió Simón, lanzando inquietas miradas a su alrededor.

Ramiro, que se había reunido con su cómplice, aconsejó:

—Calma. No perdamos el tiempo en discusiones. Vamos pronto a recoger a la chiquilla, o perderemos el avión.

El Abuelo había dicho que Cristina fué atropellada por un auto. A Simón no le interesaba prestarle auxilio, sino recuperar la comprometedora libreta donde la niña anotó los detalles de su secuestro. La intención del pérfido individuo era asaltar al ancia-

o en un lugar solitario del camino, o en alguna calleja sombría. ero el abuelo no era hombre confiado y sabía perfectamente on quién se enfrentaba. Mientras Simón dirigía feroces miradas Ramiro, para mantenerlo a la expectativa, los ojos del abuelo ransmitían mensajes secretos al pequeño Romi. Y en un instante propicio, dejando a los malhechores perdidos en los aledaños le la ciudad, escaparon a todo correr. Las piernas del anciano ran tanto o más ágiles que las de Romi, y ambas figuras desparecieron, como llevadas por un vendaval. Simón y Ramiro, etrificados de asombro, vieron esfumarse a sus dos andrajosos compañantes.

—¿Qué demonios...? —empezó a decir Laredo, y luego bramó—: ¡Alcancemos a esos granujas! Corre, idiota.

a persecución no sólo resultó inútil, sino que les extravió aún más en aquel barrio desconocido. Cuando hallaron por fin el aeródromo, el avión ya había partido.

El abuelo llegó a su cabaña y mientras Romi se tendía despatarrado en su cama, él reía a carcajadas.

—¡Cuéntanos, abuelito! —gritaron sus nietos en coro.

Cristina Sarli, refugiada también en la choza, añadió:

—¿Se salvaron Tino y Jim?

—Por cierto, niña. El avión emprendió el vuelo sin esperar a los dos Sinones. Si quieren que les cuente, dénme desayuno. Me muero de hambre.

Cristina corrió a servirle un vaso de leche, con harina tostada, que el viejo paladeó alegremente, mientras hablaba.

Cristina sirvió al abuelo un vaso de leche.

—Y ahora —terminó—, sólo nos queda esperar que Jim venga a buscar a su amiguita Tina, cuando esos pajarracos estén encerrados en la cárcel y no haya peligro.

—Yo también quiero que Jim venga a buscarme —dijo la colorina Alicia.

—A lo mejor partimos todos con él —sonrió el abuelo.

—¿Y si los bandidos vienen a buscarnos aquí? —preguntó Romi, y olvidando su cansancio, se levantó de un salto, dispuesto a correr.

—No tengas miedo. Ni sospechan quién soy. No perderán el tiempo buscándome. Seguirán persiguiendo a los muchachos, pero Jim es bastante hábil para burlarlos.

En ese instante, Jim trataba de desaparecer en el asiento del avión. Su corazón palpitaba con violencia y, en su nerviosidad, pensaba que todos los pasajeros tenían los ojos fijos en él. Un gran silencio reinaba en la cabina. Jim oyó unos pasos suaves que se acercaban. Se atrevió apenas a levantar la mirada y vió a la señorita Eloísa, auxiliar del aire, que se detenía junto a él. Se dominó con un gran esfuerzo, para no traicionarse. La joven, sin advertir nada anormal, se limitó a decir:

—Tino, debes ponerte el cinturón de seguridad.

Ella misma abrochó la hebilla. Observó fugazmente el rostro del niño, y él sintió que su corazón cesaba de latir. ¿Descubriría que estaba suplantando a Tino Barian? Pero Eloísa lo examinaba recordando las advertencias de Simón Laredo, quién le dijo que el muchacho era insoportable.

"Juraría que es un niño adorable —pensaba la joven—. Su mirada es suave y recta, aunque parece atemorizado. En cambio, el hombre que lo acompañaba no me inspira confianza."

Luego de una rápida inspección en los demás asientos, la auxiliar del aire se alejó.

Jim no advirtió que la nave aérea se había lanzado ya al espacio. Una voz lo sobresaltó:

—¿Piensas llevar toda la vida ese cinturón? Sólo se usa cuando el avión despega y cuando aterriza.

—Tino..., ¿cuál es Tino? —murmuraba Eloísa, mirando con asombro a los dos niños.

Tino estaba a su lado. Se sentó con toda tranquilidad. Ya no era necesario continuar escondido. Los dos lograron subir a bordo con un solo pasaporte, porque se parecían extraordinariamente y nadie era capaz de diferenciarlos.

—¿Cómo te secuestraron a ti? —indagó Tino.

Jim le refirió sus aventuras. En cuanto a su amigo, lo raptaron violentamente, sin idear ninguna farsa para mantenerlo engañado.

—Para ti inventaron la historia del secuestro fingido, un emocionante juego de los alumnos del San Esteban —indicó Tino—.

Cuando me raptaron a mí, se les había acabado la inventiva. Per me mantenían quieto con amenazas.
Después agregó:
—Es divertido que nuestra rubia compañera de infortunios s llame Tina. Eso te consolaría de estar separado de mí. Aunqu no puedes quejarte de soledad. También conociste a la colorin Alicia y a Marta. Eres muy conquistador, Jim.
Una exclamación de asombro interrumpió al locuaz Tino. Sól entonces advirtieron que la señorita Eloísa estaba ante ellos y les miraba sin creer lo que veía.
—Tino..., ¿cuál es Tino? —murmuraba, estupefacta.
Algunos pasajeros acudieron a investigar la causa de aquellas ex clamaciones y un coro de voces asombradas resonó en la cabina La sorprendente noticia de que dos hermanos gemelos viajaban en el avión se difundió con rapidez y los curiosos se agruparon Las ávidas preguntas, las miradas insistentes, causaron nerviosi dad a Jim, pero Tino respondió sin inmutarse. Mencionó a los secuestradores y refirió las aventuras de su amigo, el viaje en hidroavión, el encierro en la casa del lago, su vida en una choza humilde.
Nadie le creyó una palabra.
—Son fantásticos —declaró una señora.
—Tiene una imaginación desenfrenada —asintió un adusto caba llero—. Estos niños leen muchos libros de aventuras.
Se retiraron, uno después de otro, y, arrellanándose en sus asientos, se aprestaron a dormir. La auxiliar del aire ofreció a Tino y Jim sendos vasos de leche y les aconsejó:
—Descansen. Duerman, porque el viaje es cansador.
Pero ambos amigos tenían mucho que hablar y proyectar.
—¿No te sientes como los hermanos corsos? insinuó Tino, rien do—. Lástima que nuestros admiradores nos han dejado, para dedicarse a roncar.
—Así estamos tranquilos —contestó Jim—. Tino, debemos pen sar. ¿Qué haremos cuando el avión aterrice?
—Apretarnos el cinturón de seguridad —replicó su amigo, rien do—. No, Jim. No frunzas el ceño. Sí, comprendo que estamos en una situación grave. Pero tengo confianza.
Contempló a través del vidrio el mar de nubes sobre el cual se deslizaban, sin trepidaciones. De pronto se sintió desamparado. Pero venció su angustia.

Hasta aquel instante, se había dominado y no desfallecería ahora. Jim, sintiéndose penetrado por la misma angustia, reaccionó:

—Tienes razón, Tino. Perdóname, si te he desalentado. Lo importante es que nos hemos reunido y que juntos regresaremos a casa.

Tino guardó silencio. Era inútil engañarse. Ambos estaban atemorizados. Tal vez cuando el avión aterrizara, caerían otra vez en poder de Simón y de Ramiro.

Los siniestros individuos no se resignarían a perder la recompensa ofrecida por Carlos Barián y, sobre todo, no renunciarían a vengarse de Jim Aumont, el muchacho que les había desafiado.

Tino y Jim, ahogando sus temores, fingían dormir.

(CONTINUARA)

La gentil auxiliar del aire atendía a Tino y Jim.

Ponchito

¡OIGA, PATRÓN! ¿QUÉ ES UN PULPO?
¡EL PULPO ES UN ANIMAL ACUÁTICO!
¡VIVE EN EL FONDO DEL MAR!
¡LA GENTE LE TIENE MUCHO MIEDO!

por nato

¿Y POR QUÉ LE TIENEN MIEDO?
¡PORQUE ES UN ANIMAL HORRIBLEMENTE FEO...
...Y AL MIRARLO INFUNDE PAVOR!
¡AH! AHORA ME EXPLICO POR QUÉ MI ABUELITA SIEMPRE DICE QUE USTED ES UN PULPO
NATO.

Viviana y Tristán

CAPITULO X.—Tristán vence al Tiempo.

Viviana, la castellana del lago, venció con sus hechicerías al viejo Tiempo y lo mantuvo encadenado. Los relojes de arena del castillo se detuvieron. Los moradores del castillo no envejecían. Viviana conservaba intacta su belleza y su eterna juventud. Pero Tristán, el Hijo del Lobo, liberó al Tiempo, y éste avanzó por el castillo. A su paso quedó convertida en polvo su vieja carcelera y los servidores de Viviana se tornaron decrépitos y fatigados.

La antiguamente bella he-

El Tiempo, ansioso de vengarse, alzó el brazo.

chicera se enfrentó al Tiempo. Estaba envejecida y canosa, pero su belleza no había desaparecido por completo. El Tiempo, ansioso de vengarse, alzó el brazo. Tristán comprendió que cuando lo bajara, Viviana, como la bruja guardiana del Tiempo, quedaría reducida a cenizas. Su edad no era tan avanzada, pero aquél que regía los años y la vejez era rencoro-

o y la castigaría sin piedad por haberlo tenido en cautiverio.
El Hijo del Lobo inmovilizó el brazo del Tiempo.
—Na seas cruel —suplicó—. Refrena tu ira, viejo Tiempo.
—¿Tú intercedes por lla? —interrogó el aniano—. Contigo ni con adie tendría clemencia Viviana, la Hechicera e Brocelandia.
Tristán recordó la exresión de los ojos verles cada vez que sus niradas se cruzaban. a cólera fulguraba en llos. Era orgullosa e mpulsiva. Hacía alarde le sus poderes mágicos. Pero el joven sabía que u corazón no era amaro, ni inconmovible. Si o hubiera conocido los ecretos de la magia, Viviana habría sido una rincesa dulce y gentil.

Pero su voluntad se fortaleció en los avatares y se transformó en una maga soberbia, sólo preocupada de sus sortilegios.

La mano del Tiempo se posó en el hombro del doncel y éste sintió el peso de los siglos.

—Pretendes que devuelva a Viviana su juventud. ¿Estarías dispuesto a luchar contra el tiempo? Te advierto que soy un adversario temible, difícil de vencer.

La envejecida hechicera balbuceó:

—No aceptes, Tristán. Tu juventud quedaría destruída. El que luchó contra el Tiempo viviría con la fatiga de la ancianidad. No serías ya, nunca más, el doncel impetuoso y alegre.

El Hijo del Lobo le dirigió una mirada confiada y sonriente. Luego, enfrentándose al Tiempo, respondió:

—Acepto, y si soy rudo contigo perdóname.

Los ojos del Tiempo reflejaron un intenso asombro. No creyó que el joven héroe aceptara su desafío. Adelantó su brazo y Tristán, cogiéndolo, intentó derribar a su contendor. Este parecía clavado al suelo y no se movió. El joven advirtió que de la piel seca y dura

El Hijo del Lobo intentó derribar a su temible adversario.

Con renovada energía, arremetió contra el viejo.

urgía una especie de flúido que inundaba sus nervios, debilitán-
ole. Comprendió que si no actuaba con rapidez, aquella fuerza
gotadora lo vencería. Con renovada energía, arremetió contra
l viejo, estrellándose contra la sólida osamenta. El Tiempo siguió
rguido. Entonces Tristán lo alzó en sus brazos, giró a fin de to-
iar impulso y lanzó a su adversario al espacio. Tan instantáneos
ieron todos sus movimientos, que el Tiempo no pudo defenderse.
-Reconozco tu victoria —murmuró—. Venciste porque tu cora-
ón es puro y tu valor indomable.
ansadamente procuró levantarse. Tristán lo ayudó, descubriendo
ue aquel cuerpo tan duro en la lucha era ahora un conjunto
e livianos huesos.
-Perdóname —repitió, confuso.
a desdentada boca del Tiempo sonrió.
-Venciste en buena lid —repitió—. Has ganado la juventud
ra tu dama.
iviana extendió hacia el espejo su mano temblorosa. Tenía
iedo de mirarse. Pero el Tiempo no la había engañado. En el
istal vió su faz hermosa como nunca, tersa, blanca, orlada por
oro de sus cabellos e iluminada por el suave reflejo de sus
os verdeazulados como las aguas de su lago mágico.

(CONCLUIRA)

En el espejo, Viviana contempló su faz, hermosa como nunca.

La letra mágica.

La palabra que aparece en la ilustración significa lío, atado. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo, basta agregarle una LETRA MAGICA.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 181: León

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Ursula Bale, Viña del Mar; Gladys Arango, Coronel; Mónica Yermeth, Angol. UN PREMIO DE $ 20.— Marcelo Zurita, Temuco; Elisa Trincado, Santiago; Marcelo Barra, Lota Alto; Elcira Gutiérrez, Santiago; Octavio Flores, Chillán; Roberto Gatica, Victoria; Fernando Bowen de la Cerda, Santiago; Luis Abarca, Santiago; Teresa Bohwald, Casablanca; Viviana Bresky, Valparaíso. UNA CARPETA DE ESQUELAS.— Jack Assael, Santiago; Margarita Jara, Santiago; Fernando Quiroz, Colina; Olga Droghetti, Temuco; María Teresa Serrano, San Felipe; Carlos Zauritz, Santiago; Bosco Salgado, Concepción; Arnaldo Porcile, Rancagua; Cornelio Molina, Talcahuano; Isabel Silva, Santiago. UN LIBRO.— Mary Aravena, Petorca; Silvia Quintana, Valparaíso; Silvia Valdés, Temuco; Wendy Styles, Curicó; Roberto Gómez, Santiago; Simonetta Pacini, Santiago; Norma Cheul, Los Angeles; Amanda Reuse, Temuco; Silvia Villalobos, Chillán; Alex Renck, Santiago. UN VITALMIN.— Pedro Weinstein, Santiago; Margarita Lomeña, Chillán; Doris Carvajal, Illapel; María Eugenia Hickmann, Los Angeles; Betty Jansen, Chillán; María Elena Cuadra, Valparaíso; Iván Acevedo, Santa Juana; Waldo Hugo Gutiérrez, Santiago; Pirincho Dentice, Quilpué; Eldo Avila, Parral.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 183

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

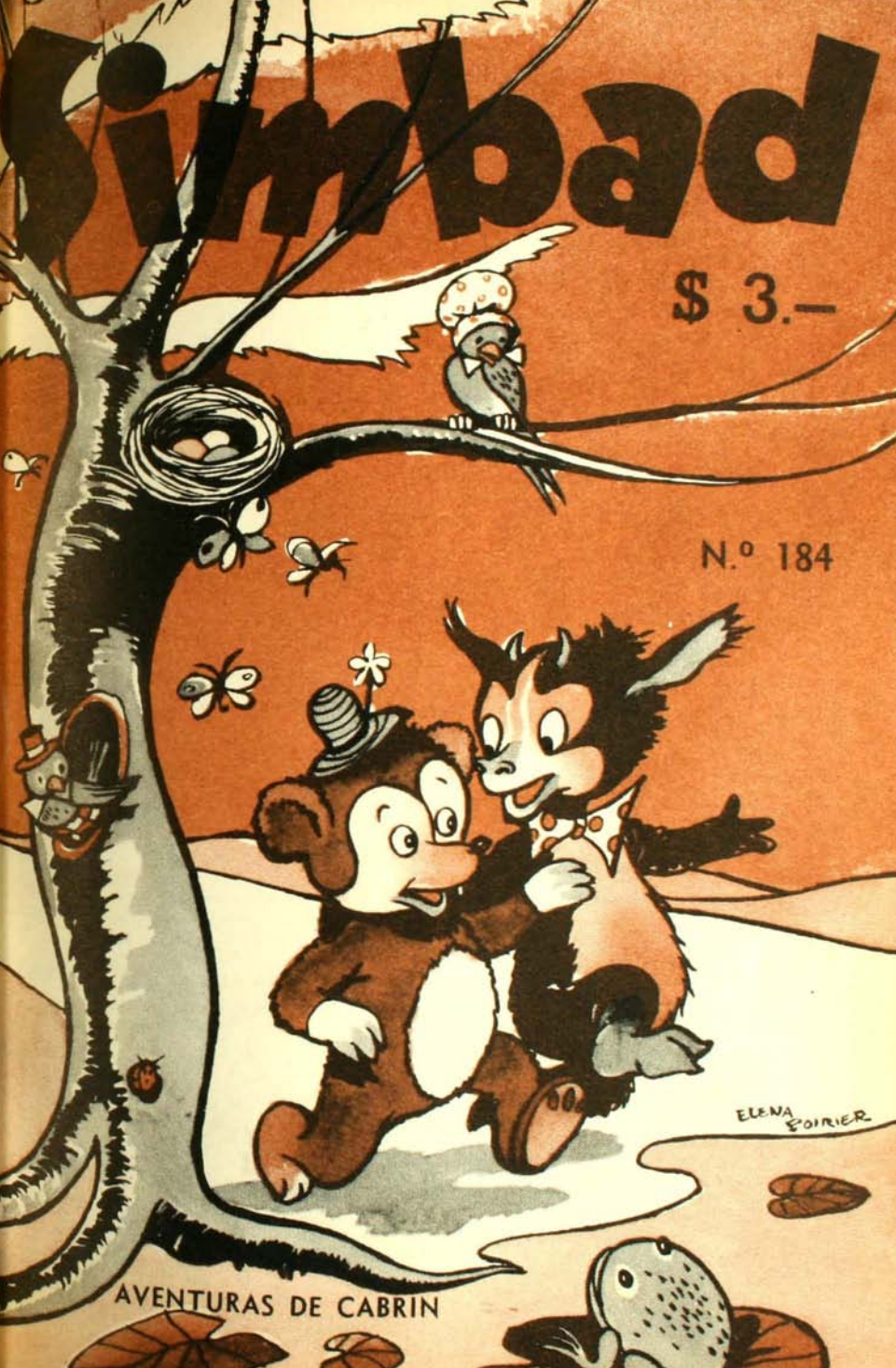
ESA SEÑORA VALORIZA! SU VIDA EN UN PESO! Y NO NOS AL@ANZA NI PARA UN PAN!
¡ESPERA, NIÑO!
ES UN @ABALLERO QUE VIENE HA@IA A@A!
¡A LO MEJOR VIÓ TODO Y ME VA A DAR UNA RE@OM— PENSA!
TÚ SALVASTE A UNA SEÑORA?
¡YO!
¡TOMA! ¡ME HI@ISTE PERDER LA ÚNI@A OPORTUNIDAD DE LIBERARME DE MI SUEGRA!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad

$ 3.–

N.º 184



AVENTURAS DE CABRIN

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 11-III-1953 — N.º 184

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO X.—*La serpiente emboscada.*

El sultán Husain prefirió a Amina entre todas las doncellas de Basora, para enviarla a la India, donde compartiría el trono del rey Mahdi. Las intrigantes princesas Tamara y Shira, ayudadas por su cómplice el marinero Kufir, intentaron hacer naufragar el barco donde viajaba la elegida. Pero fracasaron.

—¡Tú eres el culpable! —gritó Shira, azotando con una rama a Kufir—. ¿Por qué no destruíste el timón?

El marinero, doblegado, no respondió. El furor de Shira lo atemorizaba.

—Basta, Shira —intervino Tamara—. Es inútil culpar a este paria. Estamos derrotadas, pero no cejaré en mi ambición.

—Yo menos que tú —replicó Shira—. Están descargando el barco. Amina se salvó del naufragio, pero no de mis intrigas. Me reuniré con ella. En la confusión tal vez no ha advertido nuestra ausencia.

—¡Tú eres el culpable! —gritaba Shira, azotando a Kufir.

—Déjame subir a tu palanquín, reina. Te serviré de esclava.

Nadie las interrogó al verlas aparecer. El visir Harun las reconoció.

"Han regresado —pensó—. O tal vez sólo estuvieron dormidas mientras el barco se inundaba. Ahora seguirán urdiendo traiciones."

Con un gesto resignado, se acercó a Amina:

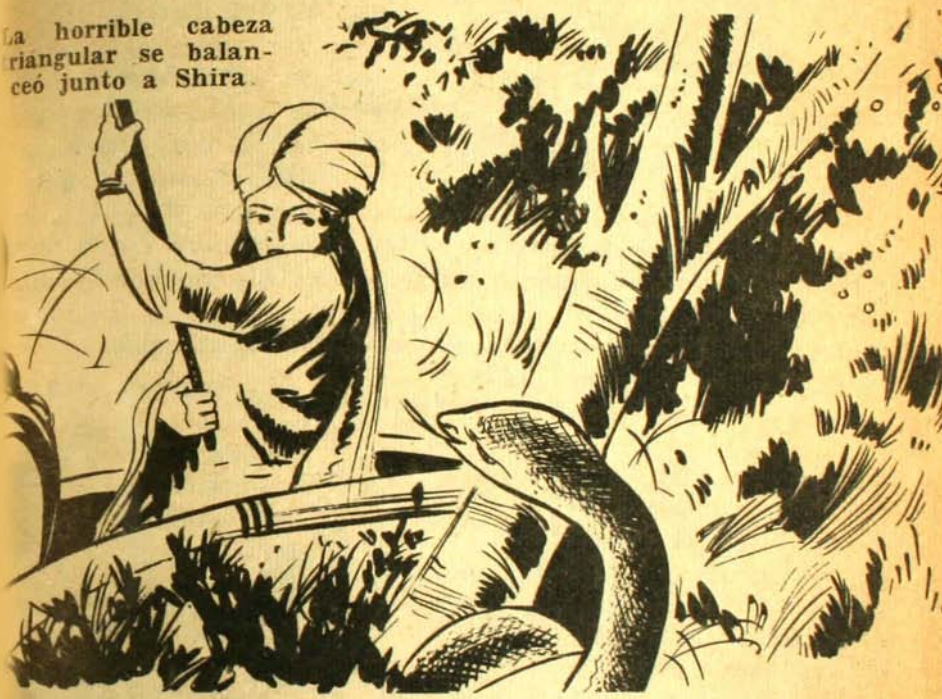
La malvada Shira meditaba en su venganza.

—Vengo a decirte, ¡oh soberana!, que es imposible reflotar el arco. Tiene averías graves.

—Continuaremos el viaje por la selva —decidió la elegida—. Ordena desembarcar los elefantes. Además, envía un mensajero para comunicar nuestro desembarco al rey Mahdi.

Las órdenes de Amina fueron cumplidas. Cuando la caravana se disponía a marchar, la malvada Shira suplicó:

—Déjame subir a tu palanquín, reina. Te serviré de esclava.



La horrible cabeza triangular se balanceó junto a Shira.

cornac, o conductor del elefante, descendió de su alto sitio para ayudar a Shira a subir.

Uno detrás de otro, los grandes paquidermos se internaron en la jungla india. Shira mecía el abanico de plumas para dar aire a Amina y espantar a los insistentes mosquitos, mientras meditaba su venganza.

De pronto, una cabeza triangular y enorme apareció entre las ramas de un árbol, balanceándose bajo los aterrados ojos de Shira. El espanto que la dominaba se desvaneció súbitamente

La serpiente envolvió a Amina en sus terribles anillos.

ante una idea. Golpeó con el abanico la cabeza de la serpiente pitón y luego se ocultó. El reptil, enfurecido, se lanzó contra la desprevenida Amina, envolviéndola en sus terribles anillos.

Protegida por el abanico, Shira vió que la serpiente arrastraba a su víctima, y, antes que cayeran ambos, se apoderó del anillo con el rubí de Mahdi.

—¡Auxilio! —gritó el cornac, que en ese instante miró hacia atrás al ver que el elefante daba señales de inquietud—. ¡La reina está en peligro!

—La reina soy yo —contestó Shira, ciñéndose el anillo.

—Salvemos a tu esclava —sugirió el siervo.

—Ya ha muerto, sofocada por la serpiente —dijo la falsa elegida—. Sigamos avanzando.

El cornac obedeció, apartando sus ojos horrorizados del nudo mortal que estaba asfixiando a Amina. El muchacho temblaba convulsivamente y comprobó que el elefante estaba también agitado.

—Soberana —balbuceó—, permíteme que intente salvar a...

La intrigante se apoderó del rubí de Mahdi.

—La reina soy yo —contestó Shira.

—Inmundo paria —interrumpió Shira—. ¿Te atreves a discutir mi voluntad?

El visir Harun, que había oído el grito de auxilio, forzó la marcha de su elefante para alcanzar a la elegida, y preguntó:

—¿Qué sucede? ¿Quién está en peligro?

—Nadie importante —replicó Shira—. Una serpiente arrebató a mi esclava que estaba abanicándose. Ordena que

ba otra a mi palanquín. No puedo soportar el aire ardiente ni
s nubes de insectos.

arun se estremeció.
odía la elegida Ami-
ser tan despiadada?
Reina —balbuceó—.
una crueldad aban-
nar a esa pobre víc-
ia.

Debes pensar sólo en
. Vigilar a mis ene-
gos y protegerme del
ligro. Dobla mi guar-
personal y que nin-
n sospechoso se acer-
e a mí.

nsaba en Tamara.
bía desaparecido y
vez tramaba alguna
riga peligrosa.

(CONTINUARA)

—¿Quién pide auxilio? —preguntó el visir Harun.

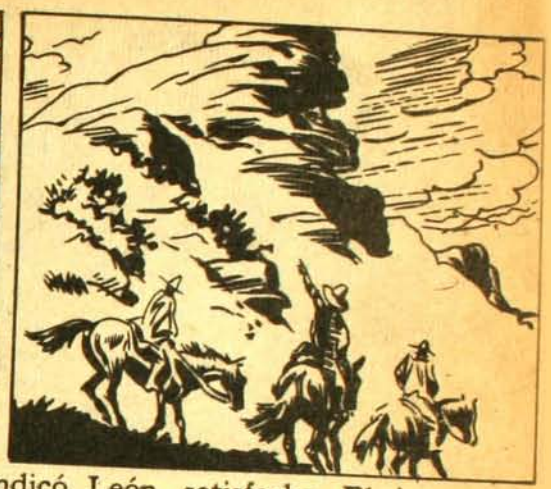
La maldición del ÍDOLO

CAPITULO III

LA PERSECUCION

1. León Arces y su amigo Pablo Eymar lograron rescatar a Pepe, secuestrado por los indios mayas. Atravesaban la puerta de Quetzalcoatl cuando los indígenas dejaron caer sobre ellos una enorme reja. León no se detuvo y el auto, al chocar contra la roca, produjo un derrumbe. Los indios huyeron.

2. "—¡No se desbanden! —gritó un aborigen—. Hay que perseguir a los malditos extranjeros. El muchacho debe ser sacrificado ante el ídolo." Los jinetes obedecieron y, guiando a sus caballos sobre los escombros, se lanzaron a galope tendido. El coche de los fugitivos había ganado terreno.



3. "—Los dejamos perdidos", indicó León, satisfecho. El joven sabio Eymar se lamentó: "Es una lástima que estemos enemistados con los mayas. Me muero por estudiar sus templos y sus ruinas". En realidad, los perseguidores perdieron el rastro, pero tres jinetes se obstinaban en continuar la búsqueda.

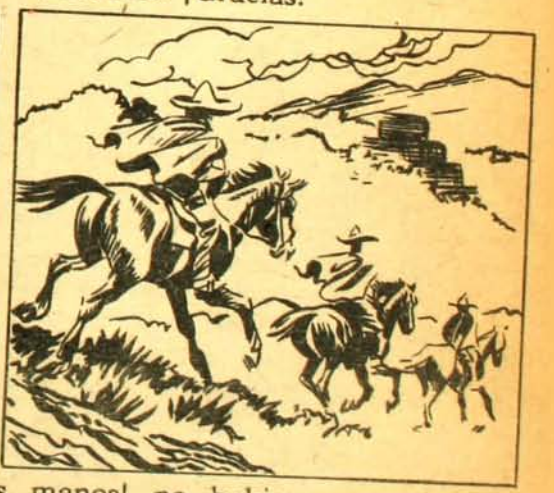
4. Escalaron una elevada roca, para avizorar los caminos y de pronto uno de los indios rodó por la pendiente. El jefe del grupo ordenó al otro azteca: "—No te detengas". Pero el indio replicó: "—Es mi hermano, debo auxiliarlo. No quiero que muera o que sufra abandonado". Y bajó del escabroso monte.

La maldición del ÍDOLO

5. Con un juramento de rabia, el cruel caudillo trepó hasta la altura y, al avistar el coche blindado, se quitó el zarape y lo agitó al viento, como una bandera, para indicar a Chipal la ubicación de los fugitivos. El indio Pedro, inclinado sobre su hermano herido, se incorporó de pronto.

6. Percibió el rugir del auto que se acercaba y corrió a esconderse. Temblando de ansiedad, murmuró—: "Pasarán sobre el cuerpo de mi pobre hermano". Por cierto que León se detuvo al descubrir la figura inerte. "—Un hombre herido o enfermo —anunció—. Bajemos a ver qué le sucede."

7. "—Respira —comprobó Eymar—. Sufrió quizás una caída. Dale a beber agua. Después veremos si tiene alguna fractura." Desde su escondite, Pedro observaba la escena y empuñaba su cuchillo, para atacar si era necesario. Luego comprendió que su hermano era auxiliado y gritó: "—¡Gracias! ¡Gracias!"



8. Si hubiera gritado ¡Arriba las manos! no hubiera causado mayor impresión. Los dos jóvenes y el niño saltaron al auto. "—Gracias", balbuceó aún el conmovido Pedro. "—Eres muy gentil, amigo —respondió Eymar—, pero no podemos detenernos y ser sentimentales. Oigo el galope de tus compañeros."

(CONTINUARA)

AVENTURAS de CABRÍN

Todos querían a Cabrín porque era el rumiantito más encantador del bosque. La mamá Cabra estaba orgullosa de él.

Un día mamá Cabra salió a hacer compras en el mercado. Antes de irse aconsejó a Cabrín:

—No salgas de la casa y pórtate bien.

Siempre decía esto. Su única variación era tal vez:

—Pórtate bien y no salgas de la casa.

El cabrito era un hijo obediente y su mamá se marchó tranquila. Al quedar solo, Cabrín se sintió aburrido. Cuando estaba más triste oyó una voz que lo llamaba. Asomándose a la ventana, vio a su amigo Peluche, el osito.

—Ven, las ranas tienen un baile en el estanque y nos han invitado.

—Mi mamá no me deja salir —contestó Cabrín.

—Sólo un momento. Antes que ella regrese, estaremos de vuelta.

¿Quién podía resistir la voz de Peluche? Minutos después los dos amigos iban por el camino saltando alegremente. Un pájaro carpintero, que estaba dando martillazos en un árbol, sacudió el aserrín que le nublaba los ojos, para ver a los que pasaban y les preguntó:

—¿A dónde van, chicos?

—Al baile de las ranas.

—A mí también me gustaría ir. Pero tengo mucho trabajo. Adiós, pequeños, y que se diviertan.

Más adelante encontraron a la lechuza, que parpadeaba bajo la luz.

—Tú duermes de día —señaló Peluche—. ¿Por qué estás ahí, al sol? ¿No te molesta?

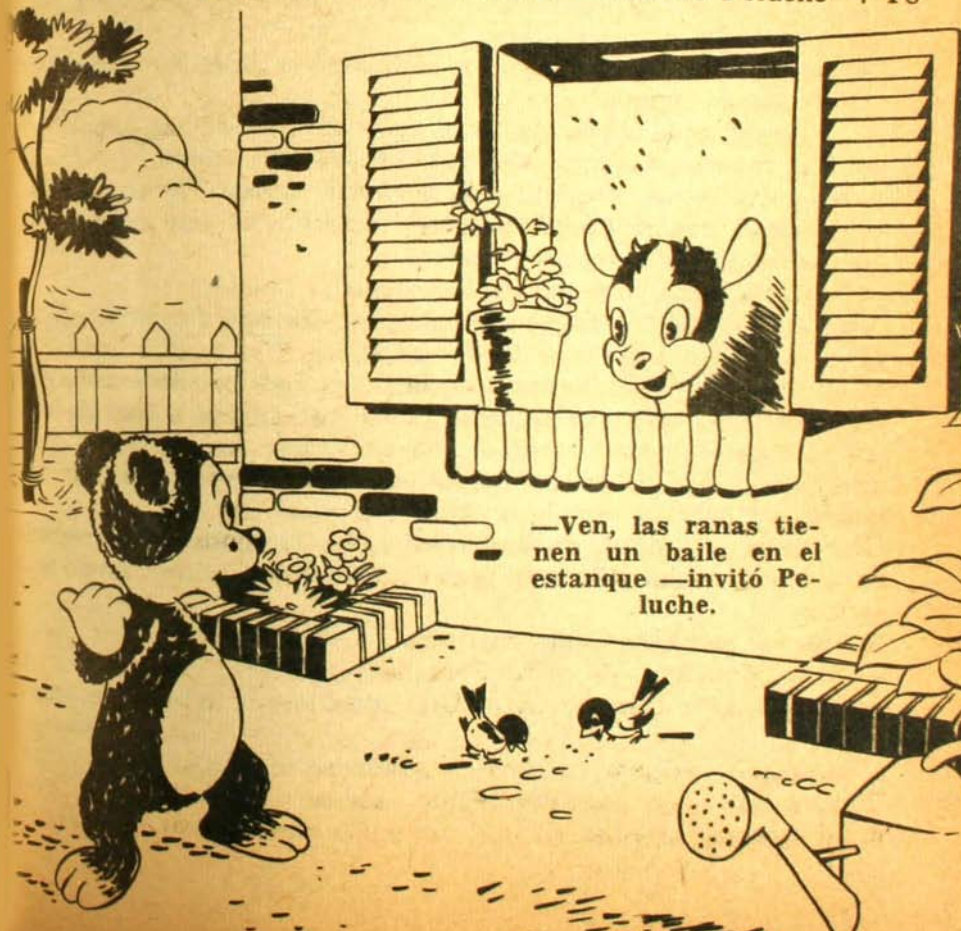
—Claro que me molesta. Pero las ranas forman tanto alboroto con su baile, que me desvelaron —ululó la lechuza, tristemente.

Cabrín y el osito siguieron caminando.

—¿A dónde van?

La perdiz los detenía. Peluche le indicó hacia dónde se dirigían, y la señora perdiz corrió a buscar su sombrero nuevo, para acudir también a la fiesta.

—Todos nos preguntan a dónde vamos —observó Peluche—. Yo



—Ven, las ranas tienen un baile en el estanque —invitó Peluche.

creo que debíamos colocarnos un cartel que diga "Vamos al baile de las ranas".
Por fin llegaron al borde del estanque. No se divisiba ni una rana.
—¿Dónde están? Y la orquesta, ¿no ha llegado todavía? —exclamó Cabrín.
—Las ranas son anfibios, es decir, viven en la tierra y también en el agua —explicó Peluche—. Este baile lo han hecho debajo del agua. El siguiente es en la tierra. Creo que es mejor que vengamos para el próximo.
—¿Por qué? Este es más entretenido.
—No quiero darme un baño. Además, no sé respirar debajo del agua. Vámonos.
Pero Cabrín estaba entusiasmado con la idea de ver un baile debajo del agua.
—¡Ranas! ¡Sapos! ¡Renacuajos! —llamó a grandes voces a sus amigos de la laguna.
Se presentó ante él nada menos que la reina de las ranas.
—¿Qué quieres, Cabrín? —dijo con su croar suave.
—Amiguita reina, quisiera ver la danza debajo del agua.
—Tendrías que inclinarte mucho —advirtió la real rana—. Y si no tienes cuidado, puedes caerte.
—Peluche puede sostenerme de la cola.
—Sí..., tal vez... Es una buena idea. Hemos limpiado el agua y se ve perfectamente a través de ella.
Mientras Peluche lo sostenía de la cola, Cabrín contempló el salón acuático. ¡Ah, qué elegantes lucían las ranitas y qué gallardos los sapos que las invitaban a danzar! Había una orquesta de sapos tenores, un violinista que estudió con el profesor grillo y un músico de batería que hacía saltar el agua.
Un equipo de mozos se deslizaba entre los invitados, ofreciendo burbujas de agua del lago y deliciosos bocados de alas de insectos.
Cabrín se inclinaba cada vez más.
—¡Ten cuidado! —le gritó Peluche.
Su amigo ni siquiera lo oyó. Una idea bullía debajo de sus cachitos.
—Majestad —dijo a la rana—, ¿bailaría conmigo?
Ella se sintió tan asombrada que casi se cae de la hoja de nenúfar que la sostenía. El que no pudo dominar su sorpresa fue

Peluche, que soltó la cola de Cabrín, y éste ¡PLUM! se hundió en el estanque.

La rana saltó al agua para dar la voz de alarma. ¡Cómo corrían todos para salvarse! El tenor desafinó al dar un salto de medio metro. El violinista perdió su violín y el de la batería dejó sus tambores abandonados. Las danzarinas se sintieron llevadas por sus galanes, y cuando Cabrín llegó al fondo, sólo encontró un lecho de barro.

Por fin pudo levantarse y mostraba una figura lamentable. Desconsolado, rompió a llorar. En ese momento mamá Cabra venía de regreso y oyó los llantos.

Dirigiéndose al estanque, vió a su hijo todo manchado de barro y mojado de cacho a pezuña.

—¿Qué sucedió?

Peluche, al ver a mamá Cabra, emprendió la fuga. Se sentía culpable por haber inducido a Cabrín a desobedecer y temía que mamá Osa lo supiera y le diera una buena zurra.

—¿Bailaría conmigo? —preguntó Cabrín a la reina de las ranas.

—¡Sale de ahí! —gritó la madre—. ¿No te da vergüenza?
—¡Síii!
—Ven, desobediente. Debería darte de palos.
Como pudo, Cabrín alcanzó la orilla. Mamá Cabra lo cogió d
la piel y lo llevó a casa para bañarlo. Cuando lo jabonó y l
cepilló bien, lo colgó del cordel para secar la ropa, metido den
tro de unos pantalones viejos del abuelito Chivo.
Mientras el agua caía a grandes goterones del cabrito colgado, los conejos, el perro, el ganso y unos pajarillos burlones se reunieron para reírse de él.
—No sean malos —murmuró Cabrín, avergonzado.
—No nos burlamos por maldad, sino para que aprendas a ser obediente —parpó el ganso.

Mamá Cabra vió que su hijo lloraba a lágrima viva.

—No sean malos — dijo Cabrín, porque se burlaban de él.

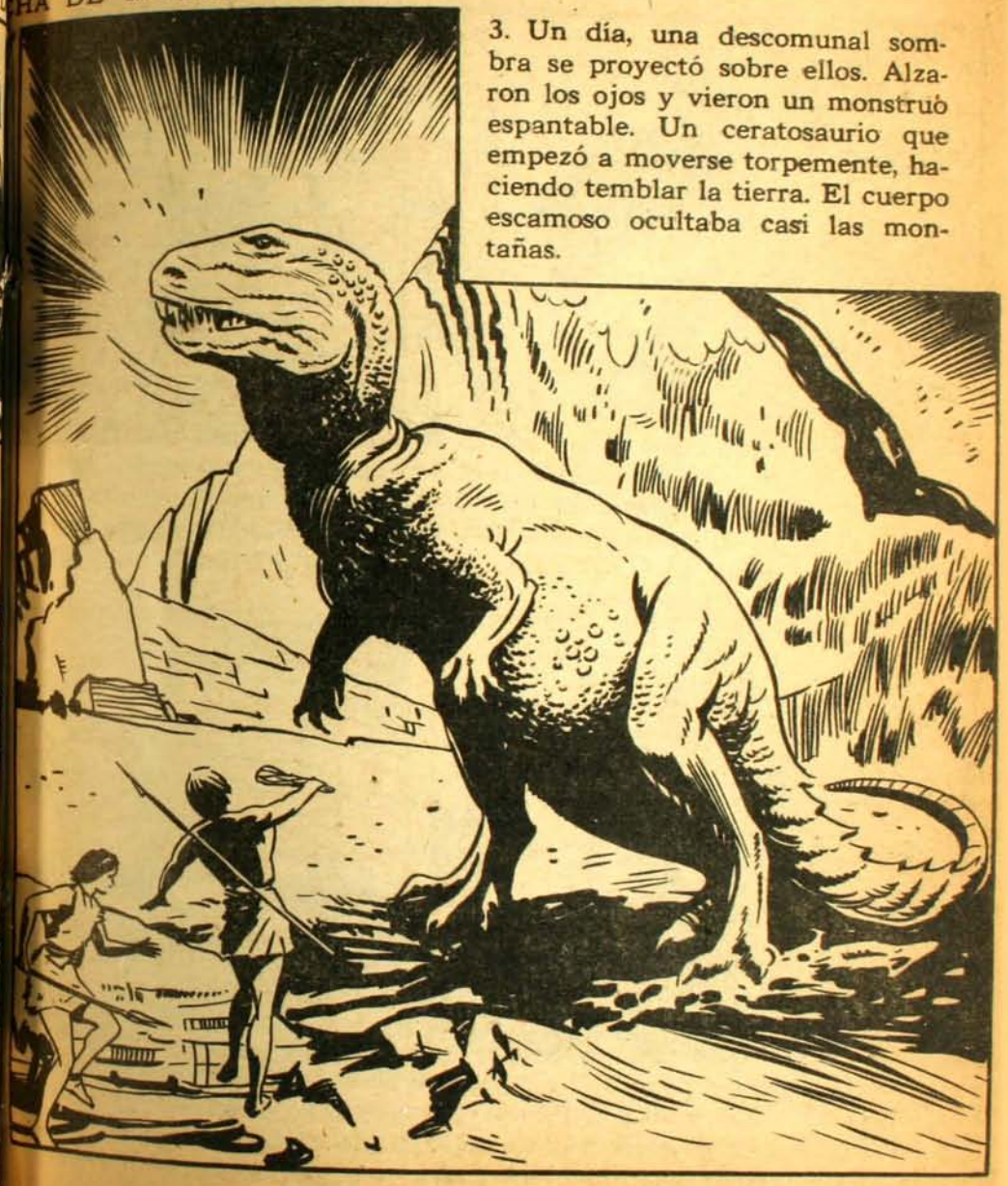
-Debes obedecer siempre a tu mamá —añadieron los conejos.
Más tarde, Peluche se reunió con su amigo y le dijo:
-Las ranas nos invitaron a su baile en la tierra.
-No me hables —dijo Cabrín, tratando de desaparecer en los antalones viejos para no mirar a Peluche. El osito, con gran isteza, agregó:
-Ni siquiera con permiso de nuestra mamá podré ir.
-¿Por qué no? —interrogó Cabrín, asombrado.
-Porque no podría sentarme. Mi mamá supo que soy el culable de tu caída al estanque y me dió de azotes.
ompadecido, Cabrín propuso:
-No llores. Cuando mi mamá me descuelgue, entraremos a la sa y jugaremos allí.
esde entonces Cabrín se queda en la casa y nunca más ha sendo deseos de ir a fiestas. No le interesan los bailes en el agua, en la tierra ni en el aire. Ya lo saben ustedes, para que no erdan el tiempo invitándolo.

LA BESTIA ROJA

CAPITULO II.— LUCHA DE MONSTRUOS

1. Gor y Wa, dos jóvenes prehistóricos, intentan cazar la "bestia roja", que, según las palabras del jefe de la tribu, salvará de la muerte al clan. A cada paso surgían fieras temibles. Con sus hachas de sílex abatieron al tigre de largos colmillos y al lobo de ojos encendidos.

2. Cada vez que una fiera caía vencida, Gor y Wa se erguían, inmóviles. La palabra era casi desconocida y los hombres de aquella lejana edad sólo gruñían o emitían sonidos guturales. Nuestros héroes tal vez deseaban lanzar un grito de victoria. Luego seguían avanzando.



3. Un día, una descomunal sombra se proyectó sobre ellos. Alzaron los ojos y vieron un monstruo espantable. Un ceratosaurio que empezó a moverse torpemente, haciendo temblar la tierra. El cuerpo escamoso ocultaba casi las montañas.

LA BESTIA ROJA

4. Gor miró a Wa, modulando una sola palabra que significaba "¡Huir!". Ningún hombre de las cavernas, por muy audaz que fuera, podía desafiar a los grandes monstruos. Wa, sin responder, extendió su mano en la dirección opuesta. Gor vió entonces que el camino de la fuga estaba obstruído.

5. Seis enormes mamuts (antiguos elefantes) permanecían inmóviles, en cerrada fila. Alzando sus trompas, lanzaron un poderoso bramido. El ceratosaurio esforzó sus ojos para distinguir al enemigo que lo desafiaba. Gor y Wa se estremecieron. Estaban situados en el centro de la lucha.

6. El bramido de los elefantes repercutió en la montaña con estruendoso eco. Los débiles ojos del saurio veían borrosamente y aún no lograba orientarse para atacar. Wa levantó el brazo. Gor comprendió el ademán y ambos treparon por el muro de piedra, sosteniéndose con ansia.

7. ¿Lograrían mantenerse cuando el monstruo se precipitara contra los mamuts? La tierra se estremeció, como sacudida por un cataclismo. El ceratosaurio se había lanzado al ataque y las piedras rodaron a su paso. El bloque de elefantes aguardaba impávido.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO XI.—El pollo Cirilo.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. Simón Laredo y su cómplice Ramiro raptan a Jim, confundiéndolo con Tino. También tienen secuestrada a una niña, Cristina Sarli. Cuando comprenden que se han equivocado, abandonan a Jim y secuestran a Tino. Ambos niños se encuentran en el aeródromo de Shanon y se embarcan en un avión. Logran huir de los malhechores, porque un anciano, llamado el Abuelo, engaña a Ramiro y a Simón, alejándoles del puerto aéreo y permitiendo así la fuga de Tino y Jim.

Cuando Simón Laredo y su cómplice Ramiro llegaron al aeródromo, el avión ya había partido.

—¡Maldición! —rugía el secuestrador jefe—. Ese maldito viejo nos engañó. No comprendo una palabra de este asunto, pero es evidente que se han burlado de nosotros.

—¿Quién? ¿Tino? ¿Pero cómo pudo comunicarse con ese vagabundo?

—No sé..., ¿recuerdas que cuando estábamos en el salón de espera, el chiquillo se acercó a la ventana, murmurando un nombre: "Jim"?

—Sí... Creo que así se llama el muchacho que raptamos por equivocación.

—Exacto. Cuando interrogué a Tino, me dijo que había sufrido una alucinación, que vió su propia figura reflejada en el vidrio y creyó que era un amigo muy querido, que se parecía a él como un hermano gemelo. Agregó que había muerto ahogado en Gruta Hundida. Ahora comprendo que me engañó. En realidad había visto a Jim, ese demonio rubio que ha hecho fracasar todos nuestros planes. ¡Maldito el día en que lo secuestramos!

—Y ahora, ¿qué haremos?

—Recoger el auto y seguir la ruta por tierra, hasta el próximo aeródromo. Tendremos que ir a campo traviesa.

—Es absurdo. ¿Cuándo has oído decir que un auto aventaje en velocidad a un avión? La furia ha nublado tu razón.

—Y la idiotez nubla la tuya —replicó Simón—. Se trata de tomar otro avión, con itinerario distinto, pero que llegará a su destino a la misma hora en que aterrizará el que tomaron Tino y Jim.

—Estás seguro de que los chiquillos viajan juntos. Pero sólo Tino lleva pasaporte y pasaje.

—Continúas tan estúpido como siempre. ¿Necesitan dos, acaso, si son como uno solo? Nadie distinguiría uno del otro.

Refunfuñando, se dirigió al garage donde guardaba habitualmente su coche. Eran secuestradores de alta escuela y tenían una organización estudiada y cómplices en todas las ciudades.

—Hemos perdido también a Cristina Sarli —añadió Simón—. Y ésa es otra jugada de Jim.

Su furor contra el niño crecía inconteniblemente. Con violenta ira oprimió el acelerador y el coche se precipitó por las calles. Minutos después cruzaba terrenos despoblados y caminos solitarios.

Simón Laredo guiaba el auto a toda velocidad.

—Ahora no nos preocuparemos del viejo que se burló de nosotros porque debo encontrar primero a los muchachos, pero más tarde nos veremos las caras.

El acento de Simón no auguraba felicidad para el Abuelo.

Las primeras luces del alba empezaban a escurrirse por el cielo. El horizonte aún permanecía blanco, pero en algunas horas más el sol alzaría su roja lumbre.

El automóvil corría a vertiginosa velocidad. Y de pronto un accidente trivial causó la ruina de los secuestradores.

Un pollo cruzó el camino. El borde de la rueda lo cogió, lanzándolo a gran distancia, entre un revuelo de plumas. Instantáneamente resonaron gritos de protesta e indignación. Luego, dos motocicletas de la policía partieron en persecución del auto.

Todos aquellos acontecimientos parecían haber sido combinados por una mano invisible. El pollo pertenecía a un campesino que siempre demostraba sus sentimientos con desbordes exagerados. Esa mañana había recibido la madrugadora visita de dos amigos policías. Estos, aunque le conocían, se sintieron impresionados por sus gritos.

—¡Asesinos! —gritaba el labrador—. ¡Criminales! ¡Mataron mi pobre Cirilo! ¡Nunca lo lloraré bastante! ¡Asesinos!

Ocurría que un peón de la granja se llamaba Cirilo, como el pollo, y los policías creyendo que el accidentado era él, aceleraron con mayor ansia sus motocicletas, a fin de apresar a los asesinos.

Las sirenas estridentes ahuyentaban el silencio campestre.

—Nos alcanzan —balbució Ramiro, pálido como un papel—. Es mejor que nos detengamos. Pagaremos la gallina y nos dejarán seguir.

Simón disminuyó la velocidad. Minutos después los representantes de la ley les exigían sus documentos. Al leer el nombre del carnet, el capitán dirigió una mirada a su subalterno. Este, sin una palabra, extrajo su revólver y el amenazante cañón se mantuvo dirigido hacia los automovilistas.

—¿Qué significa esto? —exclamó Laredo—. No somos delincuentes.

—Si el ser asesinos y secuestradores no es delito, ustedes tienen abiertas las puertas del cielo —repuso el capitán.

El corazón de los malhechores se contrajo al oír la palabra "secuestradores". Habían sido descubiertos. Pero el otro nombre

"asesinos", les causó extrañeza.

—No somos culpables de ninguna muerte—, protestó Laredo, recobrando su sangre fría.

—¿Y el pobre Cirilo?

—¿Qué pobre Cirilo?

—En la estación darán explicaciones. Bajen para colocarles las esposas y les aconsejo que no se resistan. Mi compañero tiene muy buena puntería.

—Tengo derecho a saber...

—Nosotros también queremos conocer los secretos que guardan ustedes —sugirió el policía con sarcasmo—. Sabemos ya algunos y mis superiores desean completar la historia. Hace tiempo que les seguíamos el rastro. Son ustedes un caso que ocupó a la policía internacional y su captura es importante.

Cristina desplumaba el pollo, mientras los niños recogían leña.

—Tendrá un ascenso por esto, ¿verdad, polizonte? —gruñó Simón, perdiendo de nuevo el control de sus nervios.

—Tal vez, pero lo interesante no es que nos asciendan, sino librar al mundo de dos granujas.

Regresaron al sitio donde Cirilo fué atropellado. Aquella comarca junto al lago no estaba tan deshabitada y varios vecinos se habían reunido al oír las lamentaciones del granjero. Entre ellas estaban Romi, el Abuelo y... Cristina Sarli. Al verla, Simón intentó acercarse a ella. Cristina, aterrorizada, se refugió en los brazos del anciano que la protegía.

—¡Quieto, bandido! —ordenó el policía—. ¿Qué pretendes? ¿Conoces a esta niña? Abuelo, tal vez usted pueda contestar a estas preguntas.

Laredo miraba rabiosamente al anciano. Este dijo cautelosamente:
—¿Por qué ha detenido a este individuo, capitán?
—Por el asesinato de Cirilo.
Todos enmudecieron de asombro. Habían visto al borde del camino al pollo muerto. No se explicaban tanta severidad con los autores del percance.
El dueño del ave advirtió:
—Oiga, capitán Elmer, no hay que exagerar. Acepto que diga "atropellamiento", pero no "asesinato".
Que el exagerado campesino aconsejara moderación era tan inusitado, que todos los presentes prorrumpieron en risas. Las carcajadas aumentaron cuando Cirilo, un muchacho alto, que mascaba desganadamente una brizna de paja, se adelantó para decir:
—No se preocupe por mí, capitán Elmer. Todavía estoy vivo y no pienso morirme.
El avergonzado capitán se dedicó entonces a tomar los datos que le proporcionó el Abuelo, citó a éste para el día siguiente, a fin de esclarecer los hechos, y en seguida se alejó con sus prisioneros.
—Abuelo —dijo el campesino—, le regalo el pollo. Les vendrá bien a usted y a sus nietecitos.
El anciano se llevó al sensacional pollo Cirilo. Cristina lo desplumó mientras los niños recogían leña, y a mediodía saborearon un almuerzo exquisito.

Tino y Jim llegaron a Nueva York. Eloísa, la auxiliar del aire, los dejó en la sala de espera, aconsejándoles:
—No se muevan de aquí. Hablaré con los aduaneros y en seguida con la policía. Esta se encargará de repatriarlos.
El inquieto amigo de Jim no permaneció mucho tiempo en su lugar.
—Alcanzaré a la señorita Eloísa —declaró—. Quiero ver las caras de los aduaneros cuando ella explique nuestro viaje.
Y desapareció antes que Jim alcanzara a detenerlo. Torturado por un sombrío presentimiento, el niño intentó reunirse con Ti-

no. Abandonó la sala y una muchedumbre lo arrastró en su vértigo. De pronto se encontró solo, en una calle desconocida. Trató de orientarse. Una tras otra se encendieron las luces, porque ya era de noche. Jim caminó sin rumbo, sobrecogido de terror y angustia. Una súbita voz lo estremeció:

—¿Te perdiste de tu casa, niñito?

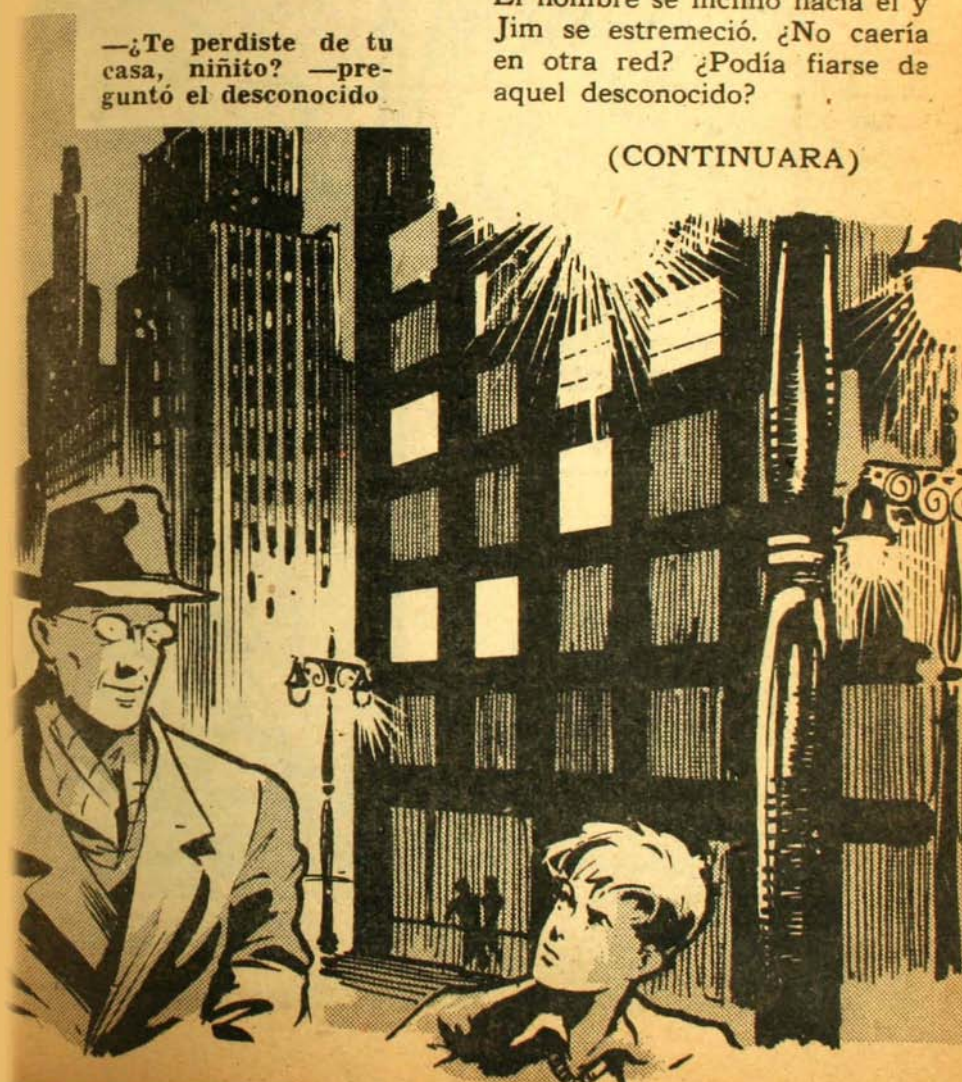
Vió ante sí un rostro afable.

—No, señor. No, sir —añadió, comprendiendo que debía hablar también en inglés.

El hombre se inclinó hacia él y Jim se estremeció. ¿No caería en otra red? ¿Podía fiarse de aquel desconocido?

(CONTINUARA)

—¿Te perdiste de tu casa, niñito? —preguntó el desconocido



Ponchito

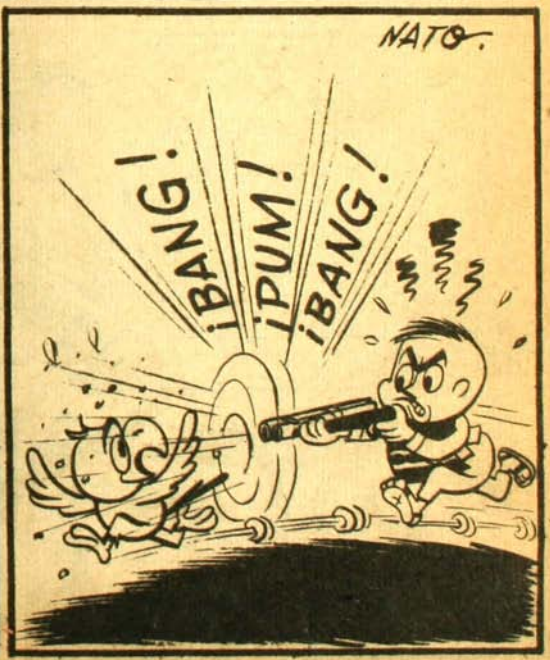
¡AH! ¡QUE LINDO LORITO!
¡LO PILLARÉ Y LO LLEVARÉ PARA LA CASA!
¡BRAVOOOO! ¡LO AGARRÉ!
¡QUE CONTENTA VA A ESTAR MI ABUELITA CUANDO LO VEA!

por nato

¡PARECE QUE NO SABE HABLAR, PERO YO LE ENSEÑARÉ!

¡VIEJA FEA!
¡VIEJA FEA!

¡TOMA Y TOMA!
¡POR ATREVIDO!


NATO.
¡BANG!
¡PUM!
¡BANG!

Viviana y Tristán

CAPITULO XI Y FINAL.— El regreso.

El viejo Tiempo, liberado por Tristán de las cadenas que le impuso Viviana la Hechicera, intentó vengarse, envejeciendo a la castellana del lago. El Hijo del Lobo intercedió por ella, y, luego de sostener un reñido combate con el Tiempo, éste se declaró vencido y devolvió a Viviana su radiante juventud.

Posando su mano sobre el hombro del doncel, declaró:

—Eres el héroe que venció al Tiempo. No habrá para ti descanso ni tregua. Irás por la tierra combatiendo siempre, frente al peligro y a las aventuras prodigiosas.

En seguida el anciano se alejó. Sus pasos resonaban con

El Tiempo devolvió a Viviana su radiante juventud.

—No habrá para ti descanso ni tregua — vaticinó el anciano.

celote? —invitó la castellana del lago.

Tristán aceptó con el rostro iluminado de felicidad. El rubio doncel dormía profundamente. Viviana lo rozó con sus dedos impregnados de magia, y Lancelote despertó.

—Buenos días, Tristán —saludó alegremente—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué permaneces rígido como una estatua? Si duermes aún, yo te sacudiré el sueño.

Y, de un salto, abandonó el lecho portando como arma un almoha-

—¿Vamos a ver a mi hijo Lancelote? —invitó la castellana del lago.

struendo en el castillo sumergido.

Viviana murmuró:

—Eres noble y generoso, Tristán. He sido tu enemiga y deseé destruirte con un maleficio. Tú me salvaste de la vejez y de la muer-

Tristán evocó a la vieja guardiana, que se derrumbó como una columna de ceniza cuando el Tiempo quedó libertado. Fagar, el mensajero, era ahora un ser decrépito y débil.

—¿Vamos a ver a mi hijo Lan-

—Buenos dias, Tristán —saludó Lancelote alegremente.

Ambos amigos luchaban sobre el lecho de pieles.

—Barto, mi querido lobo, estás vivo — exclamaba el doncel.

dón. Lanzó a su amigo sobre las coberturas de piel y lucharon como en sus recreos de antaño, cuando ambos eran alumnos de la Escuela de Caballería, en Logres.

Viviana se encaminó hacia el lugar donde Barto el Lobo estaba convertido en piedra, y, alzando su mano, pronunció:

—Regresa a la vida, lobo de piedra.

Los flancos inmóviles y duros se estremecieron. Los ojos fijos se llenaron de fulgor y de las fauces abiertas surgió un gruñido. Al oírlo, Tristán se desprendió de los brazos de su alegre contendor y se arrodilló junto a su fiel lobo.

—Barto —murmuraba—. Estás vivo, mi querido lobo.

—¿Está vivo? —exclamó Lancelote, palpando la piel sedosa y tibia—. Sí; es verdad.

—Por supuesto —confirmó Viviana, sonriendo—. Ya nunca más le causaré daño.

Lancelote miraba asombrado a su madre y a Tristán. ¿De dónde provenía aquella repentina amistad entre la bella hechicera y el doncel que la desafió?

—No comprendo —confesó, desconcertado—. ¿No odias a mi amigo?

—No, hijo mío. El me salvó de la venganza del Tiempo.

Explicó en breves palabras los acontecimientos de aquel día,

ignorados por Lancelote, porque estaba sumido en un profundo letargo.

—Seguiré los consejos del sabio Merlin —añadió finalmente—. No seré soberbia ni egoísta. La magia que domino sólo sirvió para satisfacer mi vanidad. Ahora pensaré en los demás.

La vida adquirió en el castilo un ritmo pacífico. Tristán y Lancelote recorrían aquel dominio mágico y conocían ya todos sus rincones.

El Hijo del Lobo empezó a sentir nostalgia de la tierra. Lancelote compartía su ansiedad.

—Debo regresar —decidió Tristán—. No puedo continuar inactivo y soñoliento. La sangre bulle en mis venas. Necesito realizar proezas, perseguir a los malvados, proteger a los débiles.

La profecía del Tiempo se cumplía. El héroe no soportaba la existencia tranquila.

Y Tristán, el Hijo del Lobo, abandonó el palacio sumergido en el lago.

FIN DE ESTE EPISODIO

Tristán y Lancelote recorrían aquel dominio mágico.

—Debo regresar — decidió el Hijo del Lobo.

La letra mágica.

La palabra que aparece en la ilustración es el nombre de un departamento de la provincia de Maule. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo basta agregarle una letra mágica. Envía tu respuesta a Revista SIMBAD, Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 182. Buey.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD", Alfonso Verdugo, Santiago; Pedro González, Lota; María Elena Baeza, Estación El Salto.

UN PREMIO DE $ 20.—. Rosa Rojo, Santiago; Luis Salas, Quillota; Gloria Méndez, Santiago; María Luisa Gómez, Quilpué; Delia Stuven, Viña del Mar.

UNA CARPETA ESQUELAS. Claudio Weinstein, Santiago; Silvia Inostroza, Angol; César Cancino, Viña del Mar; Silvia Chacón, Los Andes; Rudlin Alarcón, Santiago; Octavio Flores, Chillán; María Hunter, Talcahuano; Erna Heim, Santiago; Mónica Salas, Santiago; Gladys Somarriva, Valparaíso.

UNA LIBRETA APUNTES. Marcela Correa, Temuco; William Gordon, Santiago; María Silva, Los Andes; Laura Elena Alvarez, Angol; Anelius Zahlhacs, Santiago; José Echeverría, Osorno; Herna Romero, Chillán; Angela Acevedo, Aculeo; Ofelia Stagno, Santiago; Lia Bilbao, Concepción.

UN ESTUCHE COLEGIAL. Jorge Puga, Concepción; Víctor Acuña, Concepción; Ana María Gallardo, Santiago; Graciela Campos, Rancagua; Nelson Ibáñez, Lanco.

UN VITALMIN. Ricardo y Erika Eltit, Temuco; Sonia Echavarría, Quilpué; Tegualda Echiburú, Quillota; Marianela Iglesias, Valparaíso; María Kelly, Santiago; José Parra, San Antonio; Luis Matamala, Concepción; Tita Clavero, Viña del Mar; Raúl Zambrano, Concepción; Enriqueta González, Mininco.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 184

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

BIEN, MIENTRAS LLAMO, A LA POLI@ÍA, LE DARÉ MÁS ANESTESIA.
¡BUENAS NO@HES!
¡MI @ARABINERO! ¡ALLÁ LE TENGO UN LADRÓN HACIENDO "TUTO"!
¡AHÍ ESTÁ! ¡LO DOMINÉ YO SOLITO!
¡DETÉNGALO, @ARABINERO! ¡ME ASALTÓ JUSTO @UANDO ME DISPONÍA A ENTRAR AL BAILE DE MÁS@ARAS, DISFRAZADO DE "@A@O"!
HOY Baile de Disfraz
LUGOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad

PELUSA

$ 3.—

N.º 185

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 18-III-1953 — N.º 185

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO XI.—*El feroz tigre de Bengala.*

La ambiciosa Shira había triunfado en sus intrigas. Amina, la elegida, destinada a reinar en la India junto al poderoso rey Mahdi, era asfixiada por los terribles anillos de una serpiente. Nada se interponía ahora entre Shira y el codiciado trono. Harún permanecía desconcertado ante la supuesta reina.

—¿Dices que tu esclava fué arrebatada por una serpiente y no intentas salvarla? —murmuró el visir.

—Ordeno que la caravana siga su camino —dijo la falsa reina.

La desesperada Amina logró ahogar al terrible reptil.

—Exacto —repuso Shira—, y ordeno que la caravana siga su camino. Es idiota perder tiempo compadeciendo a una miserable sierva. Nadie se atrevió a discutir el mandato de la falsa reina. La caravana reemprendió la marcha y Amina quedó abandonada. El mortal abrazo del reptil la asfixiaba, pero por fin pudo respirar al abrir el escamoso nudo que le oprimía la garganta. Aspiró con ansia el aire y, sintiéndose revivir, aprisionó la cabeza del terrible ofidio. En su frenético esfuerzo por salvarse ahogó al monstruo y los anillos se aflojaron, dejándola libre. Trémula aún de terror, separó el cuerpo fláccido y se incorporó.

La reina se incorporó, temblando aún.

—Shira se apoderó de mi anillo —murmuró Amina.

Le parecía increíble respirar, vivir. La caravana ya debía ir lejos. Decidió alcanzarla. De pronto advirtió que no tenía el anillo con el rubí de Mahdi.

—Shira se apoderó de él —murmuró—. Debo recuperarlo. Pobre princesa Shira. La envidia y la ambición la atormentan.

Sentía piedad de su enemiga, porque su corazón no conocía la paz.

Amina, en cambio, confiaba en su destino. A pesar de las intrigas y de la traición, llegaría a las gradas del trono de Mahdi.

No sólo Amina seguía a la caravana. También Tamara, la bella, perseguía furtivamente a los viajeros que atravesaban la selva y sus ojos no se apartaban del palanquín donde iba la reina. En los apartados senderos por donde avanzaba sin ser vista, encontró a unos batidores que olfateaban el rastro de un tigre.

—¿Está cerca la fiera? —preguntó a los hindúes.

—Sí, Alteza —respondieron ellos—. La estamos batiendo para que llegue a un claro del bosque, donde hay una rampa.

Los ojos de la princesa relampaguearon. Aquella era la oportunidad para derrotar a su odiada rival. Ignoraba que Amina quedó abando-

Tamara seguía furtivamente a la caravana.

nada y suponía que era ella la que viajaba en el palanquín real. Sin saberlo, traicionaba a su cómplice.

Desprendió de su cinto una bolsa con monedas de oro. La codicia crispó las manos de los batidores.

—Esperamos tu mandato, princesa —dijeron.

—Conduzcan al tigre hacia el elefante de la reina, aquél que lleva un palanquín blanco y dorado. Más tarde, cuando lleguemos a Bengala, doblaré esta recompensa. Procuren no fracasar.

La malvada Tamara sobornó a los batidores.

Los malvados obedecieron. Eran batidores muy hábiles y no tardaron en guiar al felino por la senda que ellos deseaban.

Los confiados *cornacs* (conductores de los elefantes), avanzaban sin sospechar el peligro que surgió de pronto entre los matorrales. Un tigre de Bengala, el ejemplar más gigantesco y temible que habían visto en su vida, saltó hacia ellos, causando un incontenible pánico. La flexible figura, de un segundo salto, cayó

re el elefante real. Sus idos atronaban la sel- confundiéndose con las es aterrorizadas.

Salven a la reina! — aba el visir Harún, sin cender de su alto ele- te.

confusión era terrible. die conservó la sereni- l y las armas cayeron las manos cobardes y blorosas. Shira vió que muerte la acechaba, a vés de las pupilas ama- as del tigre. Intentó tar, pero el terror la nudecía. De pronto ca- derribada por la zarpa la fiera. Como si pro- iera de muy lejos, oyó voz de Harún, que re- ía:

¡Salven a la reina!... lven a la reina!...

comprendió el signifi- lo de esas palabras. La na había muerto, sofo- la por los anillos de a serpiente. Y ahora ella, Shira, perdía la vida bajo las garras un tigre. Percibió el aliento de la bestia carnicera y se sintió fallecer. El recuerdo de Amina se posesionó otra vez en ella. ería tiempo de rescatarla? Quizás el reptil no la habría asfi- do aún.

n voz muy débil susurró:

Salven a la reina..., a la verdadera..., a Amina, la elegida. die se inclinó hacia ella para recibir sus últimas palabras. To- s habían huído. Y el rugido del tigre de Bengala resonó con ocidad, silenciando la suplicante voz.

Surgió de la selva el feroz tigre de Bengala.

(CONTINUARA)

La maldición del ÍDOLO

CAPITULO IV.—EN L PIRAMIDE AZTECA

1. León Arces y su amigo el joven sabio Pablo Eymar huían en un coche blindado, luego de rescatar al niño Pepe Miranda, prisionero de los mayas. Aunque se detuvieron a atender a un herido, lograron evadir a los indios que les perseguían. "—Ya estamos salvados", anunció León, con un gran suspiro.

2. "—Sí, pero aún debemos rescatar al padre José. No olvides que quedó en poder de esos energúmenos tan interesantes", observó Eymar. Su amigo respondió: "—Lo que tú quieres es estudiar las ruinas y las costumbres mayas. Pero tienes razón. Hay que regresar a buscarlo". Pepe dijo: "—Sí, señor".

3. "—Tenemos tiempo de salvarlo —añadió—. Chipal esperará la fiesta de Tecloc para sacrificarlo y lo conducirá al templo del lago. Tal vez ya le tenga prisionero allá." Eymar propuso: "—Ganémosle el quién vive a Chipal. Lleguemos al templo antes que él". Sin pérdida de tiempo se pusieron en marcha.

4. El coche anfibio se internó en el lago. De pronto Pepe gritó: "—¡Ya vienen los mayas, en embarcaciones!" León Eymar indicó, nervioso: "—¡Pronto, Pepe! ¡Sumerjámonos!" Su amigo respondió: "—No vamos en submarino, *gringo*. Ya llegamos". El coche fué escondido entre los matorrales.

La maldición del IDOLO

5. Las barcas aproaron en la isla y sus ocupantes desembarcaron. Portaban antorchas, y entre ellos distinguieron al padre José. Avanzaban en silencio hacia la alta pirámide. Súbitamente, Pepe intentó seguirlos. "—¡No! —susurró León—. Pepe, no seas imprudente." Eymar también lo retuvo.

6. El muchacho se desprendió de ellos y corrió sin que sus pies descalzos hicieran el menor ruido. "—Chiquillo desobediente", gimió Eymar, afligido. Las horas transcurrieron, lentas y angustiosas. Casi al amanecer, una figura extraña, que caminaba a largas zancadas, se acercó a los desvelados amigos.

7. "—Soy yo, señores —musitó una voz conocida, y el moreno rostro de Pepe surgió debajo de los dos sombreros—. Ya sé dónde está el padre José. Traje estos zarapes y sombreros, para que se disfracen. ¿Vamos?" La idea era excelente y los jóvenes imitaron un silencioso aplauso. Pepe sonrió.

8. Se internaron por los senderos interiores de la pirámide. El silencio reinaba en aquellos laberintos. A un gesto de Pepe se detuvieron alertos. Habían desembocado en una especie de cámara donde había dos centinelas. De pronto éstos recibieron una lluvia de golpes demoledores y no alcanzaron a defenderse.

(CONTINUARA)

EL HABA MÁGICA

Erase una vez una pobre viuda con un solo hijo, llamado Marlo muchacho perezoso e irreflexivo. Su único recurso era la lech de una vaca, que llevaban a vender al mercado. Un día, la vac no dió leche y empezaron las penurias. Marlo sólo pensaba en i a vender la vaca a la próxima aldea, y tanta matraca dió a s madre, que la pobre mujer acabó por consentir. Por el camin encontró el muchacho a un viejo buhonero, que le preguntó dónde conducía la vaca. Marlo contestó que iba a venderla. E buhonero llevaba en la mano unas habas de variados colores tan hermosas que Marlo deseó tenerlas. El buhonero preguntó precio de la vaca y ofreció por ella todas las habas que tení en la mano. El imbécil muchacho no pudo ocultar la satisfacció que le produjo un ofrecimiento que creía ventajoso. Cerraron trato en un momento y entregó la vaca.

Cuando Marlo llegó a casa y enseñó a su madre el precio de l vaca, la pobre mujer perdió por completo la paciencia.

—¡Mira, mira para qué sirven tus preciosas habas! —exclam arrojándolas al huerto por la ventana. Y cubriéndose el rostr con el delantal, prorrumpió en amargo llanto.

Marlo trató en vano de consolarla, y aquella noche los dos s fueron a la cama sin cenar. Marlo se despertó muy temprano a día siguiente, y, notando que un objeto desconocido impedía pa sar la luz por la ventana de su dormitorio, bajó al huerto y vi con asombro que algunas habas habían echado raíces y crecid de manera sorprendente; tanto que los tallos tenían enorme cor pulencia y ascendían, retorcidos y anudados entre sí, hasta per derse en las nubes. Marlo, que tenía espíritu aventurero, decidi encaramarse, y sin pensarlo dos veces empezó a trepar. Sube qu te subirás, al cabo de algunas horas llegó a la cima de la plant completamente extenuado. Al volver los ojos a todos lados par saber dónde estaba, se halló en un país desconocido, donde no s veía alma viviente.

Marlo emprendió la marcha a la ventura, esperando encontrar alguna posada donde comer. Anda que andarás, llegó a una casa grande. Una mujer de bondadoso aspecto estaba en el portal. El muchacho le pidió albergue para pasar la noche. La buena mujer le dijo que era muy raro que un ser humano se dejara ver por las cercanías de su casa, pues harto sabía todo el mundo que su marido era un poderoso gigante que sólo se alimentaba de carne humana.

Marlo se sintió horrorizado, pero estaba cansado de caminar y suplicó a la mujer que le dejase dormir allí aunque sólo fuera una noche, escondido en cualquier rincón.

Ella invitó a Marlo a sentarse a la mesa y le sirvió de comer en abundancia.

El doncel olvidó sus temores, y ya empezaba a alegrarse cuando de sobresaltó un espantoso golpe en la puerta, que hizo retemblar el edificio.

—¡Oh! Ya está aquí el gigante —exclamó la pobre mujer, temblando como una hoja—, y si te ve, nos devorará a los dos. ¿Qué he de hacer?

—¡Escóndame en el horno! —gritó Marlo. Y metiéndose en el horno, que por casualidad estaba apagado, pudo oír desde allí el

—Te cambio la vaca por estas habas —dijo el hombre.

vozarrón y las fuertes pisadas del gigante, que entraba en casa.
—¡Mujer! —gritó con espantosa voz, apenas hubo entrado. ¡Mujer! Olor a carne humana huele aquí.
—¡No digas tonterías! —repuso ella—. Por aquí no ha pasa nadie.
Por fin el gigante se sentó a la mesa y, desde el resquicio d horno, Marlo pudo ver, lleno de admiración, la enorme cena q devoraba. Al fin acabó y, echándose atrás, llamó a su mujer c voz de trueno:
—¡U; tráeme la gallina!
La mujer obedeció y dejó encima de la mesa una hermosa galli viva.
—¡Pon! —bramó el gigante, y la gallina puso inmediatamen un huevo de oro macizo.
—¡Pon otro! —Y cada vez que el gigante pronunciaba estas p labras, la gallina ponía un huevo más grande que el anterior. Después de divertirse un rato con la gallina, se quedó dormi no tardando en roncar como roncan los cañones.
Cuando estuvo bien dormido, Marlo dejó su escondite, cogió gallina y se escapó con ella. Salió de la casa sin contratiem y corrió hasta encontrar la cima del haba, por cuyos tallos ba sin tropiezo alguno.
Su madre se regocijó al verle, porque temía que le hubiera s cedido alguna desgracia.
—¡Nada de eso, madre! ¡Mira! —Y le enseñó la gallina—. Aho vas a ver: "¡Pon!" —La gallina le obedeció tan pronto como gigante y le puso cuantos huevos de oro quiso pedirle.
Con el producto de estos huevos, Marlo y su madre vivieron c mo reyes, y durante algunos meses se sintieron felices, hasta q Marlo no pudo resistir el deseo que tenía de volver a subir p el haba para apoderarse de otra riqueza del gigante. Cada d pensaba en realizar otro viaje, pero no se atrevía a revelar a madre aquel deseo. Un día, sin embargo, tuvo la suficiente osad para decirle que estaba resuelto a emprender otro viaje. Su m dre le rogó y suplicó que no pensara siquiera en semejante a dacia, diciéndole que la mujer del gigante seguramente lo re nocería, y que el gigante no desearía otra cosa que apoderar de él para devorarlo.
—Déjeme ir, mamita —insistió él—. Me disfrazaré para que me reconozca.

Pocos días después, se levantó muy temprano y, sin que nadie lo viera, trepó por el haba por segunda vez. Al llegar a lo alto estaba muy fatigado, pero continuó el viaje en dirección a la casa del gigante, adonde llegó de noche. La mujer estaba en el portal como la vez primera. Marlo se dirigió a ella, rogándole que le diera algo de comer y albergue para aquella noche.

La mujer le contó —cosa ya sabida por él perfectamente— que su marido era un poderoso y cruel gigante, y que, desde una noche en que ella, por compasión, admitió a un pobre muchachito hambriento y abandonado, que se llevó uno de los tesoros del gigante, su marido se había vuelto peor que antes. Por fin consintió en admitirlo y lo llevó a la cocina. Luego que le hubo dado de comer, lo escondió en el cuarto de los trastos viejos. Volvió el gigante a la hora de costumbre entrando tan pesadamente, que la casa temblaba. Se sentó junto al fuego y gritó:

—¡Olor a carne humana!

La mujer le dijo que estaba equivocado.

Mientras se preparaba la cena, el gigante se mostró muy impaciente y gruñón.

Una vez terminada la cena, gritó:

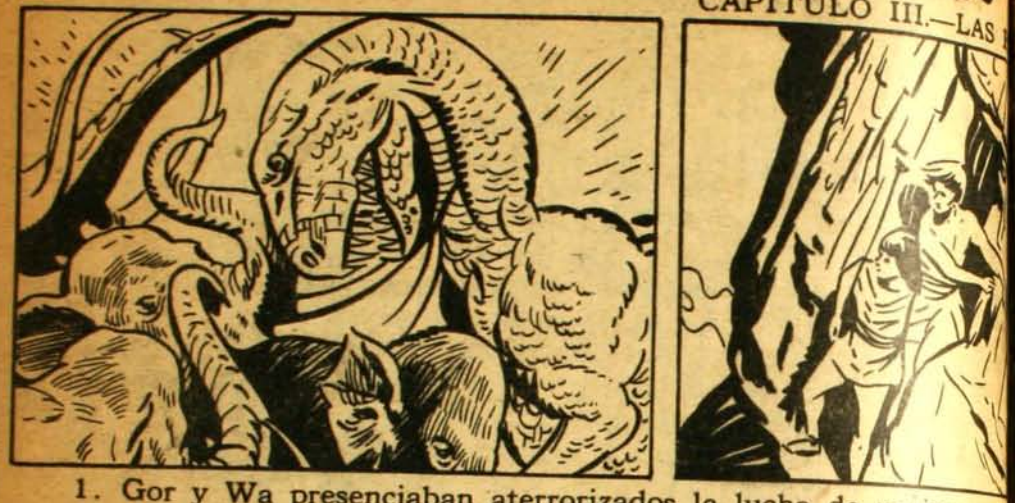
—Tráeme las talegas del dinero.

Ella se las llevó, encorvándose bajo su peso. Eran dos. Una llena de monedas de oro y otra llena de monedas de plata. La mujer las vació sobre la mesa y el gigante se puso a contar el tesoro, después de decir a su mujer que se acostase.

Marlo preparó su segundo viaje a la comarca del gigante.

LA BESTIA ROJA

CAPITULO III.—LAS HUELLAS DE LA BESTIA ROJA



1. Gor y Wa presenciaban aterrorizados la lucha de un iguanodonte con seis mamuts. Los bramidos atronaban el espacio y densas nubes de tierra se alzaban en el lugar de la formidable contienda. Los colmillos de los elefantes no lograban penetrar en la coraza de escamas que cubría el cuerpo del saurio.

2. Uno de los paquidermos cayó, herido de muerte. Luego el monstruo se alejó y los mamuts sobrevivientes, renunciando a perseguirlo, se retiraron también. Gor y Wa cruzaron sus miradas. "—Gran elefante", dijo Wa, y Gor asintió. Siguiendo a los mamuts, hallarían agua y el sendero que atravesaba las montañas.

3. Caminaron sin desviarse de las enormes huellas. El sol calcinaba la tierra y la sed torturaba a los jóvenes prehistóricos. Los mamuts se detuvieron al atardecer, y Gor y Wa podían descansar tranquilos. El mamut no ataca al hombre. De pronto Wa exhaló un grito ahogado. Gor se aprestó a la defensa.

4. Pero no era un enemigo el que alertó a Wa, sino un haz de cenizas y restos de ramas quemadas, que se veían entre un cerco de piedras. ¡La bestia roja! Aquel nombre acudió a los rudimentarios cerebros. Ese era su rastro. Tal vez no se hallaba lejos y podrían capturarla, para conducirla a su tribu.

LA BESTIA ROJA

5. Encontraron un manantial que apagó su sed y se alimentaron con huevos de tortuga. Ya no era necesario seguir a los mamuts. Cruzaron la selva virgen, cada vez más intrincada. Comprendiendo que no era posible avanzar con rapidez entre la espesa vegetación, construyeron una embarcación y remontaron el río.

6. La frágil piragua, arrastrada por el torrente, se estrelló contra una roca y ambos tripulantes se sumergieron. La cabeza de Wa sufrió un rudo golpe contra el arrecife. A ciegas, casi ahogado por el torbellino de aguas, Gor buscó a su compañero y logró asirlo con firmeza.

7. El joven prehistórico alcanzó la ribera. Se habían salvado, aunque perdieron sus armas. Frente a la selva misteriosa, se sintieron indefensos. Pero continuarían su ruta. Cada cierto tiempo hallaban rastros de ceniza. Un día avistaron un grupo de hombres de hirsutos cabellos. Gor y Wa se acercaron sigilosos.

8. Distinguieron también una fila de mujeres. Estaban unidas por una liana atada a sus gargantas, lo cual indicaba su condición de esclavas. Gor y Wa se estremecieron. Deseaban libertarlas. Pero de pronto las olvidaron. La selva se iluminó con un sol extraño. ¡Acababa de surgir la bestia roja!

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO XII.—El cantante "sureñito".

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. Simón Laredo y su cómplice Ramiro raptan a Jim, confundiéndolo con Tino. También tienen secuestrada a una niña, Cristina Sarli. Cuando comprenden que se han equivocado, abandonan a Jim y secuestran a Tino. Ambos niños se encuentran en el aeródromo de Shanon y se embarcan en un avión. Logran huir de los malhechores, porque un anciano, llamado el Abuelo, engaña a Ramiro y a Simón, alejándoles del puerto aéreo y permitiendo así la fuga de Tino y Jim. Los secuestradores caen en poder de la policía. Al llegar a Nueva York, Tino se separa de Jim y éste se extravía en la gran ciudad.

Jim Aumont vagaba angustiado por las calles de Nueva York. Las rutilantes luces danzaban ante sus ojos. Los automóviles pasaban en interminable caravana y los transeúntes caminaban apresurados, sin reparar en el niño extranjero. Sólo un hombre se detuvo a preguntar:

—¿Te has perdido, niñito? Indícame la dirección y te llevaré a tu casa.

Jim había vacilado. Su aventura con los secuestradores Simón y Ramiro le enseñó a ser prevenido, a desconfiar de los extraños. Pero al ver la mirada recta y afable del desconocido, respondió:

—No tengo casa, señor. Acabo de desembarcar.

Había procurado mantenerse tranquilo, pero la emoción lo venció. En su voz temblorosa, en sus ojos de expresión desolada, se traslucían el temor y la desesperación. Había encontrado a su amigo Tino Barian, y cuando soñaban regresar juntos a su patria, el destino aciago los separó. El impulsivo Tino siguió a la auxiliar del aire, la señorita Eloísa, y cuando Jim intentó reunirse con él, el intenso tráfago del puerto aéreo lo arrastró lejos entre las multitudes.

—Tranquilízate, muchacho —aconsejó el norteamericano, advirtiendo la emoción del niño—. Más tarde me explicarás. Ahora

ven conmigo a mi casa. Dormirás allí y mañana decidiremos el futuro.

Hablaba con optimismo, a fin de reanimar a Jim. Este aceptó la invitación. Ya era muy tarde para investigar dónde se hallaba Tino. La aduana estaba cerrada, seguramente. Habían pasado muchas horas desde que él se vió envuelto en el torbellino humano que lo llevó a gran distancia.

El protector de Jim se llamaba Eduardo Ray y vivía en un departamento de la calle 23. Era dueño de una pequeña librería. Hombre de costumbres sencillas y sobrias, llevaba una vida ordenada. Al llegar a su hogar, en las tardes, calzaba sus cómodas pantuflas y se instalaba en un sillón a leer la prensa o a mirar la pantalla de televisión. La llegada de Jim no alteró esta apacible vida. Nancy, la antigua empleada que atendía los quehaceres domésticos, quería a Ray como a un hijo y acogió a Jim cual si fuera un nietecito. Incluso pidió al niño que la llamara "Granny" (abuelita).

Ray oyó con atención el relato de Jim.

—Es necesario actuar con prudencia —dijo después—. Esas bandas de secuestradores son peligrosas. Hablaré con un amigo mío, que es abogado. El hará los trámites para que puedas ser repatriado y viajes protegido.

—Antes que nada es preciso que encuentre a Tino —observó Jim.

—Está bien. Lo buscaremos. No será tarea fácil, Jim.

—Sí, lo comprendo —asintió él—. Pero no podría volver a mi casa dejando abandonado a Tino. Escribiré a mi mamá, explicándole la situación. También enviaré una carta al abuelo.

—¿No sabes el nombre exacto? —interrogó Eduardo Ray, a quien

—¡Carta de Jim! —gritaba Marta, con alegría.

Jim había referido su estada en la choza del lago.
—No.
—Entonces escribe a nombre de una de las niñas o de los muchachos. ¿Recuerdas sus nombres completos?
—El de Marta Lagarder.
Una semana más tarde, Marta recibió aquella misiva. El cartero, sonriendo, le dijo al tenderle el sobre:
—Le escriben de América. No sabía que tenía amigos en países tan distantes.
La niña, sorprendida, miraba el sobre. De pronto reconoció la letra de Jim. La había ayudado a estudiar mientras estuvo en la cabaña y conocía su escritura.
—¡Carta de Jim! —gritó con alegría.
En un instante se vió rodeada por los niños y el abuelo. Marta jamás alzaba la voz. Era una niña serena y reservada. Su grito causó gran asombro a su familia adoptiva.
—¿Qué sucede, Marta? —preguntó el abuelo, inquieto.
—Carta de Jim, abuelito.
La feliz noticia conmovió a todos.
—Abrela pronto —urgió la colorina Alicia, empinándose para mirar el sobre, como si supiera leer.
—Sí, Martita —añadió Cristina Sarli, pálida de emoción.
—¿La leo yo? —propuso Romi, que estaba muy orgulloso de sus progresos en la escuela.
—Viene dirigida a Marta —señaló Pedro.
La niña rompió el sobre con manos ansiosas. Su voz se levantó en el más absoluto silencio. Diríase que nadie respiraba.
—Dice que, en cuanto encuentre a Tino, volverá a su patria y luego nos enviará a buscar para que nos reunamos con él —repitió Alicia, extasiada—. Contéstale, Marta. Díle que lo esperamos y cuéntale de Cristina.
Las autoridades de Irlanda tenían presos a Simón Laredo y a su cómplice Ramiro, pero aun no lograban su confesión. Mientras se reunían antecedentes en su contra y se ubicaba a los demás componentes de la banda, Cristina seguía viviendo en la cabaña. Un policía vigilaba los alrededores, a fin de impedir cualquier otro intento de secuestro o la venganza de los malhechores.
Sabíase que era hija de una profesora de ciencias, residente en Italia. Su abuelo, Giuseppe Sarli, era millonario y había intentado varias veces apoderarse de la niña. "Es el único recuerdo que

Jim se distraía contemplando la pantalla de televisión.

me queda de mi hijo", decía, pero su nuera no aceptaba separarse de Cristina y recibir, en cambio, una mesada.

—Pobre abuelito —murmuraba Cristina—. De nada le ha servido el dinero para convencer a mi mamá. Si yo pudiera hablar con él, le diría que olvidara sus millones y recordara sólo que el cariño puede reunirnos. Mi mamá no siente rencor por él y yo lo querría mucho, porque me da pena que viva solo.

—Tienes razón, hijita —repuso el abuelo adoptivo—, el cariño vale más que la fortuna. Quisiera encontrarme con ese abuelo verdadero y explicarle que la felicidad de mis nietos está antes que la mía. ¿Por qué pretende separarte de tu mamá? Los tres pueden ser dichosos.

Mientras en la vivienda del lago sus amigos lo recordaban, Jim veía pasar el tiempo sin que su situación se resolviera. Había

recibido las contestaciones de su madre y de Marta. Ambas aprobaban su decisión de quedarse en Nueva York hasta hallar a Tino.

Hijo querido —le escribía Clara Aumont—, *desfallecí de alegría y de emoción al recibir tu carta. Creía soñar. Me pareció increíble un milagro tan grande. Había llorado tanto. Había sentido la más terrible desesperación de mi vida. Y de pronto me vi librada del dolor y ahora vivo en un ensueño maravilloso. En un tiempo más te recibiré en mis brazos. Hablé con la mamá de Tino. Ambas tenemos confianza. Te enviamos dinero. Agradecemos al señor Eduardo Ray su gran corazón y que Dios lo bendiga.*

La carta se componía de varias páginas y en algunos sitios las lágrimas diluyeron la tinta. Jim la había besado mil veces.

Ray procuraba que el niño no se desanimara y continuaban la búsqueda de Tino. Sus investigaciones resultaban inútiles.

Jim compartía su tiempo ayudando a Granny en sus quehaceres, y contemplando el televisor. Le encantaban los episodios del Oeste, con furiosas cabalgatas de vaqueros, las transmisiones de futbol y, en general, los programas dedicados a los niños.

Una noche oyó anunciar a un nuevo cantante infantil, el "Sureñito". Cuando vió aparecer al novel artista, lanzó un grito. Nancy, que en ese instante secaba los platos, dejó caer el que tenía en la mano y sin oír el estrépito de la quebrazón, se precipitó en la sala, gritando:

—¡Dear, dear! ¿Qué pasó?

En otra ocasión Jim hubiera sonreído ante la mezcla de idiomas, pues Nancy estaba aprendiendo castellano. Pero en ese momento estaba demasiado conmovido para advertirlo.

—¡Es él! ¡Tino! —balbuceó.

Granny, inclinándose, miró la pantalla. Con incredulidad, cambió después su mirada de Jim a Tino.

—Esto se ha convertido en un espejo —murmuró.

—Ese es Tino —repitió Jim—. Se parece a mí.

—Increíble —exclamaba Nancy—. No puedo creerlo.

—¿Qué es tan increíble? —preguntó Eduardo Ray, que llegaba en ese instante. Al ver la imagen de Tino, repitió automáticamente:

—Increíble.

Los tres oyeron cantar a Tino Barian, cuya voz agradable era acompañada por su sonrisa y su gesto alegre.

Cuando la imagen de Tino desapareció para ser reemplazada por una transmisión de boxeo, Jim se sintió súbitamente aterrado, como si hubiera perdido por segunda vez a su amigo.

—Cálmate —dijo Ray—. Anunciaron otra actuación para mañana. Iremos al auditorio y ahí podrás hablar con él.

Eduardo Ray cumplió su palabra. A la noche siguiente, acompañado de Nancy y de Jim, se dirigió al estudio de radiotelevisión. Cuando Tino terminó de cantar y agradecía con reverencias los estruendosos aplausos, vió que tres personas avanzaban hacia él. No conocía al hombre de relucientes anteojos, ni a la anciana vestida con sencillez, pero su corazón pareció estallar de alegría al reconocer al muchacho que les acompañaba.

—¡Jim! —exclamó, y su amigo, sin decir palabra, lo abrazó con fuerza.

(CONTINUARA)

Ambos amigos se encontraron en el estudio de la radiotelevisora.

Ponchito

¡ERES UN NIÑO FLOJO Y DESMEMORIADO!
¡NUNCA APRENDES LAS LECCIONES!
TIENES QUE PONER MÁS ATENCION...
... PARA QUE EL ESTUDIO SE TE QUEDE EN LA CABEZA

por nato

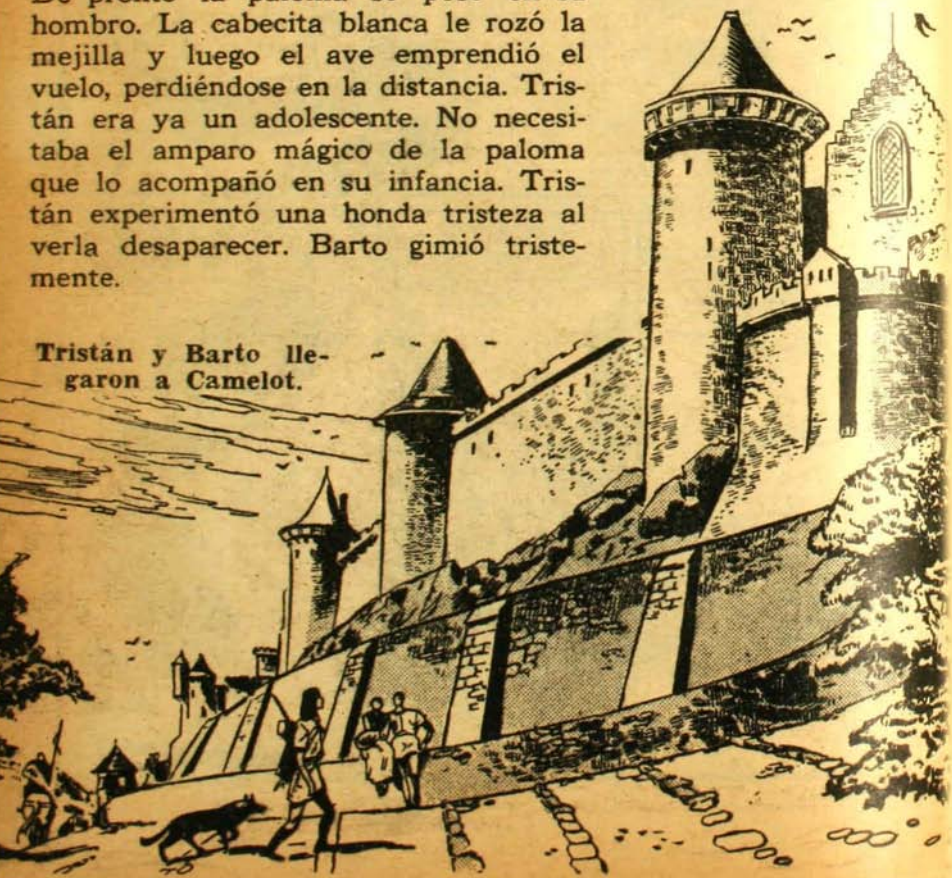
¡TIENE RAZON LA SEÑORITA TODO SE ME OLVIDA!
¿QUE HAGO? DEBO REMEDIAR ESE DEFECTO
¡EUREKA! YA SE ME OCURRIO!
¡SEÑORITA, MIRE LO QUE HICE PARA QUE EL ESTUDIO SE ME QUEDE EN LA CABEZA!
ARITMETICA
GRAMATICA
HISTORIA
NATO.

El dragón de Flandes

CAPITULO I.—Tristán llega a Camelot.

Sintiendo el llamado de la aventura, Tristán, el Hijo del Lobo, se despidió de su amigo Lancelote del Lago y atravesó las tierras de Bretaña, seguido por el lobo Barto y por la paloma que le había dado el sabio Merlín. Un día llegó a Camelot, la ciudad legendaria donde vivía el rey Arturo. Observó admirado aquel castillo, cuna de héroes.

De pronto la paloma se posó en su hombro. La cabecita blanca le rozó la mejilla y luego el ave emprendió el vuelo, perdiéndose en la distancia. Tristán era ya un adolescente. No necesitaba el amparo mágico de la paloma que lo acompañó en su infancia. Tristán experimentó una honda tristeza al verla desaparecer. Barto gimió tristemente.



Tristán y Barto llegaron a Camelot.

La mágica paloma emprendió el vuelo, para no volver.

Reemprendieron la marcha. Las calles se veían ocupadas por un gran gentío. Las voces agitadas poblaban el aire. Los caballos y los carruajes pasaban con estruendo de galope y estridor de ejes. El doncel jamás había visitado una ciudad tan llena de bullicio.

Por su parte, los moradores de Camelot se asombraban al ver al joven forastero, seguido de un lobo.

En las gradas de una sala de guardia, tres arqueros jugaban a la taba. Uno de ellos abandonó la partida al ver al lobo. Con un sonrisa cruel distendió la cuerda de su arco para lanzar una flecha al canino. Con la fulmínea rapidez de un relámpago, Tristán estuvo de un salto sobre la escalinata y castigó al truhán. Este rodó a tierra y sus compañeros, atónitos, interrumpieron el juego.

—¿Qué le sucede a Ulderico? —preguntaron.

—Muerde el polvo, como todos los traidores —contestó el Hijo del Lobo—. Así aprenderá a no usar sus armas con cobardía.

—Pero sabré esgrimir mi puñal para matarte, maldito forastero —gruñó el vencido. Intentó levantarse, pero Barto gruñó ame-

Todos miraban asombrados al doncel que caminaba seguido de un lobo.

El cruel arquero preparó su arma para herir a Barto.

Tristán castigó al malvado, haciéndole rodar por tierra.

nazante. El malvado vió aquellos ojos de fuego y los colmillos agudos. Y no se movió. Estallaron entonces las risas de los soldados que presenciaban la escena.

—Pelea con el lobo, Ulderico —decían entre carcajadas.

Barto, con el cuerpo tenso y sin cesar de gruñir, aguardaba que el cobarde aceptara el desafío.

Barto gruñía amenazante y Ulderico no se atrevía a levantarse.

Pero el arquero encogió aún más sus piernas para salvarlas de una posible dentellada.
—Aquí, Barto —llamó Tristán.
El lobo obedeció, dócil como un perro.
El capitán de los guardias se aproximó entonces y preguntó:
—¿Quién eres y a qué has venido a Camelot?
—Soy Tristán, el Hijo del Lobo, y vengo a la corte del rey Arturo a recibir la espada de los valientes.
Grandes risotadas acogieron esta declaración. El lomo de Barto se erizó de furia y empezó a gruñir otra vez. Tristán lo contuvo y añadió, con perfecta calma:
—Recibiré la espada de manos del rey y formaré parte de la mesa redonda.
Ya no eran risas, sino aullidos los que lanzaba la soldadesca.
—El caballero número trece —gritaban regocijados.
—¿Y dónde irás a probar tu espada de valiente? ¿En el cuello de una gallina?
—¿Y qué figura pintarás en tu escudo? ¿Una cola de lobo?
Pálido ante las insultantes burlas, Tristán dijo con voz sonora:
—¿Hay entre vosotros alguno que sepa tirar de la espada? ¿O sólo sabéis reír como cretinos?

—¿Quién eres y a qué has venido a Camelot, audaz mancebo?

(CONTINUARA)

—¿Hay entre vosotros alguno que sepa tirar de la espada?

La letra mágica.

La palabra que aparece en la ilustración corresponde a un metal precioso de color amarillo brillante. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo basta agregarle UNA LETRA MAGICA. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 183: GATO.

UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL: Luis Orlando Araneda, Lanco; Delia Stuven, Viña del Mar; Pedro Araya, Santiago. UNA REGLA COLEGIAL: Renato Pérez, Santiago; Margarita Castro, Los Andes; Elsa Riveros, Temuco; Rosa Gálvez, Santiago; Víctor Aguirre, Angol; Gonzalo Manquepillan, Los Lagos. DOS CUADERNOS: Rafael Aguallo, Temuco; Sonia López, Viña del Mar; Francisco Dendarién, Traiguén; Walter Medina, Santiago; Eugenia Acuña, Linares; Nancy Pérez, Viña del Mar; Carlos Manriquez, Rancagua; Tatiana Ordenes, Peñablanca; Mónica Iradi, Santiago; Fernando Nieraad, Talca. UNA CAJA LAPICES DE COLOR: Eduardo Kaplán, Los Andes; María Rivas, Parral; Evaristo Cárdenas, Temuco; José Meléndez, Santiago; Sonia Glade, Temuco; Daniela Rubens, Santiago. 6 LAPICES NEGROS: Sonia Olave, Santiago; Ana Ibarra, Parral; Kurt Zahlhaas, Santiago; Isabel Oyarce, Valparaíso; Vitalia Concha, Santiago; Iris Ahumada, Los Andes; Berta Reichard, Malloco; Rosario Mansoulet, Temuco; Rolando Bustos, Santiago; Luis González, Rengo. UNA PALETA ACUARELAS: Omar Munita, Los Andes; Betty Yansen, Chillán; Felicia Hermosilla, Lebu; Alfredo Meneses, Maipo; Teresa Baquerizo, Concepción; Arturo Ormazábal, Santiago. UN VITALMIN: María Cristina Mahmert, Quillota; Pedro Lemus, Santiago; Silvia Budnick, Santiago; Sonia Saravia, Santiago; María Cristina Campos, Santiago; Evandro Sepúlveda, Lota Bajo; Renato Sadzawka, Santiago; José Sáez, Renaico; Flor Cabezas, Mininco; Leucatón Allende, Santiago.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 185

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

@ONSULTAREMOS A ESTE
DOCTOR ADO ESPECIALISTA EN CANCER
¡FUERA, IDIOTA! ¡@AN@ER NO ES DERIVADO DE @AN!
¿ESTE ES EL PERRO QUE A@ABA DE MORDER A UNA SEÑORA?
¡SI, SEÑOR; PERO NO NOS HAGA DAÑO POR MISERI@ORDIA!
¡TODO LO @ONTRARIO! ¡ESA SEÑORA ES UNA VE@INA @ON LA @UAL ESTOY DISGUSTADO! ¡TOMA @IEN PESOS!
¡HURRA!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO

N.º 186 JIM EL SECUESTRADO $ 3.–

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 25-III-1953 — N.º 186

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Semestral: $ 74
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO XII.—Reaparece la verdadera reina.

La intrigante Shira había usurpado el lugar de Amina, la elegida, quien se dirigía a Bengala para ascender al trono real. La traidora abandonó a Amina entre los mortales anillos de una serpiente. Ahora un tigre amenazaba su vida y pensó que aquella era la venganza de los dioses.

—¡Salven a la reina!

El tigre, enfurecido, volvió a la carga.

—¡Salven a la reina! Había oído tantas veces aquella trémula voz, que le pareció un grito, repetido burlonamente por los ecos de la selva. Pero esta vez aquel llamado obtuvo respuesta. Los servidores, avergonzados de su cobardía, regresaron y rechazando con sus pértigas al tigre lograron arrebatarle a su víctima. Shira fué izada de nuevo a su palanquín. El tigre, enfurecido, volvió a la carga. El elefante quiso rehuir el ataque, pero enfrentó al temible felino. La poderosa trompa cogió el cuerpo flexible y lo estrelló contra la tierra.

—¡Victoria! ¡Victoria! El clamor de triunfo aumentó cuando la pata del paquidermo cayó pesadamente sobre el tigre. Con rugidos que atronaban la jungla, el felino procuró huir. Los movimientos del elefante balanceaban peligrosamente el palanquín. Shira no pudo sostenerse y rodó, cayendo precisamente junto a la fiera.

—¡Auxilio! —gimió, aterrorizada.

Verse enfrentada de nuevo a la muerte, era superior a sus fuerzas. Creyó que se había salvado y el destino la entregaba por segunda vez a las garras monstruosas.

Con la caída, el velo que cubría el rostro de Shira se desprendió

El elefante quiso rehuir el ataque de la fiera.

y Harun descubrió a la impostora.

—Entonces la verdadera reina..., —susurró abrumado.

Recordaba el frágil cuerpo aprisionado por el reptil. Pertenecía a Amina, la elegida.

—Y yo no insistí en salvarla —balbució—. ¿Qué diré ahora al rey Mahdi, que espera a su prometida? No me perdonará el haberla abandonado y moriré bajo el alfanje del verdugo.

Temblaba como una hoja sacudida por el vendaval. Preocupado por sus temores, no pensaba en Shira, que sufría agonías más terribles. También ella pensaba en Amina.

—Jamás debí traicionarla —meditaba—. ¿Por qué no fuí leal con ella y la defendí de las intrigas de Tamara?

El elefante enfrentó al temible felino.

Los pensamientos cruzaban veloces por su mente. Veía desfila escenas de su vida, y en su corazón próximo a detenerse para siem pre resurgían sentimientos olvidados.

Shira no pudo sostenerse.

—Amina, Amina...

El nombre de la elegid volvía con insistencia a s cerebro, como una invoca ción. Y de pronto la vi cual un fantasma blanco y tranquilo que avanzab entre el tumulto y el es panto.

—Reina, perdóname — susurró.

Harún, sobrecogido de su persticioso temor, hundi el rostro en sus manos pa ra no mirar a aquella quien suponía una visión de otro mundo. Amina pues era ella, preguntó:

Cayó precisamente junto a la fiera.

el rey Mahdi te espera para ofrecerte el trono bengalí. Piensa en su desolación si no te reúnes con él.

Ni siquiera entonces vaciló Amina.

—Si el rey sabe que he sido cobarde y vengativa, y, a pesar de ello, me recibe, demostraría que no es justo y yo no querría gobernar la India junto a él —respondió, antes de hundir la lanza en el flanco del tigre.

(CONTINUARA)

—¿Qué sucede? ¿Por qué huyen y están aterrados?

No había visto a Shira y, de pronto, un rugido del tigre le reveló el motivo de aquella confusión. Vió a su enemiga que yacía bajo la zarpa de la fiera. Sin vacilar, esgrimió una lanza abandonada.

—No arriesgues tu vida, ¡oh reina! —exclamó Harun.

La relampagueante mirada de la elegida lo obligó a callar.

Harún, viendo otra vez junto a sí la sombra del verdugo, insistió:

—Elegida, recuerda que

Amina avanzaba como un fantasma blanco y tranquilo.

La maldición del IDOLO

CAPITULO V

1. El plan de León Arces, Pablo Eymar y el niño Pepe Miranda resultó maravillosamente. Pudieron rescatar al padre José y, disfrazados con ropajes aztecas, intentaron salir de la pirámide. El sabio Eymar empezó a traspirar cuando un centinela lo miró con más atención de la conveniente.

2. No eran vanos los temores de Eymar. El indio sospechó que aquellos cuatro ensombrerados mexicanos no eran auténticos y comunicó sus dudas a otros centinelas. "—¡A correr! —indicó León—. No esperemos a que esos desconfiados comprueben sus sospechas". Y se lanzaron por los pasillos.

NTE EL IDOLO

3. Los corredores de piedra constituían un verdadero laberinto, y los fugitivos se extraviaron. "—Ya pasamos por aquí —señaló Eymar—. Estamos dando vueltas, sin hallar la salida". Pepe fué el primero en desfallecer. "—¡Animo! —exclamó León, sosteniendo al niño—. Ya saldremos."

4. De pronto vieron una ventana triangular, abierta a cinco metros del suelo. "—Saltaremos por ahí —decidió Eymar—. Prefiero romperme la crisma antes que caer en poder de Chipal." Descendieron y al ver acercarse una turba de indios, León dijo: "—Sigan ustedes. Yo los detendré".

EL ADIVINO HARISAR

En cierto poblado vivía un bracmán llamado Harisar. Era pobr y tonto, y esto le impedía conseguir un trabajo con el cual po der alimentar a sus numerosos hijos. Así, para conseguir algú sustento, iba pidiendo limosna de casa en casa.

Un día llegó a una importante ciudad y entró al servicio de u hombre muy rico. Sus hijos guardaron los ganados del dueño su mujer cuidó de preparar las comidas. En cuanto a él, vivi cerca de la casa de su amo y se ocupó del cuidado de sus pro piedades.

Un día celebróse una gran fiesta en la casa, en ocasión del casa miento de una hija del rico, y nadie se acordó de Harisar ni d su familia.

Esto le ofendió mucho, y aquella noche dijo a su mujer:

—Es a causa de mi pobreza y estupidez que me tratan de es manera. Voy a fingir que poseo un poder mágico, y así mi am me respetará. En cuanto se te presente una ocasión, dile que te go poderes mágicos.

Reflexionando sobre esto pasó gran parte de la noche, y al fi cercana ya el alba, levantóse de la cama y cogió el caballo d cuñado del magnate y lo escondió a cierta distancia de la cas

A la mañana siguiente los amigos del novio no pudieron enco trar el caballo por más que buscaron, y mientras el rico ordenab a sus criados que buscaran en todas direcciones hasta encontra el caballo y el ladrón, la mujer de Harisar fué a verle, dicié dole:

—Mi marido es muy versado en Astrología y ciencias mágic Estoy segura de que podría devolveros el caballo. ¿Por qué no vais a interrogarle?

Al oír esto, el magnate mandó llamar a Harisar, quien dijo:

—Ayer fuí olvidado, pero ahora que robaron tu caballo te acu das de mí.

—Me olvidé de ti, perdóname —dijo, humildemente, el amo Te pido por favor que me digas quién ha robado el caballo mi yerno y dónde está.

Harisar asintió en silencio y marcó unas líneas en el suelo, donde se sentó a reflexionar. Al cabo de un rato de permanecer sumido en fingidas meditaciones, dijo:

—El caballo ha sido dejado por los ladrones en el bosquecillo que hay a una legua de aquí. Lo han colocado allí para trasladarlo a otro lugar en cuanto anochezca.

Al escuchar estas palabras, los criados se dirigieron al sitio indicado y regresaron con el caballo, alabando grandemente la sabiduría de Harisar, a quien calificaron de sabio y le concedieron infinidad de honores.

Pasó el tiempo y llegó un día en que del palacio del Rajá se llevaron gran cantidad de joyas de oro y plata. Como no se pudo encontrar al ladrón, el Rajá mandó llamar a Harisar, cuyo co-

Harisar permaneció sumido en fingidas meditaciones.

nocimiento de las ciencias ocultas era conocido en toda la población.
—Mañana os contestaré a vuestra pregunta —dijo Harisar al verse ante el soberano.
Su único deseo era ganar tiempo, en la esperanza de que sucediera algún milagro.
El Rajá ordenó que le prepararan una habitación en el palacio y Harisar se trasladó a ella, lleno de pesar por haber pretendido conocer lo que ignoraba.
Una gran desesperación lo invadió. De rodillas, se golpeaba la cabeza y gemía, aunque los golpes que se propinaba no le hacían sufrir, porque el turbante era voluminoso.
—¡Desdichado de mí! ¿Por qué dije que era adivino? Si hubiera sospechado que por mi farsa me vería bajo el hacha del verdugo, o amenazado de recibir cien palos en las plantas de los pies, nunca hubiera osado decir que era mago.
Seguía lamentándose, y de pronto, rodeado por un halo de fuego, creyó ver a un dios enorme, que sonreía burlesco.
Pensó que aquella visión precedía a su muerte y aumentó sus quejas.
—Quisiera volver a mi humilde casita y cuidar otra vez el ganado de mi antiguo amo. ¡Ay de mí!
De hinojos sobre una alfombra seguía lamentándose, pero en voz baja, porque temió que el verdugo oyera sus chillidos y viniera a buscarle antes de tiempo.
Inclinado, parecía orar o evocar a misteriosos manes que le revelarían el nombre del que había robado las joyas al Rajá.
Una de las sirvientas del palacio, llamada Lenua, era quien, con ayuda de su hermano, había robado las joyas. Alarmada por la presencia de Harisar, fué a medianoche a escuchar por la cerradura de la habitación del falso mago. Este se hallaba en aquellos momentos maldiciendo su lengua, con la que había formulado la mentira de que conocía las ciencias mágicas.
—¿Qué has hecho, lengua, qué has hecho? ¡Malvada, pronto recibirás por entero el castigo que te mereces!
Lenua, que oyó estas palabras, creyó que Harisar decía Lenua en vez de lengua, y loca de terror por haber sido descubierta entró en la estancia y postrándose ante el sabio mago, le dijo con voz entrecortada:
—Bracmán, yo soy Lenua, a quien habéis descubierto. Soy la

La sirvienta Lenua quedó aterrada al oír las palabras del adivino.

adrona del tesoro, que escondí en el jardín de palacio, debajo
e un granado. Os pido por favor que no me descubráis y acep-
éis la pequeña cantidad de oro que tengo.
Al oír esto Harisar, replicó vivamente:
—Retírate; sé todo lo que me dices; conozco el presente, pasado
futuro; pero no te denunciaré, porque eres una miserable cria-
ura que ha implorado mi protección. Sin embargo, es necesario
ue me entregues todo el oro que tienes en tu poder.
a criada aceptó muy agradecida y se retiró de la habitación,
ejando a Harisar grandemente asombrado.
—El Destino me protege —se dijo y creyó ver a un ídolo que lo
endecía—. Está decidido que yo sea un sabio mago y a pesar
e haber estado a dos pasos de la muerte, he salido bien librado.

Mientras maldecía mi lengua, la ladrona Lenua se ha arrojad a mis pies suplicándome que no la descubra. ¡Cuántos delito hace descubrir el miedo!

Con estos pensamientos, Harisar pasó alegremente la noche, cuando al llegar la mañana fué conducido ante el Rajá hizo unc cuantos movimientos extraños y al fin declaró haber descubiert que lo robado se encontraba en el jardín, debajo del único gr nado que en él había. Declaró también que el ladrón había hu do con parte de lo robado.

Tanta admiración produjo al rey la sabiduría de Harisar, que entregó en soberanía diversos pueblos del reino.

Pero un ministro llamado Devajna susurró al oído del Rajá:

—¿Cómo es posible que un simple bracmán posea un poder má gico que sólo se obtiene después de muchos años de estudios Tened la seguridad de que ese hombre está de acuerdo con lo ladrones y todo lo que ha hecho ha sido valerse de los informe que le han dado. Antes de entregarle esos pueblos, será mejo que lo pongáis de nuevo a prueba.

El Rajá quedó convencido por las cuerdas palabras de su mini tro, y cogiendo una taza de porcelana la llenó de agua, metien

El falso mago creyó ver a un ídolo que lo bendecía.

Devajna sugirió al Rajá que sometiera a Harisar a una nueva prueba.

en ella una cría de rana. La cubrió luego con un paño y se la presentó a Harisar, pidiéndole dijese lo que había allí dentro.

Al oír esto, el Bracmán cerró los ojos, pensando que había llegado su última hora, y recordando lo que le decía su padre cuando hacía algo malo, murmuró:

—¡Dónde te has metido, renacuajo!

El Rajá y los cortesanos prorrumpieron en aplausos al oír estas palabras del Bracmán, ya que en un momento había adivinado el contenido de la taza. El soberano añadió otros pueblos a los que ya le había donado, y, además, un saco de rupias.

Y así, gracias a la costumbre de su padre de llamarle renacuajo, Harisar se convirtió en uno de los hombres más ricos de la India. Nunca más ofreció adivinar secretos ni misterios. Cada vez que se sentía inclinado a farsantear, recordaba al ídolo rodeado de fuego que, si bien una vez le sonrió, tal vez en próximas ocasiones lo fulminaría con su mirada.

Y así el adivino Harisar desapareció, para convertirse en un apacible mercader.

LA BESTIA ROJA

CAPITULO IV

1. Gor y Wa, jóvenes prehistóricos, peregrinaban en busca de la "bestia roja", que salvaría a su tribu. Siguiendo las huellas de ceniza dejadas por la misteriosa bestia, llegaron hasta el sitio donde acampaba un clan desconocido. A una señal del jefe resonó un sistema de tantán que atronaba la selva.

2. Los troncos de los árboles vibraron con un eco profundo, anunciando el surgimiento de la bestia roja..., una hoguera brillante que fascinó a Gor. Sin vacilar avanzó para apoderarse de ella. Todos los que se interpusieron en su camino cayeron abatidos por su garrote. Wa, cauteloso, aguardaba.

la bella esclava.

3. La "bestia roja" era el fuego que salvaría al clan de morir a causa de las grandes lluvias y las inundaciones. Gor levantó una rama resplandeciente y con su garrote esparció las brasas para que se apagaran. La tribu enemiga quedó sumida en la oscuridad, y un sentimiento de terror la inmovilizó.

4. Gor se disponía a huir, cuando su mirada se cruzó con la de Nia, una de las jóvenes cautivas. Wa comprendió el significado de esa mirada y para que su compañero no se detuviera cortó con sus fuertes manos las lianas. Las prisioneras quedaron libres y huyeron, siguiendo a Gor.

LA BESTIA ROJA

5. Con rugidos de furia los hombres de cabellos hirsutos y facciones bestiales persiguieron a las esbeltas mujeres. Las ágiles siluetas de cabellera flotante desaparecían entre los árboles y detrás de los verdes muros de helechos. Gor corría bordeando el río. En su mano resplandecía la antorcha.

6. Wa ya había alcanzado la ribera opuesta y le señaló una liana suspendida sobre el río. Gor, sosteniéndose con una mano, inició la travesía. Uno de sus enemigos cortó con su hacha de sílex el primitivo puente antes que Nia pudiera impedirlo. Después el hacha la amenazó a ella.

7. Gor se hundió en el agua y, estremecido de temor, oyó el gemido crepitante de la bestia roja que moría ahogada. Fué tan profundo su espanto que momentáneamente olvidó luchar por su vida. Luego, por simple instinto, subió a la superficie. Wa le indicó la ribera desierta. "Volver" —dijo.

8. Debían intentar de nuevo la captura de la bestia roja. Un vago presentimiento les decía que era demasiado poderosa para morir. Con gran cautela se acercaron al campamento y vieron a Nia que frotaba dos piedras sobre un haz de ramillas. Surgió una chispa y la bestia roja volvió a la vida.

(CONTINUARA)

JIM el Secuestrado

CAPITULO XIII.—Los héroes del día.

RESUMEN: Tino y Jim, alumnos del internado de la Florida, se parecen extraordinariamente. Simón Laredo y su cómplice Ramiro raptan a Jim, confundiéndolo con Tino. También tienen secuestrada a una niña, Cristina Sarli. Cuando comprenden que se han equivocado, abandonan a Jim y secuestran a Tino. Ambos niños se encuentran en el aeródromo de Shanon y se embarcan en un avión. Logran huir de los malhechores, porque un anciano, llamado el Abuelo, engaña a Ramiro y a Simón, alejándoles del puerto aéreo y permitiendo así la fuga de Tino y Jim. Los secuestradores caen en poder de la policía. Al llegar a Nueva York, Tino se separa de Jim y éste se extravía en la gran ciudad. Semanas más tarde, Jim ve a su amigo en el cuadro de televisión y se reúne con él.

El encuentro de Jim y Tino emocionó a todos los circunstantes. El bondadoso Eduardo Ray ocultó su turbación con una tos improvisada, y Nancy enjugó las lágrimas que se deslizaban por su rostro. Jim presentó a su protector y Tino, por su parte, le llevó a presencia del director de la estación televisora.

—Es hermano de la señorita Eloísa, la auxiliar del aire —explicó—. Te buscamos desesperados, pero no podíamos dar mucha publicidad a tu búsqueda, por temor a los secuestradores. Simón Laredo y su cómplice forman parte de una banda poderosa. La policía esperaba hacer la redada de todos los malhechores antes de publicar anuncio sobre tu desaparición. Por cierto que temíamos que estuvieras secuestrado otra vez.

El grupo formado por los niños y sus protectores se reunió en casa de Eduardo Ray para hablar con más tranquilidad. Vagos rumores sobre la extraña aventura de los dos niños que se asemejaban como hermanos gemelos, circularon por la ciudad. A la salida del estudio de televisión se reunió una multitud ávida de contemplar a los muchachos.

—Son exactamente iguales —murmuraban—. Deben ser mellizos. Las personas que por la aglomeración no alcanzaban a distinguir a Tino y Jim, trepaban a las ventanas, a los árboles, a los balcones. Un cordón de policías protegía la retirada de los niños.

—Ni las estrellas de cine son asaltadas por tantos admiradores —observó el director Moray.

—Si no avanzamos pronto, perderemos hasta la camisa —indicó Tino, que procuraba eludir las manos frenéticas que se tendían hacia él.

Una vez refugiados en el hogar de Ray, Nancy cerró la puerta con doble llave.

—No es necesaria esa precaución —indicó Moray, sonriendo—. Cuando subimos al auto y pudimos abrirnos paso, nos distanciamos rápidamente. No creo que nadie haya corrido a una velocidad de ochenta kilómetros para alcanzarnos.

El abuelo cruzaba el bosque a largas zancadas, llevando de una mano a Romi.

—Es verdad, Nancy —confirmó Ray—. Por supuesto que en unos días más este refugio será conocido por todos los neoyorquinos.

—Y no sólo por ellos, sino también por las ciudades de todo el mundo.

Este vaticinio parecía exagerado y, sin embargo, resultó exacto.

Una semana más tarde, la policía de Irlanda y de Francia comunicó a Estados Unidos que la totalidad de los componentes de la banda de secuestradores se hallaba en prisión. Las redes tendidas para atrapar a los delincuentes y la sagacidad de los agentes encargados de la captura, lograron pleno éxito. Los niños raptados fueron devueltos a sus padres y la sensacional noticia se publicó en la prensa mundial.

Ya libres de amenazas, Tino Barian y Jim Aumont se dispusieron a regresar a su patria. Pero Moray, el director de televisión, les convenció de que aceptaran un contrato. Envió cablegramas a las madres de ambos niños, ofreciendo un sueldo fabuloso por la actuación de ambos "hermanos", como les llamaban en el estudio.

—¿Crees que mi mamá aceptará, Granny? —preguntó Jim a Nancy.

Ella, que cada día sentía aumentar su maternal cariño por el muchacho, suspiró:

—Dios quiera que sí, mi niño. Así no te separarías tan pronto de mí.

—No te sientas triste, Granny. Aunque yo regrese a mi país, vendré a verte en las vacaciones.

Por fin se recibió la respuesta de las madres que en tierra lejana aguardaban con ansiedad a sus hijos, a quienes creían perdidos para siempre. Decidieron viajar a Estados Unidos, para reunirse con ellos, y brindarles su protección y ternura mientras cumplían el contrato. Luego de transcurridos algunos meses, volverían a su tierra.

La primera historia transmitida fué la novela de Mark Twain "El Príncipe y el Mendigo". La imagen de Tino y Jim, vestidos con los trajes de la época, apasionó al público. Ansiosamente, aguardaba la hora en que verían en el cuadro de televisión los rostros semejantes, hermosos y emotivos. El príncipe, ataviado con las galas de la majestad, y el mendigo, vestido de andrajos. El niño rey Eduardo Tudor y el pordiosero Tom Canty causaron profunda conmoción. Las lágrimas inundaban todos los rostros al presenciar los padecimientos del príncipe vestido de mendigo, que soportaba las crueles y zafias burlas de la sarnosa ralea, mientras el verdadero mendigo, entronizado en el palacio, recibía el homenaje de Inglaterra.

Todas las escenas provocaron admiración. El cuadro de televisión reflejaba las turbas de pordioseros burlándose con maullidos y carcajadas del pequeño mendigo que aseguraba ser Eduardo de Inglaterra:

—¡Viva Fu-Fu I, rey de los Bobos!

Y con irónica humildad, los palurdos añadían:

Los niños que vivían en la choza del lago pensaban en Jim, el héroe del día.

—No pisotees a estos gusanos que te imploran, ¡oh noble majestad!

—¡Compadécete de tus esclavos y consuélalos con un puntapié regio!

Jim, que resultó un excelente actor, imprimía emoción a sus gestos y el auditorio deliraba de entusiasmo al oír su voz, o captar su mirada. Tino actuaba también con acierto.

Causó tal sensación aquel programa, que el público pareció enloquecer por los héroes. El correo traía cartas de todos los estados, los telegramas formaban montañas de papel sobre el escritorio de Moray y las propuestas más extravagantes se recibieron para que Tino y Jim sirvieran de propaganda a productos comerciales. En Irlanda, los habitantes de la cabaña del lago recibían noticias de su inolvidable amigo Jim, Marta era la encargada de escribir-

le. Si transcurría algún tiempo sin que la niña enviara una carta, la colorina Alicia la perseguía con sus ansiosas preguntas:
—¿Cuándo le escribirás a Jim? ¿Quieres que nos olvide? ¿Qué haremos si él no sigue comunicándose con nosotros? Yo me moriría de pena.
Y como las lágrimas empezaban a inundar su carita pecosa, Cristina Sarli acudía a consolarla.
—No llores, Lichita. Yo sé que Jim se reunirá con nosotras.
Aun seguía habitando la choza del lago, mientras la policía finiquitaba los trámites para su repatriación.
Moray estudió los detalles del sensacional secuestro y decidió trasmitir la verídica historia, una vez que se terminaron los episodios de "El Príncipe y el Mendigo".
Se comunicó directamente con el abuelo, y recopiló detalles interesantes de la estada de Jim en la cabaña. También recogió datos en el Internado de la Florida, a fin de presentar en los primeros capítulos la vida de ambos niños en el colegio. En el archivo policial consiguió fotografías de Simón Laredo y de Ramiro, para elegir a los artistas que los personificarían.
—No descuidaré ningún detalle —anunció, satisfecho de su trabajo—. Presiento que esta historia nos convertirá en millonarios.
Estas palabras también resultaron proféticas. Las ganancias fueron tan cuantiosas, que no sólo se convirtió él en multimillonario, sino que Tino y Jim lograron reunir una fortuna inmensa.
El público de nuevo se sintió fascinado por la imagen de Tino y Jim. Desfilaron todas las escenas vividas por los secuestrados y surgieron las figuras delicadas de las niñas que participaron en la aventura. Cristina Sarli, representada por una niña rubia; Marta, que cuidaba como una joven madrecita a los niños de la cabaña; Alicia, con sus trenzas colorinas y su vocecilla impertinente y preguntona. Romi, que en una escena era llevado en volandas por su abuelo, a través del bosque, reviviendo aquella memorable carrera, cuando el valiente anciano acudió al aeródromo de Shanon para hacer fracasar los siniestros planes de los secuestradores.
Los admiradores de Tino y Jim se emocionaban con las alternativas, temblaban con los peligros que amenazaban a sus héroes y reían con los episodios protagonizados por Romi.
Cuando el verdadero Romi supo, a través de revistas y diarios, que en Estados Unidos estaba convertido en un personaje famoso, no podía contener su orgullo.

—Nunca sentí miedo —aseguraba, pavoneándose—. Dije a mi abuelito que corriera más ligero y que proporcionara a los bandidos una paliza. Yo le hubiera ayudado, pero los cobardes no quisieron pelear con nosotros. Se morían de miedo.

Marta sonreía al oír el pintoresco relato, que, como sabemos, no correspondía a la realidad, pues Romi aquella vez no sólo se sintió asustado, sino que al regresar a la choza cayó derrengado en su lecho.

El niño había olvidado sus temores y sólo recordaba sus rasgos de valentía y de audacia, es decir, aquellos que ahora soñaba haber realizado.

El episodio del "pollo Cirilo" fué el más celebrado por el público. Las carcajadas resonaban incontenibles y por varios días el comentario de todas las reuniones fué aquella historieta jocosa.

—Traigo una noticia bomba —dijo un día Moray—. Un estudio de cine quiere filmar las dos transmisiones que hemos hecho por televisión.

Eduardo Ray advirtió:

—No es una noticia muy exclusiva, que digamos, porque son varios los estudios que han propuesto un contrato.

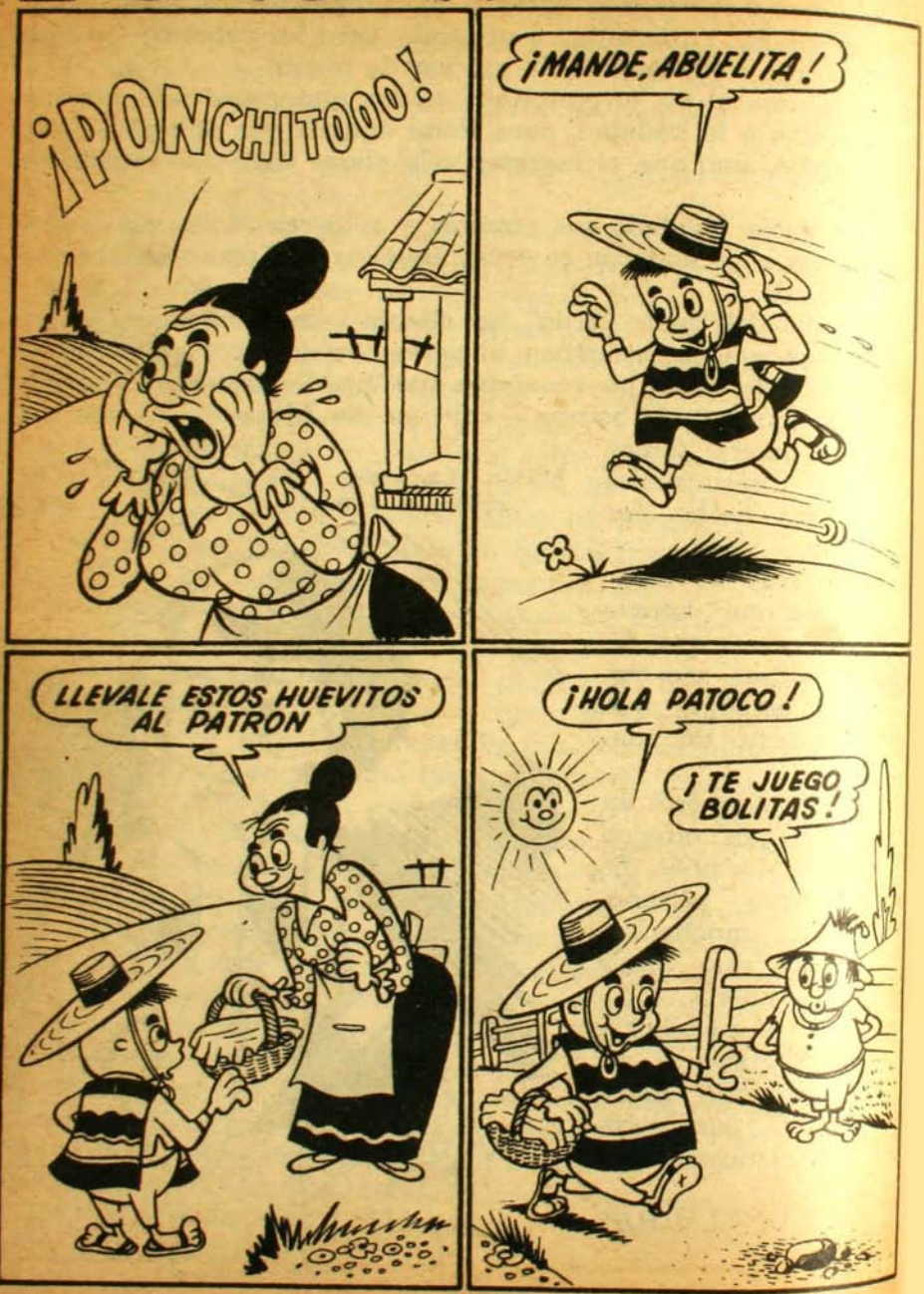
—La diferencia está en el precio que ofrecen —rebatió Moray—. Es sencillamente astronómico. Los muchachos no sabrán qué hacer con tanto dinero.

—Yo sé —replicó Jim—. Regresar a mi patria, pasando antes por Irlanda, para recoger a mis amigos.

(CONCLUIRA)

Marta Lagarder escribía a Jim.

Ponchito


¡PONCHITOOO!
¡MANDE, ABUELITA!
LLEVALE ESTOS HUEVITOS AL PATRON
¡HOLA PATOCO!
¡TE JUEGO BOLITAS!

por nato

¡CUARTITA !
HORAS MAS TARDE
¡ME VOY, TENGO QUE LLEVARLE ESTE ENCARGO AL PATRON !
¡BUEN DIA PATRON ! AQUI LE MANDA ESTOS HUEVOS MI ABUELITA
NATO
¡ PIO
¡ PIO
PIO!

El dragón de Flandes

CAPITULO II.—En el palacio del rey Arturo.

Tristán, el Hijo del Lobo, llegó a Camelot, el legendario castillo donde vivían el rey Arturo y los famosos caballeros de la Mesa Redonda. Cuando anunció su deseo de recibir la espada de los valientes, los arqueros prorrumpieron en burlonas carcajadas.
El doncel desafió a los regocijados guardias, y ellos eligieron a un hombrecillo a quien llamaban Juanito Agudo, porque era flaco y afilado como un huso. Tal vez era buen esgrimista, pero Tristán de un solo mandoble hizo saltar la espada del enteco rival.

El doncel desafió a los guardias.

—Menguados campeones hay en vuestras filas —dijo Tristán—. La espada sólo os sirve para que la llevéis colgada al cinto, os estorbe el andar y os impida huir con ligereza ante un enemigo poderoso.
La mordaz ironía del doncel enardeció al capitán de la guardia, que desenvainó su espada. Riendo alegremente, el Hijo del Lobo se defendió, sin agitarse, esquivando las furiosas estocadas, aumentando con su sonrisa la ira de su

De un solo mandoble hizo saltar la espada de Juanito Agudo.

—La espada os estorba al andar —dijo Tristán, burlonamente.

adversario. Ciego de cólera, el capitán se batía con la fuerza fulmínea del que intenta degollar a un gigante. Y de pronto, cuando dejó caer su arma con más ímpetu, halló la espada atravesada de Tristán y la hoja de acero se partió en dos.

Los guardias, sin poder contener su entusiasmo, aplaudieron al vencedor. El capitán declaró:

—Ganaste en buena lid, mancebo. Eres mi maestro.

Tristán se alejó entonces, seguido por las miradas de admiración de los que presenciaron el duelo. Barto caminaba detrás de él, volviendo a veces su obscura ca-

El arma del capitán se partió en dos.

Se alejó, seguido por las miradas de admiración.

beza, para asegurarse de que ninguno de los guardias seguía a su amo para atacarlo a traición.

La noticia se esparció por la ciudadela. Sigrido, el capitán de la guardia, había sido derrotado por un adolescente, a quien seguía un lobo salvaje. El rumor llegó hasta el propio castillo del rey Arturo. Los caballeros, al oírlo, movían la cabeza en señal de duda.

—Sigrido es un diestro espadachín. Es imposible que un niño lo haya vencido —murmuraban, incrédulos.

El monarca de Bretaña les oía, pensativo. El rey Arturo es uno de los soberanos de quien se relatan más hazañas y leyendas. Hijo del fabuloso rey Uther Pendragón, vivió rodeado de heroísmo, de magia y de aventuras.

—¿Cómo se llama ese doncel? —inquirió.

—Tristán, el Hijo del Lobo.

En esos instantes nuestro héroe llegaba ante el palacio. Lo contempló mientras su corazón latía con fuerza. Allí residía el soberano de quien deseaba recibir la espada de los valientes. Tristán ansiaba ser uno de los caballeros de la Mesa Redonda. Era ésta una mesa que fué construída por el Mago Merlín, ayudado por las hadas. Manos invisibles habían martillado los clavos, cepillado el roble, pulido la superficie. Estaba

La noticia se esparció por la ciudadela.

—Un niño venció a Sigrido —decían, incrédulos.

destinada a servir para que se reunieran en torno de ella los caballeros más nobles y valientes.

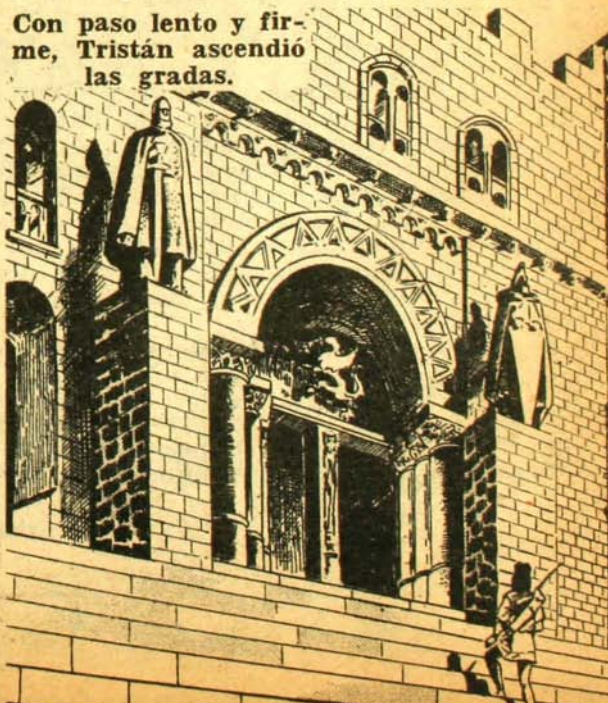
Con paso lento y firme el joven ascendió las gradas. Era el protegido del Mago Merlín y estaba seguro de ser admitido en la hermandad de la Mesa Redonda.

Avanzó por salas desiertas y de pronto se detuvo al oír una voz que decía:

—Caballeros, invoco vuestro valor y audacia. Necesito un héroe que vaya a Flandes, de donde he recibido noticias desoladoras.

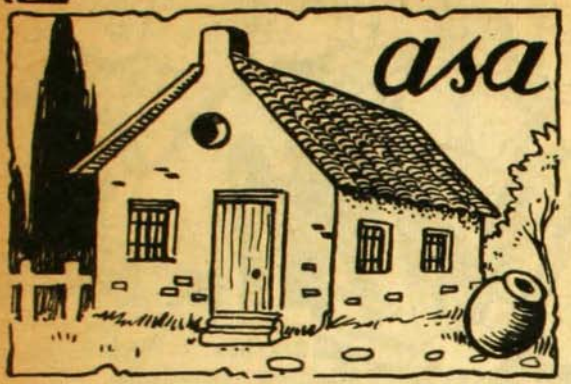
Tristán comprendió que era el rey Arturo quien hablaba y oyó sus palabras, tenso de emoción y ansioso de conocer la respuesta de los caballeros cuyas gestas heroicas eran cantadas por los trovadores en los cuatro confines del mundo.

(CONTINUARA)



Con paso lento y firme, Tristán ascendió las gradas.

La letra mágica.



La palabra que aparece en la ilustración designa la parte arqueada y saliente de una vasija. Para que se convierta en el nombre que corresponde al dibujo basta agregarle una LETRA MAGICA. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 184 — CHANCHO.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Silvia A. Quintana, Talca; Valentina Morales, Talcahuano; Humberto Gálvez, Santiago. UNA PEINETA: María Olivia Herrera, Concepción; Luis Manuel Zañartu, Santiago; Luis Tutelser, Santiago; Manuel Roncagliolo, Valparaíso; Rolando Latorre, Valparaíso; Ramón Redon, Concepción; Lucy Alvarez, Melipilla; Ernesto Astudillo, Santiago; Luz María Barros, Santiago. UNA LIBRETA APUNTES: Fernando Luco, Santiago; Margarita Pardo, Valparaíso; Oscar Fernández, Santiago; José Mercado, Concepción; Mariana Quintana, Talca; Silvia Cáceres, Santa Cruz. UN LIBRO: Clara Cecilia Dazarola, Santiago; Gladys Villarroel, Cauquenes; Silvia Olate, Santiago; Simonetta Pacini, Santiago; Elena Vergara, Santiago; María Cristina Mahmert, Quillota; Gladys Maigret, Curicó; Francisco Conejera, Santiago; Ricardo Tichauer, Valparaíso; Laura Elena Alvarez, Angol. UN VITALMIN: Carlos Navea, Santiago; Luis Fernando Quiñones, Quilpué; Lilian Garay, Concepción; Carmen Alarcón, Santiago; Gaby Ephrosi, Viña del Mar; Hermes Ahumada, Santiago; Rolando Romero, Santiago; María Antonieta Cerón, Santiago; Gonzalo Roberto Gutiérrez, Santiago; Manuel Pizarro, Quillota.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 186

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile. 1953.

QUIETO, CHASAMAN. AHÍ HAY UN PÁJARO!
¡LO COMEREMOS ESCABECHADO!
¡CAYO! ¡VAMOS A BUSCARLO!
¡CANALLA! ¡TÚ FUISTE EL QUE ROMPIÓ MI SOMBRERO NUEVO!
¡EL VALOR DE MI SOMBRERO TENDRÁS QUE PAGARLO EN HOSPITAL!
K.50
LUGOZE

PELUSITA POR NATO

EL RUBI DE MAHDI

Simbad

N.º 187

3.—

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 1.º-IV-1953 — N.º 187

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

El rubí de Mahdi

CAPITULO XIII.—El rubí cambia de dueña.

La princesa Amina, elegida para gobernar la India junto al rey Mahdi, se vió amenazada por la envidia de Shira y Tamara, que ambicionaban ser reinas. Desde que abandonó la ciudad de Basora, Amina sufrió la persecución de sus enemigas.

Shira logró suplantarla cuando cruzaban la selva. Orgullosa y triunfante viajaba en el palanquín real, situado sobre un elefante blanco. De pronto un tigre atacó la caravana. La falsa reina cayó bajo las zarpas del felino. Amina había quedado abandonada cuando una serpiente la cogió entre sus terribles anillos. Con un esfuerzo desesperado, pudo ahogar al reptil y eludir el abrazo mortal. Advirtiendo que le faltaba su anillo con el rubí de Mahdi, comprendió que Shira se había apoderado de él y decidió recuperarlo.

—¡Amina, sálvame! —clamaba Shira.

La princesa venció a la terrible fiera.

Avanzó a través de la jungla, siguiendo las huellas de la caravana. Cuando la alcanzó, vió a su enemiga aprisionada por la fiera.

—¡Amina, sálvame! —gimió Shira cuando comprobó que aquella que se acercaba no era un blanco fantasma, sino la verdadera reina.

—Sí, Shira. Ten valor. La valiente princesa cogió una lanza caída en tierra desde la mano de un cobarde y la hundió en el flanco del tigre. Este abandonó a su víctima al sentirse herido y, rugiendo de furor, se enfrentó a su atacante. No tuvo tiempo de lanzar un zarpazo, ni de saltar sobre la princesa. Esta clavó el arma en el corazón de la bestia, que cayó vencida.

Shira estaba herida por la gigantesca garra del tigre y, antes de expirar, devolvió el anillo a Amina, susurrando:

—Eres la elegida y tú reinarás en la India. Alá te proteja.

—Shira, no pierdas el valor —dijo Amina—. Te llevaremos a Bengala y allí los sabios te salvarán.

Antes de morir, Shira devolvió el anillo robado.

Shira había oído hablar de poderosos faquires, que dominaban la vida y la muerte. Pero ella no tenía salvación.

—Es inútil —balbució—. No te preocupes, reina. Acepto el castigo de Alá. Y muero feliz porque te salvaste de mis intrigas. La paz que nunca tuve, la recibo ahora, bajo tu mirada límpida. Adiós, reina.

La reina ordenó continuar la marcha.

La cabeza morena se reclinó dulcemente. Los rasgos que siempre se vieron contraídos por la furia y la envidia, adquirieron una profunda serenidad. Con gesto lento, Amina deslizó el anillo en su dedo y luego ocupó su sitio en el palanquín real, dando orden de continuar la marcha.

Mientras tanto, el mensajero que envió la princesa a la corte del rey Mahdi, había llegado ante el trono y comunicó la noticia del naufragio.

—La caravana cruza la selva, y vuestra prometida está expuesta a mil peligros.

Al oír esas palabras el joven rey se dispuso a ir al encuentro de la elegida, con una escolta de valientes guerreros.

Tamara no renunció a sus ambiciosos planes. Ya estaban muy cerca del trono bengalí y si no se apresuraba, perdería la oportunidad tan codiciada. Por lo tanto, sobornó a los guardias para que arrebataran a Amina el anillo nupcial.

Favorecidos por la oscuridad de la noche, los traidores atacaron a la elegida. El sueño en que ella estaba sumida, a causa de la fatiga, era tan profundo, que le impidió defenderse. Su mente aletargada, su cuerpo extenuado, permitieron a los malvados robar el anillo, sin que nadie les descubriera.

—La elegida está en peligro —anunció el mensajero.

Luego los puñales asesinos brillaron en la penumbra. Instintivamente, Amina huyó. Como una autómata cruzó la selva, mientras los cómplices de Tamara la perseguían.

La pérfida Tamara sobornó a los guardias.

Desde las sombras, Tamara presenció la cobarde agresión y, cuando el capitán de la escolta se acercó a ella, ordenó:

—Haz que otros soldados la persigan. Mientras mayor cantidad de hombres se despliegan por la jungla, más probabilidades hay de atraparla. No quiero que huya. Deseo estar segura de mi triunfo.

—Tú eres la soberana y yo obedezco humildemente —replicó el esbirro.

Decenas de guardias se

Arrebataron a Amina el rubí de Mahdi.

agregaron al grupo de perseguidores. Las antorchas vagaban como fuegos fatuos. Amina huía, sin aliento, sumida en la selva que la rodeaba como un veneno verde.

Contenía sus ansias de salir a los caminos, porque en ellos ambulaban sus enemigos. Era preferible seguir huyendo por la maraña que rasgaba sus vestiduras y que la sofocaba con su fragancia mortal.

Mientras tanto, en sentido contrario, cabalgaba por la jungla el rey Mahdi, en busca de la elegida. Presentía que un terrible peligro la amenazaba y, trémulo de ansia, espoleaba a su caballo. La escolta de guerreros lo seguía sin distanciarse del veloz jinete real. Pasaba la cabalgata, como una ráfaga deslumbradora. Todos los guerreros vestían atavíos de seda y oro y las piedras preciosas refulgían en sus turbantes y en la empuñadura de sus espadas. Mahdi apresuraba cada vez más el desenfrenado galopar.

(CONTINUARA)

Los cómplices de Tamara perseguían a Amina.

La maldición del ídolo

CAPITULO VI.—LA SOMBRA FATIDICA

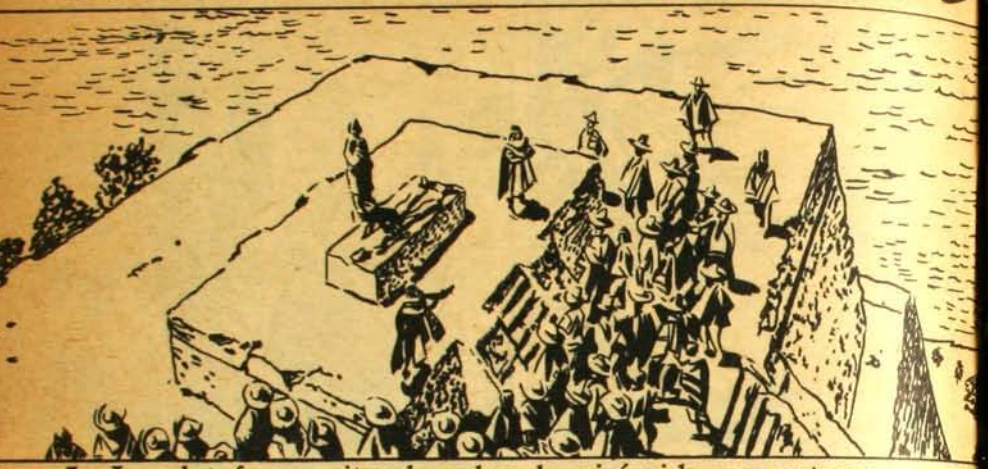
1. El heroico León Arces protegió la fuga de sus amigos Pablo Eymar, Pepe Miranda y el padre José. Con gran valentía se defendió de la turba de indios, pero finalmente fué vencido. Sus enemigos le condujeron a la gran pirámide maya, donde sería sacrificado al dios Tecloc, un ídolo de piedra.

2. El grupo de indígenas, inducido por Chipal, intentaba revivir la religión maya, con sus ritos bárbaros. Siguiendo la ceremonia tradicional, el joven fué atado a la piedra del sacrificio y un indio le pintó el torso y el rostro con pintura azul. Luego dibujó un triángulo sobre el corazón.

3. Los aborígenes que asistirían al sangriento rito acudían en silenciosas filas. Numerosas embarcaciones surcaron el lago. La noticia se había extendido con misteriosa rapidez y sigilo. En el profundo silencio se elevó la voz de Chipal: "—Cuando Tecloc señale el corazón del maldito blanco, éste morirá".

4. Desde lejanos puntos seguían llegando embarcaciones tripuladas por indios ansiosos de presenciar la inmolación del hombre blanco. El templo situado en el centro del lago les atraía como un imán obscuro y estremecedor. Las sombras de los dioses crueles parecían flotar sobre el lago.

La maldición del ÍDOLO



5. La plataforma situada sobre la pirámide era extensa, pero la multitud de indios la ocupaba casi por completo. Chipal habló de nuevo: "—El dios Kin (el sol) indicará el momento del sacrificio". La mano del ídolo tenía extendido el índice. Pronto la sombra de este dedo caería sobre el corazón del joven.

6. Las negras pupilas de los indígenas, oscurecidas por un supersticioso temor, se dirigían hacia el sol. El silencio y la calma eran tan absolutos como si el mundo hubiera cesado de respirar. León Arces, tenso, aguardaba el terrible instante en que la sombra de la mano del dios se posaría sobre él.

7. Aquella sombra señalaría su muerte. "¿Habrán logrado huir Eymar, el muchacho y el padre José? —pensaba el joven—. Espero que el intento de fuga no fracase." Temía que sus amigos, por intentar rescatarlo, no hubieran huído aún y cayeran también en poder de los fanáticos adoradores de Tecloc.

8. Los indios, sobrecogidos de espanto, creían ver a Hapikern, el dios malo, que vigilaba el sacrificio con mirada terrible. Muchos sentían ansias de huir, pero el terror les impedía moverse. "—¡Ha llegado el instante supremo! —aulló Chipal—. Sacrificador, cumple tu misión."

(CONTINUARA)

Hace mucho tiempo vivía en un país un mercader llamado Marco el Rico. Era ambicioso y despiadado con los pobres. Siempre que un pordiosero se acercaba a suplicar una limosna, él mandaba a sus criados que lo alejasen y le soltaran los perros. Sólo amaba a su hija, la pequeña Alina. Sólo con ella no era cruel.

Un día de invierno se acercaron a la puerta dos ancianos a pedir limosna. Marco los vió y ordenó que les soltasen los perros. Alina oyó esta orden y suplicó a su padre:

—Si me quieres, no los eches; permite que pasen la noche en el establo.

A medianoche se levantó Alina y se dirigió de puntillas al establo. Los mendigos conversaban, apoyando en sus báculos sus trémulas manos. Alina pudo oír lo que hablaban entre sí en voz baja. El más viejo preguntó:

—¿Qué ocurre por este mundo?

El segundo contestó:

—En el pueblo de Pogoryeloe, en casa de Juan el Pobre, ha nacido el séptimo hijo. ¿Qué nombre le pondremos y qué herencia le daremos?

Y el primer viejo, después de reflexionar, dijo:

—Lo llamaremos Dorian y lo enriqueceremos con las riquezas de Marco el Rico, bajo cuyo techo estamos pasando la noche.

Cuando hubieron dicho esto, se despidieron, y con paso vacilante salieron del establo. Alina, que todo lo había oído, corrió a ver a su padre y le repitió las palabras de los viejos.

Marco el Rico permaneció pensativo y tras largas reflexiones se dirigió al pueblo de Pogoryeloe.

Visitó al cura y éste le dijo:

—Sí, ayer nació aquí un niño, hijo del más pobre de nuestros siervos; lo bauticé con el nombre de Dorian. No hay pobreza como la de esta familia que tiene ya siete hijos; no tienen nada que comer y hay hambre y tal miseria en la casa, que nadie en el pueblo quiere apadrinar a los hijos.

Al oír tan triste informe, a Marco el Rico empezó a dolerle el corazón. Pensó en el desgraciado recién nacido y, declarando que sería su padrino, ordenó que preparasen una buena mesa para celebrar el bautizo.

Durante el banquete, Marco el Rico dirigió palabras amistosas a Juan el Pobre, y le dijo:

—Sé que eres pobre y que no puedes mantener a tu hijo. Confíamelo. Lo educaré como si se tratase de mi propio hijo, y te daré en seguida mil monedas de plata para sostener a tu familia.

El pobre hombre no lo pensó mucho y estrechó la mano que el rico le alargaba. Marco y el niño emprendieron el viaje hacia su casa. Unas diez leguas se habían alejado del pueblo cuando Marco se acercó al borde de un abismo y lanzó a la criatura con todas sus fuerzas, diciendo:

—¡Anda a tomar posesión de mis riquezas, si puedes!

Poco después de esto, acertaron a pasar por allí unos mercaderes que traficaban por el mar y llevaban doce mil monedas de oro que debían a Marco el Rico. Al pasar junto al precipicio, les pareció oír gritos de niño. Detuvieron la marcha y mirando por los ventisqueros vieron en un prado muy profundo a un niño que, sentado sobre la hierba, jugaba con las flores. Los comerciantes lo recogieron, lo envolvieron en pieles y continuaron el viaje. Al llegar a casa de Marco el Rico le relataron el extraño hallazgo. Marco, palideciendo de furor, dijo:

—Quisiera adoptar a la criatura; si me la entregan os perdonaré la deuda.

Los mercaderes aceptaron. Aquella misma noche el malvado lo puso en una canastilla y la arrojó al mar.

La canastilla, arrastrada por la corriente y por el viento, fué deslizándose por la superficie como una barquilla, hasta que llegó a un monasterio. Por casualidad estaban los monjes a aquella hora en la orilla extendiendo las redes al sol, y oyeron el llanto de un niño. Adivinaron que el llanto venía de la canastilla, la pescaron y encontraron al niño. Lo llevaron al abad, y así que éste se enteró de que el niño había sido hallado en el mar dentro de una canastilla, decidió que se llamara Dorian el Infortunado. Y desde entonces, vivió en el monasterio hasta los dieciséis años. El abad lo quería mucho y lo nombró sacristán.

Sucedió que en un viaje de negocios que hizo Marco el Rico, llegó a aquel mismo monasterio. El abad mandó al sacristán que abriese la iglesia. El sacristán corrió a obedecer, encendió las lu-

ces y se quedó en el coro leyendo y cantando. Marco el Rico preguntó al abad si aquel joven se había educado allí desde niño, y cuando el abad se lo contó todo, llegó a la conclusión de que aquel joven no podía ser otro que el niño que él compró. Y dijo al abad:
—Si pudiera obtener los servicios de un joven como vuestro sacristán, le confiaría todos mis tesoros.
El abad empezó a excusarse, pero Marco prometió al monasterio una donación de diez mil monedas de oro. El abad vacilaba, pero finalmente accedió.
Marco envió a Dorian a casa y escribió a su mujer esta carta: "Cuando se presente el portador de esta carta, hazle matar, pues has de saber que ese joven es mi mayor enemigo y de él sólo puedo esperar la ruina". Dorian llegó a puerto y cuando se dirigía a casa de Marco, le salieron al encuentro dos pobres ancianos que le preguntaron:
—¿Dónde vas, Dorian el Infortunado?
—A casa de Marco el Rico. Llevo una carta para su mujer.
—Enséñanos la carta —dijeron los viejos.
El doncel obedeció. Los viejos soplaron sobre la carta y dijeron:
—Ahora ya puedes ir a entregarla.
La mujer leyó la carta de Marco. Decía: "Mujer, al día siguiente de recibir esta carta, casa a mi hija Alina con el portador".
Marco el Rico llegó de su viaje y al ver a Dorian se enfureció con su mujer.
—¿Cómo te has atrevido a casar a nuestra hija sin mi consentimiento?
Ella le mostró entonces la carta. Marco la leyó y vió que la letra era la suya aunque la intención era bien diferente, y pensó: "Bueno, tres veces te has escapado de mis manos, pero en la próxima te venceré".
Un día, llamó a Dorian y le dijo:
—Ve a la tierra de Tres veces nueve, al imperio de Tres veces diez, a ver al Zar Serpiente; hace doce años que construyó un palacio en mi tierra, por lo tanto tú has de cobrarle la renta de esos doce años y traerme sus noticias concernientes a mis doce naves, que han naufragado en los mares de su reino durante los últimos tres años, sin dejar el menor vestigio.
Dorian no se atrevió a replicar a su suegro. Se preparó para el viaje, se despidió de su mujer y con un saco de provisiones para el camino, emprendió el viaje.

Anda que andarás, anda que andarás, muchos días, muchas noches se pasaron hasta que al fin oyó una voz que decía:
—Dorian el Infortunado, ¿adónde vas? ¿Vas muy lejos?
El joven miró a todas partes y contestó:
—¿Quién me llama? ¡Habla!
—Soy yo, la encina deshojada, y te pregunté adónde vas y si vas muy lejos.
—Voy a ver al Zar Serpiente, a cobrar las rentas de estos doce años.
Y de nuevo habló la encina, diciendo:
—Si lo vieras, piensa en mí y dile: mira que la encina hace trescientos años que está de pie y ya tiene podridas todas sus raíces, ¿hasta cuándo durarán sus tormentos en este mundo?
Dorian escuchó atentamente y prosiguió el viaje. Llegó a un río y entró en una barca. El barquero le dijo:
—¿Vas muy lejos, Dorian el Infortunado?
Dorian le confesó adónde iba.
—Bueno —dijo el barquero—, si vieras al Zar Serpiente, acuérdate de mí y dile que hace treinta años que estoy remando en esta barca, y quiero librarme de ella.
El viajero llegó a los estrechos del mar, y en uno de ellos yacía alargada una ballena en cuyo lomo se marcaba un camino por donde

—En casa de Juan el pobre ha nacido el séptimo hijo —pronosticó el segundo viejo.

pasaba la gente como sobre un puente. Dorian caminó sobre la ballena y ésta le habló con voz humana, diciendo:
—¿Adónde vas, Dorian el Infortunado? ¿Vas muy lejos?
El doncel respondió y la ballena le dijo:
—Si lo vieras, acuérdate de mí: la pobre ballena hace tres años que está cruzada entre dos mares y de tanto pasar por encima de ella la gente a pie y a caballo se le ha marcado un camino en el lomo. ¿Cuánto tiempo he de permanecer así?
Dorian siguió andando, andando, hasta que llegó a un magnífico palacio. Allí encontró a una hermosa doncella. Cuando vió al joven exclamó:
—Dorian el Infortunado, ¿cómo has venido a este maldito palacio?
El doncel se lo contó todo y ella balbució:
—No te han enviado para cobrar las rentas, sino para alimento de la serpiente y para tu propia ruina.
Apenas había pronunciado estas palabras, retumbó el palacio. La doncella escondió a Dorian en un arca y le advirtió en voz baja:
—Escucha lo que yo diga al Zar Serpiente.
Y sin más, salió a recibirlo.
Una serpiente monstruosa entró en la sala y silbó:
—Vengo rendido de cansancio; sólo deseo dormir.
La amable doncella le habló con palabras lisonjeras y le dijo:
—Nada te es desconocido, ¡oh, Zar! y sin ti no llegaría nunca a interpretar un sueño que he tenido. Soñé que iba caminando y una encina me gritaba: "¡Pregunta al Zar cuánto tiempo he de permanecer aquí!"
—Permanecerá hasta que pase uno y le dé un puntapié, entonces caerá como arrancada de cuajo, y debajo tiene una gran cantidad de oro y de plata; ni Marco el Rico tiene tanto.
—Luego soñé que llegaba a un río y el barquero me dijo: "¿Estaré remando aquí mucho tiempo?"
—El tiene la culpa. Que empuje hacia la corriente al primero que entre en su barca y se quede él en la orilla y el que ocupe la barca habrá de remar en su lugar para siempre.
—Y después he llegado en sueños al mar y, cruzada en un estrecho, había una ballena que me dijo: "Pregunta al Zar si he de estar así mucho tiempo".
—Estará así hasta que devuelva las doce naves de Marco el Rico; sólo entonces podrá volver al agua libremente.
Todo esto dijo la serpiente, y luego volviéndose del otro lado se

durmió. La doncella hizo salir del arca a Dorian, le abrió la puerta del jardín y le mostró el camino. Dorian le dió las gracias y emprendió el viaje de regreso.

Llegó al estrecho del mar donde permanecía echada la ballena, y ésta le preguntó:

—¿Te ha dicho algo de mí?

—Déjame pasar al otro lado y te lo diré.

Cuando hubo cruzado el estrecho sobre ella, le dijo:

—Has de devolver las doce naves de Marco el Rico que te tragaste hace tres años.

La ballena devolvió las doce naves sin que nada les faltase, y en seguida quedó libre.

El joven siguió andando y llegó a la barca. Y el barquero le preguntó:

—¿Has hablado de mí al Zar Serpiente?

—Pásame al otro lado y te lo diré.

Y cuando estuvo al otro lado le dijo:

—Le he hablado y dice que al primero que llegue a la barca después de mí, lo empujes hacia la corriente y tendrá que remar toda su vida; pero tú serás libre como el aire.

—Vengo rendido de cansancio —silbó el Zar Serpiente.

Después, llegó a la vieja encina desnuda, le dió un puntapié y el árbol cayó a tierra derribado de cuajo, y debajo de las raíces y en el hueco que dejaron, había plata y oro y piedras preciosas sin cuento.

Marco el Rico, al conocer el resultado de la aventura, se enfureció más que nunca. Mandó ensillar el caballo y salió a galope en dirección del país de Tres veces diez, para arreglar personalmente sus asuntos con el Zar Serpiente. Al llegar al río saltó a la barca, pero el barquero lo empujó a la corriente desde la orilla y Marco el Rico se vió convertido en el barquero para toda su vida. Y aun está remando.

LA BESTIA ROJA

CAPITULO V.—[illegible]ES ENEMIGOS

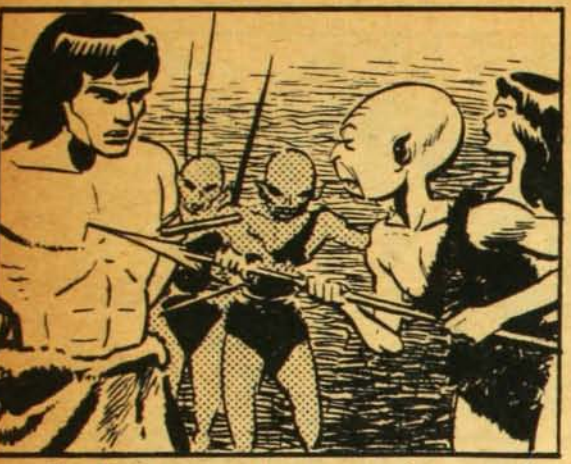
1. Gor y Wa, dos jóvenes prehistóricos, habían descubierto un clan enemigo, en cuyo poder se hallaba el fuego, "la bestia roja". Presenciaban maravillados el resurgir de la fogata, cuando estalló una tempestad. Los animales huían aterrorizados. La fuga de los dinosaurios hacía temblar la tierra.

2. Gor, señalando el río, gruñó: "—Guardiana de la bestia roja. Se la llevan". Se refería a Nia, la bella esclava de los troglodi-tas, que sabía encender el fuego. En una balsa persiguieron a los hombres de talla gigantesca y cabellera hirsuta. Luego se trabaron en denodado combate.

3. Gor combatía con fría cólera. Culpaba a aquellos hombres de los sufrimientos de su clan. Ellos le robaron el fuego, que les protegía del hielo y de las bestias. En la primitiva mente de Gor dominaban dos razones para combatir: el fuego, lleno de misterio y poder, y los ojos radiantes de Nia.

4. Lograron vencer a sus enemigos y, llevando a Nia en la balsa, desembarcaron en la ribera opuesta. Siguieron caminando bajo el diluvio, que de pronto amainó. Se hallaban en una región desértica, sembrada de gigantescas rocas. Allí fueron asaltados por una multitud de seres extraños.

LA BESTIA ROJA



5. Los atacantes eran pigmeos de piel amarilla y reseca. Gor y Wa no pudieron defenderse contra aquella legión que cayó sobre ellos, inmovilizándoles. Atados con lianas, amenazados por las lanzas, avanzaron por un puente natural. Nia, silenciosa, no dirigió sus ojos hacia Gor, que temía por ella.

6. Nunca el joven prehistórico había temblado ante los peligros que amenazaran a otro que no fuera él mismo. Alguna vez se inquietó por el clan, pero jamás por una de sus criaturas. Y ahora pensaba en Nia. Temía por ella. Moriría y con ellos también desaparecería la bestia roja. Gor se estremeció de ira.

7. Repentinamente, la tierra tembló con un galopar inesperado. Extraños jinetes se aproximaban. Tenían la piel obscura y los cabellos claros, como los caminos de la luna. Esgrimían lanzas y sus cabalgaduras eran unos animales semejantes a las cebras. Los enanos lanzaron aullidos de temor.

8. Los cautivos presenciaron el asalto de aquellos guerreros erguidos e impasibles, que avanzaban derribando a su paso a los pigmeos. Estos pretendían huír, pero los cascos de las cebras les trituraban. Los prisioneros se habían salvado... o pasaban tal vez a poder de otro enemigo.

(CONTINUARA)

CAPITULO XIV Y FINAL.—¿Eres Tino o Jim?

La fama de Tino y Jim traspasó las fronteras de Norteamérica. Los alumnos del internado de la Florida comentaban las asombrosas noticias de aquellos dos niños que habían convivido con ellos y que ahora eran célebres.

—Si alguna vez regresan, no se rozarán con nosotros —decía el pequeño Tortolito, con expresión afligida.

—Te equivocas —rebatió otro alumno—. Tino y Jim son buenos amigos. La fama no los hará cambiar.

Estas palabras no tardaron en confirmarse. Tortolito recibió carta de sus lejanos condiscípulos. Firmaban "Yo, el rey Jim", y "Yo, el pobrecito mendigo". Esta carta revolucionó al colegio. Los alumnos la lucían orgullosos ante los admirados ojos de los estudiantes del San Esteban.

Tortolito saltaba de alegría. Los protagonistas de "El Príncipe y el Mendigo" eran sus amigos y esto lo colmaba de dicha.

Mientras tanto, en Irlanda, Cristina Sarli recibió la visita de su madre, quien, desfallecida de emoción, la estrechó entre sus brazos. Los otros moradores de la cabaña del lago presenciaban en silencio la tierna escena.

Cuando logró dominar su voz, Clara Sarli declaró:

—Hablé con el abuelito de Cristina. El ordenó su secuestro y está arrepentido. Recibió un mensaje que lo hizo reflexionar.

El abuelo adoptivo de los niños que habitaban la choza carraspeó con fuerza para disimular su turbación.

—Usted le escribió, ¿verdad? —preguntó, directamente, Clara Sarli.

El abuelo no podía negar. Asintió:

—Sí, señora. Me daba pena ese caballero que no conocía la felicidad de querer con sinceridad y sin egoísmos. Le relaté mi vida de vagabundo, triste y árida, hasta que adopté a los niños

y empecé a luchar por ellos. No sé si conseguí explicarle bien mis ideas.

—No solamente supo explicarse con claridad, sino que dió una lección a mi suegro —indicó la madre de Cristina—. Habló conmigo. Viviremos juntos y en armonía. Todos ustedes vendrán con nosotros.

Un silencio de estupor acogió su invitación. La joven profesora agregó, ansiosa:

—Les ruego que acepten. Mi hija les profesa un gran cariño. Se educarán juntos, como hermanos. El abuelo de mi niña tiene una inmensa fortuna y puede sostener a la gran familia que formaremos.

—Señora —balbuceó el abuelo, con los ojos arrasados de lágrimas—, le agradezco su bondad con mis nietecitos.

Ese mismo día se preparó el viaje. Los niños no pudieron evitar la tristeza al abandonar aquel hogar humilde pero alegre que les había cobijado por tantos años.

Romi se despedía de cada objeto. Del lago, de los árboles, de los conejos que solía corretear entre los matorrales, de la cabaña rústica y querida.

—Sólo falta que Jim se reúna con nosotros —dijo Cristina.

—Adiós, adiós —decía—. Tal vez algún día regrese a visitarlos. No se olviden de Romi.

Mientras todos se afanaban con los preparativos del viaje, Clara Sarli conversaba con su hija.

—¿Eres feliz, hijita?

—Sí, mamá. Sólo falta que Jim se reúna con nosotras.

—Es el ídolo de Norteamérica y será difícil que lo suelten. Pero esperaremos con paciencia —sonrió Clara Sarli.

El dramático secuestro, que se radiaba por la estación televisora de Moray, llegaba a sus últimos capítulos.

—En poco tiempo más regresaremos a casa —suspiró Jim.

—Y veremos a mi colega Tina —completó el burlesco Tino—. Esa es tu idea, rey Fu-Fú.

Daba a su amigo el nombre que, en el libro de Mark Twain, "El Príncipe y el Mendigo", daban los pordioseros al príncipe Eduardo Tudor.

—Los mendigos no tienen derecho a hablar —replicó Jim—. Por lo tanto, cállese, limosnero Tino.

Cuando Jim supo que la rubia Cristina y todos los niños de la choza del lago estaban de regreso en su patria, sintió que su nostalgia aumentaba. Una tarde iba tan abstraído en sus meditaciones, que no abandonó el estudio por la puerta reservada para ellos y junto a la cual aguardaba un lujoso automóvil. Cruzó el umbral de la entrada principal y caminaba por una calle desierta, cuando una mano ruda se posó en su hombro.

—No grites, demonio.

Sintiendo que su corazón cesaba de latir, reconoció la voz de Simón Laredo. El delincuente había logrado evadirse y estaba sediento de venganza. Jim causó el fracaso de sus planes. Esta idea lo obsesionaba.

—Por fin nos encontramos, Jim —dijo con furia.

—Yo soy Tino —afirmó Jim.

La mano de Laredo, que se dirigía hacia el bolsillo del vestón para empuñar el arma asesina, se detuvo.

—¿Eres el muchacho Barian? —preguntó, indeciso—. ¿Dónde está Jim?

—En el estudio. ¿Por qué no lo deja tranquilo, señor?

—Lo dejaré tan tranquilo, que ni siquiera respirará —contestó el siniestro individuo—. Camina. Iremos a buscarlo.

El niño obedeció. Se acercaban a la puerta principal cuando

La pequeña Alicia corrió al encuentro de los viajeros.

apareció el director Moray. Su rápida mirada inspeccionó fugazmente a Laredo. En seguida manifestó:

—¿Este es el actor que elegiste? Me parece muy bien, Tino. Lo someteremos a un ensayo inmediatamente.

Cogió de un brazo a Laredo para conducirlo, escudando con su cuerpo al niño. Deducía que estaba en peligro y confiaba llegar pronto junto a los agentes que vigilaban los estudios. Logró su objetivo y de pronto Simón Laredo se vió rodeado por un cerco de pistolas.

—Si tratas de hacer alguna jugada —advirtió uno de los agentes al facineroso— tu piel resultará agujereada.

Cuando el secuestrador fué trasladado a la cárcel y la agitación se calmó, Jim interrogó a Moray:

—¿Cómo supo que era Simón Laredo?

—Muy sencillo. Recuerda que cuando preparé la serial "Jim el Secuestrado", para trasmitirla por televisión, conseguí fotografías de este bandido.

—¿Y por qué me llamó Tino? Así evitó que Laredo me matara.

—¿Pero no eres Tino? —exclamó el director—. Caramba, y yo que estaba seguro de que nunca me equivocaría.

Estaba fastidiado, pero después prorrumpió en una carcajada.

—¿Por qué se ríe de Tino, señor?

La risa se interrumpió bruscamente. Moray miró al niño que

acababa de hablar y que, junto al otro, aparecía exactamente igual, como si un espejo suspendido en el aire desdoblara la imagen.
—¿Por qué me río de Tino? —repitió—. ¿Y cuál es Jim? Por favor, muchachos, desaparezcan de mi vista. No estoy con ánimos para solucionar jeroglíficos.
Una semana más tarde, venció el contrato de Tino y Jim y ambos, acompañados de sus madres, volvieron a la tierra natal.
Cuando se recibió la noticia del regreso, hubo una explosión de alegría en la aumentada familia Sarli. Al vibrar la bocina del auto que traía a los viajeros, Alicia atravesó corriendo el parque.
—¡Jim! ¡Jim! —gritaba.
Fué la primera en abrazar al muchacho. Después él se acercó a Cristina, que le miraba extasiada.
—Abraza a mi tocaya —lo invitó el alegre Tino.
Jim obedeció, nervioso. Luego los demás le saludaron con gran efusión. Romi se suspendió de su cuello, diciendo:
—Ya era tiempo que regresaras. Hemos trabajado mucho en televisión y estamos cansados.
Siempre hablaba en plural cuando se refería a Jim, desde que supo que había figurado en su programa con su nombre auténtico: Romi.
—Somos famosos, ¿verdad? —añadió, ufano.
Jim no pudo contener la risa. Tino asintió, fingiendo gravedad:
—Muy famosos, Romi. Confío que la próxima vez no nos secuestren a los tres.
Los ojos del niño reflejaron temor. Luego, con voz insegura, propuso:
—Diremos a la gente que sea más discreta, que no arme tanto bullicio con nosotros. La gloria es a veces una pesada carga.
Suspiró agobiado, mientras un coro de risas acogía sus palabras.
El internado de la Florida les brindó una acogida triunfal. Los alumnos se agrupaban, ansiosos de estrecharles la mano.
—Hola, personajes —les saludó Tortolito.
Ambos lo abrazaron, levantándolo en el aire.
—Estás más liviano, Tortolito —dijo Tino—. ¿Has perdido muchas plumas?
Aquella tarde, en el vetusto edificio del internado sólo se oyeron risas y voces vibrantes de júbilo. Nadie repitió lecciones para aprenderlas de memoria, ni abrió cuadernos, ni se ocupó del ho-

rario de clases. Tenían mucho que hablar con Tino y Jim, muchas preguntas que formular sobre los países por ellos visitados y sobre las aventuras que vivieron.

Cuando renació la calma, el colegio recobró su ritmo normal y empezaron las clases.

Los profesores interrogaban a los alumnos y surgió otra vez el antiguo problema:

—¿Eres Tino o Jim?

Y los dos amigos, que se parecían extraordinariamente, sonreían mientras sus ojos azules relumbraban. Por supuesto que había algunos que nunca se equivocaban, entre ellos Tortolito, Cristina y la colorina Alicia.

—Jim —decía Cristina, sin vacilar.

—Yo soy Jim —sugería Tino, y fingía desesperarse, porque ella lo reconocía de inmediato.

FIN

Cristina miraba extasiada a Jim.

Ponchito

... ¡NO TENGO REPUESTO! ¿NO SABES QUIEN TENDRA UNA RUEDA PARA VENDER?
¡CLARO QUE SI! EN LA CASA TENGO UNA
VOY A BUSCARLA RAPIDAMENTE

por nato

ESTOS CACHARROS VIEJOS SIEMPRE QUEDAN EN PANA
¡QUE BUENO! YA VIENE EL HUASITO
¡YA PATRÓN! ¿CUANTO ME DÁ POR ELLA?
NATO.

El dragón de Flandes

Tristán escuchaba con el corazón palpitante.

CAPITULO III.—El vencedor.

Tristán, el Hijo del Lobo, soñaba con ser uno de los caballeros de la Tabla Redonda. Esta hermandad congregaba a los doce héroes más valientes de la corte del rey Arturo. Las proezas de esos valientes eran cantadas por trovadores y ministriles en todos los castillos.

El doncel se internó en el palacio, y de pronto se detuvo al oír la voz del rey Arturo, que decía a sus caballeros:

—Desde Flandes llegan noticias alarmantes. Uno de vosotros debe ir a esas tierras y librarlas del terror.

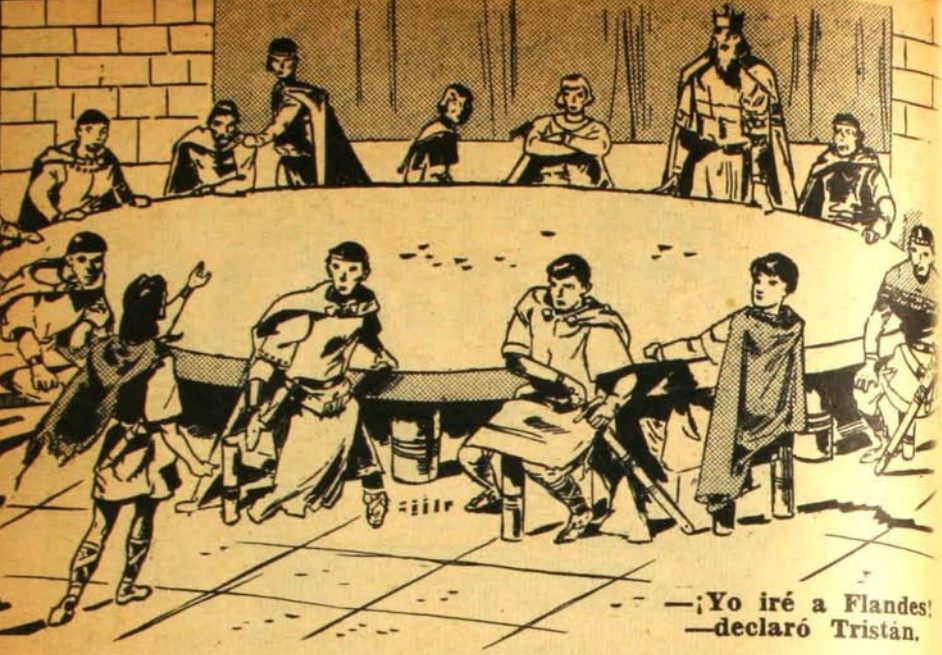
Un evasivo silencio acogió estas palabras. Todos conocían los rumores que provenían de Flandes. Los héroes que partieron para defender a los aterrados moradores de la comarca no habían regresado.

—Aguardo vuestra respuesta —insistió el rey.

Tristán escuchaba, con el corazón palpitante. Deseaba gritar: "¡Yo iré a Flandes a vencer al enemigo, sea quien fuere, hombre o monstruo, descomunal gigante o sagaz duende!". Pero se mantuvo en silencio. Replegado contra las piernas del doncel,

Barto, el lobo, también conservaba una tensa inmovilidad. Con su instinto de bestia fiel, presentía las ansias de su amo. Y su espíritu combativo crecía silenciosamente.

Nadie contestó al rey. Los caballeros permanecían indecisos. Nunca habían experimentado temor, ni retrocedieron ante el relampagueo de las espadas. Pero el viaje a Flandes ofrecía peligros desconocidos, amenazas maléficas.



—¡Yo iré a Flandes! —declaró Tristán.

De pronto una voz vibrante y juvenil se elevó en el silencio:

—Yo iré a Flandes.

Fué tan inesperada aquella réplica, que algunos barones, instintivamente, llevaron la mano a la espada, temiendo que un duende burlesco se hubiera mezclado a ellos y trajera consigo algún maligno sortilegio.

Sólo el rey Arturo permaneció inmutable.

—¿Quién eres?

—Tristán, el Hijo del Lobo, Majestad. Vengo a recibir la espada de los valientes y, para demostrar que puedo llevarla con honor, iré a Flandes.

—¿Te atreverías a combatir con uno de mis caballeros?

Ante la respuesta afirmativa del doncel, Arturo le condujo al Parque de Camelot. La comitiva se detuvo junto a una fuente, bajo los frondosos árboles. Tristán eligió como arma el garrote y como contendor al senescal Keu. Un murmullo de asombro subrayó la elección de Tristán. Keu era un

El doncel eligió como adversario a Keu.

La elección del Hijo del Lobo asombró a todos.

emible luchador. Se inició el combate, y la agilidad del joven derrotó a la experiencia y la precisión del senescal. Este no cayó vencido, pero Arturo declaró terminada la competencia, porque la victoria no se decidía ni por el ágil doncel ni por el experto barón. Tal vez hubieran seguido combatiendo por largas horas, sin que pudiera decirse quién superaba a quién.

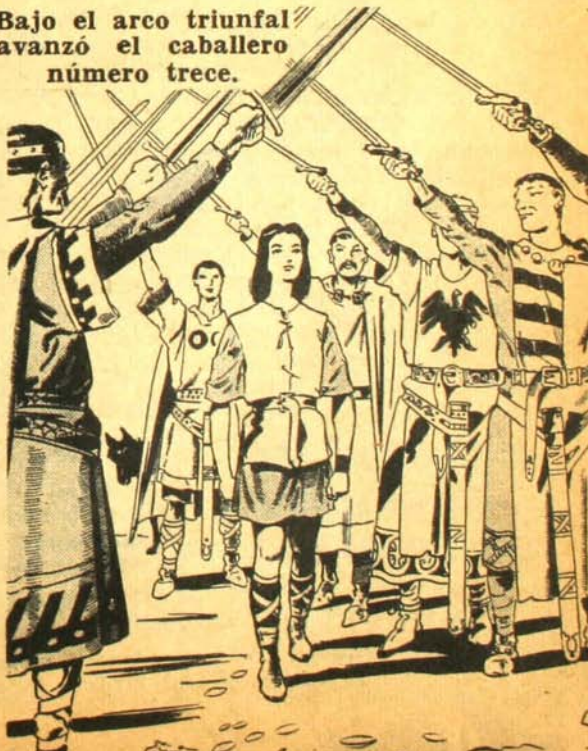
El rey Arturo no vaciló en otorgar a Tristán el honor solicitado, y los doce caballeros extendieron sus espadas para formar un arco triunfal, bajo el cual avanzó el caballero número trece, el de menos edad, pero tal vez el de mayor valentía.

—Puedes ir a Flandes —observó Arturo.

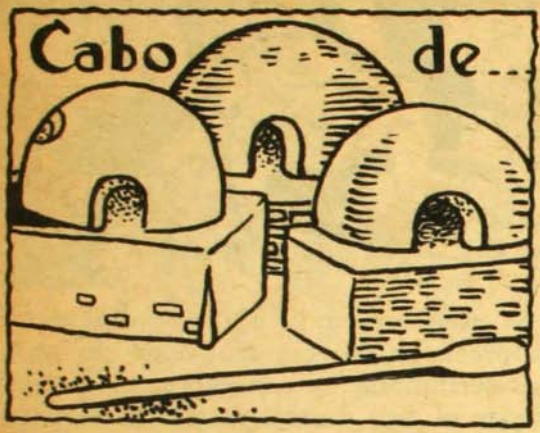
Una expresión taciturna veló el rostro de los barones. Presentían un destino aciago para el héroe recién armado caballero. Barto, en cambio, gruñó satisfecho. A él no lo alarmaban las leyendas de dragones y de peligros fatídicos.

(CONTINUARA)

Bajo el arco triunfal avanzó el caballero número trece.



Concurso Semanal



La ilustración sugiere el nombre de un Cabo situado al sur de Chile. Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 185.— Loro.

Premiados con UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Mario Guardia, Santiago; Aída Vargas Angol; Amanda Escobar, Santiago. UN LAPICERO FUENTE.— Marianela Alderete, Valparaíso; Ercira Casanova, Los Andes. DOS LAPICES Y UNA GOMA.— Luisa Hernández, Chillán; Germán Zúñiga, Chillán; Eulalia Arévalo, Valparaíso; Néstor Ruiz, Quilpué Elsa González, Santiago; Olga Nuñez, Curicó. UN JUEGO DE LUDO.— Raquel Pérez, Viña del Mar. UN LIBRO.— Cecilia Goldenstein. San Felipe; Elsa Riveros, Temuco; Carlos Muñoz, San Javier Alejandro Castro, Los Angeles; José Mercado, Concepción; Arnaldo Arellano, Valparaíso; Raúl Rojas, Rengo; María Eugenia Farías Viña del Mar; María Peatto, Villa Alemana; Juan Huerta, Valparaíso. UN VITALMIN.— María Teresa Paap, Los Angeles; Sonia Muñoz, Los Andes; Silvia Aravena, Loncoche; Fernando Alvarez Santiago; Clara Puchen de los Santos, Chillán; Teodora Mediavilla, Renca; Mercedes Cárdenas, Temuco; Julio César Nancucheo Santiago; Jorge Latham, Santiago; Patricia Bastías, Santiago. UNA PALETA DE ACUARELAS.— Gerardo Osorio, Quillota; Luzmira Catalán, Llay-Llay; Olimpia Muñoz, Villa Alemana; Julia Troncoso, Santiago; Magdalena Vera, Santiago; Nelly Salinas, Santiago Angela Vallejos, Talcahuano, y Elías Maureira, Melipilla.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 187

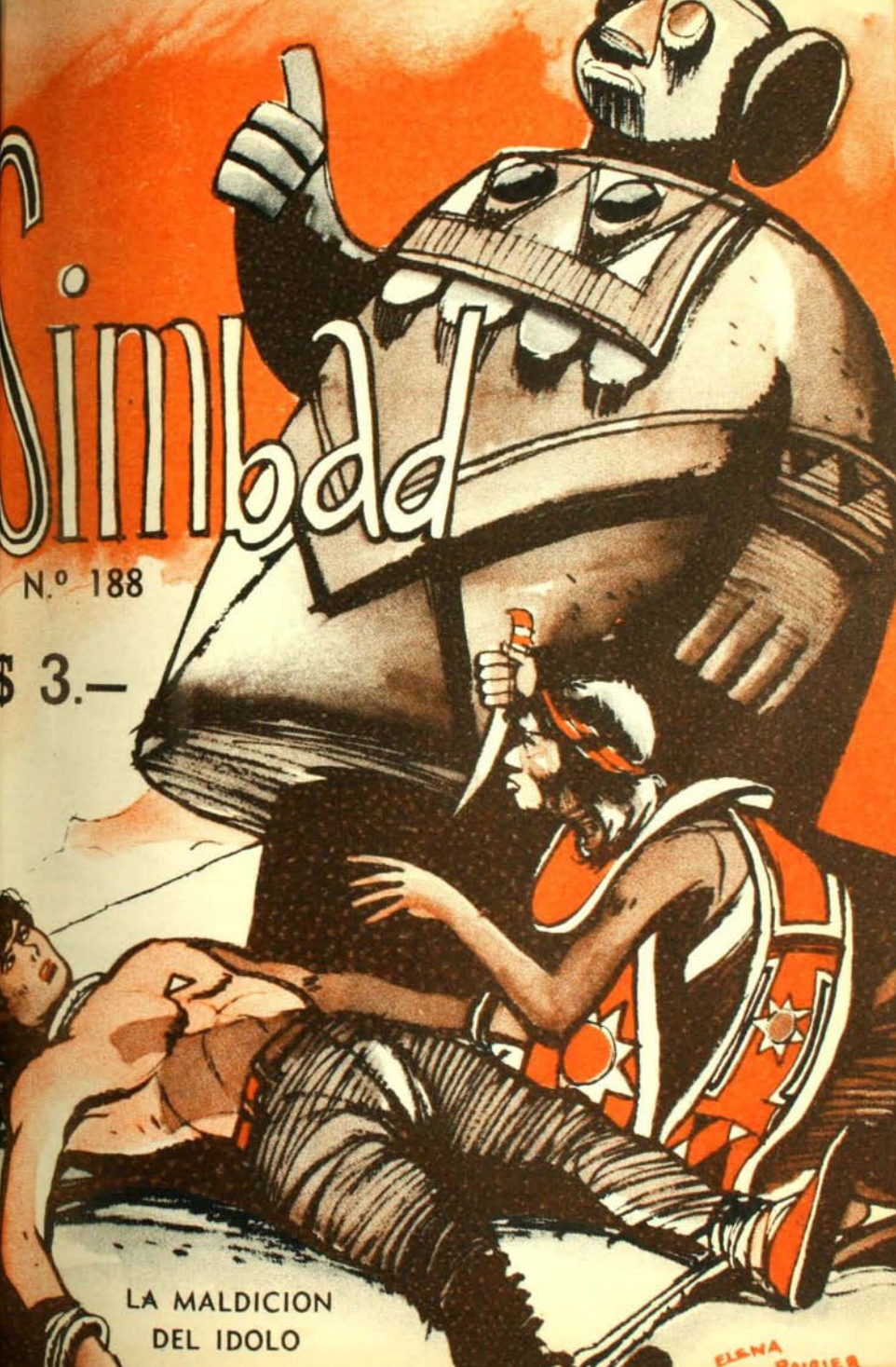
¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1958

ALCANZARÉ AL CONSEJERO
¡EH, OIGA! ¡ESPERE!
FÍJESE QUE FUI A BUSCAR LA LLAVE DEL ÉXITO
¡NO DIGAS!
¿Y SABE LO QUE CONSEGUÍ?
¿QUÉ?
¡ESTO!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO


Simbad
N.º 188
$ 3.—
LA MALDICION
DEL IDOLO
ELENA

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGINA

Simbad

AÑO IV — 8-IV-1953 — N.º 188

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

Visitado por Imp. y Bibl.
7 ABR 1953
Depósito Legal

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO XIV.— *Triunfo de Tamara.*

Amina, la elegida para ser maharani de la India, huyó a través de la selva, perseguida por los guardias que la princesa Tamara sobornó para que le arrebataran el rubí de Mahdi. Los malvados esbirros lograron apoderarse del anillo. Tamara lo cogió ávidamente.

—La reina ha huído —informó el capitán de la escolta—. ¿La capturamos?

—No sólo ordeno su captura, sino su muerte —respondió la cruel Tamara—. Cuando sepa que ella ha desaparecido, estaré segura de mi triunfo y no temeré ser derrocada.

Tamara cogió ávidamente el anillo.

—El rey viene a buscarme —exclamó la impostora.

son de trompetas dominó los rumores de la selva. Aquellos bronces anunciaban la cercanía del rey Mahdi. Tamara exclamó:

—¡Por fin se cumplen mis sueños! El rey viene a buscarme.

Cabalgando con gallardía en un espléndido corcel, se acercó el joven soberano. Su mirada estudió a la doncella que viajaba en el palanquín real. Advirtió que sobre los discretos

Amina logró evadirse de sus perseguidores y, ocultándose en la maraña selvática, siguió a la caravana. Estaba indefensa. Toda la guardia, corrompida por el oro de Tamara, la había traicionado. El visir Harún era cobarde y no se atrevería a defenderla. Cualquier hombre de la escolta lo haría temblar desenvainando el alfanje o dirigiéndole una mirada aviesa.

—Pobre visir —suspiró Amina—. Desde que salimos de Basora se ha sentido temeroso y lleno de incertidumbre. De pronto un vibrante

—Bienvenida, reina mía —saludó Mahdi.

—La verdadera elegida soy yo, rey Mahdi.

pliegues del velo, relucían unos ojos muy hermosos que lo observaron con ansia, unos ojos extrañamente sedientos. Mahdi, turbado, saludó:

—Bienvenida, reina mía.

En ese instante Amina surgió de la selva y declaró:

—La verdadera elegida soy yo, rey Mahdi. El sultán Husain me prefirió a las demás princesas.

La turbación del monarca aumentó. El velo de la segunda doncella permitía ver unas pupilas serenas. En ellas se reflejaba tal vez una leve confusión, causada por la presencia del joven soberano, por su figura recamada de oro.

—¡Miente! —aulló Tamara—. Yo tengo vuestro anillo con el rubí. Ella es una impostora.

—La princesa Tamara me robó el anillo —susurró Amina—. Creedme, oh rey.

—Tal vez digas la verdad, doncella —respondió Mahdi—. Pero mi prometida es aquella que lleva el anillo y que ha sabido defenderlo.

—Insisto en que...

—Basta —interrumpió Mahdi—. No perturbes mi felicidad de hoy.

—La princesa Tamara me robó el anillo —susurró Amina.

—Permanecerás en mi corte, como esclava —dijo el rey a Amina.

Permanecerás en mi corte como esclava.

—¿No dictas su sentencia de muerte? —exclamó Tamara.

—No quiero que las fiestas de nuestros esponsales se nublen con un recuerdo trágico —repuso el rey—. También tú debes perdonarla.

—Está bien —accedió la intrigante princesa—. Amina, te concedo la vida. Y espero que sabrás hacerte digna de permanecer junto a mí entre mi legión de esclavas.

—Mereces el trono de Bengala.

Tamara desprendió el velo que ocultaba su rostro a fin de mostrar su sonrisa magnánima. En aquella ocasión, ante su futuro esposo, no quebrantaba las leyes musulmanas al lucir su faz descubierta. Mahdi, deslumbrado por su belleza, murmuró:

—Por tu hermosura mereces el trono de Bengala.

La comitiva que acom

pañaba al soberano, aclamó a la nueva soberana. En seguida se inició la marcha hacia la capital del reino.

Entre las anónimas esclavas iba Amina, la elegida, más ignorada que ninguna sierva. Caminaba abstraída en sus tristes pensamientos. Se estremecía al pensar en el destino que aguardaba a Mahdi junto a la ambiciosa Tamara. Ella no vacilaría en impulsarlo a la guerra para obtener más poderío.

—Querrá poseer incontables riquezas que realcen su belleza y una brillante corte de aduladores. El pueblo vivirá agobiado por los tributos y el país gemirá bajo una mano tirana.

Erguido como una estatua bañada de oro, Mahdi reflexionaba sobre la rivalidad de las dos doncellas. El elefante real avanzaba con lentitud, sin sacudir el palanquín. Tamara también permanecía inmóvil, sumida en sus sueños de ambición.

(CONTINUARA)

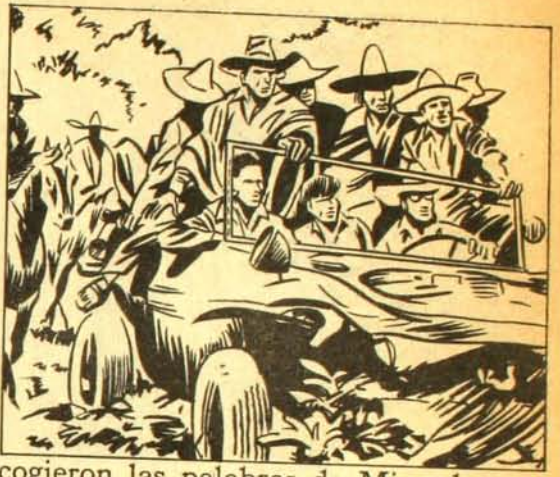
Se inició la marcha hacia la capital del reino.

La maldición del ÍDOLO

CAPITULO VII.—EL DIOS TECLOC SE TAMBALEA

1. Bajo la sombra fatídica de Hapikern, el dios malo, y de Tecloc, el cruel, León Arces sería sacrificado. Mientras tanto, los fugitivos llegaron al pueblo de Río Seco. Los padres de Pepe Miranda creían soñar al abrazar al hijo que suponían perdido para siempre. Luego advirtieron la ausencia de León Arces.

2. Pablo Eymar declaró que su amigo había sido aprisionado por los fanáticos mayas. Pedro Miranda, el padre de Pepe, arengó a los habitantes de Río Seco. "—No debemos permitir que Chipal asesine a nuestro amigo blanco —decía—. El no ha vacilado en arriesgar su vida para salvar a mi hijo. Vamos a rescatarlo."



3. Murmullos de aprobación acogieron las palabras de Miranda. Luego cada hombre preparó su cabalgadura. La partida de salvamento se dispuso a marchar, siguiendo el auto blindado que conducía Eymar. "—Habrá refriega —pronosticó el joven arqueólogo—. Espero que las ruinas mayas no queden muy dañadas."

4. León veía aproximarse su último instante. Al declinar el sol, la sombra proyectada por la mano del ídolo se extendía hacia el corazón del joven, marcado por un triángulo. Cuando el dedo rígido se posara sobre la marca, el puñal sacrificador caería. Pero los salvadores no estaban lejos.

La maldición del ÍDOLO

5. Sin sospechar que, bogando silenciosamente por el lago, se acercaban los valientes que intentarían arrebatarle a su víctima, Chipal vigilaba con mirada de tigre el lento avance de la sombra. De pronto aulló: "—¡Sacrificador, cumple tu tarea!". Pero entonces sucedió algo increíble. ¡La sombra retrocedía!

6. El ídolo vaciló sobre su pedestal y de pronto surgió la figura de un hombre. Su sombra, mezclada a la del dios Tecloc, se extendió protectora sobre el cuerpo de León Arces. "—¡Traición! —gritó Chipal, reconociendo a Pedro Miranda—. ¡Muerte a los renegados!" Luego se produjo una batalla campal.

7. Cuando se restableció la calma, Pedro Miranda habló a sus compatriotas: "—No se dejen engañar por Chipal. Los ídolos que pretende imponernos son falsos. Chipal sólo anhela el poder y nos mantendrá en la barbarie y la ignorancia". El sacerdote maya temblaba de furor y decidió vengarse.

8. Todos lo habían olvidado. Se arrastró como una maligna serpiente, dispuesto a herir a traición. Veía derrumbarse sus sueños de poderío y, antes de huir, deseaba causar a sus vencedores el mayor daño posible. Empuñaba con fuerza el puñal que no alcanzó a herir a Arces, pero que ahora se teñiría de sangre.

(CONCLUIRA)

EL ENANO.

Erase una vez un rey que tenía una hija tan hermosa, que todos la conocían con el nombre de Masbella.

Muchos príncipes habían ofrecido a la preciosa doncella su corazón y su corona, pero ella prefirió entre todos al príncipe Masbueno.

La princesa y su afortunado prometido se dirigían al templo donde se realizarían las bodas. Uno de los pretendientes desairados por Masbella, un enano horrible, de apenas medio metro de estatura, con una joroba descomunal en la espalda y barba de catorce palmos, decidió tomar cumplida venganza. Cuando el cortejo nupcial se disponía a entrar en el templo, el enano se convirtió en remolino, llenando el aire de espesa polvareda que cegó a todos.

Entonces el gnomo se apoderó de la princesa, remontó con ella hasta lo más alto de las nubes y luego descendió hasta su palacio subterráneo. Dejó en un lecho a su víctima desvanecida, recobró la forma humana y desapareció.

Más tarde la pobre princesa volvió en sí y encontróse en una sala magnífica. Llena de curiosidad, se levantó y empezó a recorrer los aposentos.

Al llegar al comedor, la inmensa mesa cuajada de pedrería se cubrió como por arte de magia de un mantel de brocado y sobre él aparecieron infinidad de platos y fuentes de oro y plata llenos de manjares.

Como a pesar de su pena sentía hambre, Masbella probó las viandas hasta saciar su apetito, después de lo cual regresó a la sala. De repente abrióse una puerta y entraron por ella cuatro negrazos armados hasta los dientes, conduciendo sobre sus robustos hombros un enorme trono de oro macizo, en el que iba sentado el ridículo enano.

Llegados al centro del salón, depositaron en el suelo su horrible carga, y el enano se aproximó a la princesa e intentó abrazarla

Ella correspondió a tal muestra de cariño con un golpe que le hizo ver todo el firmamento.

El adefesio, después de lanzar un grito terrible, se apresuró a salir de la estancia, pero se le enredaron los pies en la larguísima barba y cayó de bruces. Levantóse vociferando y desapareció, sin darse cuenta de que se le había caído un gorro de seda roja. Los negros se marcharon detrás de su señor, y cuando la princesa quedó sola, cerró la puerta con llave. Inmediatamente recogió el gorro, se lo ajustó a su linda cabecita y se colocó frente a un espejo para ver cómo le sentaba.

Comprobó, asombrada, que en la brillante superficie no aparecía imagen alguna. Quitóse el gorro y su esbelto cuerpo, así como su rostro sin par, se reflejaron en el espejo. Entonces comprendió que el gorro hacía invisible a quien se cubría con él, y gozosa de tal descubrimiento, volvió a ponérselo y se paseó ufana por toda la sala.

Un instante después se abrió de nuevo la puerta para dar paso al

El malvado enano raptó a la princesa Masbella.

enano, que se había echado la barba por encima de los hombros. No encontrando ni princesa ni gorro, comprendió que se lo había apropiado ella y, furiosísimo, empezó a registrar toda la habitación, metiéndose debajo de los muebles y hasta de las alfombras. Entretanto, la princesa, como era ya invisible, se escapó al jardín del palacio, y allí fijó su morada, alimentándose de deliciosos frutos y bebiendo las aguas cristalinas y frescas de un dulce manantial.

El enano deambulaba incesantemente por el jardín, intentando encontrarla.

Un día logró aprisionar a la princesa, y ya se disponía a llevarla al interior del palacio, cuando el aire del jardín se estremeció con los vibrantes sones de un clarín bélico.

El horrible enano dió una patada en el suelo y, al mismo tiempo que lanzaba mil maldiciones de rabia, sopló sobre la princesa para dormirla, cubriéndola luego con el gorro mágico para hacerla invisible.

Después se proveyó de un alfanje curvo y se elevó hasta las nubes para enfrentarse con su agresor y matarle de un solo tajo. Veamos ahora quién era su enemigo.

Cuando el huracán, cegando el cortejo nupcial y dispersando a los asistentes, dió ocasión al enano a apoderarse de Masbella, alzóse un gran tumulto entre los príncipes y su séquito.

El rey y el príncipe buscaban por todas partes a la hermosa princesa.

El padre de Masbella declaró lleno de cólera que, como no apareciera su hija, entraría con su ejército en el reino de Masbueno y no dejaría en él piedra sobre piedra.

Luego prometió a todos los príncipes congregados para la ceremonia, que aquél que rescatara a Masbella se casaría con ella y él le entregaría en dote la mitad de su reino.

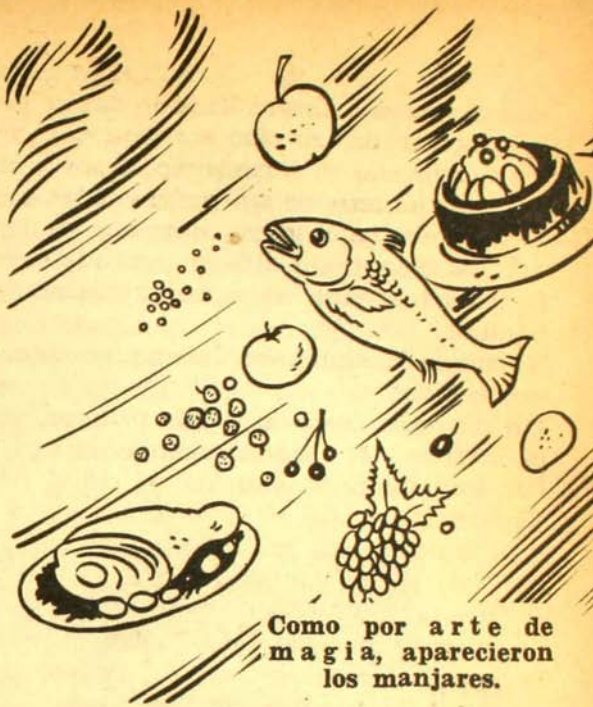
Llenos de esperanza, los príncipes montaron a caballo y se dispersaron en todas direcciones. Masbueno, abrumado de dolor, los imitó y emprendió la búsqueda de su amada.

Tres días cabalgó sin comer, sin beber y sin dormir.

Al atardecer del tercer día detuvo su corcel en una pradera. De pronto vió una liebre perseguida por un buho. Lanzó una flecha al ave nocturna, librando así al roedor. Este, antes de desaparecer, dijo:

—Gracias, príncipe Masbueno. Desde este instante, tu caballo es

mágico, para recompensarte por tu buen corazón. Vencerás al enano. Esta profecía se cumplió. El horrible gnomo no pudo vencer al jinete que montaba el caballo mágico y cayó muerto. El príncipe cogió a la bella princesa y emprendieron el camino de regreso. Al llegar la noche se detuvieron, y Masbueno, disponiendo entre las hierbas un lecho para su prometida, se durmió.



Como por arte de magia, aparecieron los manjares.

Quiso la fatalidad que pasara por allí uno de los caballeros que salieron en busca de la princesa y, viendo dormido a Masbueno, se apoderó de la dormida doncella, montó a caballo y no tardó en llegar a presencia del rey, a quien dijo:

—Aquí tenéis a vuestra hija y espero que me la daréis por esposa, como prometisteis. Había sido raptada por un terrible mago, con quien he sostenido una terrible lucha que ha durado tres días y tres noches.

Entretanto, el príncipe Masbueno se había despertado y, montando en su caballo mágico, dijo:

—Busquemos a Masbella.

El caballo le explicó:

—Tu novia sigue dormida y sólo tú podrás despertarla, pronunciando su nombre.

Galoparon hacia la capital del reino y el príncipe quiso comparecer ante el rey.

Los guardias no le permitieron el paso.

—Yo soy el príncipe Masbueno, el que rescató a la princesa Masbella —aseguró el joven; pero los centinelas se rieron de él y le respondieron:

—El salvador de la princesa es el caballero Sintacha y se desposará con ella dentro de dos días.
—Ni dentro de dos días ni dentro de cien —replicó el príncipe y, sin tardanza, se encasquetó el gorro invisible. De dos zancadas estuvo en el interior del palacio. Más tarde, cuando se halló ante el rey, se quitó el gorro mágico y declaró:
—Yo he sido, señor, quien ha salvado a Masbella. Yo os la traía cuando un traidor la raptó. El impostor os ha engañado miserablemente, pero yo podré demostraros su falacia despertando a mi amada Masbella en vuestra presencia.
Al oír estas palabras, el malvado se escabulló y emprendió la fuga, sin que hasta la fecha se haya podido averiguar su paradero. Masbueno, entretanto, nombró a la princesa dormida, y ésta se despertó en el acto.

El príncipe montó el caballo mágico.

Un murmullo de asombro recorrió las filas de cortesanos que presenciaron el prodigioso despertar de la princesa Masbella. Irguiéndose, la real doncella exclamó:

—He dormido mucho tiempo.

De pronto recordó al horrible enano que la había tenido en cautiverio y murmuró:

—Debo huir. Ese enano maléfico me retiene prisionera.

El príncipe Masbueno respondió:

—El malvado gnomo ha muerto y ahora estamos libres.

Aquella misma noche se celebraron las bodas. Todos fueron muy felices, comieron perdices y a mí no me dieron porque no quisieron.

Fin

Correspondencia

María Elvira Cano Pineda, Valdivia.— Declara que no sólo los niños sino los grandes leen "Simbad". Excelente noticia. "Simbad" se siente muy orgulloso.

A nuestros lectores.— Nos han pedido con gran insistencia que publiquemos la hermosa serial "JUAN Y JUANITA". Nuestra compañera de éxitos, la revista "Okey" nos ha cedido gentilmente la publicación de esas aventuras, que iniciaremos pronto, para alegría de los fieles simbadinos.

Rosario Mansoulet (Temuco).— Agradecemos sus entusiastas felicitaciones. "Jim, el Secuestrado" conquistó muchos admiradores. Confiamos que la nueva serie, "La Caverna de los Buhos", también la entusiasme.

María Antonieta Segovia (Santiago).— Nos complacen sus elogios para la pequeña gran revista "Simbad".

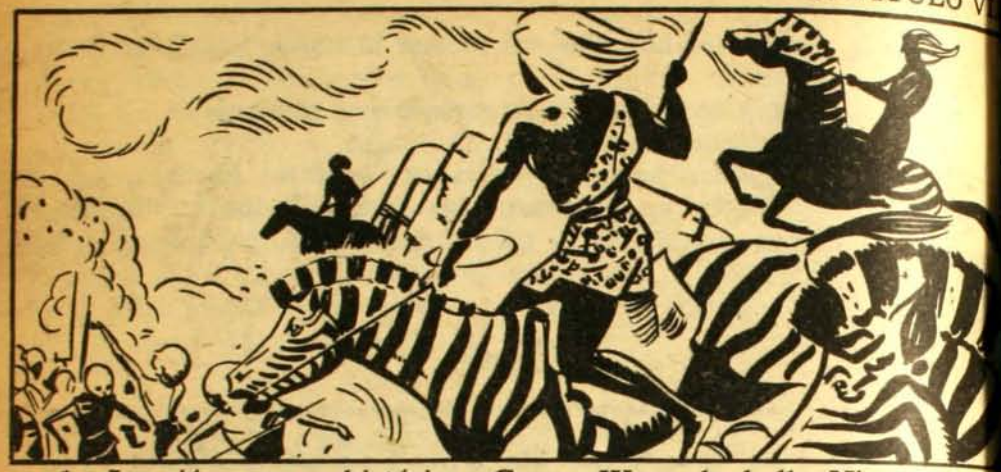
Pedro Henríquez Torres (Santiago).— Nato agradece sus felicitaciones y le asegura que el repertorio de diabluras de "Pelusita" y "Ponchito" es inagotable.

Patricio Retamal (Linares).— No diga que sus letras son "patitas de gallo". En realidad, tiene excelente caligrafía. Lo felicitamos. Ya ve; elogios van y elogios vienen. Nosotros por su letra y usted por "Simbad", la revista preferida de todos los niños.

ROXANE

LA BESTIA ROJA

CAPITULO VI GRESO TARDIO



1. Los jóvenes prehistóricos Gor y Wa y la bella Nia cayeron en poder de una legión de pigmeos. Estos vivían en las brechas de las grandes rocas y hormigueaban entre las piedras, como arácnidos de pálidos brazos y cabeza desproporcionada. Un clan de raza negra rescató a los prisioneros.

2. Los extraños jinetes maniataron a Gor y a Nia. Wa, herido cuando luchó contra la tribu de hombres gigantescos, fué depositado sobre uno de los animales semejantes a las cebras. Una idea parecía martillar las sienes de Gor: "Huir". Era preciso escapar, antes que sus captores les alejaran de su propia tribu.

3. Cabalgaron día y noche. La región desértica fué reemplazada nuevamente por la vegetación de helechos gigantes y árboles de retorcido y poderoso ramaje. A veces atravesaban la huella de un dinosaurio o un iguanodonte. Los pterodáctilos, grandes aves de alas huesudas, volaban a escasa altura.

4. Gor pensaba en su tribu, privada de la protección de la "bestia roja", el fuego. Las inundaciones y las lluvias tal vez habían diezmado el clan. Observó que sus captores sabían, como Nia, hacer surgir la hoguera vivificante. "Huir, huir", seguía repitiendo su mente. Pero Wa estaba herido y Nia era vigilada.

LA BESTIA ROJA

5. El silencioso furor del joven se aplacó al advertir que Wa recibía cuidados y que su herida cicatrizaba. Entonces se decidió a parlamentar con el jefe de los guerreros negros. Con su rudimentario lenguaje y completando sus gruñidos con gestos, intentó explicarse: "Gor se va o su clan morirá".

6. Procuró describir la desolación de su tribu, que necesitaba el fuego para sobrevivir. El jefe, comprendiendo, extendió su brazo hacia los libres caminos de la selva. Los jóvenes blancos y la muchacha silenciosa podían partir. Los tres emprendieron el regreso. Gor y Wa enfrentaron de nuevo a las bestias.

7. Alertas, con el hacha preparada y la lanza esgrimida, avanzaban, llevando a Nia entre ellos, para protegerla. Cuando retemblaba la tierra por la cercanía de un monstruo, buscaban refugio. Por fin llegaron a su tierra y se estremecieron al descubrir esqueletos de saurios y osamentas humanas.

8. ¿Regresaban demasiado tarde? Tal vez la tribu completa había perecido. Los terribles glaciares aniquilaban la vida sobre la faz de la tierra. El hambre acosaba a hombres y bestias. Un incendio helado quemaba las plantas. Sólo la "bestia roja" podía conjurar el peligro de exterminio.

(CONCLUIRA)

La Caverna de los Piratas

CAPITULO I.—Huyendo de la tempestad.

—Fuí un idiota al internarme en estos arenales —murmuró el capitán de marina Hugo Belmar—. ¿Cómo saldremos ahora de aquí?

Examinaba su automóvil, tratando de adivinar dónde estaba la falla que le impedía reanudar la marcha.

—No se desanime, papá —sugirió una niña rubia que viajaba en el asiento delantero—. Tal vez recibamos ayuda.

—¿De quién, Lidia? ¿No ves que estamos en un lugar desierto? Y para mayor calamidad pronto lloverá.

En efecto, negras nubes se extendían por el cielo y un viento huracanado silbaba entre las dunas y rocas.

—Nuestra tierra natal nos recibe con hostilidad —observó Hugo que había permanecido ausente de su patria durante quince años. Su hija nació en el extranjero y viajó por los cinco continentes. Ambos, aunque chilenos, llegaban como forasteros al terruño.

Una recia lluvia, dispersada por el viento en violentas ráfagas, cayó sobre la costa. El agua desaparecía absorbida por la arena y formaba riachuelos en los arrecifes.

La mirada de Belmar se dirigió con ansiedad hacia su hija. Ella sonrió y, abrochando el cuello de su impermeable y ajustando el capuchón a su rubia cabeza, indicó:

—No tema por mí, papacito. Aquí tiene su impermeable. Salgamos en busca de una casa donde refugiarnos.

—Pero la lluvia...

—No soy una niña de azúcar y el agua no me disolverá —señaló ella—. Papá, mi salud se restableció por completo. Olvide sus temores.

Con un gesto de resignación, Hugo Belmar se ciñó el abrigo de cuero, ayudó a la jovencita a descender del coche y luego ambos se encaminaron hacia el interior del lugar en busca de un sitio donde guarecerse.

Avanzaron, sin distinguir más que altos roquedos y sombrías grutas.

—Creo que las cavernas son nuestro único recurso —masculló Belmar, sosteniendo a Lidia. Ella exclamó de pronto:

—Mire, papá. Allá arriba, una casa de piedra que parece una fortaleza o un castillo.

Destacándose contra el nublado cielo, se erguía una antigua mansión, edificada sobre la roca. A sus pies bramaba el mar y hervía la espuma formada por el poderoso oleaje.

El coche del marino Alan Belmar sufrió un desperfecto.

—¡Qué emocionante! Parece un castillo de leyenda. Me encantaría vivir en él —confesó Lidia.

—Vamos, chiquilla. No te detengas que la lluvia está calándote hasta los huesos. Espero que no te enfermes.

Su paternal inquietud aumentaba. Minutos después suspiró:

—Gracias a Dios. Allá diviso una casa.

Un trueno retumbó en la lejanía y la tormenta arreció. El destello de los relámpagos iluminaba fugazmente la espesa cortina de agua. La vivienda a la cual se aproximaban Belmar y su hija parecía deshabitada.

—Extraño —comentó el marino—. También tu nido de águilas se

ve vacío. ¿Es que nadie se atreve a habitar esta región inhóspita?

—No exagere, papá —sonrió Lidia—. En esa ventana distingo luz. Y en cuanto al "nido de águilas", como usted llama al castillo, tal vez seamos nosotros quienes lo ocupemos.

Belmar no discutió aquella profecía. Apresuró el paso y llamó a la puerta. Una anciana acudió a abrir. Jamás había visto Lidia un rostro surcado por tantas arrugas. Pero en los ojos brillaba una luz de juventud, como si milagrosamente aquella mujer hubiera conservado sus ojos de niña.

—Perdone que la molestemos, señora —dijo el capitán—. Le rogamos que nos dé alojamiento por esta noche. Mi auto se descompuso en el camino y no tenemos a quién recurrir.

La anciana abrió ampliamente la puerta, cediéndoles el paso, sin pronunciar palabra. Con igual mutismo ayudó a Lidia a quitarse el impermeable y le señaló la chimenea, cuya lumbre esparcía un agradable calor. Afuera rugía la tempestad.

La puerta se abrió de nuevo y un muchacho alto penetró en la habitación. Por su obscura cabellera se escurría el agua. En la faz morena se destacaban los ojos claros, de transparencia igual a la de las pupilas juveniles de la anciana. Esta habló por primera vez:

—Mi nieto, Adrián Montes.

Lidia había creído que la anciana era muda y se sorprendió al oírla hablar. Saludó al adolescente con una inclinación de cabeza y él enrojeció. El capitán Belmar, para ayudarlo a vencer su turbación, inició una animada charla.

—¿Hace mucho tiempo que viven aquí?

—Yo tengo casi cien años y mis padres nacieron en esta casa —replicó la abuela de Adrián.

La asombrosa declaración causó estupor a los visitantes.

—Es increíble —balbuceó Belmar.

—Hay otras cosas más increíbles que mi edad.

Ofreció a Lidia un tazón de leche caliente y una servilleta en la cual había envuelto un pan de rescoldo.

—Permítame, ¿cuál es su nombre, señora?

—Luisa Sharp.

Un nuevo impacto de asombro golpeó el corazón del marino. Aquel nombre, Sharp, pertenecía a un pirata que en lejanos tiem-

pos asoló las costas de Coquimbo. En el país se decía, cuando una calamidad afligía a los moradores: "Llegó charqui a Coquimbo", deformando el nombre inglés del filibustero.

—Perdone, ¿está usted emparentada con alguna familia inglesa?

Luisa le dirigió una mirada que vacilaba entre el recelo y la ironía.

—¿No le parece, señor, que he hablado demasiado? Adrián, ve a buscar más leña para el fuego.

El muchacho alto obedeció con rapidez. De la anciana emanaba una autoridad indiscutible.

Los viajeros descubrieron una vivienda y decidieron refugiarse en ella.

Cuando terminó de beber la leche y saborear el exquisito pan, Lidia se aproximó a la ventana para escrutar la lejanía. Seguía lloviendo torrencialmente. A la luz de los relámpagos aparecía y desaparecía la imponente mole del castillo.

—Desde aquí se ve el nido de águilas —dijo a su padre—. Papacito, si estuviera en venta, ¿por qué no lo compra? Venimos a radicarnos y ningún lugar me parece más atrayente.

—¿Cuál es el nido de águilas? —inquirió Adrián, que entraba en aquel instante con un haz de leña.

—Esa casa de piedra, edificada sobre las rocas.

Casualmente, la mirada de Lidia se dirigió hacia Luisa Sharp y descubrió en aquel semblante rugoso y hermético una expresión ávida que no supo definir.

—Señora —preguntó directamente—. ¿El castillo está deshabitado?

—Sí.

—¿Y sus dueños lo ofrecen en venta?

—Supongo que sí.

—¿Convendría comprarlo?

—Supongo que sí —repitió la abuela, y sus ojos azules seguían reluciendo extrañamente.

—Yo les aconsejaría que no adquirieran esa casa —intervino Adrián, vacilante.

—¿Por qué no? —saltó Luisa Sharp—. Ellos saben en qué invierten su dinero y qué caprichos pueden satisfacer.

—¿Hay alguna razón especial para que usted nos aconseje desistir de esa compra? —interrogó el capitán Belmar.

—Yo..., no, señor —contestó Adrián.

Pero Lidia hubiera jurado que el muchacho guardaba un secreto. Quiso tal vez revelarlo, pero la autoritaria mirada de su abuela lo obligó a callar.

Lidia era, en apariencia, una niña frágil. Pero poseía un espíritu audaz, ansioso de aventuras. Su padre se equivocaba al suponerla enfermiza y débil. En sus viajes por el mundo nunca se sintió fatigada ni conoció el temor. Ahora estaba en la tierra natal de su padre, la patria que añoró tantas veces en sus vagancias por lejanos países, y hallaba en ella un secreto que descifrar, tal vez una aventura extraordinaria. Aquel castillo rodeado de misterio, aquellos personajes singulares: la abuela Sharp, descendiente de piratas, y Adrián Montes, quizás un amigo secreto, quizás un personaje aparentemente cándido y leal, pero que furtivamente preparaba alguna intriga.

Pensativo, Hugo Belmar dijo:

—¿Nos permitirá pasar aquí la noche, señora?

—Por supuesto —asintió ella—. Nadie les negaría asilo en una noche como ésta. Las cataratas del cielo se han abierto y una legión de demonios aúlla con el viento.

Preparó dos camas en la sala y en seguida se retiró, seguida de su nieto.

—No debería desconfiar —susurró el capitán—, pero esta anciana me inquieta.

Lidia sonrió.

—Es porque la relaciona con sus antepasados piratas. ¿Cree que a medianoche vendrá a amenazarnos con un trabuco? O quizás envíe a su nieto... Me imagino a Adrián con un parche negro sobre un ojo...

—No te burles, hija mía. Creo que hemos venido a caer a una cueva de contrabandistas, o algo parecido.

Luego, avergonzado, temiendo haber alarmado a la niña con falsas suposiciones, añadió:

—Duerme tranquila. Yo velaré.

—Descanse usted también, papá. No creo que nos amenace peligro alguno. La noche es tan infernal, que ni siquiera los contrabandistas se atreverán a abandonar su guarida.

La anciana les invitó silenciosamente a entrar.

Transcurrieron las horas, lentas, ritmadas por el golpe de la lluvia. En la chimenea se apagaban las últimas brasas. Hugo Belmar se agitaba desasosegado en el lecho de paja. Lidia, en cambio, dormía plácidamente.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡MUY MAL PONCHITO! NO APRENDES NADA DE ARITMETICA
¡TIENES QUE ESTUDIAR LAS TABLAS!
¡YA LO SABES, SI NO TRAES LAS TAREAS, TE CASTIGARE'!
¡EN CUANTO LLEGUE A LA CASA ME PONDRE' A ESTUDIAR!

por nato

¡HARÉ LO QUE ME DIJO EL PROFESOR!
RATO DESPUES
¿QUÉ HACES AHÍ, HOLGAZAN?
¡HACE RATO QUE TE VEO AQUÍ SIN HACER NADA!
¡PERO ABUELITA, SI EL PROFESOR ME ORDENÓ QUE ESTUDIARA LAS TABLAS!
NATO

El dragón de Flandes

CAPITULO IV.—El defensor de Tristán.

Tristán, el Hijo del Lobo, demostró su valor indomable al combatir contra el senescal Keu. El rey Arturo le nombró entonces caballero de la Mesa Redonda y dispuso que se hospedara en el castillo de Camelot.

Al día siguiente, desde la ventana de su aposento, el doncel divisó un escuadrón de soldados. Conducía un prisionero que, minutos después, pendía de una horca. Estremecido, Tristán se dirigió hacia el patíbulo y pudo leer la siguiente advertencia:

Este hombre propaló falsas noticias sobre el desdichado país de Flandes.

El adolescente regresaba pensativo al castillo, cuando se cruzó en su camino una dama, escoltada por dos enormes lebreles. Ella le dirigió una mirada desdeñosa y los canes mostraron los colmillos

El rey dispuso que Tristán se hospedara en el castillo.

Los soldados conducían a un prisionero.

Tristán pasó, sin pronunciar palabra, y de pronto una voz imperativa gritó:

—¡A él, mis fieles perros!

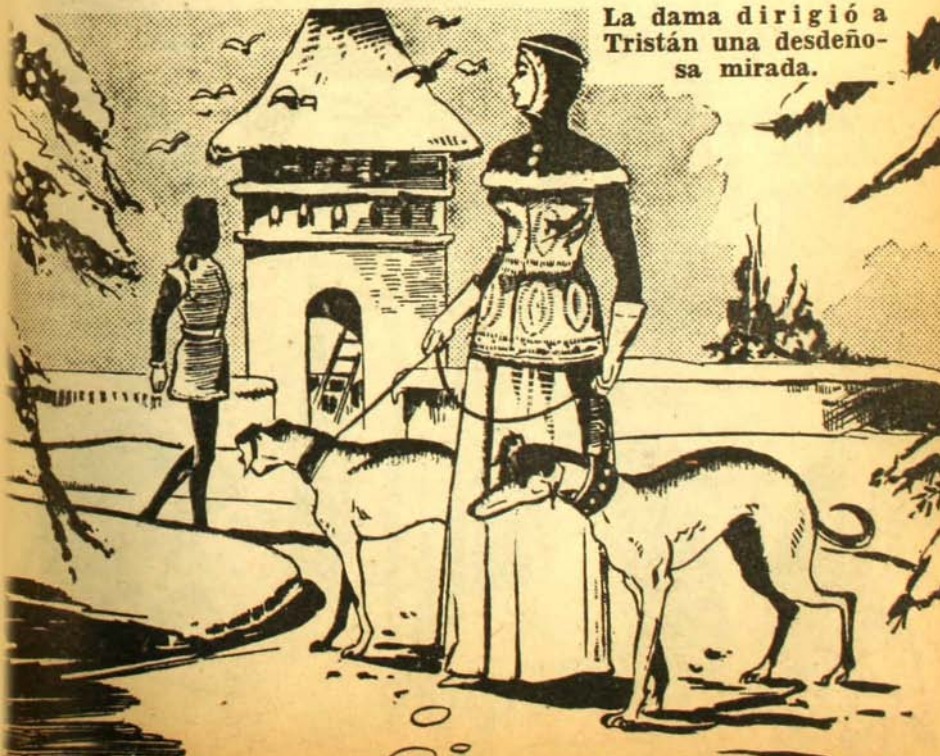
Las dos grandes bestias saltaron, gruñendo amenazantes. El joven, sorprendido por el inesperado ataque, desenvainó su puñal.

—Señora —dijo con calma—, llame a sus perros.

Una risa cruel se desbordó de los hermosos labios.

—Me niego a llamarlos —declaró, jugando negligentemente con una rama de enebro cargada de nieve—. Y te prohibo que uses tu puñal contra ellos.

Los lebreles gruñían, esperando la orden de abalanzarse contra el doncel.



La dama dirigió a Tristán una desdeñosa mirada.

El Hijo del Lobo oyó una voz imperativa.

—Imprudente mancebo —añadió la desconocida—. Soy Ginebra, esposa del rey Arturo y reina de Armorique. Al verme, debías haberte inclinado con la humildad de un esclavo. Nadie pasa ante la reina Ginebra sin rendirle homenaje. Y el que la ofende es castigado.

Mecía aún la rama de enebro, prolongando la incertidumbre para atormentar a aquel adolescente. Observó asombrada que él no demostraba temor. El puñal no vacilaba en su mano. Su esbelto cuerpo se veía tenso, pero no tembloroso, aguardando el instante en

—Señora, llame a sus perros —dijo el doncel.

—Yo soy **Ginebra**, reina de Armorique.

que debería defenderse. Los ojos encendidos de los lebreles se desviaban porque no podían soportar la mirada del héroe. Ladrando, retrocedieron. Pero la voz de Ginebra los azuzó.

Tristán confiaba en su rapidez y agilidad. Sin embargo, el combate sería difícil. Las bestias eran amaestradas y sus dentelladas resultaban mortales. Cuando se encogieron para saltar, un sorpresivo adversario surgió del bosque. Como una sombra rojiza cruzó ante Tristán, cayendo frente a los dos perros.

—¡Barto! —susurró el joven.

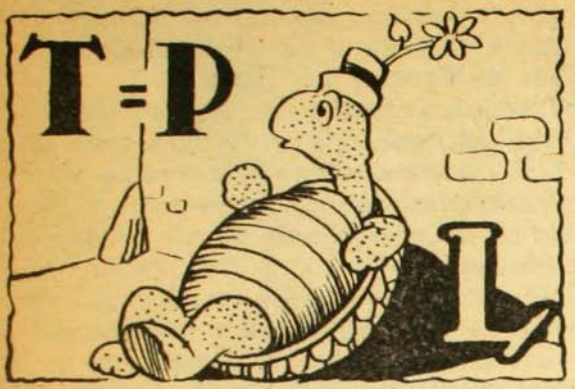
Era efectivamente el lobo, su compañero de la infancia, el amigo leal que seguía sus pasos por doquiera, sin temer el peligro.

Los ojos de Ginebra centellearon. Contemplaba fascinada al gran lobo, y una vaga piedad la dominó al pensar que sus lebreles lo destrozarían. Sabían embestir. Sus colmillos no se hundían vanamente y eran como cuchillos degolladores, dirigidos por una voluntad asesina.

(CONTINUARA)

Los feroces lebreles retrocedieron.

Concurso Semanal



El jeroglífico que publicamos corresponde al nombre de un país cuya capital es Lisboa. Envía tu respuesta a revista "SIMBAD", casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

Solución al CONCURSO N.º 186.— "CASA", Letra Mágica: C.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Iván Vargas C., San Francisco de Limache; Eduardo González, Puente Alto; Elsa Muñoz D., Rancagua.

UN LAPICERO FUENTE: Gastón Baeza V., Santiago; Rosa Cruz, Viña del Mar.

UNA TIJERA CORTA PAPEL: Betty Jansen, Chillán; Norma del Carmen Zamora, Santiago; Sylvia Angélica Quintana, Talca.

UN JUEGO DE LUDO: Juan Valenzuela, Santiago.

DOS CUADERNOS: Eldo Avila, Parral; Inés Solas, Santiago; Mónica Campos R., Peña Blanca; Nélson Rojas, Quillota; Ilia Robles, Santiago; Rolando Latorre, Valparaíso; Ricardo Arratia G., Santiago; Violeta López C., Viña del Mar; Rina Correa C., Santiago; Gerardo Osorio, Quillota.

UN VITALMIN: Cecilia Bermúdez, Viña del Mar; Inés Garrido, Santiago; Francisco Conejera, Santiago; Iris Muñoz M., Linares; Armiliano Flores, Linares; Sonia Llanos S., Santiago; Olga L. Ramírez N., Santiago; María Haddad, Santiago; Antonio Sepúlveda, San Bernardo; Luis Márquez, Chillán.

UN LIBRO: José E. Medel, Cauquenes; Droguett Olguín, San Bernardo; Marcelo Muñoz A., Valparaíso; Manuel Devia R., Valparaíso; Rebeca Sanhueza, Chillán; Angel Torres, Santiago; José M. Correa V., Graneros; Sara I. Espinoza Z., Caleta Abarca; Carlos B. Navea C., Santiago, y Luis Salas, Quillota.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 188

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

LEO EN TU PENSAMIENTO QUE TIENES HAMBRE!¡YO TAMBIÉN TENGO!
¿SIENTES UN RI@O OLOR@ILLO, @HASAMÁN?
JAMAS ME HA FALLADO EL OLFATO! ¡ES POLLO ASADO!
¡APÚRATE QUE SE ME HA@E AGUA LA BO@A!
¡OH, ERA ESTO! ¡BASURA QUEMADA!
PLOP
VUOOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad
LA HABLADORA
N.º 189
$ 3.–
ELENA POIRIER

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGI

Simbad

AÑO IV — 15-IV-1953 — N.º 189

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0.10

El RUBÍ de MAHDI

—El príncipe Sinam os arrebató el trono —anunció el mensajero.

CAPITULO XV. — El usurpador Sinam.

El rey Mahdi, inmóvil como un ídolo de oro en el alto palanquín, meditaba en su encuentro con Tamara, la futura maharani. Esta había usurpado el lugar de Amina, la verdadera elegida, quien marchaba confundida entre las esclavas. El joven soberano evocaba la mirada de aquella sierva y sentía que su corazón vacilaba entre ella y la hermosa pero cruel Tamara.

De pronto, las cavila-

—Te espero aqui, r
mio —dijo Tamara

ciones del rey fueron interrumpidas por la llegada de un mensajero, que le anunció con voz jadeante:

—Majestad, en vuestra ausencia, el príncipe Sinam os ha arrebatado el trono. El ejército del impostor se acerca.

Mahdi no vaciló. Dirigiéndose a Tamara, le dijo:

—Reina, detendré al usurpador, castigando su felonía.

—Te espero aquí, rey mío, segura de que regresarás triunfante —respondió la falsa elegida.

Cuando el soberano hindú se disponía a dar la orden de cabalgar, advirtió entre sus guerreros a la esclava Amina.

—¿Qué pretendes, oh intrépida sierva? —preguntó con involuntaria admiración.

Atacaban a Mahdi, el rey destronado.

—Permíteme que vaya con tus guerreros —suplicó ella.

Mahdi no se opuso y cuando su escolta enfrentó a las tropas del traidor, la espada de Amina relampagueó diezmando las filas enemigas. Los secuaces de Sinam huían de aquella espada vengadora y preferían desafiar a los guerreros y aun al pro-

pio rey destronado. Ellos, aun siendo héroes, eran menos temibles que la doncella de brazo invencible y mirada fulmínea.

De súbito, Mahdi fué herido. Amina acudió en su auxilio e impidió que sus cobardes adversarios le dieran muerte. Luego, comprendiendo que la resistencia era inútil, emprendió la huída, llevando en su caballo el cuerpo inerte de Mahdi.

Mahdi fué herido.

Cuando Tamara vió al rey herido y derrotado, protestó:

—¿Por qué lo traes aquí? No pienso cuidarlo. Marcho hacia la capital del reino para rendir homenaje al maharajá Sinam. Yo no permanezco junto a los fracasados.

La mente de Mahdi, nublada por el dolor, se despejó ante las despiadadas palabras. Irguiéndose con esfuerzo, el joven murmuró:

—No puedes abandonarme. Tú eres la esposa que Husain eligió para mí.

Con una risa despreciativa, Tamara dijo:

—Quiero reinar, y no mantenerme oculta o huir porque mi esposo es un rey perseguido. Gobernaré con Sinam,

—¿Por qué lo traes aquí? —protestó Tamara.

—Consuélate con tu esclava.

el victorioso. Tú consuélate con tu esclava. Ella, Amina, es la elegida por el sultán Husain. Yo traté de suplantarla, pero ahora no me interesa continuar fingiendo.

Pronunció estas palabras con absoluta frialdad y cinismo, y luego subió al elefante que la llevaría a Bengala. Allí pidió ser conducida ante el nuevo rey. Minutos después se halló en presencia de un hombre alto, de expresión dura y ojos agudos, que parecían horadar el alma de aquel a quien contemplaban.

Tamara titubeó, pero, dominándose, habló con osadía:

—Soy Tamara, la princesa que el sultán de Basora designó para ser la esposa del poderoso rey de Bengala.

—Yo soy el rey y acepto que compartas mi trono —replicó Sinam—. Serás la reina más hermosa y resplandeciente del mundo.

Esas eran las palabras que Tamara deseaba oír. Las que no pronunció Mahdi, porque no sospechó que el corazón de ella estaba roído por la ambición. Pero Sinam era más sagaz y, además, sus sentimientos eran semejantes a los de la princesa.

Si aquella pareja llegaba a reinar en la India, sería como si una bandada de aves rapaces cayera sobre el país.

—Nuestra coronación atraerá a los grandes potentados de la tierra —añadió el usurpador—. Desde hoy empezarán los preparativos. Toda la riqueza de la India se desplegará ante tus ojos oh soberana.

Tamara sonrió. Había triunfado. Sus rivales, Shira y Amina, ca-

yeron derrotadas. Una pereció en las garras de un tigre, y la otra, sola en la inmensa y peligrosa jungla, curaba las heridas de un rey destronado. Era fácil que las fieras o los reptiles penetraran en la tienda que les cobijaba. Amina desaparecería entonces.

—Rey Sinam —propuso—, ¿por qué no envías una expedición a la selva, para cerciorarte de que tu enemigo Mahdi no reaparecerá?

Tamara compareció ante Sinam, el usurpador.

—No temas —replicó Sinam—. Es difícil que sobreviva. Los tigres, las serpientes, los voraces insectos o las plantas venenosas se encargarán de él. Olvídalo, reina. Piensa nada más que en la próxima coronación del gran Sinam y de la bella Tamara.

La princesa desechó sus aprensiones. Pero tenía razón al temer que Mahdi resurgiera. El verdadero rey tenía junto a sí a Amina, que era abnegada y valiente. No sólo curó sus heridas, sino que le defendió del ataque de las bestias feroces. En la tienda real que había quedado abandonada cuando Tamara se separó de ellos, instaló un refugio seguro, circundado de hogueras. De noche, las fieras rondaban, sin atreverse a cruzar la barrera de fuego. Amina vigilaba, con la espada al alcance de su mano y el puñal en la frágil cintura.

(CONCLUIRA)

—Acepto que compartas mi trono —dijo Sinam.

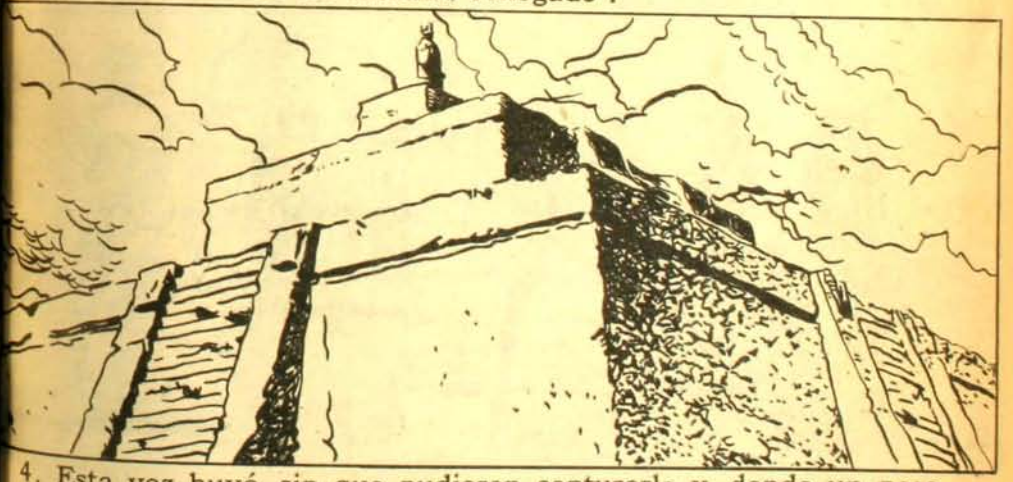
La maldición del ÍDOLO

CAPITULO VIII Y FINAL

1. Después del rescate de León Arces, nadie prestó atención al derrotado Chipal. El sacerdote maya, deslizándose como Hapikern, el dios malo encarnado en forma de serpiente, hirió por la espalda al niño Pepe Miranda. "—¡Muerte a los maldecidos por el dios Tecloc!", aulló Chipal.

2. Frenético de odio, alzó sus brazos, y este gesto violento le hizo perder el equilibrio. Chipal rodó al vacío desde la alta pirámide. Logró sostenerse en las primeras gradas y luego intentó huir, pero fué detenido. Pepe, tendido en la piedra del sacrificio, murmuró: "—Quiero ver a Chipal".

3. Se enfrentaron el fanático maya y el niño a quien pretendió asesinar. "—Te perdono, Chipal —dijo Pepe—. Renuncia a tus ambiciones de dominar a los aztecas imponiéndoles falsas creencias y obligándoles a ejecutar sacrificios bárbaros." Chipal sólo respondió: "—Eres un maldito renegado".



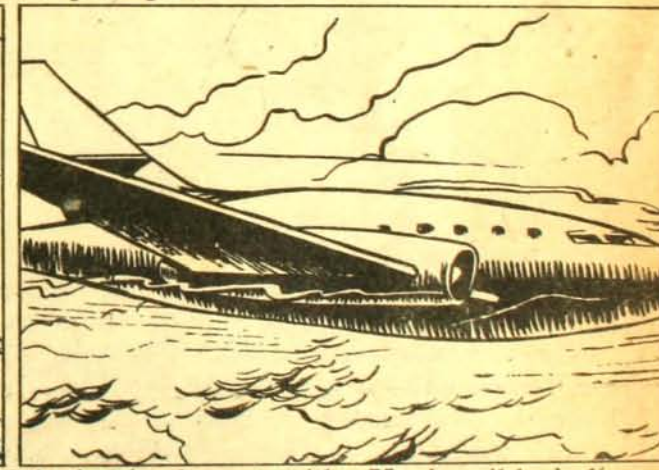
4. Esta vez huyó, sin que pudieran capturarlo y, dando un paso en falso, cayó a un precipicio, que le sirvió de tumba. Con él murieron los *bacabs* o dioses, y la tranquilidad renació en el pueblo de Río Seco. Pablo Eymar, el joven arqueólogo, sin temer ya persecuciones, estudiaba las ruinas mayas.

La maldición del ÍDOLO

5. Logró que el gobierno le cediera la gigantesca estatua de Tecloc, para trasladarla a un museo. "—Es una pieza arqueológica muy interesante", declaró a su amigo León Arces. El contestó: "—Para mí es una "mala pieza". Aun creo sentir su dedo señalando mi corazón, para condenarme a muerte".

6. La aventura de Eymar y Arces fué conocida en todo el país. De diversos puntos acudían los turistas e indígenas para contemplar la pirámide en la cual dos hombres blancos y sus amigos nativos vivieron horas angustiosas. "—Aquí estaba el ídolo", decían, contemplando el vacío pedestal.

7. Todos rodeaban al padre José, porque era él quien sabía relatar con más emoción la sensacional aventura. Pepe Miranda también guiaba a los forasteros hacia las ruinas, hablando sin cesar, pero sus oyentes creían que exageraba. "—Es cierto —juraba Pepe—. El ídolo nos perseguía."



8. La maldición del ídolo había desaparecido. Un humilde indígena, Pedro Miranda, hizo tambalear con sus brazos al dios Tecloc y ya nadie volvió a creer en su poder. Pablo Eymar y León Arces abandonaron tiempo después la aldea, para ir en busca de nuevas aventuras.

FIN

La habladora

Se llamaba Alica y era tan habladora, que todo el mundo le decía Lorica. Su marido, amable y paciente, se desesperaba a veces porque su mujer era tan parlanchina y, dejando de ser amable y paciente, le sacudía unas terribles palizas.

Lorica no se corregía. Sus pobres costillas recibían palos y más palos, pero su lengua seguía tan suelta como siempre.

—Mujer —insinuaba Nicasio, su marido—, ¿por qué eres tan habladora?

—Si yo no digo esta boca es mía —protestaba Alica.

Conteniendo sus deseos de asestarle un buen palo, Nicasio insistía:

—Debes ser discreta.

Era inútil. No bien el marido volvía la espalda, Lorica recorría las casas de sus vecinas, comentando su vida y la de todos.

Un día, Nicasio fué al bosque a recoger leña. Iba anda que te anda, cuando uno de sus pies se hundió en el suelo.

"¿Qué será esto? —pensó—. Voy a remover la tierra."

Ensanchó el hoyo abierto casualmente y hurgando, hurgando, encontró una caldera llena de oro y plata.

—¡Qué suerte! —exclamó feliz, pero luego se preguntó, preocupado—: ¿Qué haré para que mi mujer guarde el secreto?

Lo primero que haría Alica al saberlo sería contarlo a los cuatro vientos. El pueblo conocería la existencia del tesoro y una nube de mendigos y pedigüeños perseguiría a Nicasio. Los ladrones asaltarían su casa o le aguardarían emboscados en el camino para sacarle hasta el último maravedí, junto con el alma.

Tan terribles visiones asustaron al buen hombre. Luego de meditar largamente, halló una solución. Enterrando de nuevo el tesoro, lo cubrió con unas cuantas ramas para disimular el sitio y se encaminó hacia el mercado. Compró allí una liebre y un

atún y volvió al bosque. Metió a la liebre en un canasto y sumergió éste en un lugar poco profundo del río. En seguida, colgó al pescado de un árbol y regresó silbando al pueblo.

—¿Por qué vienes tan contento? —inquirió su mujer.

—Mujer, he tenido una suerte estupenda —repuso el leñador.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué te ha pasado, hombre? ¿Por qué no me lo dices? —dijo la mujer.

—¿Para que después se lo cuentes a medio mundo? —protestó Nicasio—. No te confiaré una palabra, porque es un secreto.

—Yo lo guardaré —prometió Lorica.

Nicasio habló al oído de ella:

—Encontré en el bosque una caldera llena de oro y plata.

—¿Y por qué no la trajiste?

—¡Increible! —grito Alica al ver el atún colgado del árbol.

—Porque es mejor que vayamos los dos a buscarla.
Y allá fueron los dos. Ella iba casi corriendo, tropezaba en las piedras y en las raíces de los árboles y se vió varias veces en peligro de hundir la nariz en el suelo.
—Cálmate, mujer —la aconsejaba su marido—. La caldera no se moverá de donde yo la dejé. ¿No te parece maravilloso el hallazgo? Pero estamos en una época de prodigios. Dicen que no es raro que los árboles den peces y que los animales del bosque vivan sumidos en el agua. Tú misma puedes convencerte. Mira ese árbol.
Señaló la rama de la cual colgaba el atún.
—¡Increíble! —gritó Alica—. ¿Será verdad lo que dice la gente?
Nicasio, con la boca abierta, miraba el árbol.
—¿Qué haces ahí, como un idiota? —le dijo su mujer—. Sube a cosechar el atún. Nos servirá de cena.
El labrador cogió el pescado y siguieron andando. Al llegar al río, el hombre se inclinó a mirar el agua.
—¿Y ahora qué pasa? Me imagino que no estarás mirando en el río tu linda cara.
—No, mujer. Veo una liebre sentada en el fondo del agua.
Estiró la mano y sacó el roedor.
—Es cierto que los animales selváticos viven ahora debajo del río —balbuceó Nicasio.
—Yo también estoy convencida —asintió ella—. No sueltes la liebre. Haré un sabroso guiso el domingo.
Por fin, llegaron al sitio donde estaba enterrado el tesoro. Cavaron la tierra, sacaron la caldera y se la llevaron a casa.
Lo primero que hizo el labrador fué comprarse una cabaña nueva y todos los animales y aves que le gustaban: gallinas, patos, ovejas, conejos, cerdos.
—Esto es una porquería —dijo Alica—. Podemos comprar un palacio y dar fiestas. No creas que seguiré viviendo en una choza miserable ni que serviré de pastora a tus rebaños.
Tanto habló, que Nicasio le compró la mansión que ella exigía.
Mejor le hubiera dado una paliza, como las antiguas, pensaba después el pobre marido, viendo desfilar los invitados y sintiéndose mareado con tanta fiesta y bullanga.
—¿Hasta cuándo seguirás ofreciendo bailes y cenas? —preguntó un día, desesperado.
—Hasta que se me dé la real gana —respondió Alica—. Yo tam-

El labrador compró una cabaña nueva y todos los animales y aves que le gustaban.

bién encontré el tesoro y tengo tanto derecho como tú a gastarlo.

—Te equivocas, Alica. Es mío y antes que tú lo malgastes te daré una paliza, te mantendré encerrada, no sé lo qué haré, pero impediré que lo malgastes.

La mujer huyó para que Nicasio no le sacudiera las costillas y corrió en demanda del juez. Presentó una querella contra Nicasio, sollozando:

—Desde que encontramos el tesoro no hace más que ser un holgazán redomado, y no cesa de mortificarme. Antes era un marido amable y paciente, pero ahora no hace más que gritarme.

El juez se compadeció y llamó al escribano más antiguo. Este citó a los ancianos del pueblo y todos se reunieron para deliberar.

—Llamemos a Nicasio —acordaron.

Este compareció ante la justicia.

—¿Para qué me queréis? —preguntó con aire de inocencia.

—El juez ordena que entregues el tesoro.

—Perdonadme, honorables señores. ¿De qué tesoro me estáis hablando? Tal vez mi mujer lo haya visto en sueños, os habrá dicho un cúmulo de insensateces y le habéis creído.

—No se trata de insensateces —le gritó la mujer—, sino de una caldera de oro y plata.

—Tú has perdido el juicio, querida esposa —replicó Nicasio, moviendo compasivamente la cabeza—. Interrogadla, señores jueces, y si puede probar su falsa denuncia, estoy dispuesto a entregar todos mis bienes.

—¿Crees que no puedo ofrecer pruebas? —chilló Alica—. ¡Lo probaré, granuja! Le diré cómo sucedió todo, señor escribano. Fuimos al bosque y en un árbol vimos un atún.

—¿Un atún? —interrumpió el escribano—. ¿Pretendes burlarte?

—No, señor. Es la verdad. Aquél árbol daba atunes en vez de frutos —afirmó Alica.

—¿Podéis creer tal desatino? —preguntó Nicasio.

—¡No hablo desatinos, cabeza de alcornoque! —prorrumpió ella—. Digo la verdad. ¿O ya no recuerdas que luego encontramos una liebre sentada en el lecho del río?

Todos los asistentes se retorcían de risa. Hasta los viejos más graves lanzaban carcajadas, dándose palmadas entre sí.

Alica miraba a uno y a otro y de pronto se sintió derrotada. Nicasio, acercándose, murmuró:

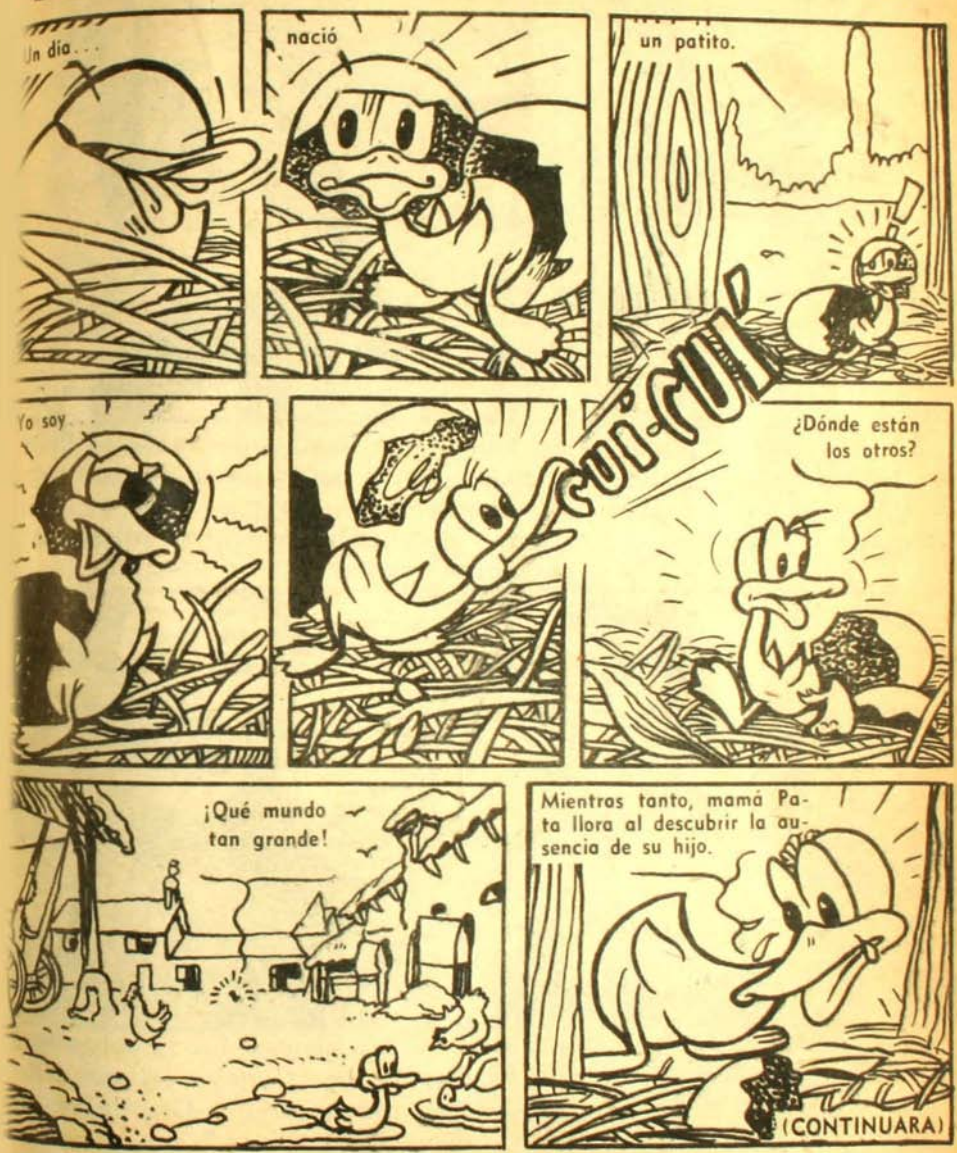
—Frena tu lengua. ¿No ves que todo el mundo se ríe de ti? Y vosotros, honorables señores, basta de risas y decid: ¿creéis una sola palabra de las que ha dicho mi mujer?

—Ni una sola, Nicasio, ni una sola. ¡Ja, ja, ja! Se dió por terminado el pleito y todos volvieron a sus casas, riendo a más y mejor. Alica, al ver que todo el pueblo se burlaba de ella, decidió tener quieta la lengua y seguir los consejos de su marido.

FIN

Hasta los viejos más graves lanzaban grandes carcajadas.

El patito audaz



LA BESTIA ROJA

CAPITULO VII Y FIN. GOR, EL NUEVO JEFE

1. Los jóvenes prehistóricos Gor y Wa, acompañados de la bella Nia, llegaron al desolado lugar donde antes vivía la tribu de Mun. Ya no encontraban tantas bestias a su paso. Los gigantes dinosaurios corrían a ocultarse y un silencio de muerte reinaba en el lugar. "—Gor, Wa y Nia, solos", balbució Gor, aterrado.

2. Pero de pronto su corazón tembló de alegría. De la selva surgieron hombres y mujeres. El espanto se reflejaba en sus semblantes. Gor les tranquilizó, dándose a conocer: "—Gor ha regresado. Trae a la bestia roja y a Nia, su guardiana." Todos aguardaban ansiosos que apareciera la poderosa "bestia roja".

3. El terror desapareció de aquellos rostros, que ahora reflejaban una profunda ansiedad. ¿Se cumpliría la promesa del jefe? ¿Cesaría la fuga terrible a través del frío y las inundaciones que habían segado tantas vidas? El clan de seres aterrorizados contuvo la respiración.

4. Mun, el jefe, dijo lentamente: "—Muchos de nuestros hermanos yacen en los pantanos. La bestia roja terminará esta mortandad. Tráela pronto, Gor." La bella Nia se adelantó en silencio, con una brazada de leña. Gor preparó un lecho de musgo seco. Todos les miraban, vacilando entre la esperanza y el temor.

LA BESTIA ROJA

5. Con una rodilla en tierra, Gor frotó las dos pequeñas piedras traídas de la montaña. Nia, comprendiendo que era él quien debía encender el fuego, le enseñó la manera de hacerlo. Nadie se atrevía a gruñir en aquel momento solemne y era tan intenso el silencio, que el mundo parecía desierto.

6. Saltó la chispa y el fuego se propagó por el musgo. Luego prendió en las ramas y una alta llamarada resplandeció. La tribu retrocedió espantada. ¡Aquélla era la bestia roja! Con ciego temor quisieron huir, pero la voz de Mun los detuvo. El fuego les defendería contra el frío y las bestias.

7. La arenga de Mun calmó el terror de los hombres. Una mujer avanzó y, vacilante, acercó a su hijo al calor de la hoguera. El niño, que estaba casi helado, revivió y sus gritos de alegría disiparon las últimas dudas. La fuga había terminado. El clan podría establecerse en una aldea tranquila.

8. Mun entregó la insignia de mando al joven Gor, cumpliendo su promesa. La tribu lo aclamó. Habían sido cuatro los que partieron en busca del fuego y regresaron los dos mejores, acompañados de Nia, que se unió a la tribu, como esposa del joven jefe Gor, el cazador de la bestia roja.

FIN

La Caverna de los Piratas

CAPITULO II.—Ausencia del capitán Belmar.

El capitán de marina, Hugo Belmar, y su hija Lidia se guarecieron de la lluvia en la casa de Luisa Sharp. La desconcertante anciana causó inquietud al marino. Al saber que era descendiente de piratas, aumentó su alarma y aquella noche Belmar no pudo cerrar los ojos.

En cambio, Lidia durmió tranquilamente, como si se encontrara en un refugio seguro.

La tempestad rugió toda la noche. El bramar del viento resonaba entre las rocas, con el estallido de las olas. Verdaderos torrentes bajaban por los acantilados. Los árboles gemían, sacudidos por el huracán.

Por fin despuntó el alba. Horas después Hugo Belmar se levantó. Había cesado de llover. Salió al patio, para asearse en la pileta y cuando regresó a la habitación, ya Luisa había encendido el fuego, a fin de preparar el desayuno.

—Buenos días, señora —saludó el capitán—. Hoy trataré de componer mi auto. ¿Hay algún garage por aquí cerca?

—No. Si necesita algún repuesto, debe ir a Coquimbo.

—Deseo que un mecánico revise el motor. Mientras voy a la ciudad, ¿puede quedarse aquí mi hija?

—Por cierto.

La idea de separarse de Lidia no agradaba a Belmar. Por otra parte, no quería que la niña se fatigara con una larga caminata. "Volveré pronto", decidió.

Bebió apresuradamente el desayuno y se disponía a partir, cuando Adrián Montes se ofreció:

—Yo lo acompañaré, señor.

—Me parece bien. Eres muy amable, hijo.

Lidia se despidió sonriente de su padre y del joven. Al quedar sola con Luisa Sharp, la observó mientras realizaba sus tare

hogareñas. Era tan ágil que nadie hubiera supuesto que su edad bordeaba los cien años. Sus ojos azules relucían extrañamente en el semblante apergaminado.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —preguntó Lidia.

—No, niña. Tus manos no están habituadas a los trabajos rudos.

Lidia no se atrevió a insistir. Desde la ventana distinguió la mansión de piedra que el día anterior había atraído su atención. Estaba edificada sobre una alta roca y parecía una fortaleza, o un castillo colonial.

—¿Quién vive en ese castillo?

Luisa fingió no haber oído la pregunta. Terminó de barrer, con escobazos firmes, y dijo:

—El tiempo se ha descompuesto. Casi no pasa día sin que llueva.

"No quiere hablar del castillo —dedujo la niña—. Pero yo sabré qué misterio oculta esa casa de piedra."

Lidia salió en busca de agua.

La puerta se abrió con brusquedad, y un joven, de semblante curtido por el sol y el aire salino, se aproximó a Luisa, sin con-

ceder la menor atención a Lidia. Pronunció a media voz alguna palabras. La abuela respondió con una enérgica negación. La ir desfiguró el rostro del adolescente. Sus puños se crisparon co furor. En seguida abandonó la casa, cerrando la puerta con u golpe que hizo retemblar los muros.

Los azules ojos de Luisa Sharp lanzaban rayos de indignació Dominándose, volvió a sus quehaceres.

—Perdóneme, pero quiero ayudarla —murmuró Lidia—. Trae agua, para el almuerzo.

Cogió un recipiente de zinc y salió al patio. El sol brillaba e plendorosamente. De la tierra se desprendía un vaho cálido oliente a humedad vegetal. Contra el claro cielo, se destacaba l mole del castillo, con su torreón semiderruído.

"Si está en venta, le diré a mi papá que lo compre", discurri Lidia, que desde el primer instante se sintió fascinada por el cas tillo.

A mediodía aún no regresaba Hugo Belmar. Prèocupada, la rubi niña se dirigió hacia el camino. Horas más tarde vió que dos hom bres se acercaban, hablando con voz contenida. Algo en el aspe to de ellos causó desconfianza a Lidia. Se ocultó entre los árbo les. Los desconocidos se detuvieron a pocos pasos de su escondit La niña no alcanzó a percibir las palabras, que pronunciaban e secreto. Intentó alejarse y los arbustos crujieron. Una mano brus ca la cogió del hombro, deteniéndola.

—¿Quién eres? ¿Por qué nos espías?

—Se equivoca —replicó Lidia, desprendiéndose de aquella manc De súbito, reconoció al joven que esa mañana tuvo un altercad con Luisa Sharp.

Su mirada buscó instantáneamente al acompañante y, viendo Adrián Montes, inquirió con ansiedad:

—¿Dónde está mi papá?

El muchacho respondió con otra pregunta:

—¿Oyó usted nuestra conversación?

—No. Pero dígame, por favor, ¿le ha sucedido algo a mi papá?

—No. Vendrá más tarde con el mecánico, en cuanto hallen e repuesto que falta.

Se encaminaban hacia la casa, cuando un pintoresco personaj se unió a ellos. Su cuerpo descarnado cabía holgadamente en la ropas desgastadas. Una enmarañada barba cubría sus mejillas La camisa, de un dudoso color, estaba abierta.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Esta es la jovencita que está en tu casa, Adrián?

—Sí.

—Muy linda es. Vivirá permanentemente aquí, en el castillo.

Lidia, asombrada, examinó al andrajoso individuo.

—¿Es usted adivino? —preguntó, indecisa.

—Me llamo Daniel y mis ojos ven más allá de los objetos y de los seres humanos. Sé que tú, niña Lidia, te quedarás en esta landa, para siempre.

—¿Y descubriré todos los secretos que me intrigan? —inquirió la hija del capitán Belmar, sin saber si reírse o aceptar las profecías del estrafalario sujeto.

—Descubrirás muchos secretos... y un tesoro.

La niña fué detenida por una mano brusca.

Habían llegado a la cabaña, y Daniel penetró en ella como si fuera el dueño de casa.

—Buenas tardes, Daniel —saludó Luisa—. ¿Hay novedades?

—Ninguna, abuela.

Después no volvió a pronunciar palabras. Engulló el almuerzo que le sirvió la anciana y, sin despedirse, alejóse a grandes zancadas. Lidia observó asombrada los harapos que el viento sacudía y las greñas obscuras, desplegadas a causa del rápido andar.

Llegó la tarde, sin que apareciera el capitán Belmar. Lidia no podía contener su angustia. Luisa procuró tranquilizarla, y esa noche le sirvió un gran tazón de leche con hojas de naranjo, para calmar sus nervios.

—No temas, chiquilla. Mañana tal vez regresará tu padre.
Lidia se acostó, permaneciendo insomne en su lecho. De pront se irguió, al oír una melodía suave. Luisa dijo:
—Es mi nieto Adrián, que toca el violín. Es como las cigarra que cantan y no trabajan. Mis nietos me dan muchos sinsabore
—¿Sus nietos? ¿Adrián y quién más?
—Rogelio, el que estuvo aquí en la mañana.
A Lidia le desagradaba profundamente aquel muchacho.
—¿Es hermano de Adrián?
—No, primo.
Se sintió tranquilizada. La música la adormecía dulcemente. C rró los ojos.
El sol la despertó.
Instantáneamente recordó a su padre. ¿Había sufrido un accide te o Adrián le condujo a una emboscada? No confiaba en R gelio, y a veces dudaba de Adrián, el adolescente grave y sile cioso. En otras ocasiones, al cruzar su mirada con la de él, senti que no era un enemigo, sino un aliado, que la defendería contr cualquier amenaza.
Aunque el sol resplandecía, se imaginó que estaba prisionera e una caverna y que su guardiana era Luisa Sharp, la descendient de piratas. Su padre no vendría a rescatarla, porque también h bía caído en poder de aquella banda de filibusteros.
Se levantó, ahuyentando aquellos pensamientos sombríos.
"No debo exagerar mi angustia —pensó, estremecida—. Estamo en una época en la cual no existen piratas."
No lograba, sin embargo, recobrar la calma.
—¿A quién puedo recurrir para que me preste auxilio? —med taba, mientras bañaba con agua fresca su rostro ardiente de fi bre—. Estoy en una región desconocida y desierta. Aquí no ha más viviendas que esta cabaña y el castillo, tal vez deshabitad O tal vez sea un nido de criminales.
Siempre volvía a la misma idea.
—¿Cómo has amanecido, hijita?
Luisa Sharp, de pie en el umbral, la observaba. Sus extraord narios ojos azules brillaban con bondad. Pero Lidia no se fiab de ella.
—¿Regresó mi papá? —interrogó ásperamente.
—Estás disgustada, como si nosotros fuéramos culpables de l

—¿Hay novedades, Daniel? —preguntó Luisa.

usencia del capitán Belmar —dijo Luisa, on suavidad.

Pero la voz contrastaba con el reflejo metálico de sus pupilas.

—Ayer interrogué a su nieto, que no me dió una respuesta clara —dijo Lidia, sintiendo que su hostilidad aumentaba—. Si ustedes ocultan algo, quisiera saber qué es.

—Nada ocultamos, niña. ¿Por qué esa cabecita alberga ideas tan fantásticas? Pienso que ha leído muchas novelas de misterio. Quédese tranquila y le serviré su desayuno. Le diré a Adrián que vaya a buscar al capitán Belmar. No creo que nadie lo haya secuestrado.

Hablaba de nuevo con su cantarina voz de burla. En sus claros ojos danzaba la ironía.

—Abuena, no se burle de ella.

La voz de Adrián resonó con inusitada dureza. Instantáneamente, los ojos azules se endurecieron.

—Insolente, ¿no sabes que tienes que hablarme con respeto?

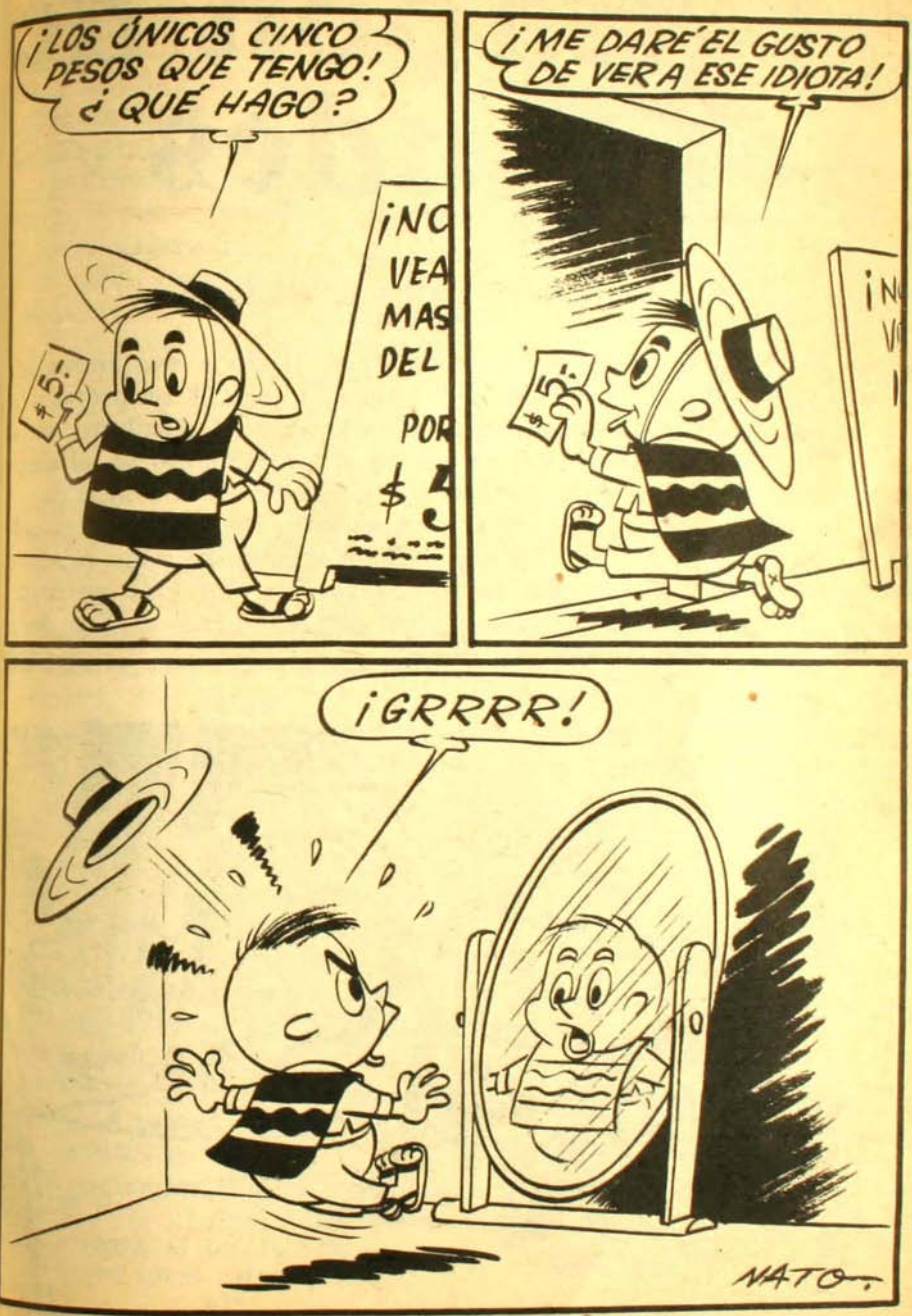
El acento de Luisa Sharp era tan terrible, que Adrián y Lidia retrocedieron.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡APÚRATE, PALOMITO, APÚRATE!
¡YA VAMOS A LLEGA AL PUEBLO!
¡TE DEJARÉ AQUÍ UN RATO, MIENTRAS COPUCHEO UN POCO!
¡ESTO PARECE INTERESANTE!
¡NOVEDAD! VEA AL NIÑO MAS TONTO DEL MUNDO
POR SOLO
$ 5.-

por nato


¡LOS ÚNICOS CINCO PESOS QUE TENGO! ¿QUÉ HAGO?
$5.-
¡ME DARÉ EL GUSTO DE VER A ESE IDIOTA!
$5.-
¡GRRRR!
NATO

El dragón de Flandes

CAPITULO V.—Ante el tribunal.

La reina Ginebra, esposa del rey Arturo, lanzó a sus fieros le breles contra Tristán, el Hijo del Lobo. El doncel se preparó defenderse con su puñal, comprendiendo que el combate seri difícil. Barto, el lobo, acudió en su ayuda. Gruñendo se abalan zó hacia uno de los perros, mientras su amo contenía al otro. Ginebra, que al principio confiaba en el éxito de sus lebreles, ad virtió de pronto que Barto no era fácil de vencer. El vago repunt de piedad que había surgido en su corazón se convirtió en furo —Doncel, no te atrevas a matar a mi perro —gritó—. Y orden a tu bestia sarnosa que se retire.

—Doncel, no te atrevas a matar a mi perro.

En un instante menos tenso, Tristán hubiera sonreído. ¡Apartar a Barto cuando estaba trabado en feroz combate! Era imposible. Sus colmillos se clavaron en la garganta del lebrel y éste dejó de existir.

—¡Maldito! ¡Maldito! —exclamaba la reina—. ¡Auxilio! ¡Favor a la reina Ginebra!

Pero sólo el graznar burlesco de los cuervos respondía a sus gritos. Tristán retuvo a Barto, que sacudía al lebrel. La ferocidad de su raza renacía en él con fuerza avasalladora. Sin embargo, percibió la voz de Tristán y lo siguió dócilmente.

Barto clavó sus colmillos en la garganta del lebrel.

Sobre la nieve yacían los dos lebreles. Ginebra maldijo a Tristán y a su lobo. El doncel se distanció sin volver la cabeza. Ya lejos de la mirada de la reina, acarició al fiel animal, diciendo:

—Tenemos una enemiga poderosa, Barto.

El lobo gruñó. No demostraba inquietud por las maldiciones de Ginebra. Sus flancos palpitaban con la reciente lucha. No estaba cansado, sin embargo. Podía combatir con otra jauría.

El doncel vagó por el bosque, a fin de recobrar la calma. Cuando regresó al castillo, hombres graves y adustos le aguardaban. El rey Arturo habló con reposada voz:

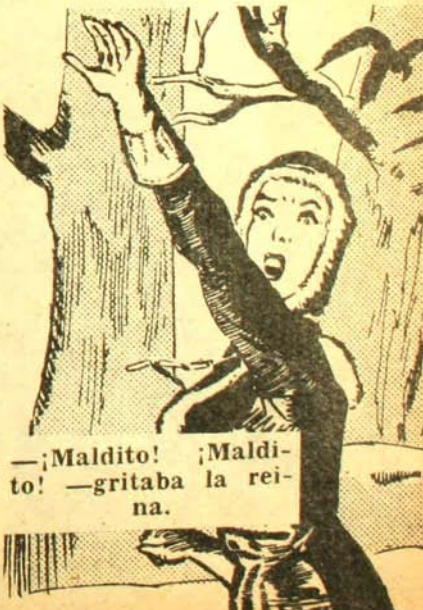
—Ofendiste a la reina Ginebra.

—Puedo explicar mi conducta. No soy culpable.

Respondió con voz firme, resistiendo la mirada de Arturo y de sus caballeros.

—Te defenderás ante el tribunal —indicó el senescal Keu.

Antes que el Hijo del Lobo pro-



—¡Maldito! ¡Maldito! —gritaba la reina.

Barto siguió dócilmente a su amo.

testara, los caballeros lo rodearon, como a un prisionero.

—Es una lástima que te atrajeras el disfavor de la reina —musitó uno de los nobles barones—. Estabas destinado a una misión gloriosa.

Se refería al viaje a Flandes.

—Tenemos una enemiga poderosa, Barto.

—Aún realizaré esa proeza, a pesar de las intrigas reales —contestó con audacia.

Avanzaban por los sombríos corredores de piedra, silenciosos y solemnes. Aquélla parecía una procesión de la muerte.

Desembocaron en una sala extensa, iluminada por antorchas.

—Aquí serás juzgado.

El eco repitió aquellas palabras con tan fúnebre acento, que el Hijo

Hombres graves y adustos le aguardaban.

del Lobo creyó percibir esta frase: "Aquí serás condenado a la horca".

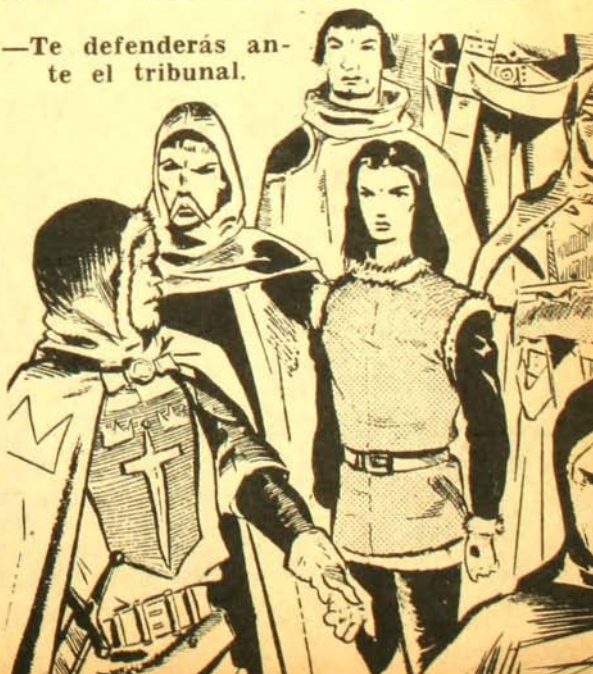
Recordó al ahorcado que vió esa mañana, minutos antes de cruzarse en el camino de la implacable reina Ginebra.

"Ella ordenó, tal vez, ese ajusticiamiento", reflexionó.

Este pensamiento no lo inquietó. Seguía caminando, erguido y tranquilo. Traspasó el umbral de la tétrica sala como si acudiera a un alegre festín o a celebrar una justa, donde sus hazañas serían aclamadas.

La sombra del ajusticiado no ensombrecía su mirada ni el furor de la reina doblegaba su orgullo. Los doce caballeros, que marchaban junto a él agobiados y taciturnos, temían que el valiente doncel fuera conducido a la horca. La altanera Ginebra nunca le perdonaría.

(CONTINUARA)



—Te defenderás ante el tribunal.

Concurso Semanal

El conejo, ¿es miriápodo, roedor o felino? Envía tu respuesta a Revista "SIMBAD", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

Solución al CONCURSO N.º 187 "CABO DE HORNOS"

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD": Juan Rivas B, Concepción; Elinor Leefhelm R., Santiago; Juanito Ortiz B., Temuco.

UNA PELOTA DE GOMA: Delia Molina N., San Bernardo; Alberto Cerruti C., Santiago; Luisa Gajardo P., Santiago.

UNA ARMONICA: Francisco Mansilla A., Santiago.

UN LAPICERO FUENTE: Cecilia Concha R., Santiago; Norma Carrasco, Temuco.

DOS CUADERNOS: Héctor Marambio, Santiago; Elsa Meneses M., Rancagua; María Parra S., Santiago; Hugo Villalobos, Coquimbo; Sergio A. Montecinos C., Ñuble.

UN SACAPUNTA: René Estay S., Valparaíso; Carlos Manríquez, Rancagua; Enrique Ramírez B., Lota; Raúl González M., Talcahuano; Luisa Hernández, Chillán.

UN ESTUCHE: Silvia Rodríguez, Curicó; Cecilia Quintana, Santiago.

UN VITALMIN: Elsa Medel, Viña del Mar; Hilda Vera, San Bernardo; Mercedes Bordali M., Santiago; Cecilia Goldenshein, San Felipe; Luis Ahumada, Viña del Mar; Sonia López R., Concepción; María A. Núñez R., Talcahuano; Mónica Rojas, Concepción; Hugo Rosas F., Temuco; Gustavo Roa F., Los Angeles.

UN LIBRO: Alberto Moena, Concepción; Jorge Pérez G., Viña del Mar; Julio E. Briones O., Santiago; Alberto Cortínez, Rancagua; Fernando Escárate, Santiago; Silvia Matus, Santiago; Alicia Alderete, Valparaíso; Guillermo Lee G., Molina; Berta Dueville V., Santiago; Miguel Cuadra V., Rancagua.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 189

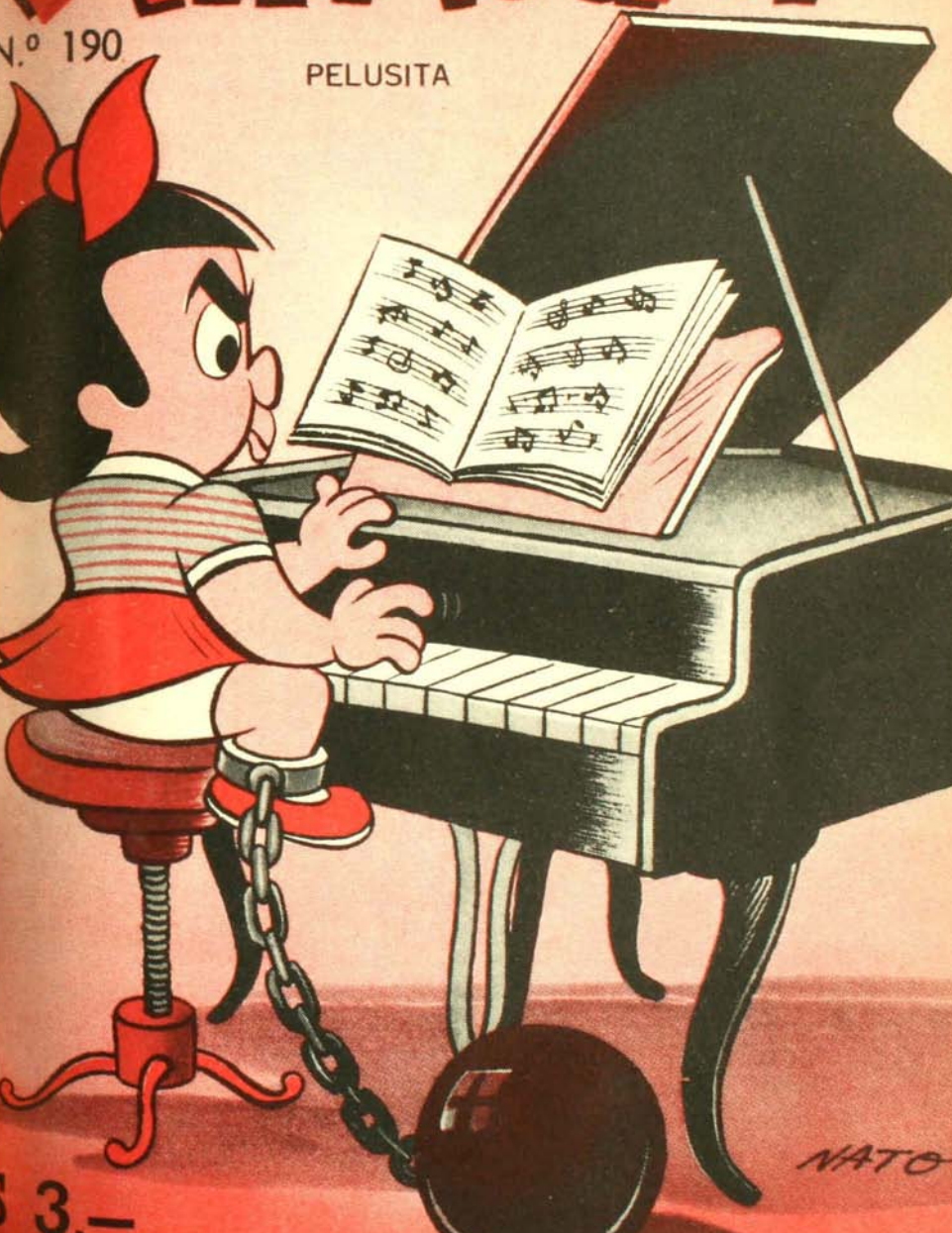
Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

¡TENGO UNA IDEA PARA QUE NO ME MOLESTEN MÁS!
¡CON ESTE DISFRAZ DE VIEJO, ME DEJARÁN TRANQUILO!
TIMBRE
EN LA TACITA ECHARÉ LOS PUCHITOS
¡AJÁ! ¿CONQUE DISFRAZADO DE MENDIGO, NO?
¡AHORA IRÁS A UN REFORMATORIO POR ANDAR MENDIGANDO SIN PERMISO MUNICIPAL!
¡SOY INOCENTE, ¡PALABRA!
LUGOZE

PELUSITA POR NATO

Simbad

N.º 190

PELUSITA

$ 3.—

Juan y Juanita

CAPITULO I.—TORMENTA EN ALTA MAR

1. Juan y Juanita regresaban a su patria en un barco ballener El capitán, Manuel Catalán, llevaba sólo dos tripulantes. No va ciló en admitir a bordo a Juan y Juanita, que viajaban felice "—Qué tranquilidad", suspiró la niña. Ella y su hermano había vivido intensas zozobras y deseaban descansar.

2. Esa noche, el capitán y el contramaestre efectuaron la ron habitual. Vieron que sus pequeños pasajeros dormían profund mente. "—Se avecina una tempestad —observó Catalán—. E pero que la furia de las olas no les despierte." Media hora m tarde, la tormenta se desencadenó con violencia.

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAGIN

Simbad

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

AÑO IV — 22-IV-1953 — N.º 190

El RUBÍ de MAHDI

CAPITULO XVI Y FINAL.— Los verdaderos reyes.

Cuando el rey Mahdi partió al encuentro del usurpador Sinam, sus servidores alzaron una tienda que cobijaría a la falsa reina Tamara, hasta el retorno del soberano. Este regresó vencido y entonces Tamara lo abandonó, llevando consigo a toda la escolta. Sólo Amina permaneció junto al joven y cuidó sus heridas.

—Tú eres la verdadera elegida —murmuró Mahdi—. Así lo confesó la malvada Tamara. Yo debí comprenderlo en el primer instante, cuando tu mirada se cruzó con la mía.

Reposaba en el lecho preparado para Tamara, bajo la tienda de seda recamada de oro. Allí tenían su refugio. En plena selva. Amina mantenía encendida una hoguera a fin de ahuyentar a las fieras

Sólo Amina permaneció junto al vencido.

—¡A recuperar mi reino! —gritó Mahdi.

y vigilaba constantemente a los caballos. Mahdi no esperó que sus heridas cicatrizaran. En cuanto pudo sostenerse en pie, montó su corcel, diciendo:

—Iré a recuperar mi reino.

Horas después, Mahdi penetraba como un huracán en la sala del trono. Sinam palideció al verlo y desenvainó su espada.

—Yo, Mahdi, te destierro de mis dominios.

—Yo, Sinam, el rey, te he destronado y no permito que vengas a arrebatarme la corona.

A las dos voces orgullosas, siguió el entrechocar de las espadas. Los cortesanos presenciaban aquel duelo en el cual se decidía el destino de Bengala. Secretamente deseaban la victoria de Mahdi. Temían a Sinam y a sus esbirros. Amina temblaba de ansiedad. Sabía que las heridas del rey aún no estaban cerradas y aquel esfuerzo podía desangrarlo. En cualquier instante sus ojos, que lanzaban rayos de ira, se nublarían de dolor, y su boca firme y decidida exhalaría un

Sinam desenvainó su espada.

Aquel duelo decidía el destino de Bengala.

gemido. Incrédula, observaba que el rey seguía combatiendo sin desfallecer.

Tamara, por su parte, examinaba a ambos adversarios. Por primera vez admiró la gallardía de Mahdi. Antes lo vió sólo como un personaje revestido de oro. En ese instante contemplaba al héroe, de brazo infatigable y rostro que parecía tallado en mármol, inconmovible y bello.

Sinam cayó bajo la espada vengadora y los súbditos prorrumpieron en aclamaciones.

Tamara quiso también rendir homenaje al vencedor y avanzó:

—Yo soy la reina —pronunció con soberbia—. Tengo el rubí de Mahdi. Agradezco a los dioses que hayan hecho justicia y que Sinam, el traidor, esté muerto.

Mahdi no le permitió que se acercara a él.

—No te atrevas a dar un paso más, princesa Tamara. Tú robaste a

Sinam cayó bajo la espada vengadora.

la verdadera elegida el anillo nupcial. Entrégalo a su dueña Amina, la valiente y fiel. Regresarás a Basora, para que el sultán Husain castigue tu perfidia.
En seguida preguntó:
—¿Dónde está el visir Harún?
El pobre visir, que había tratado de ocultarse, gimió:
—¿Qué deseas, oh poderoso rey?
—Tú llevarás de regreso a Tamara.

—No te atrevas a dar un paso más, princesa Tamara.

—¡No! Te lo ruego, señor. Prefiero llevar un cesto lleno de cobras venenosas o un tigre enjaulado..., y hasta sin enjaular.
—No supiste defender a la elegida y te impongo ese castigo. Si te niegas, llamaré al verdugo.
Harún suspiró tristemente. En Basora o en Bengala, su suerte sería la misma. El curvo alfanje del verdugo, o cien palos en las plantas de los pies.
Se sintió tan impresionado que, al reunirse con Tamara, camin

con cuidado y haciendo gestos de sufrimiento, como si ya lo hubiesen apaleado.

Amina, compadecida, insinuó al maharajá:

—No lo obligues, oh rey, a viajar con Tamara. Yo sé que la teme. La travesía por el mar será para él un tormento.

—Perdóname, elegida —respondió Mahdi—, pero la justicia está en mi mano y la cumpliré.

Amina se inclinó silenciosamente. Recordaba sus propias palabras cuando intentó salvar a su enemiga Shira. "Si el maharajá me recibe, sabiendo que he sido injusta, no querré permanecer con él".

Ni el odio ni la debilidad influirían en el joven soberano. La princesa, comprendiéndolo, no insistió.

Esa tarde, se embarcaron Tamara y su asustado guardián Harún, mientras en Bengala se celebraban las bodas del rey Mahdi con Amina, la elegida.

Se celebraron las bodas del rey Mahdi con Amina, la elegida.

LOS FANTASMAS DEL IGUADU

CAPITULO I.—BEPO EN LA SELVA MALAYA

1. Un estridente aullido resonó en la selva malaya. Las aves callaron y hasta los insectos rumorosos parecieron hundirse en el silencio. De pronto un viejo se abrió paso entre la tupida vegetación. De su garganta surgían sonidos inarticulados. Sus manos temblaban convulsivamente.

2. Oculto entre los árboles, un desconocido observaba la frenética fuga del anciano. "—¿Qué le sucede a ese viejo? —masculló, extrañado—. Parece haber visto un fantasma." El fugitivo atravesó un pantano, sin mirar el suelo viscoso y sin temer a las sanguijuelas o a los mosquitos voraces.

3. "—El terror le impide ver por dónde va —reflexionó el observador—. Si no lo detengo, se precipitará en las fauces de un león." El viejo lanzó de nuevo su horripilante grito: "—¡Los fantasmas! ¡Los fantasmas malditos!" Los ecos de la selva repitieron el alarido.

4. "—Basta ya de chillar", dijo el cazador, y enarbolando una liana, la lanzó para aprisionar al anciano. El lazo rodeó el huesudo cuerpo, haciéndole caer. Manos rápidas le ataron y una voz calmosa insinuó: "—No te agites, amigo. ¿Qué historia es ésa de fantasmas? Tranquilízate."

EL HADA QUE CREIA EN LOS NIÑOS

Había una vez un hada que vivía con su abuelita Mariposa. Esta, con los años, había engordado un poco, y sus frágiles alas ya no podían sostenerla en el espacio. Por lo tanto, renunció a volar y se instaló en una cabaña, dedicándose a cuidar a su nieta Corolita.

El hada pequeña leía muchos libros de cuentos, y un día dijo a su abuelita:

—Quisiera conocer a los niños.

Mariposa alzó con asombro sus antenas.

—¿Niños? —repitió—. Los niños existen sólo en los cuentos.

—Yo creo que existen realmente y quisiera verlos —insistió Corolita.

—Oyeme, hadita. He vivido muchos años. Tantos, que mis alas se caerán pronto y mis antenas ya no reciben el mensaje del aire. Estoy volviéndome sorda y hasta creo que un poco cegatona. Mi varita de virtud ha perdido su poder y no vale más que cualquier ramita seca. Y te digo que en todo el tiempo que he vivido, jamás vi un niño. Son seres inventados por las hadas literatas.

—Yo creo que existen —repitió Corolita—. Y desearía ir a buscarlos.

Tanto insistió, que por fin su abuelita consintió en dejarla partir. Le dió un paraguas y le preparó un canasto con merienda para el largo viaje.

—Vuela con cuidado —le aconsejó—. Procura no chocar con las brujas, que vuelan a toda velocidad en sus escobas, sin respetar ningún reglamento de tránsito. No te detengas a hablar con los enanos y por ningún motivo te acerques a un gigante...

—No se preocupe, abuelita. Seré prudente. Adiós.

—Adiós, hadita mía.

La alada viajera cruzó el bosque. La travesía sobre los árboles

fué emocionante. Encontró mariposas muy amables que le indicaban el camino y avecillas que la saludaban con alegres trinos. Llevar el paraguas la molestaba; pero, en cambio, la cesta de víveres le sirvió mucho, mucho. Recordó el cuento de la Caperucita Roja y por un instante imaginó ser aquella heroína que atravesaba el bosque para llevar una torta de fresas a su abuelita. Pero terminó por olvidar a aquella abuelita humana, porque sintió hambre y devoró toda la merienda, sin dejar ni una miga para la imaginaria anciana.

Continuó su ruta y pasó montes y poblados, ríos y lagunas.

"Un niño no tiene alas y es más grande que un hada —cavilaba—. Camina, habla y ríe, y es muy inteligente."

De pronto se detuvo, sintiendo que su corazón latía con fuerza. Tendida en el pasto, vió una criatura que vestía un hermoso traje rosado. Su cabello era ensortijado y su boca, roja y sonriente. Corolita le examinó los hombros. No tenía alas. Observó que su piel parecía de tela y que sus ojos permanecían fijos.

"Si se mueve y habla, es un niño" pensó, y sopló suavemente los rizos amarillos. Lanzó una risita en el oído de la criatura. Luego pronunció: "Buenos días".

No obtuvo respuesta. Con su paraguas dió golpecitos en la mano, que continuó inmóvil.

—No es inteligente, por lo tanto, no es un niño —dedujo Corolita, y siguió su viaje, abandonando a la muñeca de trapo.

—Adiós —dijo el hada Corolita.

Cruzó jardines y torres, y uno o dos puentes. Descendió al distinguir una blanca figura, en el centro de una fuente. El agua caía por sus hombros, formando un plácido lago a sus pies. Corolita pensó ofrecerle su paraguas, pero era muy diminuto.

Se posó en la cabeza de la estatua y comprobó que era dura como la piedra.

"No tiene alas —murmuró—. Pero no camina y no ríe, y, si fuera sabia, no se estaría allí, inundada de agua."

Se alejó, desilusionada. De pronto vió dos criaturas cogidas de la mano, que avanzaban saltando y riendo. Se instalaron en un banco y entonces la hadita se aproximó para contemplarlas, escondida detrás de unas hojas que el otoño había esparcido sobre la tierra.

"Son hermosos —descubrió Corolita—. El más grande tiene cabello negro y mejillas rojas como manzanas. La más pequeña es rubia y luce una linda cinta en las trenzas."

Comprobó, emocionada, que el vestido de esa criatura era igual al de ella, a cuadros blancos y azules.

—Te leeré un cuento —dijo la rubia al niño moreno.

"Caminan, saltan, ríen, y hablan —enumeraba Corolita—. No hay duda que son niños."

—Había una vez un hada que vivía en una cabaña, con su abuelita, el hada Mariposa. Esta, con los años, había engordado un poco y sus frágiles alas ya no la sostenían. Por lo tanto, renunció a volar y se dedicó a cuidar a su nieta —leía la niña.

El niño dijo, riendo:

—¡Un cuento de hadas! ¡Qué tontería!

Corolita se sintió ofendida. Aquélla no era una tontería, sino su propia historia.

—¿No crees en las hadas? —protestó la niña—. Yo creo que existen. Sólo que no podemos verlas.

Terminó de leer el cuento, y entonces el niño confesó:

—Tienes razón, Ana María. Las hadas existen, pero son invisibles.

Corolita se sintió tan feliz con aquella declaración, que estuvo tentada de abandonar su escondite. Pero quizás su abuelita Mariposa no aprobaría ese gesto. Las hadas y los niños sólo se encuentran en los cuentos. En la vida real viven separados, aunque pensando siempre los unos en los otros.

Ana María y su compañero volvieron a su hogar y entonces Corolita emprendió el regreso.

Al llegar al primer bosque advirtió que no llevaba el canasto de la merienda. Sus antenas temblaron de impaciencia. Estaba muy lejos del lugar donde había olvidado el cesto. No podía regresar a buscarlo. Continuó volando y de pronto sintió hambre.

—Pensaré en Caperucita Roja para distraerme —decidió.

Recordó que en aquel cuento no era Caperucita, sino el lobo malo quién sentía hambre. Por lo tanto, renunció a seguir cavilando en esa historia.

El hada viajera encontró una muñeca.

—No quiero sentirme como el lobo malo —susurró.

Iba tan abstraída que casi tuvo un accidente aéreo. Una bruja pasó como un bólido en su escoba. La hadita se vió obligada a hacer un viraje rápido y a sostenerse con fuerza en el espacio. Quedó tan cansada, que sintió sus alas débiles. Entonces abrió el paraguas, para usarlo como paracaídas.

Cuando el hada Mariposa la vió en el aire, creyó en el primer instante que era un cuervo revoloteando. Más tarde distinguió que era su nietecita, suspendida del paraguas.

—Hadita mía —exclamó—. ¿Tuviste un buen viaje?

—Sí, abuelita. Pero, ¿sabe?, dejé olvidado mi canasto de provisiones.

—Eso no importa. ¿Viste a algún niño?

—¿No crees en las hadas? —preguntó Ana María.

—¡Oh, sí! No tienen alas. Caminan, hablan y ríen, tal como usted dijo.

—¿Y son inteligentes?

—Sí, abuelita.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Son inteligentes, porque creen en las hadas.

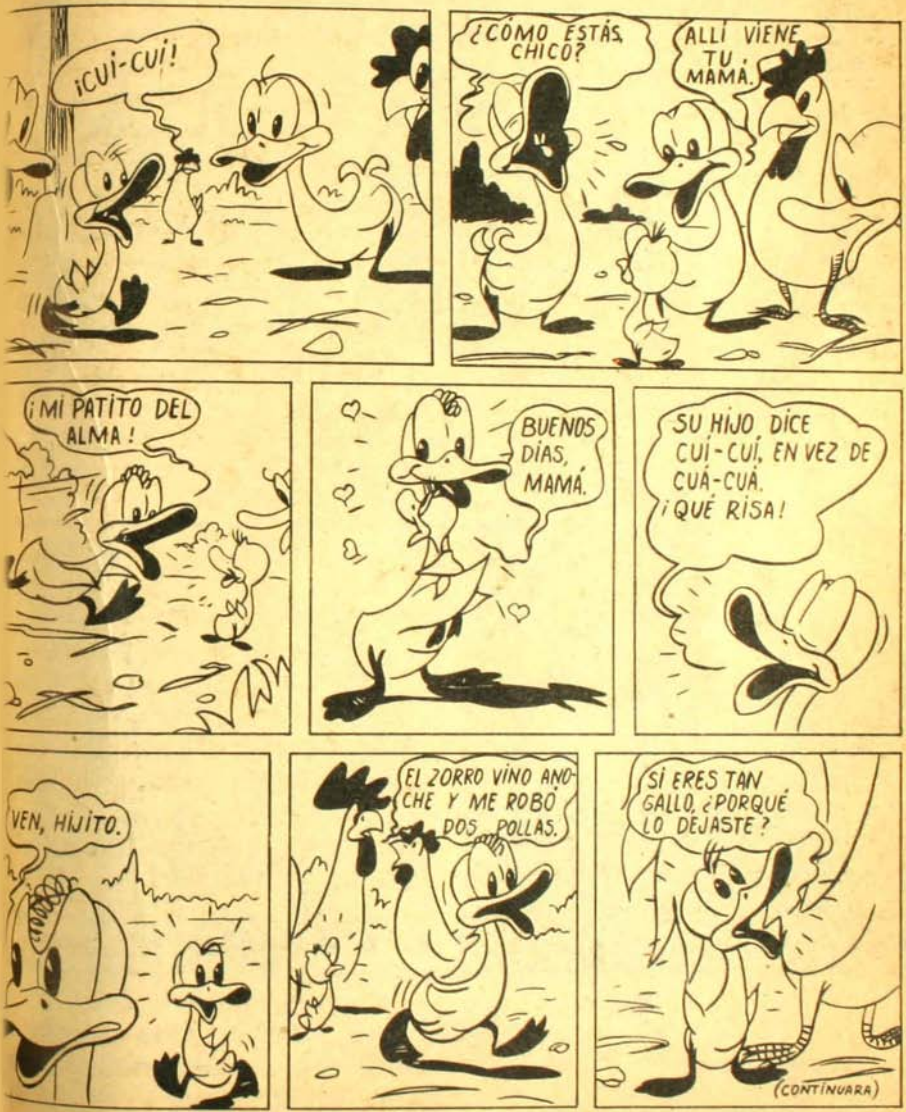
Abrazó a Mariposa y luego entró en su cabaña, para dormir una siesta.

Por cierto que antes de dormirse buscó en la alacena un pastel de fresas y lo saboreó, pensando en Caperucita Roja. Devoró en seguida una manzana, evocando a Blanca Nieves. Minutos después dormía plácidamente y soñó con niños. Sonrió entre sueños, sintiéndose orgullosa porque era la única hada que había estado cerca de los niños, tan próxima a ellos que hubiera podido tocarlos con sus dedos. Pero no se atrevió, porque no sabía qué podía ocurrir. Tal vez el mundo entero habría cambiado.

El pequeño canasto de provisiones, que quedó abandonado en el parque, era mágico, tal como ustedes suponen. Bastaba darle vuelta para que de él brotaran alimentos deliciosos. Pero Ana María no lo encontró. Y tampoco su compañero. Quizás otro niño lo halle algún día. Tal vez ese niño seas tú, lectorcito.

El patito audaz

RESUMEN: Un día nació el patito Cuí-Cuí y salió a recorrer mundo...



El tesoro de LA TORTUGA

CAPITULO I.—MAPA DIVIDIDO

1. En aquella brumosa tarde, el almirante Sir William demostraba inquietud. Cuando su mayordomo anunció al gobernador de Jamaica, Enrique Margun, exclamó con impaciencia: "—Que pase inmediatamente". Se presentó un hombre de voluminoso cuerpo. "—A vuestras órdenes, milord", dijo, inclinándose.

2. Sir William extendió un mapa y, señalando las islas del Caribe, declaró: "—Hace cincuenta años, Jorge Batlan, gran almirante de Inglaterra, comandaba una fragata que llevaba millones de libras de la corona. El 27 de enero de 1652 abandonó el puerto de Maracaibo... y nunca regresó. En cuanto al tesoro..."

3. "—Se sabe que la fragata real fué atacada en algún lugar de la costa de Santo Domingo por el más famoso bucanero de aquellos días, Jack el Tuerto. Era un temible rufián, que tenía por única ley el cuchillo y la horca, y de cuyas garras ningún enemigo escapaba con vida. El atrapó a nuestra nave."

4. "—He oído ese relato en las Antillas —contestó Margun—. Son muchos los que buscan el tesoro de la isla Tortuga. Dicen que allí enterró Jack su botín. Creo que es sólo un cuento de viejas." El almirante dijo: "—Os equivocáis. Aquí tengo un pedazo del mapa..., y vos iréis en busca del tesoro".

El tesoro de LA TORTUGA

5. Mientras tanto, a muchas millas de Inglaterra, un barco doblaba el cabo Trinidad. A bordo de él iban hombres preocupados por el mismo problema que inquietaba a Sir William. Ellos también tenían un trozo del mapa. El contramaestre Lapin dijo: "—Son cien millones de guineas. Una fortuna monumental".

6. El puñal del capitán Blasco atravesó el testamento de Jack el Tuerto. "—¡El tesoro será nuestro o de nadie! —rugió—. Al que tenga el otro pedazo, se lo arrancaremos junto con el alma." En ese instante un marinero anunció: "—Se acerca un galeón con la bandera de Inglaterra. Nos atacará".

7. La primera andanada pasó sobre las vergas. Pero el segundo disparo cayó sobre la línea de flotación. De cada portañola surgía un cañón. Lapin viró la nave pirata, a fin de acercarla al galeón y los ganchos de abordaje fueron lanzados. Aureolados de fuego, los barcos se unieron, crujiendo.

8. Los soldados del "Heraldo" fusilaban a los bucaneros que saltaban a bordo. Algunos lograron llegar al puente, entre ellos el capitán Blasco. El gobernador Margun, espada en mano, vociferaba: "—¡Matad a toda esa roñosa canalla y lanzadla al mar! Los tiburones quieren cena y nosotros se la daremos".

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas

CAPITULO III.— Señales en la noche.

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp, en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él.

Cuando Luisa Sharp respondió con sarcástica voz a las ansiosas preguntas de Lidia sobre su desaparecido padre, Adrián Montes intervino para protestar. La anciana se enfureció y dijo a su nieto:

—No permito que me faltes al respeto. Sabes que basta una palabra mía para que una mano muy dura castigue tu insolencia.

Adrián palideció.

—Abuela... —murmuró.

—Vete a tu cuarto.

El adolescente obedeció, con el semblante contraído de contenida rebeldía. Solo en la buhardilla, cogió su violín. Su mano distraída recorrió las cuerdas. Luego empuñó el arco y una melodía, mezcla de furor y angustia, se elevó en el silencio.

Lidia Belmar no insistió en sus preguntas. Observaba a Luisa Sharp. Aquella sorprendente anciana se transformaba instantáneamente a impulsos de la ira. Los ojos azules, que podían ser plácidos y risueños, adquirían de pronto un metálico destello que hería como un puñal.

—Ya es hora de que se sirva su desayuno —señaló con áspera voz.

Extendió sobre la mesa un mantel de tocuyo. Sobre una servilleta colocó el pan recién horneado. Cortó unas rebanadas para untarlas con mantequilla y sirvió a la niña una taza de café con leche.

—Aliméntese, muchacha. Después seguirá quejándose y llorando porque su papá se demora.

Lidia no se atrevió a negarse. Terminaba de beber el café, cuan

do unos pasos que conocía muy bien resonaron en el camino.
—¡Papá! —exclamó con alegría, y se precipitó al encuentro de Hugo Belmar.

El marino la estrechó en sus brazos, murmurando:

—Mi niñita, qué terrible ha sido estar separado de ti. Me imagino tu desesperación, pero no pude regresar anoche. Ahora el auto funciona bien. Podemos partir a Santiago. Allí nos esperan tu hermano y la institutriz.

Lidia recogió su impermeable y, tendiendo la mano a Luisa Sharp, murmuró, confusa:

—Gracias por su bondad. Perdóneme si le he causado molestias.

—Gracias, señora —añadió Belmar, dejando en la nudosa mano de la anciana un billete de mil pesos.

Relumbraron los azules ojos en el rostro apergaminado y la mano se cerró ávida sobre el dinero.

—Gracias, capitán. Ha sido un placer tenerlos aquí. La puerta de mi casa estará siempre abierta para ustedes.

Lidia hubiera deseado despedirse de Adrián,

Adrián se encerró en su buhardilla.

pero el joven no apareció, ni siquiera cuando el rugir del mot anunció que ya partían.

Juan Belmar, hermano de Lidia, y la institutriz Miss Agata, e peraban a los viajeros en una casa arrendada en el barrio alt Ambos hermanos se abrazaron con gran alegría. En las seman siguientes, se relataron sus aventuras, pues mientras la niña vi jaba con su padre, Miss Agata acompañaba al adolescente regreso a Chile. Una tarde, el cartero les entregó un sobre. nombre del capitán Belmar estaba escrito con letra gruesa y d pareja.

—La persona que escribió esto, cogió la pluma con las dos man —sonrió Juan.

Entregó la carta a Belmar, y éste, luego de leerla, la ofreció sus hijos. Un profundo asombro se reflejó en el semblante Lidia y Juan cuando se impusieron de aquella misiva:

Señor, le escribo para agradecer su generosidad. Además del nero que me dió personalmente, mi nieto halló, días después su partida, un portadocumentos, que contenía un papel escr con letras grandes como las de los libros, y que decía: "Para señora Sharp, en señal de agradecimiento. El viajero y su hij Acompañaba al mensaje un billete de 500 pesos. Mil gracias, pitán, y de nuevo le ofrezco mi casa, de todo corazón.—Lu SHARP.

—No entiendo una palabra —confesó Belmar—. Yo no dejé portadocumentos, ni ese dinero. Tampoco escribí el mensaje letras de imprenta.

Luisa Sharp sirvió el desayuno a Lidia.

—Extraño —murmuró Juan—. Alguna otra persona usó su nombre, papá.

—No me explico de dónde pudo salir el billete de 500. Allí todos son pobres —agregó el marino, pensativamente—. Dudo que alguien tuviera esa cantidad. No la robaron tampoco de mi cartera, estoy seguro.

Este episodio quedó olvidado por unos días. El almirantazgo llamó a Hugo Belmar para que comandara un barco y entonces el marino debió meditar en el problema de instalar a sus hijos en un hogar estable. Ya ambos habían terminado sus estudios y no era posible dejarlos, como antes, en un internado.

—¿Por qué no compra el "Nido de Aguilas"? —propuso Lidia.

Llamaba así al castillo, edificado sobre un alto roquedal, en la costa de Guayacán.

El capitán Belmar y sus hijos leyeron asombrados la carta de Luisa Sharp.

—Estás obsesionada por la idea de volver a ese lugar —advirtió el capitán—. ¿No crees que Luisa Sharp es una vecina inquietante?

—No, papacito. Olvide al pirata Bartolomé Sharp, que fué su antepasado, y sólo verá a una anciana amable e inofensiva.

Lidia no creía en absoluto que Luisa Sharp fuera "inofensiva" pero anhelaba que su padre comprara la mansión de piedra.
Juan intervino:
—El viejo Nicolás puede irse a vivir con nosotros, acompañado de sus hijos. Además, llevaríamos a Miss Agata. Con tanta gente acompañándonos, no veo razón para que usted se inquiete. Y viríamos felices. He oído hablar tanto de ese famoso castillo de la viejita pirata, que estoy ansioso de conocerlos.
Hugo Belmar dudaba aún.
—Yo cuidaré a los patroncitos —prometió Nicolás, un marinero rudo y corpulento, fiel servidor de la familia Belmar. Sus hijos grandes mocetones, aceptaban quedarse también en tierra, para convertirse en jardineros, chófer y mozos de la señorita Lidia del joven patrón.
Finalmente Hugo Belmar se decidió y el castillo fué comprado. La casa de piedra adquirió vida y animación con sus nuevos habitantes. La luz eléctrica iluminó sus sombríos aposentos. La calefacción ahuyentó el frío y la humedad, y los muebles modernos le dieron aspecto de hogar. Nicolás y sus hijos cultivaron el jardín, construyeron un garage para guardar los dos autos de la familia, y, como laboriosas hormigas, ejecutaban todos los trabajos necesarios. Micaela, mujer del marinero, atendía la cocina.
La primera noche que se encendieron todas las luces en el castillo, los habitantes de los alrededores las contemplaron como si vieran una constelación de estrellas, en un flanco de la roca. Se sintieron excitados. Algunos pensaban que era de buen presagio y otros murmuraron con supersticioso temor:
—Es inútil encender luces. Las tinieblas triunfarán, porque el castillo está maldito.
Una noche Lidia y Juan contemplaban desde la torre el paisaje nocturno, cuando vieron brillar una linterna. Desaparecía a veces la luz, o surgía, oscilando.
—Parecen señales —musitó Lidia, extrañada.
Continuaron vigilando. La misteriosa linterna no brilló de nuevo. Lidia propuso:
—¿Vamos a caminar? Hay luna y la noche está agradable.
Bajaron por el sendero de piedra, que descendía en espiral desde el castillo. Avanzaban, cuando oyeron crujir la arena, bajo unos pasos cautelosos.
—¿Quién anda ahí? —preguntó Juan, pero nadie respondió.

iguieron caminando y, e pronto, distinguieron na silueta que huía, n lograr ocultarse en- e las rocas y la escasa egetación. La nítida uz de la luna, la deli- eaba con claridad, y idia susurró:

–Juraría que ése que uye es... Adrían Mon- es.

–¿El nieto de la cor- aria? —sonrió Juan.

a sonrisa desapareció e sus labios al obser- ar la ansiedad de su ermana.

–¿Qué ocurre, Lidia? lo creo que el tal drián sea tan terrorí- ico.

–No sé —balbuceó la iña—. Papá tenía ra- ón. Esa familia oculta lgún misterio y tal vez ea peligrosa.

–Vamos, Lidia, no exa- eres. Si me esperas quí, perseguiré a tu amoso Adrián y lo raeré de un ala, para ue te pida perdón por aberte asustado.

–No me dejes sola, uan.

Lidia y Juan distinguieron una silueta que huía.

Pero ya el joven había desaparecido, siguiendo la alta y furtiva ombra. La soledad oprimió a Lidia y un agudo terror detuvo el atir de su corazón.

(CONTINUARA)

Ponchito

¡TE ESTÁS PORTANDO MUY BIEN, PONCHITO!
¡YA APRENDISTE A LEER EL OJO, LA MANO Y EL LORO!
PARA MAÑANA ME TRAES DE TAREA, LA VACA
¡PSSS! ¡EL PROFESOR ME DIÓ UNA TAREA RE FÁCIL!

por nato

¡MAÑANA ME IRÉ DE ALIVIO!
AL OTRO DIA
¡OOOOOOH! ¿QUE HACES NIÑO?
...Y USTED ME DIJO QUE HOY LE TRAJERA LA VACA
NATO.

El dragón de Flandes

CAPITULO VI.—El destierro.

Tristán, el Hijo del Lobo, provocó la ira de la reina Ginebra. No demostró temor, ni se inclinó servilmente, ni demandó piedad cuando ella lanzó contra él a sus feroces lebreles. Barto, el lobo intervino para defender a su amo. Sus colmillos, junto con el puñal de Tristán, dieron muerte a los canes que eran los favoritos de la cruel reina de Armorique.

El doncel fué conducido a la sala del tribunal. Sobre él cayó como una sentencia, la mirada severa de los jueces.

Uno de los componentes del jurado leyó con lentitud la acusación. Tristán era culpable de ofensa a la reina.

—¡Protesto! —exclamó el doncel—. Me limité a defenderme. No saludé a la reina y no pude inclinarme en una reverencia, porque debía estar alerta. No era ese un instante de reverencias

La severa mirada de los jueces cayó sobre el acusado.

—Protesto —exclamó el doncel.

cortesanas, sino de esgrimir el puñal con rapidez, antes que los lebreles saltaran a mi garganta.

El rey Arturo escuchaba en silencio. Hizo un ademán y el pregonero leyó la sentencia:

—Se condena al acusado al destierro en Flandes. Una carreta le conducirá fuera de la villa de Camelot, abandonándole en el bosque.

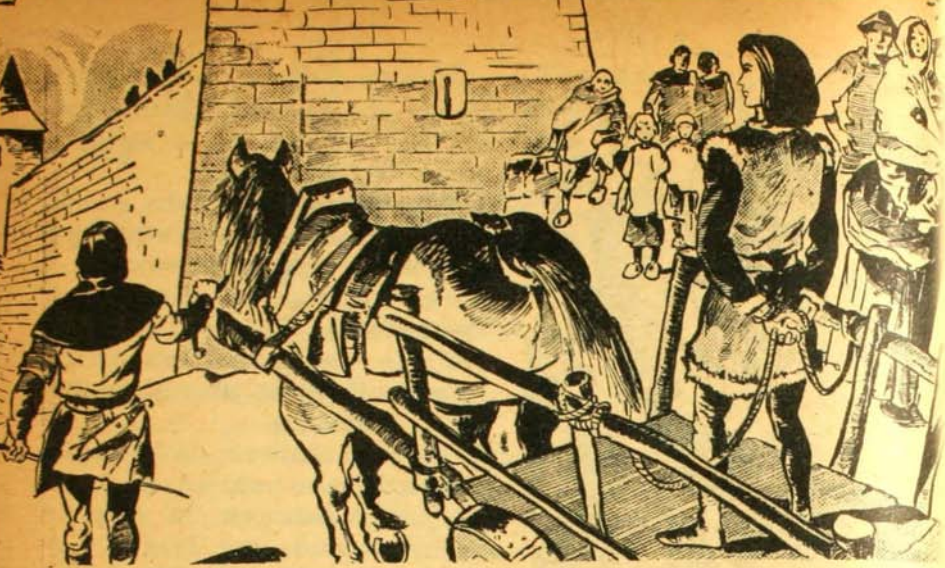
Los doce caballeros de la Tabla Redonda, que asistían ansiosos al juicio, lanzaron un suspiro. Habían temido que Tristán fuera sentenciado a la horca. La pena dictada parecía tener, en cambio, un propósito oculto: la ida a Flandes, el país aterrorizado al cual Tristán debía partir como el héroe que lo libraría de una amenaza terrible, que nadie se atrevía a pronunciar. Es verdad que iba como exilado, pero su espada le acompañaba, su lobo le seguía y su espíritu de gigantesco valor conducía sus pasos.

Tristán cavilaba también en aquella sentencia, que le guiaba hacia Flandes.

El rey Arturo de Bretaña habló con voz solemne:

—Si logras vencer los peligros que hallarás en tu camino y libertas a Flandes, te recibiré en Camelot con los honores que debo a mi caballero número trece. En cambio, si mueres, quedará demostrado el juicio de Dios y tu nombre no volverá

Meditaba en aquella sentencia extraña.



a pronunciarse en mi palacio, porque será el nombre de un cobarde.

Atado a una crujiente carreta, el doncel cruzó la ciudad. El pueblo se agrupó, a fin de contemplar al condenado y admiraban su actitud orgullosa y la belleza de sus rasgos.

El desterrado se sentó a cavilar.

Habían visto pasar a muchos reos y los injuriaban o se burlaban de ellos. Pero cuando pasó Tristán, erguido y tranquilo, ninguna mano recogió piedras del camino para lanzarlas y nadie profirió insultos. Todos observaban en silencio.

Barto, el lobo, caminaba a la zaga, sin apartar sus ojos de su amo y manteniéndose junto a la infamante carreta.

El rechinar de las ruedas, el leve trote del lobo y la cabalgata de los soldados eran los únicos ruidos que se percibían. Las voces permanecían sofocadas. Nadie se atrevió a protestar, porque temían a la reina Ginebra.

Tristán fué llevado en la infamante carreta.

"Es cruel —pensaban—; si sabe que hemos mirado con tristeza al prisionero o que hemos llorado, nos ahorcaría."

Los hombres crispaban sus puños y las mujeres se cubrían el rostro para ocultar las lágrimas.

Cuando llegaron al lugar más apartado del bosque, los guardias desataron al prisionero y le abandonaron. Antes de separarse de él, dijeron:

—Si los lobos no te devoran, morirás de frío.

Olvidaban que con Tristán quedaba el valiente Barto, capaz de batirse con una manada salvaje.

El joven se sentó sobre un roble derribado por la tempestad. Momentáneamente se sentía desalentado. Pero no pudo sumirse en tristes reflexiones, porque en ese instante oyó unos gruñidos que le obligaron a levantarse de un salto.

De la selva surgían tres jabalíes enormes que se abalanzaron sobre el héroe. Sus ojillos brillaban ferozmente y los curvos colmillos veíanse como dagas prontas a herir de muerte.

Tristán desenvainó su espada. Barto gruñó, con el lomo erizado. Aunque era un lobo de gran tamaño, aparecía casi pequeño ante las negras bestias que, como tres sombras del infierno, embistieron con furia.

La vida pareció inmovilizarse en la selva y un silencio denso ahogó los rumores, como si la propia naturaleza callara para presenciar el combate. (CONTINUARA)

Tres jabalíes enormes surgieron del bosque.

Concurso Semanal

Estas brujas son tan viejas, que suman entre todas más de mil años de edad, y ya sus dientes se caen solos. Hay sólo dos que son exactamente iguales. ¿Cuáles son? Envía tu respuesta a revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 188.— Portugal.

Premiados con: *UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A "SIMBAD".*— Hugo Hernández, Colbún; Juan Araneda, Lota; Sergio Garrido, Talca. *UNA PALETA ACUARELAS.*— Julio Martínez, Talca; Inés Virgilio, Coquimbo; María Cristina Mera, Osorno; Elsa Meneses, Rancagua a Coya; Alina Bravo, Osorno; Rosa Rojo, Santiago; Olga Lusmenia Ramírez, Santiago; Domingo Quiñones, Quilpué; Ricardo Acuña, San Carlos; Laura Elena Alvarez, Angol. *UN SACAPUNTA.*— Rolando Latorre, Valparaíso; Sergio San Martín, Pailahueque; Ramón Yáñez, Chillán; Cecilia Bermúdez, Viña del Mar. *UNA CARPETA ESQUELAS.*— Gerardo Osorio, Quillota; Julia Orellana, Rancagua; Mónica Wehrhahr, Quilpué; Mercedes Cárdenas, Temuco; Adriana del Valle, Lautaro; Carlos Virgilio, Santiago. *UN LIBRO.*— Eglantina Figueroa, Concepción; Luis Garrido, Temuco; Margot Angelbeck, Lautaro; María Angélica Núñez, Talcahuano; Rosa Reyes, Angol; Patricia Conley, Viña del Mar; Helia Fauré, Valparaíso; María Tapia, Viña del Mar; Angel Ulecia, Santiago; Luis Salas, Quillota. *UN VITALMIN.*— Solange Alarcón, Concepción; Alejandro Rojas, San Francisco de Limache; Raúl González, Talcahuano; Gloria Rubio, San Fernando; Luis Loyola, Valparaíso; Laudelina Cárter, Chillán; Sergio Romero, Angol; Julio Bustamante, Chillán; Rodemil Vega, La Unión; Edgardo Cifuentes, Los Andes.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 190

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

Juan y Juanita

3. Juanita despertó, sintiéndose mareada por los barquinazos de la nave. "—¿Qué sucede?", le preguntó su hermano, incorporándose. "—Quiero agua —gimió ella—. Me siento mal." Juan subió a cubierta. Una enorme ola barrió el puente, arrastrando al muchacho. "—¡Mil cangrejos!", oyó que alguien rugía.

4. El capitán Manuel pudo cogerlo de una mano antes de que el torrente lo precipitara al mar y gruñó: "—¿Por qué has salido en plena tempestad?" Juan exclamó: "—Mi hermana, Juanita, se siente enferma y quise llevarle agua". Antes que Catalán respondiera, el marinero Antonio gritó: "—¡Estamos perdidos!"

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO

Simba

$ 3.–

N.º 191

ENA POIRIER

L DRAGON DE FLANDES

Juan y Juanita

CAPITULO II.—SIN BRUJULA

1. Juan y Juanita regresaban a su patria a bordo de un ballene Una recia tempestad sacudió el barco. De pronto el contrama tre anunció con trágica voz: "—La brújula se rompió". Anton que llevaba un barril de agua, se estrelló contra el tablero." capitán, sin inmutarse, ordenó: "—Atiendan a Juanita".

2. La niña yacía en la cabina, aquejada de un intenso mar Juan preguntó con ansiedad: "—¿Cómo estás, hermanita?" E repuso: "—Un poco mejor. ¿Cuándo llegaremos a puerto, Jua El niño le explicó: "—La brújula se quebró y eso tal vez retarde. Pero supongo que el capitán podrá orientarse".

CONTINUA EN LA PENULTIMA PAG

Simbad

AÑO IV — 29-IV-1953 — N.º 191

Directora: Elvira Santa Cruz (Roxane)
Suscripción anual: $ 140
Semestral: $ 74
Extranjero:
Suscr. anual: US. $ 1,55
Semestral: US. $ 0,80
Recargo por vía certificada: Anual: US. $ 0,20
Semestral: US. $ 0,10

MARCO POLO

CAPITULO I.—Nido de rebeldes.

El veneciano Marco Polo se estableció en Catay (China). Era un viajero incansable. En su alto cuerpo ardía, como una hoguera, el espíritu aventurero. Pero había dos poderosas razones que le detenían en el país oriental: su emperador, Kublai Khan, y la princesa Kukachin.

El Gran Khan se resistía a dejarle marchar. Confiaba en Marco Polo y necesitaba sus consejos y su audacia.

—Mi imperio está amenazado por los rapaces mogoles y por los tártaros. No puedes irte, Marco Polo —decía Kublai.

La princesa no pronunciaba palabra alguna; pero sus ojos almendrados miraban al alto extranjero, y él olvidaba su decisión de partir. Quizás nunca más regresaría a Venecia ni bogaría por sus canales.

Siempre era Marco Polo el vencedor.

Veía a Kukachin, en las ceremonias palaciegas, como un lejan ídolo de marfil y oro. A veces dudaba de que pudiera existi porque su belleza era increíble en una criatura humana. Pero l mirada de las pupilas ambarinas era real, y sólo por verla estremecerse de emoción continuaba en la corte.

A fin de no vivir en un continuo ensueño, se batía con los l chadores. En aquellas pruebas nunca encontró un adversari que lo derrotara. Siempre era Marco Polo el vencedor, y su fam se extendió por la comarca y más allá de la muralla china.

Fustigando a su caballo, atravesó la ciudad.

Un día recibió un llamado urgente del emperador. El venecian fustigando a su caballo, atravesó la ciudad. A su paso, los sú ditos de Kublai Khan se inclinaban en profundas reverencias Marco Polo descabalgó frente al palacio, y, antes de penetr en la sala del trono, fué anunciado por un guardia:

—Mesire Marco Polo, poderoso primer ministro del glorioso K blai Khan, Gran Señor de la Tartaria.

Compareció ante el emperador, que, desde su dorado sitial, miró bondadosamente. Después, el semblante apacible se ensor breció. Ante una mirada menos sagaz que la de Marco Polo,

faz no había cambiado. Continuaba impasible. Pero el joven veneciano, durante su larga permanencia en el oriente, había aprendido a leer en aquellos rostros semejantes a máscaras impenetrables.

—Sublime señor —dijo, siguiendo la usanza china de elogiar—, dime cuáles son tus órdenes.

—Te he nombrado gobernador de mis estados del sur —declaró Kublai Khan—. Existe allí un clima de agitación e intriga. Deseo que los traidores sean eliminados. Tú sabrás cumplir mi voluntad.

Esa tarde Marco Polo abandonó la ciudad de Cambaluc, seguido de una escolta de guerreros.

Bargu, el gobernador destituído, a quien Marco Polo reempla-

Un guardia anunció a Marco Polo.

El semblante de Kublai Khan se ensombreció.

Bargu y Zardan complotaban contra Marco Polo.

zaría, no se resignaba a renunciar al poder y a las riquezas qu reunió durante su gobierno. Junto con el tártaro Zardan, urdió u complot para asesinar a su sucesor.

El sarraceno eligió a los esbirros que cometerían el crimen. A la cabeza de aquella horda de asesinos cabalgó hacia el camin por donde llegaría Marco Polo. En un desfiladero acechó e paso del joven.

El sarraceno eligió a los esbirros.

—El asalto será sorpr sivo —indicó a sus s cuaces—. Guarden s lencio y permanezca inmóviles, hasta que y dé la orden de atacar Marco Polo marchab confiado. Añoraba a s criado Bengucio, quien envió de regres a la patria, porque nu ca pudo habituarse los peligros ni a las ex ticas costumbres d aquel país.

"Con Bengucio podí hablar en mi lengua – meditaba el veneci no—. Aunque siempr

temblaba y por su cobardía no valía un *soldi* (centavo), tenía un corazón de oro y me profesaba cariño."

Aparentemente, cabalgaba confiado; pero su instinto le mantenía alerto, y de pronto frenó su caballo. La comitiva le imitó silenciosamente. ¿Qué amenaza presentía el extranjero, de ojos penetrantes?

Bargu sonrió siniestramente ante la tranquila apariencia del veneciano.

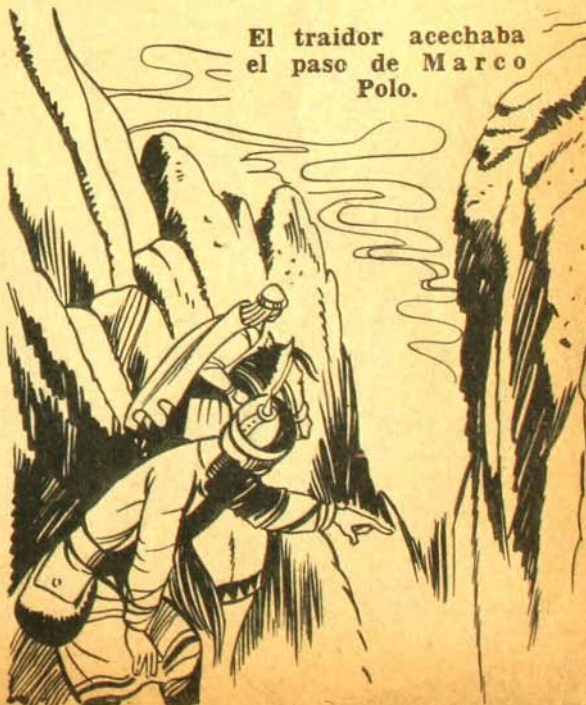
"No sospecha el peligro", pensó.

El tártaro Zardan observaba también a los despreocupados jinetes. Su instinto era más agudo y aquella calma no lograba engañarle. Veía las manos prontas a cerrarse sobre las armas y presentía que la actitud abandonada de aquellos cuerpos se tornaría tensa y agresiva cuando Marco Polo diera la voz de alarma.

—¡Ataquemos pronto, o el demonio blanco nos vencerá! —dijo a Bargu.

(CONTINUARA)

Bargu dirigía la horda de asesinos.



El traidor acechaba el paso de Marco Polo.

LOS FANTASMAS DEL IGUADU

CAPITULO II.—EL RASTRO DE LOS HOMBRES-TIGRES.

1. Nuestro antiguo conocido el viejo Bepo se trasladó a la Indonesia. Con un grupo de cazadores de fieras recorría la selva malaya, cuando encontró a un aterrado anciano que decía haber visto unos fantasmas. Cintia cuidó al desconocido, que en su delirio gemía: "—Yo los vi... Huyamos..., pronto"...

2. Cuando su fiebre se calmó, el anciano dijo: "—Yo formaba parte de una expedición. Ibamos hacia el templo del Iguadú, cuando fuimos atacados por los hombres-tigres. Sólo yo pude huir y..." Gori, el malayo, que estaba de centinela, percibió un leve rumor. Tal vez el viento, que movía la hojarasca.

3. Pero no era el viento, sino un encapuchado, que hirió a mansalva a Gori. El nativo cayó, sin un gemido. Mientras tanto, dentro de la tienda de campaña, el cazador Juan de la Selva y el viejo Bepo oían atentamente el relato del explorador. Este se inclinó para dibujar el mapa del templo.

4. De pronto se incorporó, con el rostro contraído de dolor. Una flecha se había clavado en su espalda. "—Los fantasmas... —balbució—. Me siguieron hasta aquí y ésta es su venganza porque les he dicho dónde está el templo prohibido." Juan de la Selva alcanzó a divisar una silueta que huía.

LOS FANTASMAS DEL IGUADU

5. El viejo Bepo y Juan de la Selva dispararon contra el fugitivo, y se disponían a perseguirlo, cuando oyeron la angustiada voz de Cintia: "—¡Vengan! Gori está herido"... Ambos se apresuraron a regresar. "—La herida no es mortal", susurró Juan de la Selva, examinando a su ayudante, que yacía inerte.

6. El puñal no había penetrado profundamente. Pálida de ansiedad, Cintia murmuró: "—¿Quiénes son esos malvados que acechan en la sombra? Hirieron a Gori y dieron muerte al anciano". Juan de la Selva examinó el terreno, sin descubrir huellas. "—Estoy seguro de haber herido a nuestro visitante", dijo.

7. "—Antes oí hablar de hombres-tigres. Las aldeas están aterrorizadas", declaró Bepo. El malayo Gori, que luego de vendar su herida insistió en mantenerse de pie, añadió: "—Es preciso ir al templo del Iguadú y exterminar a la secta". Muy lejos de allí un hombre dejaba caer su capa ensangrentada.

8. Sintiéndose rodeados por el peligro, los exploradores se pusieron en marcha al día siguiente. Ninguno vaciló. Ni Cintia, que era apenas una niña; ni Gori, que estaba herido. Bepo refunfuñaba: "—En las praderas de mi patria estaría más tranquilo". Pero por nada del mundo hubiera renunciado a aquella aventura.

(CONTINUARA)

LA VACA CHIFLADA

Desde que era una ternera, Constanza fué siempre diferente a las demás. Durante horas permanecía inmóvil en el prado, con la mirada soñadora y perdida, mientras sus compañeras pastaban.

A veces las otras terneras le preguntaban:

—¿Qué miras, Constanza?

Y ella respondía:

—Ustedes no pueden comprenderme, queridas.

Cierta vez, una niñita de la granja se dedicó a leer, bajo la sombra de un manzano. De pronto su mamá la llamó y ella acudió, corriendo. Olvidó por completo el libro.

La mayoría de las vacas no prestó atención a la pequeña lectora. Se ocupaban de rumiar, beber en el río o espantarse las moscas. Pero Constanza observó atentamente a la niña, vió que daba vueltas las páginas y que parecía encantada con los dibujos y las letras.

Cuando advirtió que el libro quedaba abandonado, lo llevó hacia un gran sauce, empujándolo con su pezuña delantera. En aquel sitio nadie la espiaría. Se puso de rodillas y con su nariz trató de mover las páginas. Pero su nariz era muy húmeda y resbaladiza. Insistió en sus esfuerzos, porque las vacas son criaturas que tienen una gran paciencia.

Todos los días practicó, hasta que pudo volver las hojas con relativa facilidad.

Entonces vió imágenes de hadas y príncipes, y admiró cuadros de una belleza jamás soñada.

Si desde pequeña Constanza había sido un poco chiflada, con aquellos cuentos acabó por convertirse en una excéntrica.

En las noches, cuando el ganado era recogido, las vacas decían a Constanza:

—¿Dónde estuviste? ¿Por qué atraviesas siempre hasta el otro lado del llano y desapareces todo el día?

Constanza replicaba misteriosamente:

—Ustedes no comprenderían, queridas.

Continuaba mirando aquellos dibujos, oculta por las largas ramas del sauce. Por supuesto, no sabía leer. Cualquiera sabe que las vacas no leen. Pero, en cambio, miraba, y su imaginación le inventaba cuentos maravillosos. Cierta vez no pudo conciliar el sueño en toda la noche, porque había visto una bruja verde que volaba en una escoba. Hubiera jurado que al tratar de volver la página, la bruja le rasguñó la nariz con sus uñas negras. Asustada, Constanza se levantó y esperó que el buen viento le doblara aquella terrible hoja.

Más tarde, cuando examinó la gallarda figura de un príncipe que acudía a rescatar a una bella princesa, la soñadora vaca sintió una nostalgia extraña y un ansia de ser princesa que no la dejaban dormir.

—Constanza, ¿estás despierta? —mugían sus amigas al oírla moverse y suspirar.

A la mañana siguiente se instaló junto a la cerca que bordeaba el camino. Sosteniendo delicadamente una rosa en su pezuña, avizoró la lejanía, esperando ver a un gallardo toro, que se aproximaba revestido de brillante armadura. Miró y miró; pero sólo algunas gallinas cruzaron por el polvoriento sendero. Un

La vaca chiflada "leía" cuentos de hadas.

grosero cerdo también trotó ante sus ojos, destruyendo sus ilusiones.

"Por aquí no vendrá —dedujo luego, consolándose—. Tal vez aparezca volando por el aire y, al descender sobre el prado, me dirá que soy hermosa."

Sintió deseos de contemplarse y caminó hacia el río. En el agua cristalina vió sus grandes y dulces ojos, los cuernos de resplandeciente blancura, la piel de suave pelaje rojizo.

"¡Múu! —susurró complacida—. Soy bella."

Las vacas empezaron a murmurar de Constanza.

—Está chiflada —comentaban—. ¿No la han visto cuando camina por el prado? Parece que va danzando. Y se adorna los cuernos con una rosa. Y mira al horizonte como si esperara a alguien. Una vez vió una escoba que la granjera dejó apoyada en un árbol, y huyó, mugiendo de terror. La oí pronunciar una palabra rara, "bruja". ¿Qué será eso?

Ninguna había oído contar cuentos fantásticos y no sabían qué le estaba sucediendo a Constanza. Además, no se atrevían a interrogarla, porque estaban seguras de que respondería: "Ustedes no comprenderían, queridas".

Aquella cantinela ya las tenía aburridas.

Pero lo peor aún no había sucedido. Un día, ¡oh qué terrible desgracia!, nuestra vaca se negó a dar más leche. Luego de mucho discurrir, llegó a la conclusión de que ninguna princesa daba leche. Por lo tanto, ella tampoco la daría.

Cuando el dueño de la granja descubrió que ordeñar a su mejor vaca era inútil, se rascó la cabeza, perplejo. ¿Qué ocurría?

—Mándala al matadero —le aconsejaban sus amigos.

—Nunca —replicó el granjero—. Es la más hermosa de mis vacas y no quiero perderla.

Se dedicó entonces a observar a la caprichosa rumiante. La siguió hasta el oculto lugar donde tenía escondido su tesoro, y casi se desmayó de asombro al ver que se arrodillaba doblando sus patas delanteras y que con su nariz empezaba a hojear el libro de cuentos.

Esa tarde, cuando las vacas estaban encerradas en el establo, el dueño de la finca recogió el libro y lo miró atentamente. Las bellas princesas vivían ociosas, asomadas a sus balcones o prisioneras en las torres. Comprendió por qué Constanza había cambiado.

"Es preciso darle otras ideas", decidió el astuto granjero, y, en lugar del libro de cuentos, puso uno que ilustraba la vida de una granja. Contenía muchos cuadros de vacas que eran ordeñadas. La leche se depositaba en botellas y era repartida a niños y niñitas, que demostraban su felicidad al beber el exquisito alimento. La leche maravillosa ahuyentaba el fantasma del hambre y de las enfermedades.

Cuando Constanza encontró aquel libro, se sorprendió mucho. Arrodillada, empezó a dar vueltas las páginas. Lo primero que vió fué una vaca pelirroja, muy hermosa, de ojos grandes y dulces y cuernos de resplandeciente blancura.

"Esta soy yo", exclamó con orgullo.

Vió cómo era ordeñada y cómo la leche espumosa y fragante daba salud y vida a quien la bebía.

Tembló de espanto al ver el fantasma del hambre, y consideró que

era mucho más horrible que la bruja verde, encaramada en una escoba.

Desechó sus antiguos sueños y dió la mejor leche de toda la región. La fama de aquella leche llegó a los pueblos y ciudades más distantes. El granjero, al recordar su ardid, sonreía. Y nunca más tuvo problemas con la vaca más hermosa y buena lechera de su rebaño.

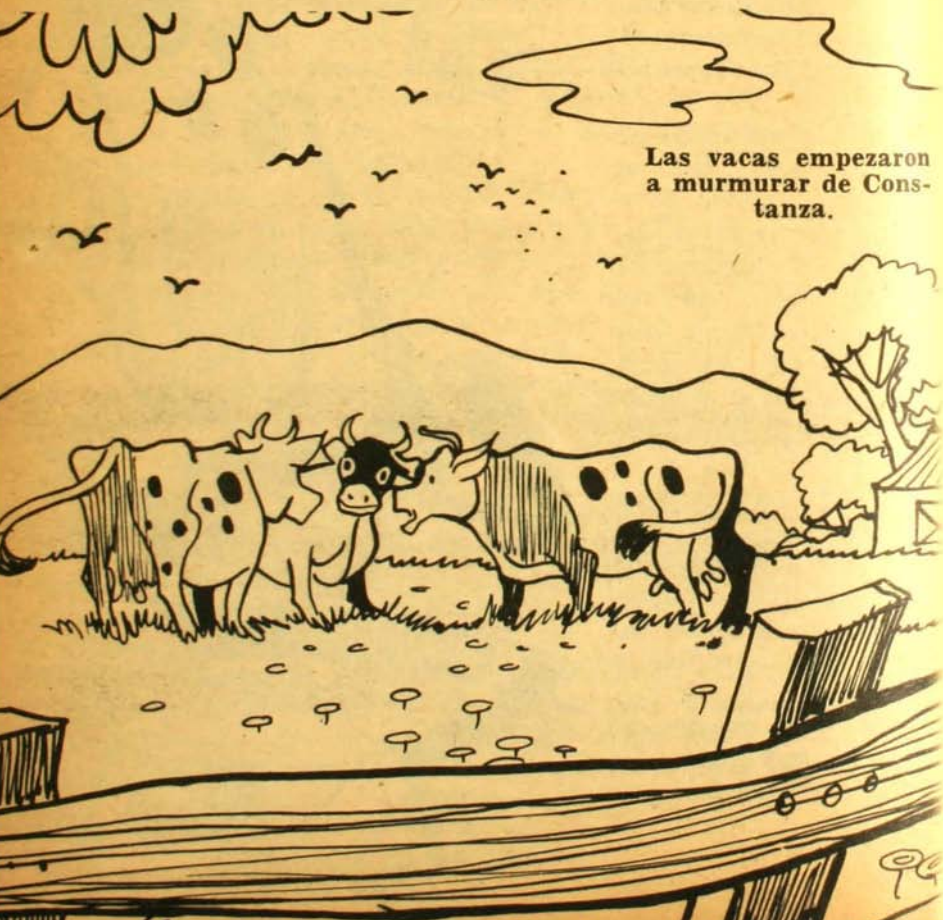
Constanza ya no avanzaba por el prado como una danzarina y no lucía guirnaldas ni rosas. Pacía con sus compañeras, eligiendo el pasto más jugoso, a fin de mejorar su leche, y reposaba largas horas para engordar.

Las demás vacas, al verla transformada, preguntaban:

—¿Qué te sucede ahora, Constanza?

Y ella respondía, sin dejar de rumiar pacíficamente:

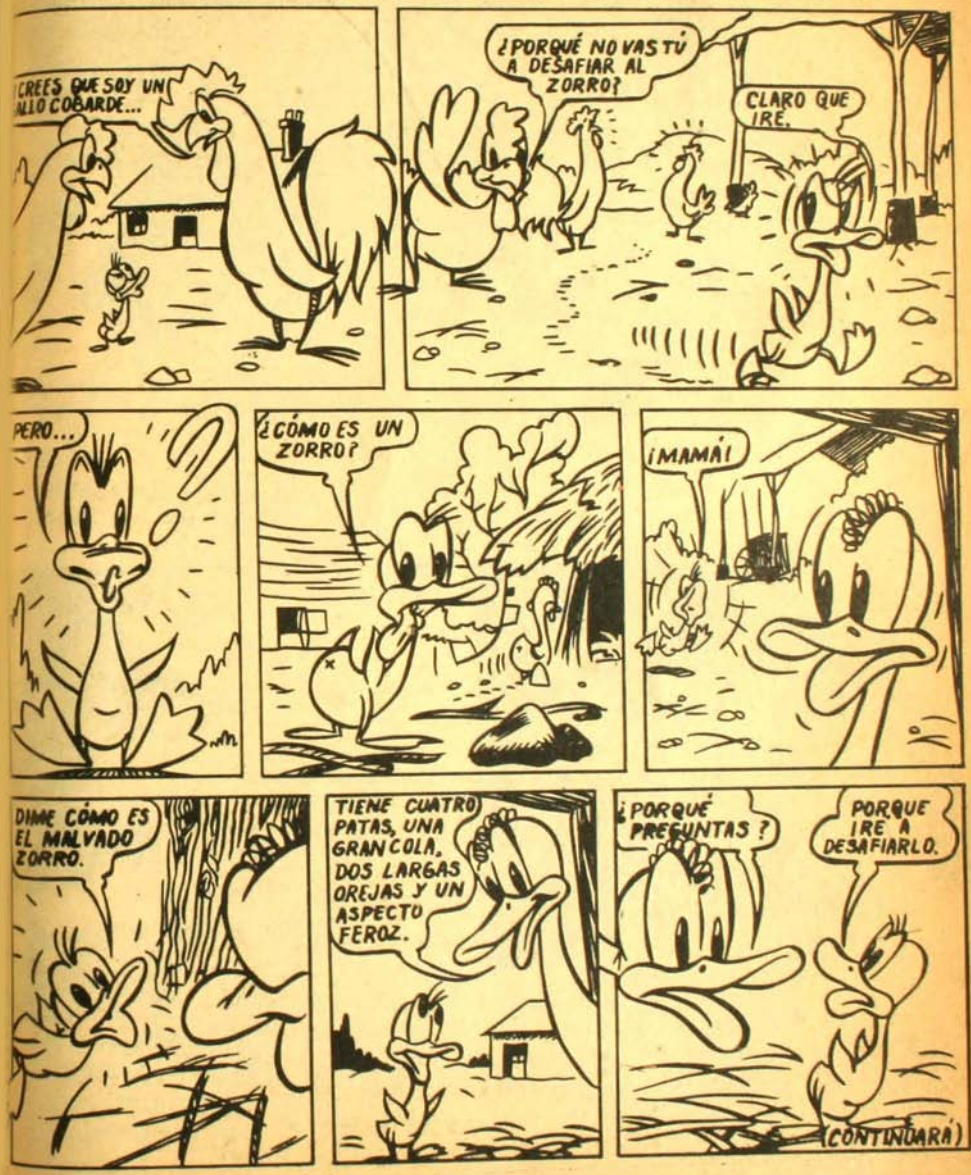
—Ustedes no lo comprenderían, queridas.



Las vacas empezaron a murmurar de Constanza.

El patito audaz

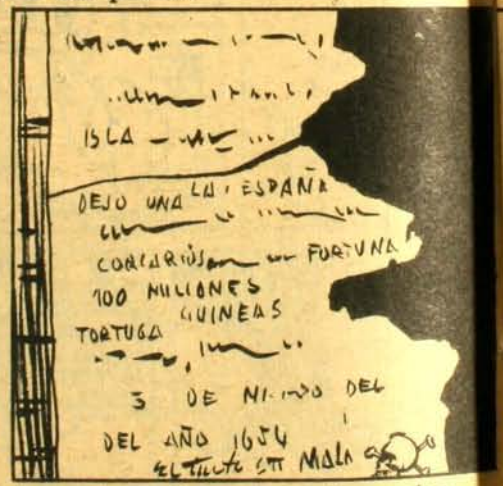
RESUMEN: Un dia nació el patito Cui-Cui y salió a recorrer mundo. El patito audaz oye hablar por primera vez del zorro.



El tesoro de LA TORTUGA

CAPITULO II.—EL TERCER BUSCADOR DEL TESORO.

1. Enrique Margun, gobernador de Jamaica, navegaba en busca del tesoro que el pirata Jack el Tuerto enterró en la isla Tortuga. En su ruta halló el barco pirata "Serpiente de Mar", y ordenó que la tripulación fuera exterminada. En la cabina del capitán halló un trozo de mapa, clavado con un puñal.

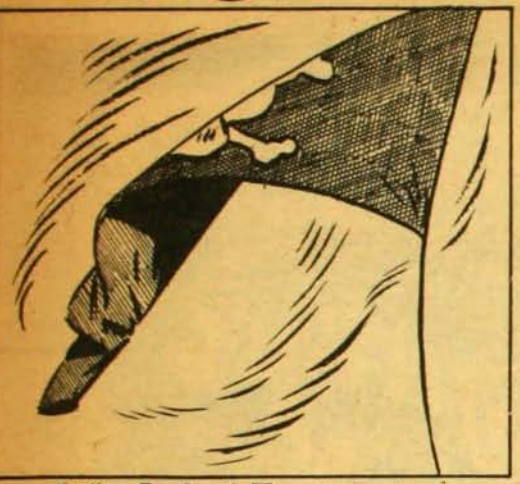


2. Todos los bucaneros murieron, lanzados al mar o ahorcados en las vergas. Sumido en hondas cavilaciones, Margun contemplaba el mensaje, aun incompleto. "—Esto quiere decir que hay un tercer pedazo. ¿Quién demonios lo tendrá? —mascullaba—. Sospecho que el maldito pirata se ríe de mí desde su tumba."

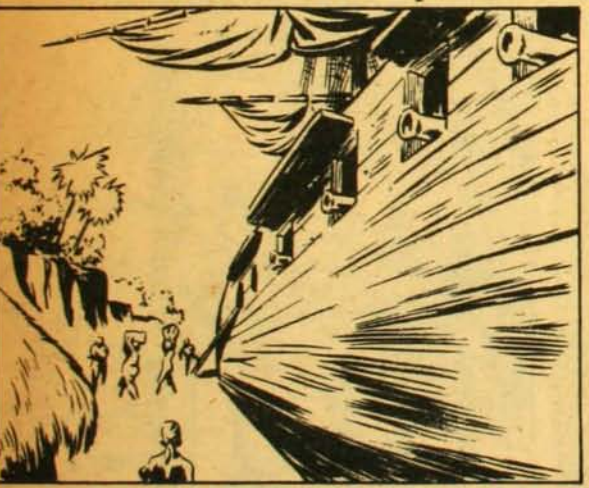
3. Reunió a sus oficiales para declarar: "—El rey Jorge de Inglaterra me dió una misión difícil de cumplir: hallar el tesoro de la isla Tortuga. Nos veremos obligados a navegar sin descanso hasta encontrarlo". Mientras tanto, en la lejana isla, los más famosos corsarios celebraban consejo.

4. Todos eligieron a Mario Bernis, el más audaz y el que conocía mejor que nadie todas las rutas del mar. "—Zarparemos mañana, al alba", anunció el capitán. Su grumete le interrogó más tarde: "—¿Es verdad que vamos en busca de un tesoro? ¿Y por qué sólo ahora se descubrió el mapa? Parece que es muy antiguo".

El tesoro de LA TORTUGA



5. "—Jack el Tuerto quiso que su testamento fuera abierto treinta años después de su muerte. Se descubrió entonces que sólo quedaba una parte. El resto no se sabe quién lo robó", repuso Mario Bernis. Esa noche el pabellón de los piratas fué izado y los filibusteros celebraron su próxima aventura.



6. El "Heraldo" ancló en las Islas Vírgenes. Enrique Margun ordenó publicar la siguiente proclama: 'El gobernador de Jamaica exige la entrega de un trozo que falta al mapa del tesoro de Jack el Tuerto. El que lo tenga en su poder y no lo entregue, será ahorcado al ser descubierto".

7. Un estrafalario personaje se presentó en la residencia que albergaba al gobernador. Nadie supo qué dijo aquel hombrecillo calvo, de orejas desmesuradas y tímida actitud. Pero Enrique Margun pareció muy agitado. Lanzó una bolsa con monedas de oro a los pies del hombrecillo y lo despidió con un gesto.

8. Desde ese día un centinela vigiló constantemente la ensenada. "Si aquí sucede algo y yo no lo veo, seré ahorcado", murmuraba, aguzando su mirada. Un atardecer avistó un navío. Corrió a dar la voz de alarma, no sin que Mario Bernis alcanzara a divisar su fugitiva silueta.

(CONTINUARA)

La Caverna de los Piratas

CAPITULO IV. — Un espía.

RESUMEN: El capitán Hugo Belmar y su hija Lidia se refugian en la vivienda de Luisa Sharp, en una noche tempestuosa. La anciana es descendiente de antiguos corsarios. Lidia sospecha que oculta un secreto. Confía en el joven Adrián Montes, nieto de Luisa, pero a veces también duda de él. Se instala en un castillo, edificado sobre una alta roca, acompañada de su hermano Juan, de la institutriz Miss Agata y de sus servidores. Una noche distinguen a un desconocido que huye, luego de hacer señales con una linterna...

Al anochecer, Lidia Belmar y su hermano Juan vieron oscilar en la costa la luz de un farol. Alguien hacía señales. Bajaron a la playa para investigar, y vislumbraron una silueta fugitiva. Lidia creyó reconocer a Adrián Montes, nieto de Luisa Sharp, misteriosa anciana que moraba en las cercanías.

Juan se perdió en la oscuridad, siguiendo a la sombra que huía. Sola, aterrorizada, Lidia permaneció inmóvil. Su corazón latía apresuradamente. Percibía, lejano, el estallar de las olas contra el acantilado.

—Lidia...

Tembló al reconocer a Adrián Montes. La alta silueta se delineaba cerca de ella, en actitud protectora.

—Es una imprudencia que esté sola —añadió el muchacho.

Ella le observaba con silencioso asombro. El rostro juvenil no se veía congestionado por la agitación de una huída. Respiraba con naturalidad, y sus ojos azules no traslucían confusión, ni se desviaban para evitar la escrutadora mirada de Lidia.

—¿Por qué me mira así? —preguntó.

—Adrián, ¿recién llega usted? Quiero decir..., ¿no pasó antes por aquí y, al vernos, huyó?

—¿Huir? —repitió él—. ¿De usted y de quién más?

—De mi hermano.

—Lidia, no la comprendo.

Su estupor no parecía simulado. Lidia vaciló.
—Disculpe, Adrián. Yo...
En ese instante Juan Belmar se reunió con ellos.
—No pude alcanzar a ese..., a éste.
Corrigió la frase al advertir la presencia de Adrián.
—¿A mí? —exclamó el nieto de Luisa Sharp—. Difícilmente pudo alcanzarme, si no me perseguía.
Juan, pensativo, examinó a Adrián. No daba señales de haber corrido. Sin embargo, la persecución entre las rocas había sido ardua y tenaz.
—No se ve usted cansado —admitió—. Quiere decir que seguí a alguien muy parecido a usted.
—Roge...
Adrián se interrumpió. Lidia también había pensado en el mismo nombre: Rogelio, el primo de Adrián.
—Un error —agregó el joven—. En la noche es difícil reconocer a las personas. ¿Me permiten que los acompañe hasta el castillo? Aunque este sitio es tranquilo, no es prudente aventurarse sin defensa. Nunca se sabe qué puede suceder.
"Sobre todo si un descendiente del pirata Sharp anda rondando cerca", pensó Lidia, sin poder evitarlo.
—Gracias por su compañía, Adrián —expresó Juan cuando se despidieron, al pie del sendero de piedra que conducía a la fortaleza colonial.
Al día siguiente el sol resplandeció, inundando la costa de una cálida luz. El mar en bonanza, el cielo sin nubes, la playa dorada provocaban impulsos de alegría. Lidia olvidó sus inquietudes de la noche anterior y Juan no mencionó la extraña fuga

—¿Eres tú, querida niña? —exclamó Luisa Sharp.

Luisa insistió en servir desayuno a sus visitantes.

de una sombra que des
pués resurgió tranquila
Porque no se convenci
realmente de que no era
Adrián el perseguido.
El capitán Belmar se
reunió con sus hijos
antes de iniciar su viaje
Micaela sirvió el des
ayuno en la terraza.
—La mañana está es
pléndida para un pase
—declaró Hugo Bel
mar—. ¿Salgamos a ca
minar? Iremos a salu
dar a Luisa Sharp. E
nuestra vecina más pró
xima.
Al cruzar el patio
Juan, señalando un po
zo, dijo:
—Ese pozo me tien
intrigado. No se distin
gue agua en su hondu
ra, sino sólo rocas. So
pecho que oculta algú
camino secreto. Un di
bajaré a estudiar ese
vericuetos.
—Cuidado con rompe
te la cabeza en una ca
da —sugirió el capitá
—No, papá. Seré pr
dente.
Cuando caminaban p
la carretera principa
el cartero les alcanz
para entregarles varia
cartas. Había una pa
Juan, en la cual su am

go Mauricio Maré anunciaba su visita. Comunicó esta noticia a Lidia, que exclamó:
—¡Espléndido! Mauricio es muy gentil.
—Es el preferido de las niñas, así que tú estarás en la gloria —sonrió Juan.
Hugo Belmar no intervenía en la conversación de sus hijos. Guardó un sobre que contenía una nueva orden del almirantazgo, y dijo:
—También hay correspondencia para Miss Agata. No sé por qué me parece que tiene algún problema que no nos ha confiado.
—Ustedes están obsesionados con la idea de misterios y secretos —observó el joven Belmar—. No hay persona que no encuentren enigmática. Hasta la pacífica Miss Agata aparece ahora como un personaje tétrico.
Habían llegado a la casa de Luisa Sharp. Llamaron a la puerta y no tardó en acudir la anciana. Juan, que no la conocía, era el más interesado en verla. Miró con atención el rostro apergaminado y la figura recia, como un viejo y nudoso roble que ninguna tempestad había podido abatir. Los ojos azules fulguraban dulcemente.
—¿Eres tú, querida niña? —pronunció—. ¿Y usted, capitán? Bien venidos. ¿Y este jovencito quién es?
—Mi hijo —respondió el marino—. Juan Belmar.
—Para servirla, señora —saludó el joven, inclinándose.
—Adelante. Les serviré desayuno.
—Ya desayunamos —objetó el capitán—. No se moleste.
Luisa Sharp insistió:
—Una taza más no les hará daño. La leche está hervida y el café listo para servir. Acabo de hornear el pan y la mantequilla la batí hoy, de madrugada. Además, la caminata les habrá dado apetito.
—Nos convenció, señora —declaró Juan, riendo alegremente—. Por lo menos, yo acepto.
Se sentaron a la mesa y minutos después saboreaban el desayuno campestre.
—¿Así que se decidió a comprar la casa de piedra? —dijo Luisa—. Excelente idea. Sé que han traído servidumbre. Pero si les falta un jardinero, mi nieto Adrián podría servirles.
Aquella proposición fué tan abrupta, que todos se sorprendieron.
—Ese muchacho me preocupa —confesó Luisa—. Durante las

vacaciones traba amistad con individuos indeseables y se pasa el día vagando. Quisiera que se ocupara en un trabajo útil.
—¿Qué hace en el resto del año? —preguntó el oficial de marina.
—Estudia en un internado. Cursa el quinto año de humanidades.
Lidia no pudo ocultar su asombro. Aunque Adrián se expresaba correctamente, ella creyó casi que era un analfabeto. Desconocía por qué lo consideraba ignorante; pero jamás imaginó que tuviera cultura.
—No lo rechace, capitán —suplicó Luisa.
Belmar vacilaba. En forma inconsciente desconfiaba de la anciana. Pero sus hijos estaban bien protegidos por el fiel Nicolás y su familia. Además, les acompañaba Miss Agata. Era absurdo exagerar sus temores. Por lo tanto, repuso:
—Está bien, señora Sharp. Envíe a Adrián esta tarde y llegaremos a un acuerdo.
Por los ojos azules cruzó un rayo de codicia. Lidia meditó: "Es tan avara, que obliga a su nieto a trabajar durante las vacaciones para reunir algunos pesos". Juan, por su parte, reflexionaba: "La viejecita corsaria nos endosa a su nieto para que nos espíe. Creo que trama algún complot. Hay que permanecer con los ojos abiertos. Cuando llegue Mauricio le comunicaré mis sospechas, y entre los dos vigilaremos. Presiento que estas vacaciones en Guayacán serán estupendas".
—¿Dónde está su nieto ahora? —preguntó Belmar.
—En el sitio, cavando la tierra. Iré a buscarlo. Tal vez sea mejor que hable inmediatamente con él.
—Vamos juntos —propuso el capitán.
No tardaron en distinguir al joven, que empuñaba un azadón. Interrumpió su faena, enrojeciendo.
—El capitán te contratará para que plantes un jardín en su castillo —dijo la abuela.
Adrián le dirigió una rápida mirada. Lidia, que lo contemplaba atentamente, descubrió una expresión de alarma en aquellas pupilas azules.
—No quiero ir, abuela —replicó después, con lenta firmeza.
—No te atreverás a desobedecerme —gritó Luisa, enfurecida—. Hoy mismo dejarás esta casa.
—No deseo obligar a... —empezó a decir el capitán Belmar. Pero la anciana gruñó:
—Obedecerá, o yo no soy Luisa Sharp.

Pronunció esta frase con un orgullo diabólico. Era la amenaza de alguien que estaba seguro de aterrorizar con una sola palabra a quien se atreviera a resistirle. "O yo no soy Luisa Sharp." Era casi como si la sombra del temido corsario resurgiera y su voz de ultratumba resonara siniestramente.

Belmar intervino con decisión:

—No lo emplearé, señora Sharp.

Pero Lidia suplicó:

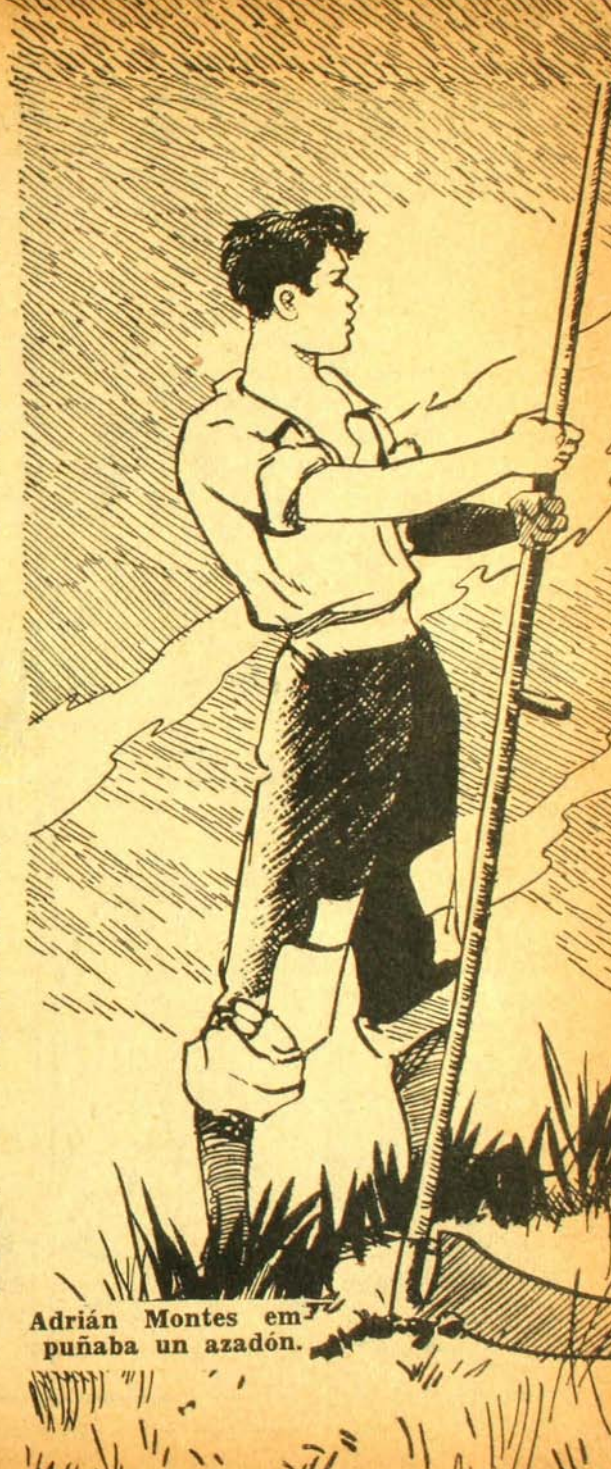
—Sí, papá. Deja que venga con nosotros. Adrián meditará y estoy segura de que terminará por aceptar.

El capitán jamás había rehusado cumplir un deseo de su hija. La autoritaria actitud de Luisa Sharp y las vacilaciones de Adrián le causaron desagrado. Sin embargo, no pudo negarse.

—Lidia, si tú lo quieres... —vaciló.

Adrián, turbado, guardaba silencio. Luisa Sharp esperaba, segura de que al final su voluntad prevalecería.

(CONTINUARA)



Adrián Montes empuñaba un azadón.

Ponchito

¡APÚRATE PARA QUE LLEGUEMOS LUEGO AL PUEBLO!
¡VAMOS A GALOPAR, ENTONCES!
¡ESPÉRAME AQUÍ, YA VUELVO!
¡MIRARÉ UN POCO PARA ENTRETENERME!

por nato

¡OH, QUÉ PENA! ¡UN CIEGUITO CON UNA VICTROLA!
¡UNA LIMOSNITA POR AMOR A DIOS...
¡LE PREGUNTARÉ POR QUÉ TIENE LA VICTROLA!
¿QUÉ NO VES QUE SOY MUDO?
NATO.

El dragón de Flandes

CAPITULO VII.—La doncella de la floresta.

Tristán el Hijo del Lobo fué expulsado de Camelot. Incurri en la ira de la reina Ginebra, porque se demostró más orgullos que ella, y no retrocedió un solo paso cuando los feroces lebrele de la soberana se abalanzaron contra él.

Jamás la reina de Armorique había visto una expresión tan so berbia como la que se reflejaba en el rostro del adolescente Su furor aumentó porque sus lebreles cayeron vencidos por e rápido puñal de Tristán y por los colmillos de Barto, el lobo.

En una carreta infamante, el joven héroe fué conducido al bos que y abandonado allí. Cavilaba Tristán en la injusta sentencia

Las fieras embistie ron al doncel.

cuando vió surgir a tres jabalíes salvajes. Apenas tuvo tiempo de alzarse y esgrimir la espada. Mató de una estocada a la primera fiera que lo embistió y luego hizo frente a las otras. Su posición era difícil. De súbito una voz gritó:

—¡No temas, doncel!

Y un caballero, con la visera baja y la lanza preparada, cabalgó hacia los enfurecidos jabalíes. En un instante dejó fuera de combate a los negros animales. Con su cuchillo de caza, Tristán cortó la cabeza de un jabalí y la tendió en señal de ofrenda a su salvador. Este descabalgó con agilidad y avanzó. La prestancia de su figura no se veía disminuída por la estatura escasa ni por la esbeltez de su cuerpo, cubierto por una malla azul.

Oyó una voz que decía: —¡No temas, doncel!

Su guantelete de hierro alzó de un golpe la visera. Bajo el yelmo, Tristán contempló el rostro de una doncella. Asombrado, posó una rodilla en tierra, para saludarla.

La risa juvenil pareció despertar ecos de plata en la dormida selva.

—Si hubieras saludado así a

El caballero desconocido cabalgó hacia los enfurecidos jabalíes.

Bajo el yelmo apareció el rostro de una doncella.

Tristán posó una rodilla en tierra.

la reina Ginebra no estarías desterrado —sugirió, sonriente.

—¿Cómo sabes? . . . —balbució el Hijo del Łobo, extrañado.

Ella no respondió. Cogiendo a su caballo de la brida, caminó por los senderos selváticos y guió a Tristán hasta un castillo. Apenas entraron, se cerró la puerta. Al advertir la sorpresa de Tristán, la doncella prorrumpió en una cristalina carcajada:

—Ahora eres mi prisionero —dijo—; el cautivo de Belina, la doncella de la floresta.

Tristán no supo si aquellas palabras eran inofensivas o encubrían una amenaza. Belina le sirvió una agradable cena y escanció hidromiel en su copa.

—¿Hacia dónde te diriges? —preguntó después.

—Hacia Flandes.

El rostro de la rubia doncella se ensombreció. Con vacilante voz repitió:

—¿A Flandes? ¿Ignoras que todos los caballeros que se internaron en ese país maldito han muerto?

La puerta se cerró detrás de ellos.

—Lo sé, Belina. Pero yo venceré.

—No te dejaré ir. Permanecerás en mi castillo hasta que desaparezca la amenaza que se cierne sobre ti.

Esta vez fué Tristán quien lanzó una vibrante carcajada.

—¿Retenerme, bellísima? No podrás, ni aunque poseyeras la magia de Viviana, la Hechicera del Lago. Ella no pudo aprisionarme en su castillo sumergido. Estos muros tampoco impedirán que yo continúe mi viaje a Flandes.

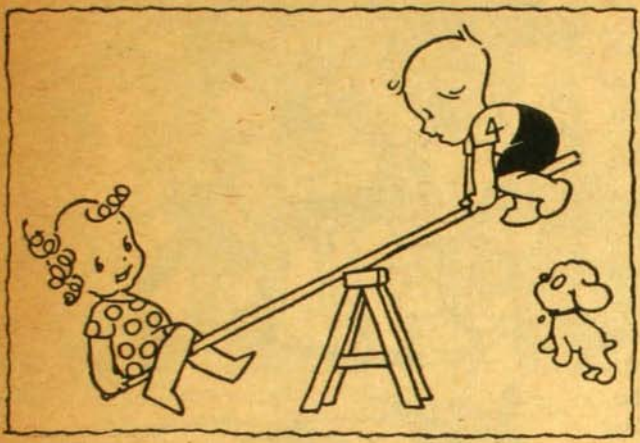
Se cruzaron las miradas. Los ojos oscuros y burlescos de Tristán y las pupilas azules y dominadoras. Belina era una guerrera invencible. Pero esta vez no combatía a un adversario a quien pudiera abatir con un mandoble de su espada, o arrollar bajo los cascos de su brioso corcel. Estaba frente a una voluntad irónica, a un doncel que a sus amenazas respondería con una carcajada sonora y que, sin dejar de sonreír, huiría de las redes que ella intentara tenderle. Tristán, el Hijo del Lobo, no oía furiosos mandatos ni embrujadores cantos. Continuaría su camino tal como se lo había propuesto.

(CONTINUARA)

Belina escanció hidromiel en la copa.

El rostro de la doncella se ensombreció.

Concurso Semanal



En esta ilustración hay 5 números y 2 letras bien definidas. ¿Cuáles son? Envía tu respuesta a Revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago. Tu solución no será válida si no trae el cupón.

SOLUCION AL CONCURSO N.º 189.— Roedor.

Premiados con: UNA SUSCRIPCION TRIMESTRAL A SIMBAD.— Héctor Vargas, San Fernando; Lorenzo Perivancich, Valparaíso; Horacio Carvajal, Santiago. UNA REGLA COLEGIAL.— Ana Ibarra, Parral; Jaime Buzeta, Valparaíso; Carlos Virgilio, Santiago. UN SACAPUNTA.— Julio Jalaff, Molina; Jaime Caro, Santiago; Georgina Fredes, Santiago; Juan Capier, Santiago. UNA PALETA ACUARELAS.— René Estay, Valparaíso; Eduardo Dinamarca, Viña del Mar; Nora Rivas, Concepción; Eugenia Campos, Peñablanca; Julia Astudillo, Santiago; Emilio Burchard, Santiago; Francisco Conejeros, Santiago; Virginio Martínez, Santiago; Delia Molina, San Bernardo; Néstor Ruiz, Quilpué. UN LIBRO.— Evaristo Cárdenas, Temuco; María Elvira Albornoz, Santiago; Eliana Molina, La Unión; Francisco Hernández, Parral; Leopoldo Verdugo, Puente Alto; Juan Oyaneder, Santiago; Patricia Arancibia, Rancagua; Enrique Ramírez, Lota; Segundo Tapia, Valparaíso; Sonia Díaz, Los Andes. UN VITALMIN.— Laura Fuentes, Angol; Rosa Aravena, Linares; Luis Cruz, Parral; July Honorato, Valparaíso; Silvia Leves, Melipilla; Gloria Echeverría, Osorno; María Bety, Temuco; Luis Lagos, Chillán; Luis H. Salazar, Victoria; María Consuelo del Pozo, Limache.

CUPON DEL CONCURSO Semanal

SIMBAD N.º 191

¡ATENCION!

Los lectores de Santiago cobrarán los premios en nuestras oficinas de Avenida Santa María 076, 3er. piso, de 9 a 12 horas y de 15 a 17 horas. Los de provincias recibirán sus premios por correo.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1953.

Juan y Juanita

3. Juanita no pudo contener las lágrimas. "—Estoy ansiosa por volver a casa —murmuró—. Quiera Dios que nada nos impida regresar. No sé por qué tengo miedo." Su hermano procuró tranquilizarla. Mientras tanto, Manuel Catalán decía: "—Estamos en un problema. Es casi como si navegáramos a la deriva".

4. Antonio se encargaba de llevar alimentos a los niños. "—Gracias —murmuró Juan—. Es usted muy bueno." Juan permanecía junto a su hermana, aunque su espíritu aventurero lo impulsaba a subir a cubierta y conversar con los rudos balleneros. "—Veré qué hay detrás de esa puerta", dijo de pronto.

(CONTINUARA)

PELUSITA POR NATO